Z. Aurora Caceres

MUJERES DE AYER Y DE HOY

GARNIER HERMANOS
PARÍS

MUJERES DE AYER Y DE HOY



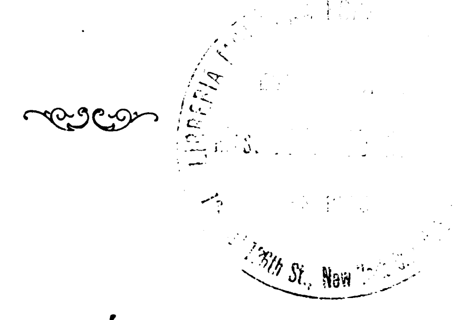
Z. AURORA CÁCERES
(EVANGELINA)

MUJERES DE AYER Y DE HOY

PRÓLOGO

DE

LUIS BONAFOUX



PARÍS
GARNIER HERMANOS, LIBREROS-EDITORES
6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

DEDICATORIA

A MI QUERIDA AMIGA

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN

EN TESTIMONIO DE ADMIRACIÓN Á LA ESCRITORA Y DE CARIÑO Á LA ESPAÑOLA, DEDICO MI PRIMER LIBRO.

Z. Aurora Cáceres

UNAS PALABRITAS...

Por méritos de su señor padre, la señora Aurora Cáceres tiene muchas y buenas relaciones en el mundo social de Europa; y por méritos personales, la escritora Aurora Cáceres tiene muchas y buenas relaciones en el mundo literario de París y Madrid.

¿Por qué, pues, me ha buscado, á mí que no cultivo trato social ni literario, y que no soy de lo más adorado en la Prensa, para que escriba unas líneas, como prolegómenos de su libro?

Tal vez por eso mismo. Evangelina, que es buena cristiana, ha querido cumplir la evangélica obra de acordarse del arrinconado; y como no es vanidosa, se conforma con poco.

Porque yo no la he de dar grandes bombos. Eso sí que no. Sería agraviarla. Hace muchos años dije, en el Heraldo de Madrid, *que demandaría de injuria á quien me diera un bombo de esos que se usan en nuestros periódicos; y recientemente, refiriéndome á un artículo que Luis Morote dedicó á* Por el Mundo arriba... *escribí en* El Imparcial:

« *Los bombos están muy desacreditados entre las gentes del oficio literario. No sé á punto fijo si se cobran en Madrid; pero sí sé que en París hay*

tarifas, publicadas por varios periódicos, y que por tanto ó cuanto puede usted darse el gusto — inofensivo después de todo — de compararse con Séneca, ó la satisfacción de publicar que el Kaiser le lee con admiración ».

Pour vingt francs la ligne — *ha dicho* Le Cri de Paris, *il n'est plus de limite dans le dithyrambe. A ce tarif, un écrivain peut se placer au dessus de Molière et Pascal, attester que son chef-d'œuvre a l'importance d'un événement historique, qu'il est une source de beauté et de vie.*

Demás de esto, ya hace tiempo que emití juicio sobre la labor intelectual de Aurora Cáceres. Fué con motivo y ocasión de una notable conferencia que dió ella en la Sorbona, y á propósito de la cual escribí entonces : « En el estudio de Zuloaga, después del acto de enseñar á sus íntimos la envidiable trinidad que presentará en el Salón de pintura con los títulos de Las Brujas, el Enano y Mademoiselle Breval, *Alicia Longoria, ante artistas como Rodín y literatos como Anatolio France, probó, declamando, que se puede ser española, distinguida, guapa y saber de arte; y la señora Cáceres ha demostrado en la Sorbona que las hispanoamericanas saben pensar y decir sin caer por ello en pecado de bachillería.*

Abundan en París círculos femeninos donde inglesas, norteamericanas, rusas, alemanas, francesas, etc., dan conferencias utilísimas, y ya era hora de que las españolas y las hispanoamericanas, reivindicando un derecho y rectificando erróneas

apreciaciones relativas á la mentalidad de la mujer española, demostrasen en público que también ellas saben algo más que estar ociosas en la propia casa ó ir á la ajena á matar la tarde con chismecillos y enredijos.»

Prueba de ello es el libro que ocupa mi atención en este momento. La autora lo ha dividido en capítulos : — Egipto, Oriente, Grecia, Roma, Emperatrices romanas, Esparta, Cartago, Arabia, el Renacimiento, Alemanas, Argentinas, Peruanas, Francesas, Novelistas, Artistas, Feminismo, Literatura feminista.

Con titularlo Feminismo hubiera bastado, porque eso es el libro : del Feminismo en Europa y América; libro de semblanzas de Jeanne Dieulafoy, Lucie Félix Faure Goyau, Avril de Sainte Croix, la marquesa de Joanes, Juliette Adam, Jeanne Catulle Mendes, Luisa Cruppi, la duquesa de Rohan, Sarah Bernhardt, Hamako — la japonesa — María Henri de Regnier, la condesa de Noailles, etc., semblanzas típicas, interesantes y bonitas; libro de historias femeninas, de anécdotas falderas, seleccionadas con tacto de artista y presentadas con discreción de dama; libro de cosas doctas y de cosas amenas, con descripciones poéticas y brillantes, que tienen aroma de flor y claroscuros de remanso...

De regreso de Petersburgo, Yvette Guilbert refirió que las grandes damas de aquella corte preguntábanle : —¿Es cierto que en Francia todas las mujeres engañan á sus maridos, que todas tienen

hogares equívocos, que se divierten de lo lindo y que los maridos aceptan muy bien la cosa, porque ya ha entrado en las costumbres francesas?...

Al encuentro de esta leyenda sale Aurora Cáceres con esta descripción de las francesas:

« La francesa — dice — que sonríe, la que mira con ojos insinuantes, la que amolda su cuerpo en corsés elásticos que permiten andar rítmica y ondulosamente con vibraciones de flor, la que con arte incomparable se viste de gasas y de encajes, la que deja ver sus botas de charol ajustadas y el nacimiento de la pantorrilla, cubierta por la enagua de seda que cruje como un gemido cuando la oprime la falda que modela con elegancia las caderas, la francesa que vemos en los bulevares exhibiendo su cara empolvada, los ojos sombreados, el pelo que le cae en ondas sobre la frente, abultado con tupidos bucles, cual racimos de uvas; la de boca roja y carnosa como las frutas, la que muestra el óvalo de su rostro bajo las plumas ó flores del sombrero completando así una toilette *del más refinado gusto excéntrico: esta es la francesa que representa á la muñeca voluble y fascinadora. Su figura fina, esbelta, que se esfuma entre colores armoniosos parece confundirse con las figuritas de* biscuit *de las grandes vidrieras de las tiendas. La admiramos en su elegancia turbadora, de juguete, de placer, sin que nos cause emoción alguna, porque no existe en ella la franca alegría que nos haga reir, ni la sombría tragedia que nos haga llorar. Su cuerpo y su alma, parecen hechas*

de espuma y su huella no deja trazas en la actividad progresista de los pueblos. Su recuerdo se borra del corazón del hombre como la evaporación de un perfume y su juventud seductora se marchita temprano cual la de las rosas, en la primavera de la vida. Esta es la francesa que conocemos todos, cuya fama de belleza y de frivolidad repercute en el extranjero; pero que dista mucho de ser la verdadera francesa, la compañera del hombre, queremos decir, la compañera de labor, la que comparte la tristeza del alma, la que da aliento en las grandes empresas, la que fortifica su espíritu en la lucha de la existencia, la que colabora á su lado en el trabajo material ó intelectual.»

Esta hermosa justicia hecha á la mujer francesa tan injustamente juzgada por rascacueros que recorren los bulevares, da idea de la mentalidad y del corazón de esta escritora. Pero no por semblanzas de esa índole es por lo que la elogio principalmente, sino por el modo de apreciar á las Clemencia Roger y Sklodowsha Curie, por lo que dice del movimiento feminista, por lo que aplaude á las mujeres revolucionarias, por la tendencia que entrañan apreciaciones como estas :

« Las verdaderas víctimas de la miseria en Lima, son las señoritas que pertenecen á buenas familias y que han caído en desgracia; por lo mismo que esconden su pobreza, como si fuese oprobio; ellas son las mártires que sucumben, por trabajar hasta altas horas de la noche para ganar el sustento, pero tan mal remuneradas, que sus organis-

mos delicados no pueden soportar tan ruda tarea y mueren ignoradas de la sociedad. No hay piedad para estas infortunadas, nadie hasta hoy ha querido penetrar en los húmedos y oscuros cuartos que habitan las niñas pobres. Muchas veces, todo el mobiliario se compone de una cama y la compañera inseparable, la máquina, que hoy, por inmensa competencia que existe para este trabajo, constituye un medio seguro de quitarse la vida lentamente.»

Bien está que Aurora Cáceres lleve á su tierra, en artículos de progreso, la Canción de la camisa, de Tomás Head :

— ¡ Cose! ¡ Cose! ¡ Cose! canta la obrera de la aguja, con los dedos cansados, con los párpados enrojecidos por las vigilias. ¡ Si esto es el trabajo de un cristiano!... ¡ Trabaja, trabaja, trabaja hasta que el vértigo se apodere de tu cerebro!... ¡ Te caes de sueño y continúas cosiendo mientras sueñas!... ¿ Qué salario es el tuyo ? Una cama de paja, un coscurro, harapos, este techo hundido, este suelo frío, una mesa, una silla rota y una pared desnuda, tan desnuda que doy gracias á mi sombra cuando cae sobre ella algunas veces...

Aurora Cáceres comprende la tragedia del dolor en la miseria. Políticamente, es una socialista católica.

Otras veces tiene cosas de chica. Estudia, por ejemplo, á la reina Hatasu, y cuando ya no le queda qué decir de ella, advierte :

« Se ignora el fin de esta gran reina; desapa-

rece de la historia en el año cuadragésimo sin que se sepa cómo pasó sus últimos días. »

¡ Y ya la tiene usted toda preocupada con la idea de cómo pasó sus últimos días una reina que desapareció de la Historia el año cuadragésimo !

Luego, hablando de Imperia, dice :

« *Conocida es la anécdota de Imperia con el embajador español, el cual sintió la necesidad de escupir, pero acobardado por el lujo de las alfombras y muebles, optó por escupir en la cara de un lacayo, que se encontraba detrás de él. Imperia tuvo la amabilidad de contestarle que en adelante no tuviese miramiento para escupir, puesto que para eso se habían hecho las alfombras.* »

Ese embajador tiene la disculpa de que se han dado casos análogos. De Potemkin, que era bastante bárbaro, se cuenta que, entusiasmado con sus peroraciones, escupía en la cara á sus oyentes y seguía perorando, sin limpiarlos siquiera ; y Cortambert refiere que hallándose en Africa el famoso viajero maltés Andrea de Bono, se le acercó un Rey negro y echóle un escupitajo en la cara.

— Es un gran honor que recibís ; le advirtió el intérprete al notarle amoscado.

Entonces Andrea de Bono se acercó al Rey y le gargajeó la nariz. Encantado, el Rey le colmó de honores.

En este libro hay también ocurrencias candorosas. Así, hablando de la aludida Imperia, « *pájaro maravilloso cuyo recuerdo fué simpático porque supo morir siendo joven y bella* » *Aurora Cáceres dice :*

Unas Palabritas

« *Es indudable que la cortesana, hasta la cual no había llegado el levantamiento moral del cristianismo, no veía como nosotros vemos, ahora, el oprobio de su condición, y lejos de eso le parecía honorable. No debemos olvidar que los hombres las trataban de igual manera que á las grandes damas, y que en sus salones se reunían los cardenales, duques, sabios y los artistas más notables.* »

Pues ahora pasa absolutamente lo mismo que antes del cristianismo. « *El peor de los oficios — decía Alphonse Karr — es el de mujer honrada.* »

Y luego :

« *En elogio de una mujer honrada nada hay que decir que no se haya dicho repetidas veces á prostitutas.* »

Si Imperia tuvo corte de cardenales, duques, sabios y artistas, Nana tuvo corte de personajes del Imperio.

***

He traído á cuenta las precedentes manucias en prueba de la atención con que he leído el libro.

Es, á mi juicio, el más completo, en lengua castellana, que se ha escrito del movimiento femenino, ó el más cabal de cuantos leí sobre tal tema, y su autora honra muy mucho á las letras hispanoamericanas en general y á las peruanas particularmente.

LUIS BONAFOUX.

París, julio 1909.

MUJERES DE AYER Y DE HOY

INTRODUCCIÓN

Un poeta, Olegario Andrade, dice de la mujer : « Es la esencia de lo bello, la hija de una lágrima de Dios ». Como encarnación de la belleza la encontramos en todos los tiempos según el gusto del poeta ; no así como la personificación de la ternura.

En la época primitiva su alma se contamina de las rudezas de los hombres y adquiere los sentimientos belicosos y crueles de estos, más aún ; si damos crédito al entusiástico estudio del feminismo en la antigüedad, de la señora Cleyre Ivelin, veríamos, dominados por su afán persuasivo, á la mujer primitiva, á la de los tiempos prehistóricos, rigiendo á la humanidad desde su soberanía maternal. A esta época le denomina del Matriarcado y de la Ginecocracia (1) Apoya su tesis con las teorías del sabio jurisconsulto de Bâle, Bachofen. No pretendemos, ni consideramos de mayor importancia, para el estudio que hacemos, dar á conocer las doctrinas de Bachofen en las que, en gran parte, se juzga al

(1) Gobierno de las mujeres.

hombre y á la mujer desde un punto de vista zoológico, como á rey de los animales y en sus funciones fisiológicas.

Más nos interesa la humanidad culta y sus organizaciones sociales, lo que no obsta para que celebremos la importante labor de la señora Cleyre Ivelin, lo mismo que la del ilustre sabio feminista.

En la época primitiva, de igual manera que en las sucesivas, la condición social de la mujer revela gran importancia. Su vida más próxima á la naturaleza, que la que hoy hace en las grandes capitales modernas, ha contribuído á que su cuerpo se desarrolle y adquiera igual robustez que el hombre, lo que le permite luchar y defender á su patria, con igual bravura y denuedo que él. Conforme el progreso de la humanidad va adquiriendo mayores proporciones y una forma más estable en sus instituciones, igualmente varía la situación de la mujer, principalmente en Grecia y Roma.

A la edad guerrera sigue la religiosa, donde el alma femenina se recoge con beatífica religiosidad, absorta en el idealismo místico, para después aparecer en nuestra época con la arrogancia de los paladines, pidiendo justicia, derecho é igualdad ante la ley, y en esta actitud existe tal vehemencia, que adquiere la magnitud de un clamor, cual si nos encontrásemos en peor condición que los ilotas. Así, en la antigüedad representada por la viril amazoma, y en

nuestros días cual legislador polemista, la vemos distante del ideal del poeta que la representa como la esencia sagrada del sentimentalismo. Eternamente bella, aunque no de igual manera sentimental, siempre ha constituído una fuerza poderosa en el desarrollo progresista de las naciones. Es cierto que jamás, como ahora, se ha presentado en la vida social, disputando al hombre sus atribuciones y reclamándole igualdad social; no obstante, su influjo, ha sido grande aunque sin ostentación, y sin el deslumbre de las feministas modernas; pero no por esto ha dejado, de ser importante. Si el feminismo ha tomado un aspecto ostensible y reclama las leyes y derechos que no preocuparon á nuestras abuelas, lo debemos más que á la ignorancia y menosprecio en que nos antojamos suponer las tenían sometidas los hombres, á la condición general de las civilizaciones antiguas que jurídicamente estaba sometida á la tutela del hombre, en la práctica de la vida y por la tolerancia de las costumbres, gozaba de mayores privilegios de los que hoy disfruta.

Ellas luchaban al lado de los guerreros ó les secundaban; levantaban ejércitos, asesinaban reyes, colocaban príncipes en los tronos, ó de hecho los usurpaban. Tenían cátedras filosóficas, ejercían la medicina, como pitonisas y sacerdotisas casi eran veneradas cual divinidades.

Si el feminismo ha tomado en estos últimos tiempos la forma de una organización acabada

TxU

en la que actúan energías capaces de sostener una lucha; ello sólo se debe á las condiciones de la vida, al problema de la miseria, que aun no está resuelto, al de la libre competencia, en el cual el esfuerzo individual ofrece un máximum de energías para ser retribuído con un mínimum de remuneración.

Las necesidades de la subsistencia, con la grande pobreza que engendran las modernas instituciones sociales, han puesto á la mujer en la condición de valer por sí; una vez convertida en fuerza productora, se ha colocado en la misma condición económica social que el hombre. ¡Cuán distantes nos encontramos de la época en que los tejedores de los campos de Manchester, por ejemplo, trabajaban en el bastidor al lado de sus mujeres, delante de las puertas de sus casas, mientras que estas cuidaban de sus hijos, y en sus momentos libres hilaban la lana!

Hoy el obrero tiene que concentrarse en las ciudades populosas y vivir encerrado en los grandes talleres. La mujer no se queda en la casa cuidando su hogar, también ella tiene que desertar del santuario de la familia é igualar á su compañero en la tarea de las fábricas, para procurarse el alimento. En esta condición resulta, pues, una compañera de trabajo y algunas veces una competidora del hombre. En verdad, pocos son los oficios y profesiones que no ejerce la mujer. Así encontramos que además

de su misión maternal, se coloca, ó mejor dicho, la lucha por la existencia la coloca, en la misma condición social que al hombre, de aquí, sin duda, que exija las mismas prerrogativas civiles y políticas que él.

En realidad, en las civilizaciones que ya han caducado, la condición económica de las sociedades y los usos establecidos, no daban lugar á que la mujer tomase la misma actitud que en nuestros días; no tenía por qué agruparse en sindicatos, puesto que no se conocía la lucha del patrón y del obrero, ni por qué pedir voto electoral, puesto que no era contribuyente, ni voto político, puesto que no era ciudadana. No obstante su acción y opinión era tenida en alta estima, de esta manera disfrutaba ciertos privilegios, evitándose la ruda labor de la vida moderna.

El feminismo no tenía razón de ser en la antigüedad; podemos fijarle la época de su nacimiento en el siglo XVIII, el que se caracteriza por el gran despertar de las ambiciones femeninas en el mundo político y social. Teodoro Wyzewa nos presenta á María Wollstonecraft, con su alma dolorida, como á la fundadora del feminismo, nació el 27 de abril de 1759 y su primera obra feminista se titula *Reivindicaciones de los derechos de la mujer*.

Comprendemos, que tratar de la situación de la mujer es tocar uno de los problemas más sutiles de la ciencia social, principalmente en

la antigüedad, á cuyas costumbres se les da poca importancia, lo mismo que á la influencia de su acción, la que se considera nula, porque no estaba sancionada por la ley. Pensamos como el ilustre sociólogo Paúl Gide, que el motivo de la incapacidad de la mujer, desde un punto de vista legal, es « un efecto y no una causa »; una consecuencia particular y no un principio general. Son la esposa, la hija, la hermana, las incapaces, y no la mujer, lo que encierra gran diferencia si queremos penetrar el espíritu de aquellos legisladores y en consecuencia el de los hombres. No podemos negar que la mujer fué esclava, pupila, y que hubo una época en que el marido tenía derecho de vida ó muerte sobre ella. No falta escritor que con solo recordar este aspecto despótico de las sociedades que caducaron, sienta levantarse en su espíritu la protesta que despierta en los corazones nobles la injusticia y exclame: « Ningún cambio se ha realizado en la constitución de la mujer sin que haya reaccionado en seguida sobre la sociedad entera. En todas partes donde el hombre ha degradado á la mujer, se ha degradado á sí mismo; en todas partes donde ha desconocido los derechos de la mujer, él ha perdido sus propios derechos. » Nosotros no vemos ningún antagonismo entre los dos sexos, lejos de eso, consideramos al hombre dirigiendo la marcha de las grandes evoluciones y á la mujer influyendo en su espíritu; no siempre inspirada

en ideales levantados de virtudes cívicas ó sentimentales, sino continuando la obra iniciada por el hombre, con sus mismos defectos y bondades. En este sentido robustece nuestra opinión la inteligente feminista señora Avril de Sainte Croix, cuando dice : « Querer pretender que hasta el día en que las primeras reivindicaciones dejaron escuchar su voz, las mujeres no tuvieron ninguna influencia en la familia ó en el destino de los pueblos, sería dar prueba de una extraña ignorancia. Desde la más remota antigüedad se ven algunas de entre ellas desempeñar un papel notable en la historia, y si nos remontamos más lejos aún y se considera la situación de la mujer, en los pueblos primitivos, se la encuentra á menudo, teniendo en cuenta las diferencias de medio superior, á la de la mujer en la sociedad actual. »

Existen pocos temas más delicados de tratar que el feminista, por lo complejo que es el problema de la emancipación de la mujer. Una vez lanzada en la vida activa, política y social, en pleno ejercicio de todos los poderes á que aspira, ¿no se resentirían, por falta de cuidado, sus deberes maternales, ó aún más, no trataría de apartarse de ellos ? Aquí nos hacemos eco de frases que el vulgo repite continuamente. Hablamos de las consecuencias de una situación moral que podría realizarse en lo futuro; lo que solo significa una simple hipótesis ; en cambio la vida moderna nos presenta la verdad real

con sus anhelos, luchas, miserias y á la mujer lanzando clamores, en su sed de justicia social realizando titánicos esfuerzos para erguirse cual una heroína, ansiosa de conquistar las ventajas masculinas.

Es una heroína del hambre en el proletariado y una heroína de abnegación entre las clases directoras ; capaz de grandes sacrificios por lograr el bienestar de sus compañeras. Mina Cauer, la democrática feminista de Berlín, nos dijo : « Luchamos por una idea, por un principio, en lucha casi estéril; las mujeres están conformes con su actual servidumbre, ellas son nuestras peores enemigas. Hemos principiado demasiado temprano la labor de nuestra emancipación, dentro de cincuenta años encontrará acogida favorable » y sus labios finos trataban de sonreir, pero en sus ojos existía una expressión dolorosa : la desilusión, el desengaño de tantas aspiraciones no satisfechas, de tantas energías empleadas infructuosamente ; y su venerable cabeza revelando la paz del alma, el talento y el dolor, nos hace pensar en algo remoto y vago con aureola mística, en el martirologio de la religiosidad social. Porque estas mujeres de cualidades morales y de inteligencia superior, no pueden conformarse ni convencerse, de que la mujer esencialmente formada para amar contiene un manantial inagotable de abnegación que no sabría á quien dedicar el día que el hombre no le dejase sentir su tiranía. Seguramente que las fe-

ministas se consideran capaces de emprender grandes reformas por sí; y aun si fuese necesario de sostener una lucha contra los hombres. Efímero ensueño de aspiraciones que jamás se realizará, que jamás se han realizado en la humanidad á pesar de la variedad de civilizaciones que ha engendrado la variedad de razas, continentes y costumbres. Si en la mujer existiese la fuerza de la iniciativa y de mando, algún pueblo la habría mostrado como elemento dirigente y al hombre secundándola. Nos abstenemos de citar las amazonas, y sólo nos referimos á los pueblos perfectamente delineados por la historia. Lejos de eso, su más importante papel se reduce á que por intermedio del hombre, en algunos casos y en algunas naciones, haya transmitido su influencia moral á los pueblos. Es cierto que los nombres de las mujeres notables no abundan en la historia de los tiempos primitivos, pero debe tenerse presente, que con el de los hombres ocurre otro tanto, puesto que la historia sólo guarda en sus páginas lo que puede servir de enseñanza á la posteridad, haciendo conocer la grandeza de la humanidad en sus tragedias, en sus alegrías, en sus odios, en sus virtudes y en sus ambiciones.

EGIPTO, ASIRIA, PERSIA

Principiamos por encontrar al hombre, en los pueblos más antiguos, en estado de lucha, así, pues, toda su actividad se concreta á la vida guerrera; si observamos á la mujer en aquella época, la encontramos al lado del hombre en el campo de batalla. Su naturaleza es robusta y arrostra la rudeza de la vida secundando la acción de los guerreros.

En otros casos aparece desde un trono dirigiendo los destinos de las naciones.

Prescindiremos de los hechos notables atribuídos á las Semíramis, Medeas y otras mujeres que pertenecen á los tiempos heroicos; también pasaremos por alto los actos notables de las Aspasias y de las celebridades cuyos nombres se han vulgarizado, como el de Elena, Penélope, Andrómaca, etc.

Egipto, con su inconmensurable grandeza, su esplendor melancólico, que se extendía sobre las arenas de oro, entre las piedras majestuosas de gigantescos obeliscos y de tumbas sagradas, nos muestra una reina excepcional. No es Cleopatra, la seductora, que tiene en su cuerpo la gracia majestuosa del loto; la que se

adormecé escuchando la música de las arpas y sueña con las caricias de Antonio.

Ya que citamos á Aspasia, no podemos prescindir de decir que Guillermo Ferrero la considera como á una hábil diplomática. En el hecho de inducir á Antonio á que se casara con ella, hay algo más que una satisfacción amorosa, la bella soberana ve la salvación de Egipto, de la esclavitud romana, á la que estaban sometidos los otros pueblos del Mediterráneo.

Al ocuparnos de la mujer egipcia, no hablaremos de la época decadente que sufrió esta privilegiada región, sino del tiempo en que su esplender era inmenso y cuando estaba regida por los Ptolomeos. Hatasu (1) es la reina de las grandes ambiciones. Pocos soberanos han revelado un carácter más enérgico ni tan emprendedor como el suyo.

Cual los monarcas de entonces, poseía las virtudes y defectos de su época. Era inteligente y activa, pero la ambición de gloria inmortal la dominaba por encima de todo. Siendo aún muy joven, su padre la asoció á los asuntos de Estado, lo que contribuyó á despertar en ella el deseo de gobernar á su nación. Cuando murió su padre Thothmes I, se apoderó del reino, destronando á su hermano Thothmes II, con quien casó más tarde, para consolidar su poder.

Entre sus importantes obras se considera el

(1) Rawlinson (Historia de las Naciones).

engrandecimiento del templo de Amanon en Harnak. En Medinet-Abu, cerca de Tebas, mandó levantar un templo superior á todos los que existían hasta entonces, pero su principal obra fué la creación de dos maravillosos obeliscos de granito, de una sola pieza, sin la menor división ó coyuntura. Ordenó que el vértice se hiciese con el oro que había tomado á los jefes de las naciones vencidas. Además mandó construir una flota de cinco bajeles, tripulados cada uno por setenta hombres, los que realizaron una importante expedición. Salieron de Tebas y llegaron hasta la embocadura del Mar Rojo. Estuvieron en Arabia, pasaron por Tierra Santa y arribaron á las tierras de Punt, donde el rey y su mujer se sometieron á Egipto. Una parte de esta flota regresó por el Nilo, después de haber establecido importantes relaciones comerciales.

La vanidosa reina Hatasu, no omitióhonor que no se atribuyese, pero al mismo tiempo dió gran impulso y embelleció á su nación. Se ignora el fin de esta gran reina, desaparece de la historia en el año cuadragésimo sin que se sepa cómo pasó sus últimos días.

Hatasu no fué la única mujer en Egipto que dió prueba de su energía. Otro tipo de carácter dominante fué la reina Berenice, esposa de Evergeto, hijo de Filddelfo, la cual gobernaba á su marido.

Llegaba á tal grado la cultura y alta situación de la mujer egipcia, que Sabatnlfrura, esposa

de Amenemhat IV, reinó durante algunos años al mismo tiempo que el rey.

Si las mujeres gobernaban en el antiguo Egipto, y llegaron á tener tanto prestigio, es por la importancia que les daba el hombre, como lo prueba la actitud que asumió Ptolomeo III, Evergeto, quien invadió todo el reino de Siria, porque su hermana, esposa de Selenco II, había sido repudiada por su marido y condenada á muerte.

En las remotas civilizaciones y aun en los pueblos cuya historia no es muy extensa, siempre encontramos á la mujer desempeñando una acción importante que nos revela la alta estima que el hombre le profesaba.

De Asiria se dice que Amuhia ó Amytis (1) hubo de casarse con Nebuchadrezzar, hijo de Naboopolasar, por convenir así á los intereses de la nación; este simple dato prueba la importancia que tenía en la política del Estado. Un bajo relieve del palacio de Asshurbanipal, en Nínive, representa á este monarca sentado á la mesa junto á su esposa, detalle poco importante, pero que demuestra la igualdad y unión de los esposos en el hogar. Otro tanto sucede en Babilonia, donde durante la enfermedad del rey Nabucodonosor, la reina Nitoeris su esposa, administró el reino. Observamos que en este siglo de reivindicaciones feministas, lo más que

(1) Drioux.

se le permite á una reina consorte es que sea enfermera.

En Persia, el papel de la mujer en la política es vasto; se la ve actuando en primera línea con igual entereza que los grandes capitanes, cuando no dirigiendo el gobierno de la nación en nombre de un hijo rey. Entre éstas cuéntase á Parisatis, madre de Artajerjes, mujer cruel y vengativa, pues sospechando que el soldado Cario y el eunuco Mesabato, habían contribuído á la muerte de su hijo Ciro, á quien ella profesaba gran cariño, les hizo aplicar tormentos espantosos; también se le acusa de haber envenenado á su nuera Estatira, cuya influencia le hacía sombra.

No menos importante fué Olimpias, madre de Alejandro, la que debido á su influencia obtuvo un gran cambio en la milicia del imperio. Levantó un ejército contra Casandro y se presentó delante de los soldados macedonios con su nieto en los brazos. Arengándolos, les preguntó si se atreverían contra el hijo y la madre de tan grande hombre. Sabido es cómo supo doblegar las voluntades, al extremo que los caudillos Euridece y Arrhideo quedaron abandonados por sus soldados y después condenados á muerte por Olimpias.

Pausanias dice que Olimpias murió más tarde apedreada por los parientes de sus víctimas, á cuya furia la entregó Casandro.

Un caso heroico como el de los samurais, nos

presenta á Fila, la sentimental y orgullosa esposa de Demetrio, la cual no pudo resistir á la vergüenza de ver á su esposo fugitivo y prefirió quitarse la vida antes que soportar la humillación que le causaba su suerte.

En Epiro, nos encontramos con una hábil diplomática, quien con la fineza de un político moderno, trata de afianzar su reino, es Olimpia, la hija del célebre Pirro, que recurrió á solicitar el matrimonio del rey Demetrio II para su hija Pthia como una hábil medida de estado, pues deseaba que éste defendiese su reino contra los Etolios, que pretendían usurpar la parte de la Arcadia, que Alejandro, su esposo había conquistado.

Pocas de las mujeres de la antigüedad han ejercido un dominio más absoluto que Atossa; de ella se puede decir que puso reyes y provocó guerras. Cuando vivía su esposo Darío, era la terrible ambición de Atossa la que lo lanzaba á emprender conquistas, y cuando éste hubo desaparecido, no se mostró acobardada; lejos de eso, dando campo libre á sus aspiraciones, colocó en el trono á su hijo Jerjes á pesar de existir el primogénito de Darío, de su primer matrimonio. Así provocó la guerra civil, en la que salió vencedor Jerjes. Más tarde, al aproximarse á las puertas de Grecia, fué derrotado por Temístocles y Arístides, realizándose así el triunfo de la nueva generación griega sobre la decadente y antigua asiática.

EL ORIENTE

En el cuadro humano que presenta la degradación social, el aspecto más lamentable lo revela el Oriente con su régimen despótico, del cual son víctimas no sólo las mujeres, sino también los hombres. A pesar de los miles de siglos transcurridos desde la antigüedad hasta nuestros días, la civilización parece haberse estacionado allí; no se puede negar que el Oriente es refractario y opone una muralla de inercia invencible al progreso de la civilización europea. Si encontramos que después de las primitivas organizaciones sociales en sus leyes, en sus costumbres y en su religión, se ha operado un cambio, esto no obsta para que encontremos el despotismo triunfante, tanto entonces como ahora. En las funciones que ejercen los emperadores sólo se ve una ampliación del poder que antes ejercía el jefe de tribu y el padre de familia, el que era absoluto; al mismo tiempo que religioso y paternal y por lo mismo despótico. Aun en la legislación aparece el régimen patriarcal llevado de la familia al Estado. Como la religión se encuentra unida á la legislación, vienen á formar ambos un solo poder: todos los códigos que se cono-

cen, desde el Manava hasta el Corán, han sido recibidos por los pueblos como de origen divino, y la amplitud de ellos abarca los derechos civiles, morales, políticos y religiosos. Desde que se estableció el derecho y la religión, estos dos grandes principios de justicia y de moral han suprimido un tanto el poderío del padre de familia de la época patriarcal, y en consecuencia la mujer ha pasado de la tutela del hombre á la del Estado, lo que significa pasar al nivel de una entidad social superior á la que tenía cuando dependía del padre de familia, en la época patriarcal. Lo más importante para la nación, era aumentar el número de sus súbditos, así la legislación daba primordial importancia al matrimonio; tanto los chinos como los persas, y los indios como los hebreos, tenían el matrimonio obligatorio, y entre los hebreos, el padre que descuidaba el precepto de casar á su hija perdía su autoridad paternal; en cambio la hija recobraba la libertad de casarse con quien quisiese (1). En este punto la condición moral de la mujer ha adquirido toda la personalidad á que puede aspirar el espíritu más independiente. Ella depende directamente de la ley religiosa y ésta le permite proceder según su propia inspiración. Si las leyes modernas otorgan igual derecho á la mujer que es mayor de edad; en cambio las costumbres son severas para la hija

(1) L. A. Martín. Historia de la mujer en la antigüedad.—París 1862.

que se casa sin tener el consentimiento de sus padres, lo que la expone á la crítica de la sociedad. En el caso arriba indicado, notamos que el matrimonio adquiere mayor importancia de la que tenía en la época patriarcal, porque ya no se realiza en beneficio de la familia, sino en virtud de una conveniencia del Estado, para contribuir á dar el mayor número de habitantes á su nación.

El primero que prohibió el matrimonio por venta, en la India, fué Manú. Más tarde el Budhismo, el que se extendió en una parte del Asia oriental para después continuar propagándose hacia el Asia occidental. En el Talmud, como en el Corán, aparece que, el obsequio de boda ya no se ofrece al padre, como se usaba antes, sino á la prometida, la que una vez casada pasa del poder del padre al del esposo; y de esta manera para siempre queda resguardada bajo la protección de la religión, como lo prueba el Corán cuando dice: « El marido es el amo de su mujer, pero Dios es poderoso y tiene la mirada sobre él ».

Lo que más choca en las sociedades europeas es la poligamia admitida en Oriente, y este solo hecho es suficiente para que se considere á la mujer oriental en el último grado de degradación y de servidumbre á que puede reducirse á una criatura.

Verdad que la poligamia es una institución característica de Asia, así como la monogamia

lo es de Europa. Escritores de gran talento han estudiado este antagonismo de los dos continentes, desde un punto de vista moral y político. Montesquieu trata este asunto geográficamente, y deduce, que es propio de los climas cálidos el tener varias mujeres.

En primer lugar no es difícil descubrir el interés político que salta á la vista. La ley ordena al hombre que se case para que tenga hijos, y para el caso, constituye un reglamento, *debitum conjugale*. No nos sorprendemos al ver que la infidelidad se considera de una manera contraria á como la apreciamos en Europa : por esto allá, el marido es infiel, no cuando se acerca á otra mujer, sino cuando se aparta de la suya. Cuenta un viajero, que en Turquía, si el marido se aleja de su mujer, ésta tiene derecho de hacerlo comparecer ante el Cadij y de hacerlo castigar. Si nos atenemos al viajero moralista, vemos al hombre, en la intimidad de su hogar, sometido á la voluntad de su mujer, la que tiene á su alcance, como arma de defensa, contra el despotismo del hombre, el medio de un *chantage* permanente; además leemos en el Corán lo siguiente: « Si el divorcio está firmemente resuelto, Dios sabe y entiende todo». La misma dificultad que se opone al hombre para que repudie á su esposa, demuestra el espíritu de los legisladores de convertir el matrimonio en una institución durable, cuyo fin primordial consiste en dar hijos á la patria; en consecuencia apre-

ciamos como un resultado lógico de la ambición política el que exista la poligamia, pues con ella aumenta el número de probabilidades de que se multiplique la cifra de habitantes. Aun podemos decir de la poligamia, que ésta nace de un sentimiento humano, y que no sólo es general en Oriente, sino también en Europa. Indudablemente que las instituciones europeas y el decoro de las costumbres establecidas, sólo permiten al hombre tener una mujer; pero también es cierto que si la monogamia fuese una realidad, y no una apariencia que dista de la vida real, no existirían mujeres desgraciadas, y nuestras sociedades más que disolutas y libertinas, cuando llegamos al corazón de ellas, estarían convertidas en paraísos terrestres. No vemos por qué no juzgar la poligamia de Oriente como la manifestación de una condición de la vida sensual del hombre, ingenuamente revelada. Si continuamos observando la condición legal de la mujer en Oriente, notamos que las leyes, en la India y en China, no dejan al hombre en libertad de repudiar á su esposa, sino que le determinan y limitan el caso en que puede hacerlo. En la legislación mosaica se requieren ciertas formalidades que deben acompañar el acto del divorcio; entre los musulmanes, existe la obligación de dejar una viudedad á la mujer repudiada. Lo más curioso es que, en el caso de que el marido muera, queda á los herederos la obligación de pro-

teger y de sostener á la viuda, según Manu. Si la mujer es una pupila, y si el marido es su amo, en cambio la ley ha previsto su situación económica y le asegura la subsistencia, evitándole todo trabajo ó inquietud : ¡ dulce servidumbre en la que no existe para la mujer la lucha para ganar el pan y en la que no tiene, como en este siglo de libertades, que aniquilarse produciendo una labor esmerada, que es despreciada en su retribución, únicamente porque viene de la mujer! En todo el Oriente, á excepción de los chinos, la ley ampara á la mujer y sus bienes, asegurándole un patrimonio, aunque es verdad que le limita los derechos de herencia, en los que el hombre tiene la preferencia. También debemos tener presente que el código de Manu, que prescribe á los padres y á los maridos « ser pródigos en obsequiar á la mujer » declara al mismo tiempo que todo lo que adquiere una mujer « queda adquirido por su padre ó por su marido ».

Para formarnos un juicio más claro sobre la situación de la mujer en Oriente, podemos deducirla por lo que de ella nos refieren el panteismo y el monoteismo, que fueron las dos legislaciones que reinaron en Oriente y en Asia, y la ley de Moisés. Reproducimos unos párrafos de la ley de Manu, por los curiosos contrastes que ofrece :

«No maltrates á una mujer cargada de faltas, ni aunque sea con una flor». « En toda familia

donde el marido está contento con su mujer y la mujer con su marido, la felicidad está asegurada para siempre ». « Las mujeres que se unen á sus maridos para ser madres y que dan honor á su casa, son verdaderamente las diosas de la fortuna ».

Como veremos más adelante, esa misma ley trata de la peor manera á la diosa de la fortuna, cuando dice : « Las mujeres están ávidas de placeres, son de humor caprichoso, sin afectos naturales y privadas del conocimiento de las santas leyes y de las plegarias, son la falsedad misma. Tal es el carácter que les ha sido dado en el momento de la creación, por el Señor de las criaturas ». « Todo lo buenas que pueden llegar á ser, lo deberán á su marido, que es el que las comunica sus propias virtudes ». Por lo que podemos deducir, que la virtud existía en los hombres de aquella época ó que al legislador no le fué desconocido el espíritu de adaptación de la mujer, el que se dejó inducir al extremo de la exageración. « Una mujer en el patrimonio legítimo, sueña con tener las mismas cualidades que su esposo, como los ríos que se pierden en el océano, y después de su muerte queda admitida en el mismo recinto celeste ».

En las ceremonias religiosas se excluye á la mujer por completo, é igual cosa le sucede en los oficios civiles, puesto que su incapacidad civil es general.

« Durante su infancia depende de su padre;

durante su juventud, de su marido; viuda, de sus hijos, y si no tiene hijos, del pariente más próximo de su marido; jamás debe gobernarse por sí ».

La ceremonia religiosa que constituía el matrimonio, consagraba las relaciones de la familia, que venía á ser, como en la era patriarcal, casi una corporación religiosa destinada á perpetuar el culto de la familia. « Las divinidades son los antepasados, el difunto padre de familia que viene á visitar en forma invisible el hogar que ha habitado, para recibir las primicias de la comida y gozar con el cariño de su viuda y de sus hijos ». « Si el culto de los manes se interrumpiese con la extinción de los descendientes, las almas de los antepasados errantes en este mundo, entre los espíritus malos, jamás llegarían al descanso celeste ».

Ante semejante creencia no debemos asombrarnos que á la mujer se la estime únicamente en su misión reproductora, y ella misma ha debido someterse gustosa á la condición de madre, cuya fecundidad debía ser tan preciosa, puesto que de ella dependía la salvación del alma de sus antepasados.

« Cuando la mujer da á luz un varón, logra el cielo para su marido y para los antepasados de su marido; si es estéril, el marido tiene el derecho de repudiarla » ; pero como podría ocurrir que la falta de hijos viniese por la esterilidad del hombre, para este caso nos encontramos con

una de las costumbres que más rechaza nuestra moral : El marido, con el fin de tener un hijo, puede cederle sus derechos á su hermano ó al pariente más próximo que tenga. Según una opinión que ha adquirido gran importancia, este uso denigrante para la mujer, data de época muy remota y se atribuye su origen á la costumbre de ciertas tribus nómades de la India, en las que la mujer era la propiedad común de toda la familia.

Paúl Gide, deduce que la ley de Manu, al sostener en las familias la división de bienes como consecuencia de esta medida, hizo desaparecer la comunidad de mujeres. Aparte de esto, el marido tiene sobre su esposa derechos exclusivos, y si los cede por un instante á su pariente más próximo, esta infracción á la ley conyugal, por las solemnidades austeras que la acompañan, queda despojada de todo carácter impuro y reviste la forma de un deber religioso. Por último, en el caso de que un matrimonio sólo tenga hijas, el abuelo tiene derecho de pedirle un nieto á su hija, diciéndole : » El hijo hombre que tú des al mundo, será mío y deberá cumplir en mi honor la ceremonia fúnebre ».

Este niño debe ofrecer dos bizcochos : uno á su propio padre y el otro á su abuelo materno, y con esta ceremonia deliberará á su abuelo del otro mundo, lo mismo que « si fuese el hijo de un hijo ».

Observamos que cuando se trata de la salvación

de los manes de los abuelos, para el caso, el hijo de una hija queda en la misma condición que el hijo de un hijo. Como se ve, todo el destino y empleo que el legislador da á la mujer, es que perpetúe la especie, y si le hace alguna concesión, es como á esposa y como á madre.

En la ley de herencia, que apenas hemos indicado, existe un detalle curioso. A pesar de que es el hombre el que hereda, el legislador ha pensado en la mujer cuando dice que, en el caso de que el difunto haya dejado hijos é hijas, « que los hermanos den, cada uno, el cuarto á sus hermanas, á fin de que puedan casarse ».

Estudiando la ley de Manu, encontramos, en un texto, el siguiente acápite :

« De esta manera, la ley de Manu reglamentó la condición de la mujer. Desde entonces, tres mil años han trascurrido y, salvo algunas modificaciones de detalle, es la misma ley que reina todavía ».

El gran reformador Budha, á pesar de su espíritu bondadoso, que le inspiró hacer el sacrificio de sus honores de príncipe, por haber predicado la caridad, la humildad y la abnegación, no llegó á proclamar el principio de libertad; y, en consecuencia, la mujer quedó en la misma situación en que la había colocado la religión de Manu, esto es, víctima de un despotismo absoluto.

En la doctrina de Moisés, la idea luminosa, de un Dios único, Todopoderoso, que ha hecho

al hombre á su imagen y semejanza, da el germen de toda libertad.

El poderío del monarca absoluto queda, pues, convertido en un poder temporal pasajero, porque el único eterno reconocido en Israel, es Jehová. Él gobierna los ejércitos y hace justicia por medio de sus profetas. Cierto espíritu de liberalidad aparece, tanto en la familia como en el Estado.

Del Deuteronomio tomamos las siguientes líneas :

« Dios es el padre de los huérfanos y de las viudas.

« Compareced todos hoy delante del Eterno, vuestro Dios, los jefes de las tribus, los ancianos, los oficiales, todo hombre de Israel, vuestros nietos, vuestras mujeres y hasta el esclavo que corta la leña y saca el agua del pozo, á fin de que entréis en la alianza que el Eterno, vuestro Dios, celebra en ese día con vosotros ».

» Amarás al Eterno, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas ».

La influencia de suavidad y de ternura que esta religión despierta en las costumbres de aquella época, se encuentra demostrada con más claridad, en las siguientes líneas tomadas del Éxodo :

« Si un hombre que, teniendo por concubina una esclava judía, se casa con otra mujer, no disminuirá en nada los alimentos de la esclava, ni los deberes conyugales que le son debidos ».

El Deuteronomio dice, tratando de la mujer en el matrimonio:

« Si tomas por mujer á una cautiva extranjera, la llevarás primero á tu casa y allí llevará el duelo y llorará por su padre y por su madre, durante un mes; después vendrás hacia ella y serás su marido y ella tu mujer. Si acontece que no te gustase más, la puedes despedir según tu voluntad y no podrás venderla por dinero, porque ha sido tu mujer ».

Esta enseñanza de la más exquisita dignidad, reclama del hombre la estimación que debe tener por la mujer que le ha pertenecido, aunque deje de quererla; y, á pesar de su remotísimo origen, resulta de una actualidad tan oportuna, que la misma aplicación podría dársela en nuestro siglo feminista de reivindicaciones sociales.

En la condición de viuda, principia á tener alguna independencia, aunque no de importancia. Como madre, su poder adquiere grandes proporciones é iguala al del padre. En el Deuteronomio leemos lo siguiente : « Cuando un hombre tenga un hijo perverso y rebelde, que no escuche la voz de su padre ni de su madre y que, castigado por ellos, no los obedezca, entonces el padre y la madre lo tomarán y lo conducirán hacia los ancianos de la ciudad, y le dirán : « aquí está nuestro hijo, que es perverso y desobediente : no obedece á nuestra voz. »

La madre aparece como educacionista ejer-

ciendo los mismos derechos que el padre; su actitud adquiere el aspecto de preponderancia que más tarde vemos inviste la matrona romana. Su gesto es el de una soberana : ella andará al lado de su esposo en busca de los ancianos de la ciudad y juntos depositarán su queja.

El rey de la sabiduría, Salomón, exclama :

« He buscado el juicio y no he encontrado sino á la mujer, cuyo corazón es como un piélago y cuyas manos son como pasadores; es más terrible que la muerte. »

La opinión de Salomón, sobre la mujer no nos sorprende, porque su espíritu esencialmente pesimista, impresionaba todo lo que veía con una tonalidad triste, en la que se reflejaba la sombra adolorida de su alma escéptica. Sus opiniones, en general, encierran el aspecto del dolor, del desaliento, del desconsuelo infinito, que revela un escepticismo majestuoso é imponente.

Entre los hebreos notamos el mismo fin moral y la misma organización social que en la India. « Dios dijo á los hombres primitivos creced y multiplicaos, y prometió á Abrahán, que su posteridad sería más numerosa que las arenas del mar ».

Al establecer sus instituciones los hebreos, creían obedecer la voluntad divina y las basaban en el mismo principio, de propagar la especie como los indios, su organización social difiere poco de la de la India. Entre la ley de Manu y

la de Moisés existe gran semejanza. La ley del matrimonio facilita la repudiación y autoriza la poligamia. El único obstáculo que la ley mosaica opone al divorcio, es la obligación que tiene el marido de dirigir la carta de divorcio (1). La poligamia tiene mayor tolerancia en la Judea que en todo el Asia Oriental, puesto que el número de mujeres legítimas no estaba limitado; y si bien es cierto que el marido no tenía la costumbre, como en la India, de que su hermano ó pariente más próximo le sustituyese en sus deberes matrimoniales, cuando no tenía hijos, esto se debe al horror que la ley hebraica demuestra por el adulterio; en cambio, cuando el marido moría, podía ceder la viuda á su hermano, con sus bienes, lo que constituía la herencia.

Al casarse el hermano con la viuda, debía darle una posteridad al difunto. Esta institución denominada levirat, se encuentra en la organización patriarcal de la familia y entre las tribus modernas del desierto (2). El levirat era un derecho para el heredero, y, al mismo tiempo, un deber contraído para con la viuda, de la cual, como representante de su marido, era el protector legal. Además, había adquirido la obligación para con el difunto, de legarle una posteridad, con el fin de que su nombre no fuese borrado del libro de Israel. El hecho de que alguien faltase á su deber de casarse con la viuda,

(1) Deuteron XXIV.
(2) Lafitau, Mœurs des Sauvages.

era considerado como un deshonor ante el pueblo, y el que faltaba á esta obligación, era despojado de su herencia, la que pasaba, lo mismo que la viuda, á un pariente más lejano del difunto.

Esta institución que, en apariencia, tiene un aspecto denigrante para la mujer, puesto que se dispone de su persona, de la misma manera que de un legado, no puede menos que extrañarnos en nuestras modernas instituciones, en las que, más que verdadera, una aparente libertad parece dejar á la mujer el libre albedrío de su voluntad en el acto matrimonial.

La índole del levirat, no deja lugar á dudas, pues demuestra con claridad el espíritu de protección para con la mujer, si bien es cierto que siempre la encontramos en la condición de pupila, la misma ley que la somete al tutorado, la ampara y le asegura un protector, en cualquiera condición en que se encuentre, ya sea como hija, esposa ó viuda.

En el caso en que quede huérfana, nadie podrá recibir su herencia sin casarse con ella; además, deberá inscribir bajo el nombre del difunto, en el árbol genealógico de la famillia, al primer hijo hombre que tuviese, dado el caso de que no tenga un hermano que cumpla con este deber. Asimismo, la huérfana no podía ofrecer la herencia ni su mano á ninguna persona que no perteneciese á su familia. Si el padre dejaba hijos é hijas, el heredero era el hombre; pero,

lo mismo que en la India, quedaba á su cargo el alimentar y proveer á sus hermanas.

Hemos indicado, á grandes rasgos, la condición jurídica de la mujer según la ley hebraica.

La historia santa nos da á conocer mujeres de iniciativa que, sin disfrutar una condición jurídica, hicieron prevalecer su voluntad. La primera que nos viene á la memoria es Rebeca, la esposa de Isaac: Rebeca, de sus dos hijos Esaú y Jacob, prefería á éste último por la ternura que le demostraba, y deseosa de que heredase los derechos que pertenecían á Esaú, dijo á Jacob:

« Tomad los dos mejores cabritos de nuestro ganado; con ellos haré un plato que á vuestro padre le gusta mucho, y cuando se lo presentéis os bendecirá ».

En seguida Rebeca vistió á Jacob con la ropa de Esaú y le cubrió el cuello y las manos con la piel de un cabrito.

El anciano Isaac, que había perdido la vista, después de haber comido á gusto, bendijo á Jacob diciéndole:

« Vuestra voz es la de Jacob, pero vuestras manos son las de Esaú ».

Así se ve que, debido á Rebeca, Isaac bendice á Jacob creyéndolo Esaú. Su influencia no se se detiene allí: es ella la que manda á Jacob á Mesopotamia, á casa de su tío Labán, para librarlo de las amenazas del hermano desheredado.

Si la astucia de Rebeca, contribuyó á la mejor realización de los destinos de Dios, en otra forma no ya ingeniosa sino de perversidad, vemos á la mujer de Putifar, quien revela hasta qué punto la mujer hacía prevalecer su voluntad, por absurda ó malévola que fuese, puesto que obtuvo la prisión de José.

En la historia del paciente Job, aparece su mujer excitándolo « á murmurar contra Dios ».

Todos sabemos que el gran Moisés salvó su vida debido á la astuta y arriesgada empresa que ingenió su madre al arrojarlo al Nilo. El corazón de la mujer despierta su sensibilidad con el instinto materno ó el del amor, y la vemos en un caso como madre cariñosa, urdiendo combinaciones para dar el poder á un hijo preferido; en el otro intrépida corriendo el peligro de ser descubierta por salvar al pequeñito Moisés; y por último, como enamorada desdeñada, ejerciendo venganza.

Pero no sólo en este orden la mujer hebrea demuestra su personalidad digna de admiración: La hija de Jephté es un ejemplo : con heroísmo estoico ofrece el sacrificio de su existencia para que su padre pueda cumplir la promesa que le había hecho al Señor, de inmolarle una víctima, si triunfaba de los Ammonitas.

También notamos que, debido á la indiscreción de una mujer, quien reveló el enigma de las fuerzas de Sansón, perecieron treinta mil filis-

teos : más que historia parece un simbolismo la vida de este hércules bíblico. En verdad, el gigante de la fuerza, el rey poderoso de los tiempos prodigiosos, tuvo poca suerte con las mujeres : la primera, á la que más arriba hacemos alusión, denunció su enigma, de cuyo secreto se enorgullecía Sansón, con pueril vanidad, y la otra, la malévola Dalila, encontró el medio de reducirlo á la impotencia. Así vemos al ingenio y vivacidad de la inteligencia femenina, dando origen á acontecimientos que hubieron de tener tan grande importancia en aquella época. La vida de Ruth es una página de un idilio de ternura que refleja el alma de la virtud cristiana. Ruth, abandona el país de los Moabitas por seguir á su suegra anciana, quien había perdido á su esposo y á sus dos hijos. Las dos mujeres se dirigen á Bethelem, en la época de la cosecha, y Ruth se ofrece para trabajar en el campo del acaudalado Booz, el cual, enamorado de su gracia y de su virtud, dice á sus segadores : « dejad caer las espigas para que Ruth no tenga vergüenza de recogerlas ».

La abnegación de Ruth para con la anciana y afligida Noemí, fué recompensada por el Señor, pues, cuando llegada la noche, Noemí vió entrar á Ruth cargada de trigo la dijo : « Hija mía, Booz es vuestro pariente más cercano y, según la ley de Moisés, él debe casarse con vos ». En realidad, Booz se casó con Ruth, terminando así, conforme á la ley, un amor iniciado en el

campo entre las amarillas espigas de trigo y bajo un cielo benévolo.

El gran rey David, rinde culto á la belleza de la mujer, y la pasión que le inspira es tal, que lo lleva al crimen. Para poder casarse con Bethsabé, hizo dar muerte á su oficial Urias, esposo de ésta.

El primer milagro que realiza el profeta Elías, lo obtiene una mujer: la viuda de Sarapeta, quien no teniendo en tiempo de hambre sino un pan, se lo obsequió al profeta; en cambio, éste le resucita á su hijo muerto (1).

Al heroísmo de Judith, debió su pueblo tanto como al más intrépido de sus capitanes; el fanatismo patriótico de esta valerosa mujer la llevó hasta el crimen. Este cuadro lo vemos reproducirse algunos siglos más tarde, en la encantadora Carlota Corday, cuya belleza y juventud atenúa, pero no oscurece la sombra horripilante del hormicidio.

Paulatinamente, la influencia femenina se extiende en los pueblos y va adquiriendo grandes proporciones.

La mujer parece ignorar su condición jurídica; ni siquiera se preocupa de ella; y no sin razón, puesto que su campo de acción es tan vasto que su actividad no encuentra trabas. Su instinto la lleva á conquistar la voluntad del hombre, para, de esta manera, ejercer su in-

(1) Abbé Ch. Mouret.

fluencia; y, en este sentido, desde los tiempos más remotos hasta los de nuestros días, le notamos una habilidad extraordinaria y sugestiva; entre los judíos la reina Esther, llegó á obtener verdaderos prodigios del rey Asuero, para proteger á su pueblo.

Si la ley del Pentateuco no encierra un principio de libertad absoluta para la mujer, no ignoramos que sólo sirvió de preparación para la que encierra el respeto, la libertad y todas las virtudes, esto es, la que entonces se esperaba: la doctrina del Mesías.

En el Talmud existen notables cambios en la condición jurídica de la mujer; la poligamia tiene restricciones y el hombre no puede repudiar á su mujer, sino por causa de adulterio.

La legislación de Moisés, tiene cierta superioridad sobre la de Manu; ésta ha sufrido continuamente modificaciones, mientras que la de Manu permanece casi estacionaria; en consecuencia, entre los hebreos, las instituciones se renuevan y la mujer adquiere mayor importancia que la de Oriente, desde la misma época primitiva, siempre que notamos la influencia social de la mujer, haciendo prevalecer su voluntad sobre la del hombre, es guiada más que por un juicio razonado, por el instinto de su pasión.

GRECIA

Grecia, con su alma democrática y su supremacía estética, nos abre el paraíso de la cultura de los pueblos, por medio del desenvolvimiento de las ciencias y las artes. Aquí como en las anteriores civilizaciones, encontramos á la mujer tratando de igualar la labor del hombre. Ya no solo la vemos gobernando como reina, sino también luchando en la conquista de la gloria intelectual, sin necesitar el apoyo de la cuna ilustre.

Pitágoras, encontró en su esposa una ilustrada colaboradora para su filosofía; Theano dirigía en compañía de su marido, una escuela en la que las mujeres eran iniciadas en las altas doctrinas de la enseñanza pitagórica.

Si la civilización griega revela un grado de progreso en la condición del hombre, la mujer no ha sido refractaria á este noble desarrollo de las aspiraciones humanas. Ella ha tratado de imitar á su compañero y en algunos casos le ha igualado. Además, en Grecia, aparece bajo otro nuevo aspecto social, cuya influencia ha de prevalecer en lo sucesivo, y que la convierte en un ser superior, casi sagrado, embellecido con el

misterio de la pureza, de la gracia divina y del poder sobrehumano, que le atribuye la imaginación popular.

Las sacerdotisas adquieren cierta supremacía, y su opinión se escucha con respeto. Tésalo de Cinion Lasiade, denunció á Alcibíades de haber ofendido á la diosa Ceres y á su hija, por lo que fué condenado y se ordenó á los sacerdotes que le maldijesen; pero Teano de Menon de Agraulo, resistió á maldecirlo, diciendo que era sacerdotisa para bendecir y no para maldecir.

En la legislación griega aún se siente la influencia del despotismo oriental, pues el estado absorbe la familia, y el derecho público el privado. No obstante, en la ley de Solón, la jurisprudencia no estaba encadenada á la religión, como en Oriente.

El espíritu de absorción es menos sensible que en Asia; en cambio el del comunismo adquiere grandes proporciones. Solón dice: « Todos los ciudadanos son miembros de un mismo cuerpo, y cuando se hiere á uno de ellos, todos se deben sentir atacados ». Y este espíritu de comunidad se desarrolla de tal modo que, todo individuo tiene derecho de espiar la vida privada de las familias, lo mismo que los patrimonios, los que estaban sometidos á la vigilancia de todos y de cada uno en particular.

Demóstenes dice á los atenienses: « En el tiempo de vuestros antepasados, los niños y las

niñas no sólo pertenecían á sus padres y á sus madres, sino antes que todo á su patria ».

Esta idea de que todo individuo, primero que á su familia, pertenece al estado, constituye el elemento fundamental de todas las organizaciones sociales, políticas y religiosas de la antigüedad; si sólo consideramos el espíritu de su legislación, notamos, comparándola con las leyes modernas, que el hombre carecía de toda libertad de acción particular, especialmente en Grecia, donde estaba sometido á un continuo *control* y donde cualquiera tenía el derecho de denunciar á su vecino. Decimos, que la legislación, más bien que favorecer y generalizar el derecho individual tiene por fin asegurar y someter los ciudadanos á la patria; en consecuencia, no podemos pretender encontrar á la mujer representada y garantida como una individualidad ante la ley, puesto que estos derechos se han reconocido posteriormente como fruto de una civilización más acabada, y podemos decir, que aun para los hombres de aquel tiempo, tal condición era desconocida. Si el hombre representaba al individuo que debía servir á la patria, la mujer era considerada como madre y como esposa de la cual nacían estos individuos y no como mujer.

En pocas naciones como en Roma, adquiere mayor ascendiente en su condición de madre; si comparamos el aspecto sobresaliente de la mujer en la sociedad romana con la griega,

veremos á la matrona romana, colmada de atenciones y de privilegios, mientras que á la griega la vemos sobresalir como cortesana, seduciendo por su belleza, por su lujo y por su talento; los más grandes filósofos les rinden el tributo de su admiración y departen con ellas sus pláticas filosóficas. La cortesana artista, instruída é inteligente, debió haber existido en Asia desde remota antigüedad, pues aún hoy encontramos estos usos en el Japón, donde las hetairas del Yosivara reciben una educación esmeradísima; ellas cultivan la poesía, la literatura, la pintura y conocen la filosofía más compleja, mientras que las Oirán de la aristocracia y las madres de familia, viven careciendo de toda enseñanza intelectual.

El japonés, encuentra lógico que la mujer destinada á agradar al hombre, posea la mayor cultura artística; no así la esposa, cuya única misión es la de perpetuar la raza. En Grecia, encontramos un vago parecido á esta costumbre, que se pierde por completo en la civilización romana.

En las leyes de Solón, la organización doméstica se liga íntimamente á la organización política: la ciudad tal cual la divisaba Solón, no era sino una aglomeración de familias formando grupos por "phratries" (1); la conservación de

(1) Subdivisión de los tribus. Los poemas homéricos hablan de ellos; en algunos estados se conservaron hasta la época de los romanos.

cada familia interesaba al cuerpo social entero, y para conservarlo mejor, la democrática Atenas se sujetaba á instituciones que parecían copiadas á Moisés y á Manu. Aunque el poder del jefe de la familia era casi absoluto, tenía no obstante grandes restricciones : si éste abusaba de maltrataba á su hijo, á su hija, á su mujer ó á su pupila, cualquier ciudadano podía llamarse defensor de ellos y presentar su queja ante la justicia criminal, " lo que bastaba para que la autoridad pública los tomase bajo su protección. Solón, había colocado á los menores y á las mujeres al amparo del Arconte. "

Si es cierto que entre el Oriente y la Grecia existen ciertas semejanzas, en cambio también bay grandes diferencias. Aunque el estado ejerce un poder casi omnipotente, como en Asia, en Grecia, ya no constituye un despotismo absoluto ; sino la soberanía de un pueblo en la que están comprendidos todos los poderes, pues es el pueblo el que hace justicia, el tribunal y la asamblea suprema ; de esta manera ha quedado substituído el cuerpo formado por los sagrados levitas ó brahamanes. El tribunal que debe juzgar una causa, se elige por suerte, en medio de la multitud formada por todas las clases sociales, ya se trate de un asunto civil ó criminal. No dudamos, que ante estos tribunales, más dominaba la elocuencia que la razón y que el sentimiento de justicia : ciertamente, no era con argumentos jurídicos como Demóstenes trataba

de lograr el sufragio del pueblo. Y la bella Friné, á la que la bondad é impresionabilidad del alma helénica no le era desconocida, cuando supo que era acusada, no recurrió en busca del protocolo legislativo para defenderse, le bastó mostrar desnuda su belleza de Venus seductora.

El alma de la Grecia antigua, formada de sensibilidad exquisita, de ternura magnánima y de poesía elocuente, se refleja en su legislación, más suave, más humana, aunque menos razonada que la romana.

Jamás Grecia ha conocido la tiránica « patria potestas » de Roma. La ley ática establece los deberes recíprocos entre padres é hijos, fundados en la afección mutua; el padre debe atender á su hijo joven y el hijo á su padre anciano; pero si éste no ha educado á su hijo, de niño, no debe esperar nada de él en su ancianidad.

El estado, por su espíritu de absorción y de invasión, tiene los caracteres del despotismo oriental; pero al mismo tiempo es más liberal que ninguna de las democracias modernas; seguramente que estas condiciones, opuestas, de la legislación, han ejercido gran influencia en la situación social de la mujer, presentándonos á dos tipos sociales de mujeres enteramente diversos; la madre de familia y la cortesana. El hombre, por las funciones múltiples que le concedía la ley, debía pasar todo el día en la plaza pública; en cambio su esposa permanecía en el hogar, no asistía á las comidas ni á los espec-

táculos públicos ni le era permitido salir de la casa, ni aún sentarse en la mesa de la familia, donde un invitado ocupaba su sitio. Tristemente relegada en el gineceo, donde sólo á los parientes más próximos les era permitido entrar, no se dejaba ver fuera de él sino en determinados casos, que eran raros y fijados por la ley (1). En esta condición, los griegos veían en el matrimonio un deber odioso impuesto por el Estado. Desde el tiempo de Solón, la ley penal contra los célibes había abierto una acción pública contra ellos, Platón, posteriormente, dice : « nosotros no vamos al matrimonio por nuestro gusto, necesitamos que las leyes nos obliguen ». Sin duda que los tiempos de Solón distaban de la época de la poesía homérica, en la que se veneraba á la mujer lo mismo que al matrimonio. Aquiles, dice : « No existe hombre honrado y sensato que no quiera y honre á su mujer, ningún bien es más precioso en la tierra, exclama el esposo de Penélope, que la unión conyugal, en la que reina la armonía y un amor mutuo ».

Indudablemente que en Grecia, como en todos los pueblos primitivos, en la época patriarcal, es en la que la mujer tiene mayor importancia, la que va disminuyendo conforme se organizan las ciudades y se dictan leyes. A medida que el hombre progresa y recibe mayor cultura su espíritu, la mujer, en general, va perdiendo

(1) Paúl Gide

su importancia social. Relegada como estaba en Grecia al gineceo, no tardó en presentarse, bajo otro aspecto que unía á la más clara inteligencia el espíritu libertino del hombre: hablamos de la cortesana. Sin duda que no á todas las mujeres les es dado vivir en la inacción, ignorancia y sumisa obediencia á que la ley la sometía; no le quedaba pues, otro medio para desplegar sus energías, en una vida activa, nutriendo su inteligencia con la ciencia que se extendía rápidamente en todo lo instituído, y adoptar la vida de la cortesana. Situación no solo lamentable para la mujer, sino para la sociedad en general, porque el apogeo de la prostitución y del vicio, trae como consecuencia el aniquilamiento social general.

No obstante, nos resistimos á creer que la esposa griega se sometía humildemente á la condición pasiva que le prescribía la ley. Temistócles nos da un ejemplo de la influencia privada que ejercía la esposa. Cuando exhorta á su mujer para que no engría tanto á su hijo, le dice: « Mira mujer, los atenienses mandan á los griegos, yo á los atenienses, tú á mí y á ti el hijo; por tanto vete á la mano en tu autoridad, porque aquél, con no tener mayor juicio, manda sobre todos los griegos (1) ».

Más tarde vemos otro caso que demuestra el carácter y libre albedrío de la mujer. Un ejem-

(1) Plutarco.

plo es Hipareta, hija de Hipónico, quien casó con Alcibíades y disgustada con su esposo, abandonó su casa y se fué á vivir á la de su hermano; después se presentó al Arconte, pidiendo el divorcio, el que no llegó á realizarse porque se reconcilió con Alcibíades, quien la llevó á su lado y vivió con ella hasta su muerte.

La educación de la niña, era restrictiva y absoluta. La base de su educación, era la discreción : se le enseñaba á " no hablar, á no escuchar y á ver lo menos posible ". Sus deberes constituían , cuidar su casa y obedecer á sus padres y á su marido. Toda la ciencia de la niña se reducía á saber cantar y bailar, para que pudiera figurar en los coros de las fiestas religiosias; en cambio el joven ateniense recibía una educación esmerada, y cuando llegaba á ser hombre, repartía su tiempo entre las deliberaciones del « agora », la lectura, el teatro y las discusiones del « Pecil ».

Aristóteles decía : existen tres clases de personas que no pueden gobernarse por sí. « El esclavo, el niño y la mujer: el esclavo porque no tiene voluntad, el niño porque la tiene incompleta y la mujer que aunque la tiene, es impotente. (1)

Tal vez, los griegos, consideraban la incapacidad jurídica de la mujer debido á su naturaleza débil ; ni aun en el acto del matrimonio

(1) *Aristófanes;. Lysistrata.*

se consultaba su voluntad; en cambio su subsistencia estaba asegurada siempre, porque cuando le faltaba el padre, la ley le dada un tutor, el cual la procuraba un marido, entre sus parientes más próximos; en este sentido, Solón iguala á Moisés y á Manu; en cambio no se encuentra nada que semeje á la institución de Oriente, cuando se trata del caso de esterilidad. Si los matrimonios no tienen posteridad, les está permitido asegurársela por medio de la adopción, la que era prohibida cuando tenían hijos. También difiere de las costumbres orientales el hecho de que la mujer viuda, no quedaba bajo la tutela de la familia del marido, sino que volvía con sus padres.

Cuando en el matrimonio no había sino hijas, no podían heredar, dada la condición de incapacidad general en que las colocaba la ley, y no les era permitido, en el Estado, ejercer las funciones que había desempeñado el difunto; pero si á la hija le era vedado que representara por sí á su padre, no obstante por su conducto debía perpetuarse su nombre; así correspondía al Arconte vigilar el matrimonio de la huérfana y que el primer hijo que tuviese llevase el nombre del muerto y que fuése colocado en la condición de una especie de adopción póstuma. También era para el primer hijo que tuviera la huérfana, para quien se reservaba la herencia del difunto. Hasta que naciese el hijo esperado, esta herencia formaba parte de la dote

de la huérfana, y provisionalmente, la administraba el marido. Todas las situaciones de la vida en que se puede encontrar una mujer, estaban admirablemente previstas por la ley, de manera que en ningún caso no le faltase un protector. Los más próximos parientes, consanguíneos, podían reclamar la mano de la huérfana y aun pedirla en justicia. De igual manera cuando no tenía dote ni herencia, el pariente á quien le correspondía casarse con ella, no podía repudiarla, ni abandonar á la que había quedado sin recursos y sin sostén; la ley lo declaraba su tutor, y si no se casaba con ella, debía procurarle un marido, dotándola por su cuenta, según su propia fortuna; si faltaba á este deber, cualquier ciudadano podía declararse su acusador; por último, si el padre que dejaba una hija al morir, había adoptado un hijo, el primer deber de éste era casarse con ella y dotarla con una parte de la herencia paternal, comprometiéndose á restituirle el exceso, en la época en que el hijo varón, que tuviese llegara á ser mayor de edad. En el último caso, en que la huérfana no tuviese heredero testamentario ni pariente hombre, conocido, la niña quedaba á cargo y bajo la tutela del Estado. El tesoro público la dotaba, y el Arconte, le proporcionaba un marido ó un tutor; en ningún caso se la ve libre, pero siempre protegida, por más que esta situación legal de la mujer en Grecia, tenga la apariencia de una tutela constante y de un do-

minio absoluto; el espíritu griego se inspiraba más que en esta ídea en sentimientos humanitarios y de bondad ostensible para con la mujer. Si quedaba, en cualquier situación en que se encontrase, bajo la tutela del hombre, esta tutela no se hallaba investida de un carácter despótico ni denigrante para la individualidad de la mujer.

La ley no sólo castigaba el adulterio de la mujer, sino también el del hombre, en el caso grave de que éste dejase á su mujer por una concubina. Si el marido tiene el derecho de pedir el divorcio, á la mujer también le es permitido pedirlo por medio del Arconte, presentando una demanda por escrito, con los motivos que tiene para divorciarse. El principio de la monogamia es igual para los dos esposos y demuestra una alta idea de la homogeneidad de los sexos. El marido era un guardador de los tesoros de la mujer; en el momento en que se casaba debía firmar el inventario de todos los bienes que su mujer le llevaba al matrimonio, los que él administraba, comprometiéndose á devolverlos un día.

El hecho de que un padre no casara á su hija ó no la dotara, era considerado como deshonor, y una acción pública se levantaba contra él; en igual caso se encontraba el tutor y también él marido que maltrataba á su mujer, aun cuando ella le fuera infiel. Esta acción traía como consecuencia las más graves penas. La ley

griega no podía ser más generosa ni más liberal para la mujer; si la influencia asiática contribuía á que la tuviese relegada al gineceo, dentro de este recinto habían pensado en darle el mayor amparo y protección.

Es indudable que en la ciudad cuya cultura ha sembrado el germen del lirismo, cuyo perfume se ha extendido hasta Petrarca y Verlaine, la vida social de la mujer debía sufrir algún cambio. Si es cierto que el hogar griego nos recuerda el harén oriental, durante el período clásico, en cambio, al contacto de los hombres superiores, la inteligencia de la mujer tuvo un glorioso resurgimiento, que vino más tarde á completar el cristianismo con su doctrina de salvación y de moral.

Theano y Temístocla, mujer y hermana de Pitágoras, fueron notables por su cultura intelectual, lo mismo que sus cuatro hijas, y de igual modo las de Diódoro, que fué el maestro de Zenón.

El genio helénico no podía dejar de modificar en la condición de la mujer; la influencia de la mentalidad masculina hizo nacer en su espíritu nuevas aspiraciones; comprendió las ventajas que le procuraría el ser una amiga y compañera del hombre, capaz de seguirle en sus luchas, en sus ideales, en sus aspiraciones, en las conquistas de su inteligencia y logró convertirse en una inspiradora. La beociana Friné inspiró la « Ana Agomena » á Praxíteles.

Sin duda por la excesiva opresión que el egoísmo del hombre ejercía sobre la esposa, la emancipación de la mujer griega no se operó por escalas, sino que dió un salto hasta llegar al extremo opuesto y nos presentó á la mujer enteramente libre bajo la forma de las cortesanas en oposición á las del gineceo. Según Peladán, las más célebres fueron asiáticas, entre otras Aspasia y Thargalia, á quien Aspasia había tomado por modelo; de manera que á las orientales sólo les bastó el cambio de ambiente y frecuentar hombres menos egoistas y de espíritu más culto que los asiáticos, para transformarse de un ser envilecido en un alma sensible á la pasión y á la belleza. No obstante, la cortesana dista mucho del ideal de la mujer católica, que apareció después agregando á las cualidades de una inteligencia culta y de la sensibilidad apasionada de la griega, la dignidad y la virtud cristiana.

La espiritualidad de las cortesanas no fué un mito; no falta poeta que haya dicho que tenían la voluptuosidad del alma. Su inteligencia es ingeniosa, la cultiva, y con ello adquiere una importancia social única en la historia.

No podía ser de otra manera; la mujer que tenía un corazón sensible, sentía que llegaba hasta ella como aroma etéreo el perfume de la sabiduría, que las despertaba del secular letargo intelectual y optaron por seguir el único camino que les quedaba abierto, fuera del gineceo,

el que quedó relegado, moralmente, en la condición de un serrallo; porque en él, la mujer en general, se resignaba en su misión de reproductora de la especie, sin que algunas veces el amor embelleciese esta unión, pues debemos tener presente que el matrimonio era obligatorio. El corazón helénico no podía latir dentro del estrecho molde á que lo sometía la ley y por eso el desborde de su exquisita sensibilidad se tradujo en las producciones creadoras de lirismo poético, de ciencia y de obras de arte, que constituyen la maravilla de los siglos.

Y la mujer no es ajena á esta fuerza creadora; fué la griega la inspiradora, recibió del hombre las emanaciones sapientes que la transfiguraron en un ser consciente, é igualó al hombre en su labor, de igual manera que en su vida libre, entregándose á las expansiones del amor, con la misma facilidad del hombre.

Al lado del nombre de un filósofo, se encuentra el de una cortesana; y las parejas formadas por estos nombres, son las más gloriosas de la Grecia ; al lado de Sófocles figura Teoria, al de Aristóteles, Heryllis; al de Epicureo, Leontiuma. Platón se inspira en Arceanassa, para escribir sus versos sobre el amor, y Sócrates, Sófocles, Aristófanes y Alcibíades, también han cantado á la cortesana ; así no nos sorprende que un escritor contemporáneo, hablando de ellas diga : « Su mérito se eleva á cierto idealismo : ellas fueron las educadoras sentimentales de Occi-

dente, y de su baja condición supieron sacar un elemento de civilización. »

Maurici Barrès, con su gracia de narrador incomparable, describe en un cuento seductor, á la admirable filósofa Hipatía, la última defensora del paganismo griego, sacrificada por su amor á los dioses.

La mujer griega es la primera que revela un esfuerzo, una voluntad, una acción, al mismo tiempo que un alma esencialmente femenina; porque si ella frecuenta las cátedras, se absorbe en las profundas disertaciones filosóficas, es, más que por el deseo de adquirir una personalidad, por agradar al hombre. Ha comprendido que la belleza del cuerpo no es suficiente atractivo para impresionarlo ; que si se emociona ante la belleza femenina, ésta no le basta bajo la forma inanimada de la ignorancia, porque no llega hasta su alma. Comprende que le produce igual efecto que el mutismo de una estatua, de la cual no se recibe la misma emoción que despierta un alma, con la cual se puede disfrutar el gran placer de la comunión de ideas, de pensamientos, de las emanaciones sublimes del espíritu y del amor. Si la mujer griega se ilustra y llega á ser cortesana, filósofa y poetisa, es por su afán seductor, y alentada por la magnanimidad de hombres de genio.

ROMA

Si la influencia del espíritu helénico nos muestra á la mujer, no ya en la condición de sierva como en la civilización oriental, en Roma la vemos aparecer bajo un nuevo aspecto social. No es la seductora cortesana, la mujer libre y sin moral, aunque encantadora á pesar de su impureza, la que inspira á los poetas y la que su cuerpo de Venus, el arte perpetúa, como la glorificación de la belleza.

En la antigua Roma, la ley y las costumbres invisten á la mujer de autoridad, de dignidad y de respeto. En la condición de matrona, adquiere una respetabilidad que jamás se le tributó en Grecia, y que muy poca importancia se le da en estos días.

En la primera república, la legislación romana es muy restricta, como convenía á un pequeño Estado cuyas instituciones estaban en vías de formarse. El primer aspecto de la jurisprudencia revela el espíritu sacerdotal ó religioso, bajo el cual se doblega á la familia, y á este concepto se debe el poder absoluto de que disfruta el padre. El, es para con su esposa y sus hijos un juez severo que demuestra, casi, el carácter de

los señores medioevales de horca y cuchillo, cuya aparición, posterior, fué como un renacimiento de la influencia bárbara.

Es cierto que el hombre, aunque tiene el derecho de vida ó muerte, el espíritu de la ley, más que al hombre sobre la mujer, lo implica al padre; pues en la misma condición de la esposa y de la hija se encuentra el hijo.

Un senador, cómplice de Catilina, fué condenado á muerte por su padre. Conocemos algunos ejemplos de este acto bárbaro. Un padre condenó á dos años de destierro á su hijo; otro, en el tiempo de Adriano, condenó y él mismo ejecutó á su hijo. En la época de Antonio, ya repugnaba esta costumbre, que no tardó en abolirse. En los casos citados, el pueblo quiso vengar al hijo, castigando al asesino, y en el segundo, el príncipe intervino y condenó esta cruel conducta con la deportación.

En el siglo III desaparece el poder absoluto del padre y sólo le es permitido, cuando tiene motivo de queja contra su hijo, llevarlo ante los jueces, y en este caso la mujer lo acompaña. La ley Juliana, era tan liberal en este sentido, que autorizaba á los magistrados á dar permiso á los hijos á que se casasen contra la voluntad del padre.

La mujer era condenada generalmente por adulterio. Este derecho del esposo de vida y muerte sobre su mujer, duró corto tiempo. En la época de Augusto, el marido que daba muerte

á su mujer, aunque la encontrase en fragante delito, se le acusa ante los tribunales y se le trata como á un asesino. Sólo el padre conserva durante algún tiempo el derecho de matar á su hija en el momento del delito, de igual manera que á su cómplice.

El matrimonio se consideraba como una institución sagrada, santificada por la religión. En el recinto conyugal, del cual la poligamia estaba proscrita, la madre de familia reinaba al lado de su marido, pues como él ejecutaba los ritos sagrados en el altar de Penates, ante el cual ambos esposos llevaban el mismo título; si al hombre se le denominaba « flamine » su esposa era « flamínica ».

Las mujeres quisieron tener su divinidad; una Diosa, y levantaron un templo á la Fortuna viril, la que debía conservarles el amor de sus maridos. Desde estos tiempos, en los que se puede decir se inició en la humanidad la monogamia del matrimonio, la primera actitud femenina es una manifestación de la inconstancia masculina. Tanto las damas de la pequeña república romana, como las que aparecen después en las diferentes evoluciones sociales, que la historia muestra á través de los siglos, en todas se nota el vivo interés que tienen por conservar la felicidad conyugal. ¡Eterna aspiración de la mujer! ¡eterno afán en pos de una quimera! ¡eterna oposición de la constancia y de la inconstancia! ¡Sutil sentimentalismo del

espíritu, que conmueve las almas de ogaño de igual manera que las de antaño y ante el cual la psicología de los siglos y de las razas aún se mantiene nebulosa!

El alma de la primitiva romana, se impresiona ante el culto religioso que practican los hombres, y en su espíritu de imitadora, desea hacer lo mismo que ellos. Al poner en práctica este deseo, forja una divinidad que la proteja contra lo que más teme, revelando así el alma esencialmente amante de la mujer.

Un historiador dice: « La mitad de la historia de un pueblo y la más verídica, está escrita en sus leyes »; justamente Roma modifica su legislación según las costumbres que adoptaba la sociedad, y cuando una ley caía en desuso, por autorizar una costumbre que la sociedad desdeñaba, la sanción pública condenaba al que quería hacerla resurgir poniéndola en práctica.

Sabido es que el derecho romano se dividía en la « protestas dominicas »; derecho del patrón sobre el esclavo, la « patria potestad » derecho del padre sobre el niño, « manus » derecho del esposo sobre la mujer, el « mancipium » derecho del hombre libre para detener á otro que no lo es y el « dominium », derecho de la propiedad. El estado de la primitiva organización romana marca de una manera precisa la transición de la vida patriarcal á la definitiva organización dé la ciudad.

La base fundamental de la legislación es co-

mo en Grecia, el sostenimiento de la familia, en la forma esencial de perpetuar un heredero, lo que desde luego era indispensable para realizar el culto religioso. El cimiento del hogar lo forma el altar; el padre de familia es el sacerdote que debe mantener el culto de los lares; aun el de Vesta se atribuye, en su origen, al doméstico, del fuego perpetuo.

Tanto en Grecia, como en Roma, la casa es un santuario inviolable, y el jefe de ella tiene el poder de ofrecer sacrificios. Bajo su autoridad sagrada, se someten las mujeres, los hijos y los esclavos. El, puede, dispone á la vez del patrimonio, de la casa y de los que la habitan; su principal obligación consiste en que jamás falte un heredero en el hogar, para perpetuar la familia, y en el altar quien ofrezca sacrificios. En este caso la ley de sucesión es igual á la de Atenas. La fórmula judicial de ambos pueblos ofrece un singular contraste; los griegos, se dejaban impresionar fácilmente por la elocuencia; mientras que el romano se sometía estrictamente á la ley, de manera que no podía dar el menor paso sin estar dirigido por un legista. Paúl Gide dice: « Tal vez sorprenda que una república orgullosa y libre se colocase bajo el yugo de una ley tiránica, pero estos altivos republicanos supieron comprender que la esclavitud de las leyes asegura la gran libertad de los pueblos ».

El mismo autor hablando del poder del padre

de familia dice : « Los antiguos romanos consideraban, sin duda, los deberes de la familia de naturaleza demasiado delicada para entregarlos al examen indiscreto de los tribunales y á los debates de un procedimiento público. El hogar doméstico era, para ellos, un asilo sagrado del cual ningún agente del Estado podía traspasar el umbral, esto es, un santuario impenetrable, cuyo misterio el legislador y el magistrado debían respetar ».

Entre un padre y su hijo, entre un marido y su mujer, no toleraban la intervención de ningún poder extraño; de aquí la omnipotencia del jefe de familia.

El baluarte ante el cual se acogen los antifeministas de todas las naciones y de todas las épocas, es la apariencia de inferioridad en que el legista colocó á la romana. Si es cierto que la ley es más generosa que la oriental y que la griega al acordar á la hija igual derecho de herencia que al hijo, en cambio, tan luego como el padre de familia desaparece, principian las diferencias jurídicas. El hombre, una vez llegado á la edad de la pubertad, es independiente y dueño absoluto de sus derechos. Cicerón, Isidoro de Sevilla y Ulpiano, están de acuerdo al decir que si la ley ha puesto á la mujer sometida á la tutela, es á consecuencia de la debilidad del sexo, de su inexperiencia y de su ignorancia. Estas opiniones prueban á primera vista que los Schopenhauer existieron en todos

los tiempos. Gaius, es el único autor, entre los antiguos, que se interesa en esta desigualdad jurídica y trata de profundizarla; él dice: « La opinión vulgar es que las mujeres deben estar dirigidas por sus tutores, porque tienen la inteligencia demasiado estrecha para poder gobernarse por sí; pero esta razón es más superficial que sólida. La tutela se ha establecido en el interés de los tutores, con el fin de que la mujer, de la cual son presuntos herederos, no pueda quitarles su herencia por testamento ni empobrecerlos con alienaciones ó deudas. » Este juicio, esencialmente legista, no admite duda y revela, como causa más próxima, un procedimiento jurídico; pero si observamos su relación con un estado social, en el cual se manifiesta la mujer en pleno desenvolvimiento de sus facultades y ejerciendo su influencia al mismo tiempo que el hombre, en la sociedad, otra causa, tal vez menos jurídica, pero sí más filosófica, se puede observar: esto es, el espíritu de protección.

La ley ha previsto todas las condiciones en que se puede encontrar la mujer, y jamás le falta un amparo contra las necesidades de la vida; siendo hija de familia, su padre debe procurarle una dote; en esta situación le es permitido contraer deudas, el padre es responsable; no así bajo el tutorado, puesto que su herencia podría sufrir menoscabo y el perjuicio lo sufriría no sólo ella, sino también sus presuntos herederos.

El poder del tutor se reduce al de un administrador de los bienes de su pupila, con la obligación de dejar intacto el patrimonio; por lo demás, es libre en todos sus actos y no necesita de la autorización de su tutor para contraer matrimonio. « Durante las ceremonias, ella es la que pronuncia la fórmula jurídica, la que ejecuta el rito solemne, la que toca con la vara simbólica al esclavo liberto, la que golpea con la barra de bronce el platillo de la balanza, es ella, en fin, la que en el *convention in manun* se vende á su esposo. Que el tutor se coloque á su lado, que pronuncie en el momento necesario la fórmula « auctor fio » y ha llenado su misión ». Además existía la tutela testamentaria, según la cual, le era permitido al padre elegir para su hija un tutor que no perteneciese á la familia, el cual no tenía derecho á heredar á su pupila; por consiguiente, no podía ver interés alguno en intervenir en la disposición que la pupila hiciese de su fortuna. Si en el caso anterior se manifiesta el deseo de conservar el patrimonio de la mujer, para ella y su familia, en el presente, libre de toda tutela eficaz y seria, su emancipación es completa.

Tito Livio define así el matrimonio: « *Consortium omnis vital individual, divini et humani juris communicatio* », esto es: la unión de dos vidas, la de dos patrimonios, la comunidad de todos los intereses temporales y religiosos. A pesar de que la ley autoriza el divorcio, el ma-

trimonio es indisoluble, porque la religión y las costumbres lo prohiben. El hombre que repudia á su mujer, queda deshonrado por la censura del censor y excomulgado por el sacerdote. Sólo puede borrar su falta ofreciendo parte de sus bienes á las divinidades que han presidido su unión.

La fórmula más antigua del matrimonio se denominaba « in manum marité », y según ella, la mujer perdía todo derecho en su familia y pasaba á formar parte de la de su marido. Esta costumbre, enteramente primitiva, no duró largo tiempo. Un gran inconveniente se oponía á ello : los intereses de la familia de la mujer que pasaban á la del marido. En la nueva forma de matrimonio, la mujer no rompió sus vínculos con su familia, sino que continuaba en el seno de ella. Realizaba el matrimonio por su voluntad y ni aun necesitaba el permiso de su tutor. Entre el matrimonio griego, oriental, y el de Roma, existe una gran diferencia, en Grecia y en Oriente el tutor, que es el pariente más cercano, tiene obligación de casarse con la huérfana ; además, la sucesión de las familias se puede efectuar por la línea femenina, lo que no podía suceder en Roma ; porque la mujer elegía su marido fuera de los miembros de su familia, y al suegro no le era permitido adoptar á su hijo político.

La nueva forma del matrimonio no trajo la completa abolición de la primitiva « convention

in manus » y ambas existieron al mismo tiempo, pues ésta convenía y protegía de una manera especial á la mujer que tenía patrimonio. Hija ó matrona, la mujer estaba rodeada de respeto, y de una manera especial como sacerdotisa: Las vestales quedaban libres de la patria potestad, podían recibir legados y disponer de sus bienes por testamento. Si un condenado á muerte tenía la dicha de encontrarse en su camino con alguna vestal, quedaba perdonado.

La vemos, pues, como sacerdotisa tratada cual una divinidad, lo mismo que las profetisas; Marta, una mujer de Siria, era conducida en una litera al campamento de Cayo Mario, quien la llevaba en su compañía durante sus expediciones, y Tarquino el Soberbio, se inclinaba ante la Sibila de Cumas, sacerdotisa de Apolo.

El matrimonio era cosa santa, consagrado por la religión, y la madre de familia reinaba sola al lado de su esposo en el recinto conyugal, del cual la poligamia estaba proscrita. Como el hombre, la matrona ejecutaba los ritos sagrados en el altar de Penates y, tenía derecho á llevar, por la calle, la estola, que desde lejos la daba á conocer y le aseguraba el respeto público.

De los niños que nacen sin que sus padres hayan contraído *justes noces*, la ley sólo se ocupa de la condición jurídica de la madre, la que deben seguir sus hijos; esto es, la que ella tenga en el momento de dar á luz; no obstante, Adriano, hizo que de una mujer libre, en cual-

quier momento del embarazo, naciese su hijo libre. En ambos casos debía, pues, seguir la filiación de su madre, la que de hecho quedaba fuera de la *patria potestad*.

La mujer que llegaba á tener tres criaturas, aunque fuese fuera del matrimonio, tenía derecho á la ciudadanía, y en consecuencia beneficiaba de la distribución. No se puede negar que en aquel tiempo la condición de la madre de familia llega á su mayor apogeo, y adquiere más importancia que en la dudosa denominada del matriarcado.

A la niña se le bautiza á los 8 días de nacida y al hombre á los 9. Corresponde á la abuela ejecutar esta ceremonia : sacar al niño de su cuna, y si el recién nacido no tuviese abuela, una tía ó la pariente más cercana puede reemplazarla. « Debe ser una mujer que tema á los Dioses ».

En las costumbres establecidas, encontramos á las antiguas romanas preocupándose de las mismas cosas que las modernas elegantes; se discute si la mujer deberá alimentar á sus hijos. El filósofo Favorinus, defiende la causa de que las madres críen á sus hijos, no obstante muchas matronas preferían darlos á criar.

La niña de buena familia recibe una educación esmerada : estudia en la escuela pública ó bajo la dirección de maestros particulares; se le enseñan las dos literaturas, griega y latina, principalmente la poesía, pues escucha la lec-

tura de los poetas. También debe aprender la música, el canto y el baile, y antes de que se case, su padre le consulta si no pone inconveniente.

El *jus connubu* permitía contraer matrimonio, sin el cual no existía ni la *patria potestas*, ni el *jus agnationis* con sus efectos para la herencia. El *jus comercu* es el derecho que tiene el individuo *de disponer* de sus bienes, según las reglas de la ley; por consiguiente podía adquirir bienes y testar.

Socialmente, el hombre, no adquiría toda la dignidad de un ciudadano, si no era casado, porque en este caso la ley le daba el carácter sacerdotal de los dioses lares y lo investía de una autoridad sagrada.

También adquiere en esta condición el *manus*, poder absoluto como esposo sobre su mujer, el de *patria potestas*, como padre sobre sus hijos, y como patrón sobre sus esclavos. En el *atrium* ejercía un poder omnipotente, pues como recinto sagrado allí no penetraba la ley. Se puede decir que todo el destino de Roma estaba contenido en el derecho de los padres de familia. No falta historiador que diga, que á la edad de 25 años la mujer quedaba libre de toda tutela, en el siglo III. Es probable, agrega, que después de la ley « Poppaea », dada por Augusto, la paternidad era un título de honor y de utilidad que daba derecho, al hombre, á ser registrado en el tesoro público, con lo que podía heredar, reci-

bir legados y gozar de la parte reservada al fisco, « dulce caducum ».

El poder que la ley otorgaba al padre de familia, y según el cual le era permitido ejercer la autoridad más absoluta sobre la mujer, tenía un temible examen, que lo aniquilaba : la reprensión del censor, la opinión pública, y aun la acusación criminal, ante el pueblo, el que suplía la autoridad del legislador y del juez, para vengar la autoridad ultrajada. Así, un padre, no podía castigar, según la moral establecida, sin tener el consentimiento del consejo de familia, y si ejercía el derecho á que la ley lo autorizaba, contra la opinión de ellos, debía someterse á un juez terrible, el pueblo.

En esta condición, fácilmente comprendemos que su autoridad, más que á la vida práctica, sólo perteneciese al protocolo judicial. Es difícil suponer que entre los numerosos miembros que forman una familia, una mujer ó un hijo, no encontrase defensores, además pocos casos cita la historia de padres que hayan condenado á muerte á sus hijos, y lo mismo sucede con la facultad de repudiar á la mujer.

La esclavitud jurídica en que generalmente se cree que vivía la antigua romana, resulta pura teoría judicial, cuando se conocen las costumbres sociales de aquellos tiempos.

El matrimonio se realizaba según la *coemptio*, venta simulada que se hacen los dos esposos de sus personas. La fórmula es sencilla. Mujer,

¿quieres ser mi madre de familia? —Lo quiero. Hombre, ¿quieres ser mi padre de familia?— Lo quiero.

Al día siguiente del matrimonio, la *domina*, ofrece un sacrificio á los Dioses lares del hogar y distribuye el trabajo á los esclavos que vigila, « sin dedicarse á ninguna ocupación servil, á no ser que fuese tan pobre que no pudiese tener ni un esclavo ». Cuando nacen sus hijos, ya hemos dicho, que si quiere los cría, ó si no, los confía á un ama, y más tarde se ocupa de educarlos.

Después que ha ordenado y vigilado el cuidado de la casa, se sienta en el atrium, en medio de las imágenes de sus abuelos, hila la lana ó recibe á los parientes y amigos de su marido. Cuando sale á la calle, le rinden el homenaje público con que se honraba á la mujer, los hombres le ceden la acera y hasta el cónsul mismo les cede el paso. Un gesto demasiado libre en su presencia, es una falta que la ley castiga; y esta manifestación del respeto que los romanos guardaban á sus mujeres es tan antigua, que un historiador dice que se puede remontar hasta Rómulo.

El divorcio, raro en los primeros siglos, fué frecuente después. Si es cierto que en aquellos tiempos le estaba prohibido á la mujer, mientras que al hombre se le reconocía el derecho de repudiarla, en cambio ella tenía el recurso de la « trinoctuim usurpatio », que le permitía sustraerse del poder del marido, haciéndose

reclamar por su padre ó tutor. Esta costumbre no tardó en desaparecer, y en el segundo siglo de nuestra era, sólo se considera como un recuerdo de la época de Gaius.

Una de las causas esenciales del carácter sumiso de la mujer, que generalmente se atribuye á su índole natural, ha sido y es, la falta de medios de subsistencia. La que tiene dinero, es altiva, é igual cosa sucede con los hombres; mayor independencia de carácter se notará en el que no necesita recurrir á otro para satisfacer las necesidades de la vida. Esta condición material, influye y modifica la índole moral del espíritu.

De Plauto, tomamos el siguiente coloquio : Una mujer le confía sus quejas á una amiga y le dice que su marido ama á otra. Su confidenta le responde : « Déjalo que ame y que haga lo que quiera, puesto que nada te falta en tu casa; ten cuidado de la palabra : « Afuera mujer ». Esta es la fórmula temida por la pobre, y según la cual su marido puede repudiarla; es la miseseria la que, en muchos casos, la obliga á devorar en silencio su afrenta y su dolor. Tanto la mujer de la Roma antigua, como la de nuestras más cultas capitales modernas, se ve en la necesidad de acallar sus sufrimientos y vivir tristemente en el perpetuo sacrificio de la dignidad ofendida y el martirio del corazón.

Conocemos sólo un ejemplo de la tiranía y despotismo conyugal. Cuenta Valerio Máximo, que

Sempronius Sophus, repudió á su mujer porque fué á los juegos del circo sin advertírselo.

En cambio la mujer rica, es decir, la que ha llevado dote al matrimonio, es altiva y orgullosa, se pasea en carro y llena la casa de acreedores, que el marido pague y que se calle. Le dice: « ¿ No soy yo quien os ha enriquecido? » Sólo en el caso de que le fuese infiel habría lugar á que pidiese el divorcio y que el marido guardase la dote; pero la mujer es severa en sus costumbres. El marido podía apelar al recurso de la incompatibilidad de caracteres; en este caso, la mujer, retira su dote y los hijos quedan á cargo del marido. No tiene otro recurso si no es sufrir su mal con paciencia.

La matrona comparte los honores y títulos de su marido, es cónsula y clarísima como él, y ni aun después de la disolución del matrimonio, pierde el derecho á llevar estos títulos. Asiste á las fiestas públicas y en el hogar cumple con la « sacra privata ». Cuando muere, recibe lo mismo que durante su vida homenajes públicos: el convoy fúnebre atravíesa el Forum, y desde una tribuna, un pariente de la difunta recuerda sus virtudes, y en las composiciones literarias, hace alusión á la abnegación de las Sabinas, á la castidad de Lucrecia, al valor de Clelia, al patriotismo de Veturia y de las matronas que llenaron el tesoro vacío con la guerra de Aníbal. César pronunció en los Rostres el elogio de su tía Julia.

La mujer y la hermana de Augusto estaban investidas de la autoridad tribunicia.

La relación de los honores tributados á las matronas podía ser interminable : Julia Donna, fué saludada con el nombre de Madre de Legiones; Séneca reconoce que á su tía, la más modesta y la más reservada de las mujeres, es á quien debe la secuestura.

Una prueba de la gran influencia social femenina en quella época, es la exclamación de un censor, el cual furioso dijo en el senado. « Ellas gobiernan nuestras casas, los tribunos y las armas. »

Cicerón dice : « Los antiguos quisieron poner á la mujer bajo el poderío de un tutor, y los jurisconsultos han puesto al tutor bajo el poder de la mujer » .

Su intervención y acción política es tan grande como la del hombre. En pocas naciones mejor que en Roma, se deja sentir la influencia femenina. Una de las mujeres que adquieren mayor importancia, en este sentido, es Valeria, hermana del general Publícola, quien reunió á las principales damas romanas y rogó á Volumnia, madre de Marcio Cayo Cariolano y á Virgilia su mujer, para que fuesen al campamento donde se encontraba el general y que le suplicasen que levantase el sitio de Roma. El discurso de Volumnia, llegó á conmover al vengativo general, y esta vez la salvación de Roma se debió únicamente al influjo de la mujer. Los roma-

nos no dejaron de reconocerlo, puesto que en honor de tan fausto acontecimiento, el senado ordenó que se edificase un templo dedicado á la fortuna femenil.

En los días de elecciones, la actitud de las mujeres igualaba á la de su compañero : recorren las calles y públicamente recomiendan á los candidatos de sus simpatías, también les es permitido aspirar á ciertos honores políticos ó sacerdotales, y en la época de Cicerón, ejercían la medicina. De igual modo, públicamente la « flamine augustale » cumplía sacrificios en los altares de la ciudad, implorando á los dioses por el pueblo entero. Los decuriones, le daban el título de patrón con todos los derechos que le estaban agregados.

Catón, el anciano, exclamaba, como podía hacerlo un antifeminista de nuestros días : « Son el sexo indomable » .No falta historiador que atribuya la causa de la decadencia de Roma á la mujer, y en su afán hostil, dice : « El hogar doméstico no fué el único teatro de sus desórdenes; sembraron la agitación en toda la república. Gracias á la libertad en que las dejaban las leyes, se las ve esparcir el tumulto en toda la ciudad, asaltar con sus clamores los tribunales y las puertas del senado, fomentar las conjuraciones, dictar las prescripciones y encender el fuego de las discordias civiles. »

Ciertos acontecimientos que apenas tienen eco en la historia, adquieren gran importancia

cuando queremos descubrir hasta donde llegaba la consideración que se le guardaba á la mujer en la ciudad de los Césares. El senado de Roma entregó á la esposa de Régulo en rehenes por su marido, á los nobles cartagineses, á los que, con atroz crueldad, hizo perecer de hambre dentro de un tonel, cuando supo que su marido había sido crucificado.

Innumerables podrían ser los ejemplos que nos presenta la historia y que denotan la gran influencia femenina y el alto grado de energía á que había llegado en la civilización romana.

No nos sorprenden sus rasgos de crueldad, pues imita al hombre en la rudeza de las costumbres de su época.

La severidad de las leyes romanas y el placer que tenía la república en someterse á ellas, demuestran el alma del soldado, endurecida por los combates, gustosa y noble al cumplir el deber de la disciplina. Si en las letras, lo mismo que en las artes, se considera á Roma hija de Atenas, en el derecho es esclusivamente original y creadora. Su jurisprudencia es obra esencialmente suya y que prueba un carácter formado por vencedores aguerridos Denota que saben apreciar el arduo fruto de triunfos obtenidos en luchas obstinadas y que durante la época de la paz desean disfrutar del orden y de la justicia que ennoblece las almas.

La mujer, lejos de seguir la vida fútil y licenciosa de la cortesana griega, ó la sumisa de

la esposa que se contentaba con reproducirse en el gineceo con igual mansedumbre que la oriental en el harén, se presenta en la sociedad con la alta estimación que el hombre la tributaba. Tan luego como penetra en el atrium, después de casada, las primeras palabras que dirige á su esposo son las siguientes : « Ubi tu Gauis ibi ego Gaia ». (Aquí donde tú eres el patrón yo voy á ser la patrona). Y estas palabras no quedaban reducidas á un formulismo : la matrona asumía el gobierno de su hogar de igual modo que su marido. Todos, aun su esposo la llamaban « domina ».

Columela, dice, que en esta época, la esposa rivalizaba en actividad y celo con su marido, tratando de aumentar con sus cuidados y diligencia las riquezas de la familia. Sabido es que vigila y guarda el tesoro conyugal.

Con frecuencia aparece en las páginas de la historia interviniendo en la política, y debido á su intervención, se deciden los asuntos públicos. Catón el anciano, con chiste espiritual exclamaba : « En todas partes los hombres gobiernan á las mujeres, y nosotros que gobernamos á los hombres, son las mujeres quienes nos gobiernan ».

Catón el anciano, como ya hemos visto, no es el único, en su época, que jocosamente exageraba, revela la participación é influencia social de la mujer en la vida activa de la república; es á la castidad de Lucrecia, á la inocencia de

Virginia, á la que Roma debió su libertad cuando estaba subyugada por los Tarquinos y los decemviros; en otra ocasión las súplicas de una esposa, las lágrimas de una madre conmueven á Coriolano y salvan á la república. La ambición de una esposa, sugestiona é inspira á Linicius la célebre ley que consagra el triunfo democrático de la república.

Los Gracos, deben lo que son á su madre.

Las heroínas romanas son vírgenes puras, esposas fieles, madres abnegadas, han adquirido majestad moral de la alta condición social en que las tenía el hombre, y esta majestad moral basada en la supremacía de los grandes espíritus, se refleja en su persona, en su fisonomía, en su cuerpo, en sus actitudes, en sus gestos, é inspira á los artistas las esculturas grandiosas que á través de los siglos y de las civilizaciones nos muestran la belleza femenina, serena y apacible, de la antigua matrona, modelos únicos, que jamás las vemos renovarse en la historia del arte, así como tampoco se ha renovado en la historia de los naciones una situación más digna é importante en la condición de la mujer; porque tal belleza no la refleja un cuerpo ni un conjunto de líneas perfectas, sino es á través de un alma. Seguramente no sería el espíritu encadenado de la mujer relegada al harén el que podría iluminar los modelos de los clásicos.

La literatura, de igual modo, muestra el al-

ma femenina con toda su amplitud maravillosa, cual los fértiles campos donde se admira la elevación de los álamos, la fortaleza del roble y la pureza de los lirios. Pocos escritores como Virgilio, á excepción de Sófocles, han penetrado el corazón de la mujer y descubierto tesoros de ternura, de casta dignidad y de valor oculto. Sus heroínas son más poéticas que sus héroes. Didón es el alma de la mujer apasionada. Su Andrómaca es más conmovedora que la de Homero, y Camila, representa el tipo de las vírgenes guerreras que han celebrado los poetas.

Si sabemos que las reinas Tanaquila y Lucrecia, como Bertha la hiladora, daban el ejemplo á las damas romanas, no debemos olvidar la actitud del patrón, el cual elaboraba con sus súbditos.

Hasta en simples detalles de la vida de la antigua Roma, se nota el sentimiento de amor y de respeto que el hombre profesaba á la mujer, y esta concepción y clara visión de la igualdad de ambos sexos en las representaciones de la vida social, no sólo pertenecía á la clase elevada y culta, sino que se extendía en todos los individuos del reino.

En las lápidas de los cementerios encontramos inscripciones que revelan de una manera clara y conmovedora este sentimiento de amor y de estimación de que gozó la antigua romana. Copiamos la siguiente inscripción : " Yo Aurelius

Severus, negociante, he mandado hacer esta sepultura para mi compañera Aurelia Claudia y para mis queridos hijos". Más expresiva y sugestiva es la de un liberto, para proteger su tumba, dice : " Ten cuidado, es aquí donde ella duerme".

EMPERATRICES ROMANAS

Si la romana de la república, de una manera especial, en la condición de matrona, se muestra socialmente adaptándose al espíritu del hombre y lo secunda con energía y dignidad, como emperatriz va más lejos en la práctica de estas cualidades. Su espíritu es fuerte y su energía aumenta á medida que la ciudad se engrandece. Sobre las gradas del trono la majestad de su persona se refleja no solo en la riqueza de sus túnicas y mantos, sino también en sus ideales y en el estancamiento de la sensibilidad de su corazón de mujer, en el que domina la vanidad por encima de todo. En verdad que las grandes ambiciones masculinas se despiertan en ella como en el hombre; es enérgica y audaz, intrépida, cruel y absorbente, pero además de estas condiciones, que generalmente se desarrollan en el hombre, revela otras esclusivamente femeninas, en las que le supera, estas son: la astucia y la intriga. Lo mismo ayer que hoy, constituyen la gran fuerza de defensa de la mujer contra las injusticias del hombre.

Durante el reinado de los Césares, ó sea en

el de la grandeza y decadencia del Imperio romano, el carácter de la mujer aparece perfectamente delineado, es la obra de la civilización, del conjunto de organismos que marcan el apogeo de una sociedad. Las emperatrices romanas, cuyas figuras sobresalen en la historia de la nación, varían de las que aparecieron en época anterior en las civilizaciones que precedieron á la de Roma. En las emperatrices, los caracteres están mejor modelados, y la acción de la mujer tiene cierto refinamiento que no conocieron las orientales, aunque en el fondo la ambición en todas las épocas es la misma. La ejecución de los planes que proyectan las soberanas, es de una complicación estudiada, y de un disimulo, que nuestras artistas contemporáneas podrían envidiar. No menos sorprendente encontramos la fingida resignación de las prolongadas esperas, hasta que llegaba el anhelado día en qué la coronación de un hijo ó la alianza de un sobrino le abrían la puerta del Palacio del Imperio, ideal y único anhelo de la familia de los Césares.

Entre las emperatrices romanas no encontramos caracteres varoniles y rudamente decididos como el de la reina Thaoser, quien despojó á su hermano del trono de Egipto y se apoderó de él. Las Agripinas, Livias y Julias del Imperio romano, son menos arrojadas que una Judiht y menos abnegadas que la heroína de Flauber, la princesa cartaginesa. Apoderarse

del poder y gobernar, aunque sea bajo la sombra de un hijo ó ejerciendo influencia dominadora sobre el marido, esto es á lo que aspira, y para conseguirlo posee aptitudes de disimulo que el hombre desconoce. Carece en sus actos de la franqueza con que obra la mujer primitiva. Este don de disimulo le ha sido transmitido por el alto grado de civilización que habían alcanzado y que precursó la degeneración social.

El aspecto de la mujer intrigante y sumisa, hasta conseguir su fin; el tipo de la mujer que engaña al hombre, de la que se humilla, acallando sus sentimientos de dignidad y de ambición para lograr su objeto, es fruto de una sociedad en decadencia y aparece claramente al lado de hombres faltos de energía, en el enervamiento que produce la vida de la abundancia y del placer.

Y estas condiciones que empequeñecen el espíritu, sirvieron de preparación, en el cerebro femenino, para someterse después al de la religiosidad, con mayor facilidad que el hombre.

El hombre, altivo siempre, independiente y resuelto, fácilmente se acostumbró á ver en la antigua compañera de la vida ruda, patriarcal, á un ser débil y obediente, que le debía protección: fomentó en su cerebro esta idea, que produjo en su ànimo dulce letargo de inacción social y la sumió en una vida pacífica, modelada, aunque de apariencia distinta, en el harén oriental, hasta que se operó el formidable

sacudimiento social producido por la crisis económica del siglo XIX, en la que la lucha por la vida adquirió caracteres decisivos. Este fué el origen del gran despertar de las ambiciones femeninas, que trajo como consecuencia la organización del feminismo. Esta gran cruzada que camina en pos de un ideal de justicia cuyos clamores principiaron á dejarse escuchar en el siglo XVIII.

La emperatriz Livia Drusilla al asegurar el trono á su hijo Tiberio, dió pruebas de una habilidad y prudencia poco común. Tiberio, era el hijo de su primer marido, de quien fué repudiada, para casarse con Augusto; á su vez éste repudió á su esposa Scribonia, de la cual le quedó una hija, Julia. El enlace de Tiberio y de Julia, fué el sueño de Livia, la que veía en ello el medio de que su hijo llegase á ser emperador, ya que no había tenido hijos de Augusto.

Octavia, la hermana de Augusto, tenía un hijo llamado Marcelo y también por su lado aspiraba á que fuese el heredero del trono. Augusto solicitado á un mismo tiempo por su hermana y su mujer, prefirió á Octavia y dió en matrimonio su hija Julia á Marcelo. La actitud de Livia, en esta difícil situación adquiere un interés especial. Todas sus ilusiones quedaban destruídas, su amor de madre herido en lo más sensible de su alma, su vanidad desvanecida y su ambición frustrada. Livia, aceptó lo que no podía evitar, ocultando su herida con un estoicismo sor-

prendente, la apariencia serena de su fisonomía le era favorable. Tácito la describe de la siguiente manera : tenía una virtud digna de los primeros tiempos, con cierta afabilidad en sus modales, superior á lo que se le concedía á la mujer de aquella época; madre imperiosa, esposa condescendiente, unía á la habilidad de su marido la falsedad de su hijo. A pesar de ser notablemente hermosa, un autor moderno al contemplar las estatuas que en Roma pasan por ser las de Livia, dice : Es de una hermosura fría, tiene un rostro sin expresión, una fisonomía tranquila, bella é insignificante, porque ella quiere aparecer así; pero que es susceptible de cambiar; además, no se le nota ninguna apariencia de falsedad; la obra maestra del disimulo consiste en saber disimular.

El resultado de esta aparente resignación, no pudo ser más favorable para la Emperatriz; en primer lugar porque le conservó el afecto del Emperador, y en segundo, porque ya fuesen los acontecimientos que se desarrollaban favorables á sus designios, ó que una sutil habilidad los preparaba, es lo cierto que después de transcurridos algunos años, su gran ilusión llegó á realizarse. El matrimonio de Julia y Marcelo no duró largo tiempo. El joven esposo era de naturaleza delicada, y murió el mismo año de su matrimonio. Su madre Octavia, sintió su muerte inmensamente, « estuvo encerrada durante varios meses en un departamento que hizo tapizar de negro y

no permitió que en su presencia se pronunciase el nombre de Marcelo; en cambio, para Livia, la posibilidad de un nuevo matrimonio entre los dos entenados volvió á aparecer; pero por segunda vez, sus esperanzas fueron destruídas. Entretanto el dolor de Octavia se convirtió en odio contra Livia á quien no le podía perdonar que tuviese un hijo gozando de buena salud, Séneca, asegura que odiaba á todas las madres.

Augusto, decidió que Julia se casase con Agripa, su amigo de la infancia; para realizar este proyecto, como Agripa estaba casado con la hermana de Marcelo, Octavia se ocupó del divorcio de su hija, pues prefería asegurar el trono á su yerno que no dejarlo al hijo de Livia ; del matrimonio de Julia con Agripa, nacieron cuatro hijos Gaius, Lucius, y dos mujeres, Julia y Agripina. Augusto adoptó á sus dos nietos. Cuando iba á nacer el cuarto, Agripa póstumo, murió el esposo de Julia, á la edad de cincuenta y dos años

Livia, como mujer de experiencia y previsora, sin duda calculó las probabilidades que podía presentarle el porvenir, é intentó por tercera vez el matrimonio entre su hijo Tiberio y Julia. Esta vez la viuda era menos codiciable, puesto que si llegaba á tener nuevos hijos, ya los primeros Gaius y Lucius estaban designados como los herederos del trono.

Hasta aquí, Julia, se había prestado dócil á seguir el camino que le indicaban, á lo que ha-

bía contribuído sin duda su tierna edad, pero en la época en que se casó con Tiberio, su alma juvenil, voluptuosa y apasionada se encontraba en el vigor de su florecimiento. Su vida libre y sin reparo para con su marido, obligó á éste á separarse de ella, quien se retiró á Rodas, donde vivía modestamente; en cambio su mujer era todopoderosa en la corte, á la que escandalizaba con su conducta.

Al fin, después de una espera que duró largos años, llegó el momento que Livia creyó oportuno para vengarse en su nuera, de sus ambiciones frustradas en dos ocasiones, y de su destino, que la había sometido á soportar en silencio un largo período durante el cual la influencia de Julia y de su tía Octavia, sobrepasaba á la suya en el Palacio Imperial. Livia, se ocupaba, ocultamente, en coleccionar documentos que probasen la culpabilidad de Julia, lo que no le fué difícil, sin duda porque la joven princesa no guardaba reservas ni ocultaba sus pasiones mal refrenadas.

Un crítico, al hablar de la bella Julia, dice: « Bajo la sombra del matrimonio se emancipaba con delicia de los pesados fastidios soportados en el hogar. Desde su temprana edad la separaron de su madre, la llevaron á la Corte, donde creció al lado de un padre que gustaba de la simplicidad de las costumbres de los burgueses y de una rigidez á veces exagerada. La vida no era color de rosa en ese gineceo, entre la tía

Octavia, la austera madrastra Livia y la verdadera madre Scribonia, con la que no perdía ni ocasión de pelear. Augusto tenía la manía de no querer usar sino los vestidos cuya tela había sido tejida por su familia. Era necesario quisieran ó no, coser é hilar la lana, desde la mañana hasta la noche, y esta costumbre de un jefe de Estado, que se proponía conquistar gran popularidad, disgustaba profundamente á la joven princesa, que era nada menos una nausica... En cuanto á jóvenes no se veía uno solo. Todo el sistema de educación era tendente á convencer á los romanos de la divinidad de la sangre de los Julios; era un ceremonial de santuario con algo de los de la corte de España bajo Felipe II. Julia se ahogaba con esta cadena. »

La madrastra, que no desfallecía en sus propósitos, creyó oportuno cuando ya Augusto era un anciano, revelarle la conducta disipada de Julia, con tales pruebas que á pesar del dolor inmenso que ello le causara, el emperador hubo de desterrar á su hija á la isla Pandataria. La actitud de su madre, Scribonia, revela un alma de ternura infinita, formada de sumisión y de resignación, ella que sufrió en silencio su suerte de esposa rechazada, se decide á acompañar á su hija en la cautividad.

En una situación parecida, se encontró la madre de la histérica cortesana Mesalina, pero ésta no muestra un espíritu tranquilo, tiene un corazón, en el que se confunden el valor y el or-

gullo, y son estas pasiones las que hablan á su alma, y aconseja á su hija que se suicide.

Livia, llegó al fin á ver sus ambiciones satisfechas. En el espacio de seis años murieron Lucius y Gaius. Agrippa, acusado de haber querido arrancar á su madre del destierro, fué relegado á la isla Planasia, y su hermana Julia, condenada, como su madre, vivió retirada en Trimeri. El emperador pasaba su ancianidad entre Livia, triunfante. y Tiberio, al que se vió obligado á adoptar.

Cuando Augusto emprendió un viaje hacia Campania, tuvo que detenerse en Nole, donde murió. Livia tomó todo género de precauciones para asegurar, que al mismo tiempo se supiese la noticia de la muerte de Augusto y la sucesión de Tiberio en el poder. Como Tiberio, en esta ocasión, se encontraba ausente, se dice que recibió cartas de su madre que lo llamaba con precipitación, y que ésta había distribuído con cuidado guardias en las avenidas que conducían al Palacio donde se encontraban, hasta que vino su hijo, de manera que no se pudo llegar á saber si Tiberio encontró con vida á Augusto : aun no falta historiador que atribuya, á Livia, el haber envenenado á Augusto, ofreciéndole un plato de higos.

Es lo cierto que la subida de Tiberio al trono estuvo preparada con una previsión extraordinaria. Antes de que la noticia de la muerte del Emperador llegase á la Isla Planasia, un

centurión asesinaba á Agrippa Postumas, de orden de su padre moribundo. Tácito, al narrar este acontecimiento, dice lo siguiente : « Es más probable que Tiberio y Livia, uno por temor, la otra por odio de madrastra, precipitaron la muerte de un rival odiado y temido. »

Cuando Tiberio subió al trono, el triunfo de Livia fué deslumbrador. « En Roma, dice Tácito, cónsules, senadores y caballeros, la adulaban hasta el servilismo. » No obstante, jamás llegó á saciar su ambición, la que no conocía límites. Tiberio, era indiferente á sus recriminaciones y exigencias : « dejaba pasar la tempestad y continuaba su camino », dice René Gagnat. Como ella, ó en mayor grado aún, sólo Agripina ha recibido los homenajes públicos, pues dice el historiador que Agripina hizo que le otorgasen los mismos honores que á su marido. Fué la primera mujer que presidió las revistas vestida de militar, luego agrega : « Más que la esposa era el colega ». Existe gran analogía entre la vida de Livia y Agripina, las mismas ambiciones y al fin las mismas desilusiones y las mismas luchas ; sólo que Agripina llega abiertamente al crimen. No analizamos detalladamente su vida por la vulgaridad que ha alcanzado.

Livia, aunque ya anciana, gozando de una salud extraordinaria, se mantiene enérgica y activa hasta el fin de sus días. Después de haber consagrado su existencia á preparar el trono

para su hijo, se separa de él, abandona la corte, y su casa se convierte en el lugar de cita de los descontentos y conspiradores. De allí salen epigramas y libelos contra el Emperador. A su lado aparece otra mujer notable por su astucia, intriga é insolencia, Urgalina, la favorita de Livia.

Tiberio daba poca importancia á la oposición femenina, y con gesto desdeñoso, de gran magnate, cede el campo del litigio, sin afrontar una lucha que carecía de una importancia decisiva; de igual manera contestó á la hostilidad de su madre que antes á las liviandades de su mujer Julia, con el retiro : si anteriormente se desterró de la corte, esta vez se alejó de Roma para irse á la isla de Capri, de donde no volvió sino para asistir á la ceremonia del entierro de su madre, que murió octogenaria.

Pocas mujeres revelan mayor entereza, resignación y constancia que Livia; si al principio podemos engañarnos creyendo ver en el móvil de sus proyectos una pasión femenina, la ambición de madre, el fin de su vida prueba más que esto, un carácter capaz de competir con el del hombre más tenaz, y el espíritu de mando desarrollado en ella con igual ó mayor intensidad que en muchos de los miembros de la familia real.

Entre estas emperatrices notamos caracteres enteramente opuestos, pero ninguna de ellas refleja mejor que Livia el refinamiento, la as-

tucia y la previsión; la que parece que hubiese legado á la humanidad cual herencia femenina, y que más tarde se hubiese vulgarizado entre las mujeres. La obra del desarrollo y progreso de las sociedades, insensiblemente, la ha ido despojando de toda iniciativa, de toda participación y de toda influencia en las ciencias económico-sociales; porque la mujer, la madre, que seguía y animaba las caravanas, la matrona romana ó la cortesana griega, forman en la historia de la civilización de los pueblos como grandes lagunas luminosas que cortaran la continuidad uniforme y obscura de una vida sumisa y pasiva. Más fácil es seguir la acción femenina y su condición social, buscándola después del serrallo, en los castillos medioevales en los que á los eunucos, han reemplazado dueñas y celestinas y en los que igual culto se tributaba á Cupido que á Dios. Prodríamos terminar esta revista en las sacristías modernas, donde se practica una religión de fanatismo cuyo fondo y esencia difiere de la Iglesia. Aun en algunos hogares encontramos, bajo distinta forma que la de la antigüedad, que la esposa no desempeña otra misión como no sea la de reproducirse, sin tener una noción clara de su personalidad y de sus derechos sociales.

Una de las figuras de emperatrices que adquiere un interés especial, es la de Julia Donna, mujer de Séptimo Severo. Para mejor formarnos una idea de la alta influencia que ejerció

Julia Donna, trascribimos lo que en este sentido ha escrito M. J. Réville : « El siglo III parece, en la antigüedad, que fuese por excelencia el de la mujer pagana é inteligente, que tiene conciencia de su valor y de su poder y que aspira al gobierno de la cosa pública lo mismo que al imperio de las letras; curiosa de todos los problemas de la vida, ávida de una renovación de fe, rodeada á la vez de sabios y de adoradores. El siglo de Zénobia, de las Salonine, y de las princesas Sirias, que representan en la historia de la civilización un tipo particular, intermediario entre la mujer romana y la cristiana, la personificación femenina del sincretismo moral y religioso de su tiempo.

Enérgicas como las romanas del pasado, instruídas y espirituales como las hetairas griegas, graciosas y seductoras como verdaderas sirias, amantes de lo maravilloso y de lo místico como las orientales, y capaces de comprender la realidad de la política como las occidentales. Ardientes en el placer, pero listas para la acción, como los hombres; aunque todavía impregnadas del espíritu pagano, preparadas en las puertas del cristianismo, estas hijas de Hemése, sobre el trono imperial, son las verdaderas soberanas de la sociedad cosmopolita, en la que todas las tradiciones se confunden lo mismo que las múltiples tendencias que germinan en el alma de sus contemporáneos ».

Julia Donna fué hija de un gran sacerdote

sirio y se casó con el emperador Séptimo Severo, quien se cautivó de su belleza, virtudes, talento y se puede agregar también de su dinero, pues tenía una gran fortuna que había heredado de su tío Agripa. Séptimo Severo, sintió por su esposa gran cariño y estimación : « La consultaba en los asuntos de Estado, y ella lo acompañaba y secundaba en sus expediciones siempre ».

Julia Donna, no se dejó absorber por la política; la filosofía y el misticismo la interesaban grandemente, supo rodearse de los hombres de más talento de su época : « En sus salones se reunía la amalgama de todas las civilizaciones del vasto organismo romano. Allí se veían poetas como Oppiano y Gordiano, sabios como Galiano, eruditos como Serenus Samonicus y literatos como Elien. La jurisprudencia y la filosofía social, estaban representadas en la persona de Papiniano, de Ulpiano ó de Pablo, la historia, con Diógenes de Laerte y la pedagogía con Antipater Hierapolis, preceptor de los hijos del Emperador. Entre los numerosos sofistas, el más brillante y el preferido de la emperatriz era Flostrato de Lemnos... »

Séptimo Severo, á pesar de tener en gran estima las letras, no frecuentaba estas reuniones. El alma de ellas era Julia Donna, la que por su virtud y talento había logrado ser la verdadera compañera del emperador, no solo en el gineceo, sino también en el gobierno del trono. Tuvieron dos hijos, Caracalla y Geta, con los que

el padre compartió el imperio, según se cree por consejo de Julia Donna, quien tenía una marcada preferencia por Geta, el menor de sus hijos, de un espíritu amable y generoso. Pretender dividir el imperio entre dos hermanos era fomentar la discordia cuando no el crimen; no obstante Julia Donna, muestra bien poseer los sentimientos que son peculiares á las mujeres, primero la preferencia entre sus dos hijos, y segundo la ambición maternal del poder al querer asegurarle la mitad del imperio á su preferido, sin prever las consecuencias que esta situación podía crear á sus hijos. Hasta aquí vemos la actitud apasionada é irreflexiva del amor maternal, lo que no nos sorprende, porque en caso semejante, habría procedido de igual manera una madre de nuestros días.

Una vez que murió Séptimo Severo, estalló la guerra entre los dos hermanos. Julia Donna, con gran prudencia trata de llevar á cabo una reconciliación entre sus hijos, y para el caso se dan una cita, en el departamento de la madre. Ambos llegaron solos, pero Caracalla había introducido secretamente á los centuriones, que se arrojaron sobre Geta. En vano la madre lo rodea con sus brazos y pretende cubrirlo con su cuerpo: « Suspendido á su cuello y abrazado á su pecho, dice Dion Cassius, lanzaba gritos de lamento: ¡Madre, oh, mi madre, tú que me has criado, ven en mi socorro; me matan! »...

Julia, recibió una herida en la mano, la que

ni siquiera había notado, y su cuerpo quedó bañado con la sangre de su hijo. Es en este momento cuando la actitud de Julia aparece estupenda, llevando hasta el heroísmo el disimulo. Sólo nos explicamos que es posible al corazón humano ocultar súbitamente una herida semejante, teniendo en cuenta la fiereza de las costumbres de aquella época, que no permitían, aun á las personas más amantes, el refinamiento de la sensibilidad moderna. Dion Cassius, dice lo siguiente :

« Ni siquiera tuvo la libertad de quejarse ó de llorar la suerte de su hijo, prematuramente arrebatado de una manera tan deplorable, estaba forzada á regocijarse y á reir como si hubiese llegado al colmo de la felicidad, según era el cuidado con que observaban todas sus palabras, sus gestos y hasta el color de su cara. »

Podemos aún imaginarnos que Julia oculta un dolor inmenso por temor al asesino, pero no sucede tal cosa, Caracalla, la deja que continúe ejerciendo la regencia por librarse del peso del Gobierno, y cuando quería aceptaba sus consejos, lo que consoló á Julia Donna, de la muerte de Geta.

En el año 217 siguió á su hijo contra los Parthos. Se encontraba en Antioquía, cuando fué asesinado por orden del prefecto del pretorio, Macrin; esta vez lloró al muerto, ó mejor dicho, su desgracia, pues creyó que la privarían de sus honores; pero cuando vió que el nuevo emperador

no disminuía en nada su poderío, cobró nuevos alientos y principió á conspirar contra él. Este le intimó la orden de que saliese de Antioquía, no obstante, Julia Donna, antes que abdicar prefirió dejarse morir de hambre.

A su lado y bajo su sombra, aparece otra mujer cuya historia es no menos interesante, la de su hermana Julia Maesa, quien fué, lo mismo que Julia Donna, expatriada de Antioquía, pues por su audacia é intriga se hacía temible. Julia Maesa se había casado con un compatriota suyo, también de Siria, del cual tuvo dos hijas, Julia Soaemias y Mamaea, quienes se habían criado en la corte al lado de sus primos. Ambas se casaron con compatriotas y cada una tuvo un hijo.

Macrin, tenía como enemigas á estas princesas sirias, y por esta razón las desterró. Se retiraron á Hemese, donde renovaron el culto de sus antepasados y consagraron como gran sacerdote al hijo de Soaemias, que solo contaba 13 años, el bello Avitus. Julia Maesa, lo había destinado al imperio, y para el caso lo mostraba al ejército, rodeado del prestigio sacerdotal, además este culto de la fecundidad traído de Siria y de Fenicia, por lo mismo que era grotesco, conquistaba adeptos entre el vulgo. La abuela tuvo la ocurrencia de deshonrar á su hija, diciendo que había tenido amores con su primo Caracalla, por consiguiente, que su nieto era hijo de éste y el heredero del trono.

Un escritor, hablando de Julia Maesa, dice

que no conocía el pudor, y cuenta que se hizo representar por la estatua de Venus, enteramente desnuda. Este ejemplar se encontró en el Forum de Preneste.

El 16 de Mayo del 218, el ejército proclamó emperador al gran sacerdote, El-Gabal, Avitus, quien tomó el nombre del dios á cuyo culto se consagraba, Elagabal, Maesa y sus hijas, se pusieron á la cabeza del ejército y se dirigieron contra Macrin. « Un momento creyeron que estaban perdidas. La madre y las hijas con los cabellos sueltos, se lanzaron en medio de los dispersos y lograron el triunfo; Macrin vencido se suicidó ».

La primera vez que Elagabal se dirigió al Senado, llevó á su abuela : « se sentó al lado de los cónsules, se mezcló en las discusiones, y en la votación, de la misma manera que si hubiese sido un senador, llegó hasta firmar el proceso verbal y el « Senatus Consultos ».

El nieto y la abuela murieron degollados por los pretorianos. Julia Soaemias, menos ambiciosa y más poética se consagró á la belleza y á la elegancia, presidía un congreso de mujeres, donde se discutían las modas.

Elagabal, por consejo de Julia Maesa había adoptado á su primo, Severo Alejandro, quien le sucedió en el trono. Julia Soaemias, su madre, demuestra un corazón más tierno que las otras princesas; menos bella que su hermana y menos hábil que su madre, tenía desarrollado en alto

grado el sentimiento de honradez y el amor maternal. Dedicó su vida á educar á su hijo y á formar de él un buen gobernante. Cuentan que en el oratorio donde rezaba había hecho colocar los retratos de Abrahán, Orfeo, Apolonius de Tiana y de Jesús, por lo que sin duda mucho se ha dicho que era cristiana. Si en el culto no lo era, su vida y su moral lo prueban así. Esto no obstó para que Julia Soaemias, muriese extrangulada en una tienda de campaña. La avaricia de Soaemias tenía descontento al ejército.

No podemos prescindir de nombrar á Santa Elena, la madre de Constantino, á cuya actividad y abnegación la Iglesia debe tanto. Es indudable que las virtudes de Santa Elena difieren de las cualidades que tuvieron algunas de las emperatrices, de las que no nos ocupamos, teniendo en cuenta el poco interés que han despertado en los historiadores; sin duda porque fueron virtuosas y que en sus vidas no reluce el escándalo. Por muy grandes que hayan sido sus méritos, no pueden compararse con los excepcionales de la madre de Constantino; las separa la distancia que existe entre las dos religiones, la del Paganismo y la del Cristianismo.

Uno de los hogares que se pueden citar como un modelo de paz y de felicidad es el del emperador Trajano, quien vivió en la mayor armonía al lado de su mujer, su hermana y la hija de esta.

Hemos visto á las emperatrices en el Senado, en el campo de batalla y en el trono, gober-

nando bajo la figura de un hijo ó sugestionando á sus esposos. Sus ambiciones, sus actitudes y sus crímenes igualan á los que cometían los emperadores. Ellas reproducen y reflejan lo que ellos son, por eso no nos sorprende que se les acuerde el título de: *mater patriæ et senatus et castrorum*.

En la época de los Césares, no sólo las costumbres, sino también las leyes han sufrido cambios radicales. El padre de familia, el sacerdote omnipotente de los dioses lares, se ha transformado en un ciudadano sujeto á la ley. En el tiempo de Augusto, las leyes se multiplican, persiguen el fraude y dan satisfacción, en todo, á la equidad herida. Protege á la mujer, al niño y al esclavo, contra la barbarie del padre de familia, y la exherencia injusta; reprime el divorcio, castiga el adulterio, y aun parece que recompensara las virtudes domésticas, protegiendo á los matrimonios que tienen muchos hijos. No podemos menos que recordar las leyes Cornelia, contra el parricidio, Petronia, de protección para los esclavos, Julia contra el adulterio, Popea, contra el celibato. Las numerosas leyes suntuarias y las acciones *de dolo*, *metus, paulienne querela inofficiosi testamenti*.

La condición jurídica de la mujer, no podía serle más favorable. La ley, le asegura una dote, pone á la pupila bajo la protección del poder público, é induce al hombre hacia el matrimonio.

En la condición de hija, el padre tenía la obligación de dotarla: « Este deber fué establecido por Augusto y generalizado más tarde por una constitución de Séptimo Severo; la hija, tenía derecho á reclamar ante el magistrado cuando su padre le negaba la dote que debía asignarle, le impedía el casarse, ó más aún, si descuidaba el procurarle un marido. Una vez casada, el padre perdía una parte de su poder, no le era permitido, como antes, reclamar á su hija y debía respetar el acto del matrimonio. Viuda ó divorciada volvía á tomar su dote, con lo que adquiría un medio de independencia». La dote formaba en efecto para la hija, un patrimonio propio que escapaba hasta cierto punto á la acción y al poder paternal.

El padre no era sino un copropietario con su hija, y para ejercer las acciones dotales necesitaba su concurso.

En verdad, asegurar á la mujer los medios de subsistencia, sin someterla al dominio del padre, tutor, hermano ó marido es la única manera positiva de procurarle su emancipación. Una vez que la romana había llegado á este grado de progreso, si su desenvolvimiento en la vida social, no sirve de compuerta al desborde de las pasiones del hombre, es justamente por la razón que anteriormente hemos citado, porque jamás representa una fuerza homogénea creadora, ni de oposición al hombre, aun en el desarrollo de los sentimientos esencialmente

femeninos. Estos se forman y crecen según la influencia que reciben del hombre : al lado de los patriarcas aparecen las mujeres fuertes de la Biblia, al lado de los filósofos griegos las grandes inspiradoras, al del sobrio guerrero romano, la adusta matrona y al de los emperadores asesinos, tiranos y licenciosos, las emperatrices que los igualan en sus crímenes ó en sus virtudes.

Si en la legislación se deja sentir cierta influencia griega, en las costumbres ésta es más marcada ; los matrimonios ya no conservan el prestigio de antes, y las Mesalinas y las Julias, recuerdan á las damas galantes de Corinto ó las cortesanas de Alejandría.

En el hogar, el atrium antiguo ha sido reemplazado por un amplio patio descubierto, en el que circulan extranjeros y libertos. Emplean el mayor ornato para guarnecerlos y las mascarillas de cera, en las que antes modelaban las caras de los muertos, han sido sustituídas por bustos de mármol ó plata.

Es indudable que la emancipación de la mujer llegó á un alto grado, puesto que quedó libre de la tutela y de la manus.

Algunos historiadores atribuyen la causa de la relajación y perversión de las costumbres de la época, de la decadencia, á las mujeres, las que « cuando hubieron perdido el pudor, fueron capaces de todos los crímenes. » Este juicio nos parece exagerado, y lo atribuímos á que, desde

luego, la vida licenciosa de la mujer debía chocar más que la del hombre, porque una vez que ella se emancipaba de la severidad y austeridad de las costumbres domésticas, con ello se desligaba de los únicos deberes que tenía; de esta manera sólo se veía, en la mujer, lo que más resaltaba, esto es, el lado licencioso de su vida; en cambio para el hombre, pesaban siempre los deberes políticos que le servían de pantalla, dándole una apariencia social, que justificaba su conducta. Además, debemos tener presente que la historia ha sido escrita por hombres, y que es sentimiento muy humano achacar los delitos al más débil, cuando existe la posibilidad de elegir un culpable.

En las costumbres de la romana, podemos ver los primeros síntomas del carácter que en lo futuro, mejor delineado, la mujer ha adquirido; más que por su propia índole, por la influencia del ambiente en que se desarrolla. Conforme el progreso de las sociedades va adquiriendo mayores proporciones, pierden sus actos el alto valor de la franqueza, y su campo de acción se estrecha día á día, hasta quedar reducido bajo el dominio opresor de los convencionalismos, á una posibilidad casi nula como fuerza social; y lo que es más lamentable aún, á emplear el disimulo como arma de defensa, con menoscabo del valor moral, cualidad superior que enaltece á la humanidad en general.

ESPARTA, CARTAGO, ARABIA

Las colinas de Esparta, como las estrofas de un verso, cantan el poema de una sangre noble que ha desaparecido, dice Mauricio Barrés.

Ciertamente, no podemos recordar á Esparta sin pensar en el valor de la sangre de sus hijos, en esa falange de luchadores, en la que el desarrollo corporal, la fuerza y el vigor físico, dieron por resultado una generación de héroes, de cuya bravura el hombre se enorgullece.

A pesar de que en la historia de esta nación la vida social de la mujer se confunde con la del hombre, en medio de los clamores del combate y de los gritos de la guerra, como un himno de amor, apoteosis de un triunfo, aparece la bella Elena, á la que sus compañeras tejieron una corona de lirios azules, la noche que debía dormir en el lecho de Meneleao, y á la que, más tarde, su gloria y su infortunio coronaron con las rosas encarnadas de la pasión, que dejaron una estela de sangre, cuando en compañía de Páris, los amantes fugitivos, huyeron hacia el mar, por el camino de Gytheión.

Esta bella princesa griega, nacida para amar, más bien que para la lucha, debió sentir nostal-

gias infinitas, en un país poco sentimental, formado de soldados. No conocemos en la historia de Esparta ninguna otra mujer que se le parezca, lo que no sorprende, porque la ternura y el sentimiento no dominaban el alma de la espartana. Es una mujer criada para la batalla más bien que una amante; las poetisas no cantan al amor, sino estrofas guerreras. Sólo la mujer de Leonidas Cleomeno, muestra un carácter suave y persuasivo que se parece al de la matrona romana.

En general, la espartana que sobresale en la historia, llama la atención por su espíritu guerrero de igual manera que el hombre.

Esta raza belicosa cuyo mayor empeño consistía en el desarrollo de la musculatura, por sus costumbres frugales y la rudeza de su vida, parece que no dejara campo propicio á la acción de la mujer; no obstante, como los afluentes pequeños que nacen y mueren en las grandes fuentes, así la influencia social de la mujer reproduce una acción refleja que emana y declina en el hombre.

Lo que más llama la atención en la espartana, es su patriotismo, tan abnegado, que llegaba al extremo de ofrecer en holocausto, á sus hijos, en el altar de la nación. Debemos tener presente que en las madres de aquella época, el sentimiento de la maternidad no había adquirido el grado de sensibilidad que en nuestros días, así sus entusiasmos patrióticos no encierran el

sacrificio que en apariencia se les podría suponer. Si van al campo de batalla es por un ideal nacional, inspiradas en el noble espíritu de sacrificio de los espartanos.

Esta nación de legendarios heroísmos, no tiene mujeres asustadizas ni cortesanas que adormezcan á los guerreros con festines voluptuosos; la mujer, lo mismo que el hombre, se muestra decidida y valerosa. Cuando Pirro atacó á los lacedomonios, estos pensaron enviar á las mujeres á Creta, pero Arquidamia se presentó al Senado, con una espada en la mano, haciendo cargo á los hombres de que creyesen que ellas desearan vivir después de perdida Esparta. Estuvieron pues en el campo de batalla « dando las armas á los jóvenes y retirando á los heridos ».

Este ardor patriótico, que inflama el corazón de la mujer, se extiende hasta las criaturas : El rey lacedemonio Cleomenes alcanzó una victoria sobre los argivos, cerca de Tirinto, debido « al concurso de las mujeres y al de los niños. »

No menos sugestiva es la figura de la poetisa Telesilla, quien simboliza el alma de la acción femenil, pues con sus cánticos guerreros excitaba á las mujeres al combate : Su lira no vibra con cadencias lánguidas, produce rugidos sonoros. En sus versos no existe el poema del amor, ni deleitan con lirismos bucólicos, son ardientes como el fuego macabro y entusiastas cual la música de los clarines.

Al lado de los tiranos, aparecen mujeres que les igualan en crueldad. Reproducimos una frase sugestiva de Pelópidas: En Tesalia, Teba, esposa del tirano Alejandro, de Jeres, atraída por la firmeza de carácter y elevación de sentimientos de Pelópidas, de Tebas, fué á visitarle á su prisión y le dijo: « ¡ Cuánto compadezco á vuestra mujer! » — « Yo también á vos — le respondió Pelópidas — porque estando sin prisiones aguantáis á Alejandro. »

Este abominable tiranuelo, hizo sufrir los mayores tormentos al hermano menor de su esposa, Teba, lo que la decidió á quitarle la vida. Para el caso toma grandes precauciones y combina un plan complicado, por medio del cual logra introducir á los tres hermanos, que le quedaban, hasta el lecho de su esposo, pues éste se valía de las mayores precauciones para resguardar su vida. Los asesinos vacilaron un instante, pero ella, los amenazó con denunciarlos si no degollaban al tirano. Si Teba hubo de recurrir al asesinato para vengar la muerte de su hermano y libertar á su pueblo, lo contrario sucedió con la viuda de Agis, con quien casó Leonidas Cleomeno, después de haber dado muerte á Agis, cuyo reinado era próspero y feliz. Esta hábil mujer supo conquistar el corazón de este tirano, al extremo de que logró convertirle en un buen rey.

Debido á su influencia bienhechora, Leonidas Cleomeno, continuó los proyectos de engran-

decimiento de Esparta, concebidos por Agis, durante su reinado. Tanto en la espartana, como en el espartano, el sentimiento de la patria apagaba los más tiernos afectos del corazón humano. Ambos amaban la guerra, la lucha. La vida del heroísmo la habían convertido en una religión á la que sacrificaban sus vidas con la ceguedad del fanatismo. Un ejemplo de este apasionado culto es la célebre Demeneta.

Marcelo, en Sicilia, sólo pudo tomar la ciudad de Enguión debido á la astucia de la mujer de Nicias, quien hizo pasar á su esposo por loco y llevó sus hijos al templo, donde se puso á orar, para distraer así al pueblo y permitir la salida de Nicias, el que debía ponerse en comunicación con Marcelo.

La mujer de Cartago, tiene gran analogía con la de Esparta, el espíritu bélico del hombre se comunica á su compañera en estas dos naciones formadas por almas invencibles. Alfredo Church, cuenta que en la última batalla que hubo de dar fin con Cartago, los hombres y las mujeres preparaban las armas. Ellas se cortaban los cabellos para fabricar catapultas. Vencido el general Asdrúbal, tuvo la debilidad de pedir á Escipión el vencedor, que le otorgase la vida; en cambio su mujer, la orgullosa esposa de Asdrúbal, no pudo soportar semejante afrenta y apareció en las puertas del templo, que principiaba á destruir el fuego, vestida con sus más ricas galas, y apoyada en sus dos hijos dirigió la siguiente

alocución : « Para ti hombre de Roma pido al cielo la venganza de los Dioses, tú no haces sino usar de los derechos que te otorga la guerra, pero para Asdrúbal, traidor á su patria, á sus Dioses, á su mujer y á sus hijos, pido ciertamente al cielo y á ti como instrumento suyo, que me venguéis castigándole. »

Luego volviéndose á su marido, le dijo : « Villano, traidor y cobarde, yo y mis hijos vamos á tener honrada sepultura en las llamas, pero tú el poderoso general de Cartago, figurarás como trofeo en el triunfo de Roma. » Después de pronunciar estas palabras, que revelan la entereza de un espíritu superior, y la de un carácter indomable, dió muerte á sus dos hijos, cuyos cuerpos arrojó á las llamas donde les siguió.

Un rasgo de generosidad femenina se reproduce con frecuencia en la antigüedad; en la época en que los mercenarios africanos encabezados por Espendio y Malho, se levantaron contra Cartago, después de la primera guerra púnica, las mujeres vendieron sus joyas para procurar recursos á su nación. Cuando los habitantes de Lidia se unieron á Escipión, contra Cartago, cuyo yugo habían soportado, las mujeres también contribuyeron á fomentar esta guerra de venganza, y como las de Cartago, hicieron la ofrenda de sus alhajas.

No menos interesantes son las mujeres de Gela, las que lucharon con igual valor que los

hombres cuando Hamileón con los cartagineses fueron á sitiarlos.

Rara vez encontramos tipos de mujeres tan interesantes como Dido ó Elisa, la que reunía á una gran belleza, las virtudes y sentimientos propios de su sexo. Aunque algunos historiadores no quieren ver, en ella, á la fundadora de Cartago, en cambio otros hacen justicia á su gran talento. Desde luego su gloria eclipsa á la de su hermano el rey de Tiro, Pigmalión.

Hasta en la Arabia, en la vida voluptuosa del harén ó en las místicas peregrinaciones por las solitarias arenas, aparecen algunos espíritus de mujeres superiores que se imponen á la admiración. Surgen al lado de hombres sin voluntad ó de un gran talento. Entre los árabes, donde la mujer no ocupaba otro lugar sino el de una sumisa oveja en un serrallo, también se dejar sentir su acción, interviniendo en algunos casos en la dirección de los asuntos de Estado y algunas veces reinando desde el harén, como sucedió al califa Almoktadir, quien estaba gobernado por sus mujeres.

Pocos ejemplos conocemos más tiernamente conmovedores que el del Profeta Mahoma, y las mujeres que lo rodearon, en ellas, existe la poesía de las estrellas veladas con tules y la sensación de lo infinito, con que nos embargan las inconmensurables sabanas de la Arabia. Al lado de este glorioso poeta místico, la dulzura y la abnegación son las cualidades que adquieren

mayor relieve en la mujer, unida á una inteligencia superior. Desde luego, son más sugestionables que el hombre, por cuanto el misticismo es más soñador, más acariciador y suavemente voluptuoso.

Mahoma, el célebre profeta, casó con Jadicha, de la tribu de los koeixies, dos veces viuda y notable por su talento. Ella, aumentó considerablemente la herencia que le dejaron sus dos esposos, enviando las más importantes caravanas con mercancías á Siria. Fué una ferviente creyente de las doctrinas de Mahoma y la primera persona que puso su confianza en el Allah, que él proclamaba.

Para Mahoma, fué su ángel bienhechor, porque lo fortalecía en sus horas de desaliento, y cuando escuchaba que le decían al profeta cosas que pudieran mortificarle, para inspirarle mayor aliento, le aconsejaba que supiese esperar : Aliviaba sus fatigas y le aseguraba que toda la charla de sus enemigos quedaría aniquilada.

Sin la influencia que la fortuna, talento y posición que esta mujer amante consagró á Mahoma, cuando sólo tenía 20 años y era un empleado de sus caravanas, seguramente que muy difícil le habría sido llegar á surgir. Otra mujer de gran espíritu fué la hija de ambos, llamada Fátima, la que llegó á ser la compañera inseparable de su padre, causando la admiración de todos por su buen juicio.

Al emigrar el Profeta á la Meca, estuvo escon-

dido en unacueva, y sólo Fátima, lo supo, pues era quien le llevaba los alimentos. Esta hija tierna y discreta es una de las cuatro mujeres profetas mencionadas por Mahoma.

También, en la Arabia, como en las anteriores civilizaciones, se encuentra el tipo de la mujer guerrera. Cuando el Profeta atacó á la Meca, las mujeres, frenéticas, apremiaban á sus hermanos al combate, con toques de panderos y el siguiente cántico : « ¡ Nosotras somos hijas de valientes! ¡andamos blandamente sobre alfombras! si adelantáis os sonreiremos con la cara descubierta, si retrocedéis, volviéndoos las espaldas, nos apartaremos de vosotros, nos apartaremos de vosotros con desprecio. » Un tipo vengativo y guerrero es Aixa, la favorita del Profeta en sus últimos años. Después que murió Mahoma, quiso vengarse del hijo político de éste, Alí, esposo de Fátima, quien injustamente la había acusado durante la vida del Profeta.

Ali-ben-Abi-Talib, había obtenido el califato después del asesinato de Ostaman. Aixa, que estaba en la Meca, conspiró contro él y á la cabeza de una expedición de 3.000 hombres se apoderó de Basora. En Kariba en las inmediaciones de Zobeir, Alí, le presentó combate.

Aixa estuvo presente en el campo de batalla, se la veía ir y venir sobre su camello, protegido por un palanquín de hierro, el que había recibido tantas flechas, que parecía un puercocspín. Al

fin el camello herido cayó en tierra y Aixa fué tomada prisionera. Alí, vencedor, la trató con toda consideración y le dió una escolta de mujeres para que la acompañasen á Medina. Este día se calificó con el nombre de « El día del camello. »

La influencia femenina, en todos los tiempos, aunque no tiene la apariencia deslumbrante de un incendio, no por eso deja, en algunos casos, de inspirar serios temores. Una prueba de ello es el fin trágico que tuvo una poetisa popular, en Medina, quien era enemiga de Mahoma, y cuando éste venció, en Beder, á los koreixies, á cuya tribu había antes pertenecido, en sus canciones la poetisa denunciaba la locura de los que ponían su confianza en aquél que había dado muerte á los jefes de su propia tribu. Estas poesías tuvieron éxito, tan grande, que corrieron de boca en boca : En la oscuridad de la noche, cuando estaba rodeada de sus pequeñuelos, fué herida por el puñal de un asesino, cuya infame acción no obstante fué alabada por el Profeta.

Aunque no generalizados, no faltan ejemplos de mujeres cuyo despotismo las hace notables. La prima del Profeta, Zeinaba, era una mujer de carácter poco común ; altiva y orgullosa nos da una idea de cómo la esposa en aquella civilización, no siempre era una sierva. Pertenecía á una de las principales familias entre los musulmanes. Mahoma la casó con un liberto, lla-

mado Zeid, quien después de algún tiempo de matrimonio, hubo de pedirle que le permitiese repudiar á su esposa, porque ésta, déspota por su nobleza, le trataba con tal desprecio que le era imposible vivir á su lado.

Esta circunstancia de la vida privada de un hogar, entre personas que no tienen participación alguna en el Gobierno, se hizo notable, porque el Profeta, seducido por los atractivos de Zeinaba, se casó con ella después que fué repudiada.

Tanto en la Arabia, como en las demás naciones de la antigüedad, se encuentran grandes espíritus femeninos que hacen el sacrificio de sus existencias. También vemos actos heroícos impulsados únicamente por la ternura del corazón. Mahoma, ordenó en la Meca, á sus soldados, que pasaran á cuchillo á 11 personas, donde se las encontrase. Dos de estas se refugiaron en casa de Omn-Hani, quien corrió á casa del Profeta, á interceder para que les concediese la vida.

En la Arabia, el amor llega hasta el exceso de la pasión; si para Homero, Andrómaca y Penélope son modelos de piedad conyugal, Alcestes Laodamia, puede serlo igualmente, lo mismo que Evadne, quien se arrojó en la hoguera en que ardía su esposo. Esta costumbre más generalizada en la India, se reproduce en el nuevo continente americano : Cuando el conquistador Pizarro decapitó al Inca Athualpa, sus esposas se estrangularon con las trenzas de

sus cabellos; más que amor, esta actitud llevada al sacrificio de la vida, representa una mistificación, para ellas el Inca era un Dios.

Trazados á grandes rasgos los caracteres femeninos más prominentes en las civilizaciones antiguas, pasaremos, por alto la Edad Media, en la que la acción de la mujer se deja sentir, sin el brillo de los tiempos antiguos; podría decirse que fué una época, en que su acción apareció perfumada con el humo del incienso que le tributaban los trovadores y el de los altares; pero este ensueño no fué de muerte, y no dejó de tener influencia en la civilización entera, cuyo progreso en general, aunque lento, si se le compara con la velocidad del moderno, es una ley invencible. Afortunadamente, marca un síntoma que precede á los grandes acontecimientos; esto fué un período de concentración de fuerzas y de energías que debía producir más tarde su efecto saludable.

El siglo XIX abrió sus enormes puertas á la emancipación femenina y la mujer descendió del trono de oropel en que la habían colocado el culto del amor idólatra que causara su belleza, para subir los peldaños que conducen á las ciencias y á las artes. No sólo la guiaba su propio esfuerzo, sino también el convencimiento del buen éxito que debía lograr, debido á sus dotes intelectuales y al espíritu generoso de los hombres de talento.

Dados los primeros pasos, no podía ser dudoso

que llegase al fin anhelado, puesto que ya estaba descubierto el sendero luminoso que conduce al gran campo de la acción femenina, intelectual, allí en pequeño número aún, pero siempre elevándose desde la tribuna del progreso, se levanta al lado del hombre científico y reparten indistintamente tanto al hombre como á la mujer, la sagrada luz que ilumina el mundo de los que piensan.

Al principiar el siglo xx se encuentra el feminismo en plena actividad, ya la mujer no se conforma con aspirar á cultivar su inteligencia de la misma manera que el hombre, y pretende que la palabra compañera, á la que tan grande importancia en la vida social le ha dado Jesucristo, se convierta en un hecho positivo ante la ley y que ésta le otorgue iguales derechos que al hombre.

En nuestros días, este gran movimiento en el cual las aspiraciones son más ó menos grandes, aumenta con rapidez y cual la bola de oro de los cuentos fantásticos, rueda por todas las naciones y la mujer ofuscada por su brillo, gira alrededor de una concepción, que dados nuestros aún imperfectos conocimientos científicos y los arraigados prejuicios sociales, no puede ser sino una quimera, cuya realización, aun para el porvenir, admite duda.

EL RENACIMIENTO

En las postrimerías del paganismo, el sentimiento de la belleza, adquiere, en Italia, una amplitud ofuscadora.

Esta corriente que podríamos denominar de alegría, de inspiración, de enamoramiento de un ideal estético, resurge y llega á su apogeo en el renacimiento. En ese gran despertar de la ilusión artística, que apareció brillante como un nuevo sol, á cuyo calor todo el arte del suelo italiano que permanecía oculto cual un germen de vida bajo la tierra, revivió floreciente en el jardín de la inteligencia humana.

Podemos decir, que ni aun bajo el dominio de los Bárbaros, ni sometido al yugo medioeval, jamás expiró el sentimiento del arte en Italia. « Dos siglos antes del renacimiento, ya vivía en los monumentos de Nicolás de Pisa y en los poemas del Dante; de igual manera que en la enseñanza de los jurisconsultos de Bologna y de Padua. »

Al lado del arte, como una inspiradora, aparece la cortesana, cual un resurgimiento de las damas galantes de Tanagra y de Corinto; se diría la renovación del siglo de Perícles.

Una de las que mayor admiración causa por su belleza, es la célebre Imperia, la que durante su corta existencia, obtiene la apoteosis más grande que durante un cuarto de siglo un pueblo ha rendido á la belleza. La celebridad de Friné, la reputación escandalosa de la belleza de Elena, y la de la no menos hermosa que disoluta princesa Julia, se obscurecen ante la hermosura de Imperia. « Representa la más valiosa encarnación del ideal de su tiempo, » dice René Schneider.

Imperia reune al atractivo de su belleza fascinadora la cultura de la inteligencia que seduce el alma. Brantôme dice que era juiciosa al hablar, Bayle, la llama « garza. » Es lo cierto que baila con gracia tentadora, toca el laúd y la cítara, por música, lee los maestros latinos y el « divino enamorado Platón. » Como Semíramis, ama la poesía y Dom Campana, le enseña á medir versos. Cual una nueva Aspasia, reune en sus salones á todos los intelectuales de su época. Las ventanas de su palacio se abren sobre el Tíber, y las ondas suaves del río repercuten las notas de su cítara, así como entre las bulliciosas del mar se ahogaban los lamentos del arpa de Aspasia.

Maddaleno, acude á ella y le lee sus versos y Beroalde, le dedica sus odas latinas.

Los últimos fulgores del paganismo se cobijan bajo este techo de pecado, de amor y de belleza. Los académicos de Pomponio Leto, le rin-

den el tributo de su admiración, los embajadores, banqueros y sabios se doblegan ante Imperia, en el abandono de un « amor ardiente ». Imperia vivió en la época del renacimiento italiano, bajo el pontificado de Julio II y nació en la ciudad de Ferrara, que era en aquel tiempo el centro de la cultura, de las artes y del placer; nos recuerda la Alejandría de Pierre Louis, menos sensual y más artística.

La gloria de Imperia consistió más que en su talento, en su belleza, y Roma la admiró como á una Diosa. Un medallón que existe en el vestíbulo de Bellas Artes, la representa de perfil, con las líneas muy puras y rectas, como el ideal griego. Tiene el cabello envuelto en torzales y retorcido con hilos de perlas. De sus orejas cuelgan grandes perlas, y en su garganta desnuda, pende un collar también de perlas. En el fresco del parnaso, de Rafael, se la ve de cuerpo entero, representa á Safo y como esta poetisa tiene un laúd en la mano, está sentada en la fuente Hipocrene, en medio de un bosque de laureles, rodeada de poetisas y de musas. En un fresco de Heliodoro, la Transfiguración, aparece nuevamente de perfil. En Santa María de la Paz, Rafael la reproduce de Sibila de Frigia, aquí la admiramos también en toda su belleza, peinada como una virgen, blanca y rubia, vestida con una túnica blanca y un manto rosa; más que el encanto majestuoso, sacrosanto, tiene el de la mujer seductora. Además, su fi-

gura ondulante, aparece representando á una de las tres gracias.

Al lado del nombre de Imperia se inmortaliza el de Agostino Chigi, el Magnífico, quien costeó el lujo deslumbrante de la casa de Imperia, en la vía Guilia. Chigi, poseía una gran fortuna y la prodigó á la mujer que amaba, no solo como hombre, sino también como artista, pues Imperia, personificaba la belleza.

La vida de Imperia, fué corta; como una flor de amor, esparció su perfume embriagador, para sucumbir en pleno florecimiento de juventud y hermosura.

Entregó su alma á Dios, podemos usar de estas palabras no como metáfora, sino por el valor que representa, el día de la Asunción de la Virgen, el 15 de Agosto de 1512. Julio II convencido, sin duda de su arrepentimiento, le envió la absolución y la bendición pontifical. A la edad de treinta y un años dejó de existir la más bella cortesana del renacimiento, y el público la perdonó su vida libre de pájaro maravilloso, porque al entregarse al amor, sus caricias eran recibidas como un don. Al pasar por las calles vibrante y rítmica, el testimonio de la admiración que causaba la rodeaba de una aureola de apoteosis. Después de muerta su recuerdo fué simpático «porque supo morir siendo joven y bella.»

No nos sorprende encontrar en esta época á la mujer subyugada por la corriente de diso-

lución y de placer que dominaba en aquel tiempo. No debemos olvidar la influencia que ejerció la filosofía de Maquiavelo y de Pomponazzi, pues ambas estaban en boga; según estas doctrinas el hombre debe ir en pos de un bienestar inmediato, en consecuencia, el goce momentáneo y las satisfacciones que puede proporcionar la vida, era la aspiración que dominaba en Roma; la cortesana fué el fruto de este ambiente, hasta que la influencia del cristianismo se extendió y dignificó la condición moral de la mujer. En los sentimientos del hombre, más que la ambición de mando, lo que le alucina es el lograr una situación que le permita gozar de la vida.

El famoso *Condottierre*, Castruccio Castracane, que Maquiavelo presenta como modelo, aconseja que se llegue hasta conseguir por fuerza lo que se desee, siempre que esto baste para lograr el fin que se quiere obtener. Nada más apropiado que esta filosofía para el desarrollo de las ambiciones y de los vicios y también para darnos una noción de la vida social del renacimiento, en la cual adquiere un relieve extraordinario la mujer, como cortesana.

El egoismo se había desarrollado en el hombre en grado supremo, la sed del placer, el espíritu de alegría y el deseo del goce, habían acallado los nobles sentimientos de su corazón. El amor á la familia era tenue, la satisfacción íntima del hogar se había evaporado, y hasta en los artistas más geniales, la falta de afectos es

notable. Y esta ausencia de sentimentalismo los llevó hasta la apoteosis del crimen : « El crimen, aunque estuviese rodeado de circunstancias abominables, se le consideraba como una bella acción si el autor lo había preparado y ejecutado con habilidad ». Cellini « se vanagloria, como si fuesen actos de valor, de cobardes asesinatos, » dice Rodocanachi.

No falta escritor modernista, el cual *inspirándose* probablemente en esta época de lujuria sanguinaria, nos habla del arte de matar y nos presente al célebre Jaques el destripador, como á un artista. Afortunadamente la barbarie y la crueldad, en nuestros días, no repercuten como síntoma social, lejos de eso, los casos de aberraciones individuales merecen reprobación, y el público abomina de ellos.

La psicología del crimen tanto en el renacimiento como en nuestros días, siempre es la misma. La alegría de la vida, el derroche y la abundancia no imprime al asesino del renacimiento un carácter temerario ni de valentía ; es ruin y cobarde : « La gola blanca de César Borgia, se veía rara vez en el lugar del peligro, al menos que fuese indispensable. »

Si en la época de la paz los crímenes eran innumerables, en la de la guerra el torrente de sangre y el desborde del vicio no conocía límites. En la toma de Capua (26 de Julio 1501), dice Buchard, que mataron á las mujeres sin misericordia, y que las jóvenes fueron entregadas á

la tropa con la mayor crueldad. Este acto, que parece hacer revivir los tiempos de la barbarie, tiene una explicación, que aunque no le borra la abominación que encierra, por lo menos nos muestra la razón por la cual la mujer se entregaba á la muerte lo mismo que los soldados. Las mujeres del renacimiento eran luchadoras como los hombres, y al lado de ellos, á semejanza de las primitivas amazonas, asistían al combate.

El número de las heroínas guerreras podría formar legión. El marido de Marozia Degli Ubaldini, le confió á esta valerosa mujer, la que poseía el alma templada de un soldado, que defendiese Cesena, lo que cumplió con una entereza admirable: Cuando su padre vino á intimarle rendición, le respondió. « Al casarme, ¿ no me ordenó usted que debía obedecer á mi marido? él me ha ordenado que no entregue la ciudadela á ningún precio. » Marozia Degli Ubaldini, tenía por enemigo al célebre cardenal Albornoz: (1357), llegó un momento en que no pudo resistir más tiempo el sitio y tuvo que rendirse ; antes pidió garantías para todos los suyos, menos para ella.

Debido á la actividad y energía de Cinzia de Sismondi, se salvó Pisa del ataque nocturno que le habían preparado los sarracenos.

En el libro de Gabba del Lungo, « La mujer florentina, » figuran Caterina Celio, Bona Valtellina, Bianca María Visconti y Pisana, como

mujeres decididas y entusiastas. Stamura, sostiene una lucha contra los imperiales, Catalina Segurano, es tan abnegada en esta ocasión que en Niza una calle lleva su nombre. De Catalina Sforza, dice Anthon,(anales de Luis XII), que : « En un cuerpo de mujer mostró un valor masculino. » En el sitio de Pavía, por Francisco I, bajo las órdenes de la generala, la condesa Hipólita Malespina, las principales damas se alistaron y emprendieron con tal entusiasmo su tarea, que los soldados podían envidiarlas. De igual modo en Siena, en el momento de la revolución, las mujeres tomaron una parte activa : formaron tres falanges compuestas de á mil cada una.

Castiglioni, cita á las de Pisa, las que « en defensa de su patria contra Fiorentini, han demostrado una osadía generosa sin temor alguno á la muerte, como no lo podrá mostrar jamás ninguna otra alma que nazca en este mundo. » No menos notable es la actitud de las mujeres de Bresia, cuando los franceses sitiaron la ciudad; igual actitud asumieron las de Parma. Victoria Colonna, más política que guerrera, alcanza una gran celebridad, no sólo por su elegancia y la ternura de sus versos, sino también por su carácter tenaz é infatigable; es una mujer de acción y una sabia consejera de los gobernantes, lo que no obstaba para que le prodigasen el título de divina poetisa.

Es innegable que la mujer sigue la huella del hombre en todos los actos de su vida, al

lado de los guerreros se vuelve valeroso adalid, al de los poetas inspirada musa, y cortesana, en el libre albedrío de la vida y del amor. Pasolini en « Caterina Sforza » cuenta que la cobardía moral de los hombres licenciosos se comunicó á los escritores, y que los célebres Filefo Giovio y el Arentino, » engordaban á costillas de los príncipes. »

En medio de esta atmósfera, encontramos á la mujer dominada por el ambiente en que vive, la literatura también nos prueba con cuánta licencia y desenvoltura se la trataba; á pesar de la gran libertad de nuestra moderna literatura, no puede menos que chocar el tratado sobre el amor, que Equicola, dedicó á su discípula Isabel de Este. En la colección Goldshmidt, de París, existe un retrato que se atribuye al Ticiano, representa á Isabel de Este, ricamente vestida de terciopelo, con gran amplitud en las mangas, los adornos son galones, trenzas é hilos de perlas; la cabeza también está guarnecida con una redecilla de la que cuelgan gruesas perlas.

Un pequeño escote deja descubierto el nacimiento de la garganta. Tiene los ojos grandes, muy rasgados y una mirada dulce, la boca pequeña perfectamente delineada. El aspecto de su fisonomía es suave y contrasta con la opulencia del vestido. En la Galería Ambrosini, de Milán, se encuentra el retrato de otra mujer no menos interesante, es el de su hermana Beatriz, atribuído á Leonardo de Vinci, podemos decir

que es una maravilla de sencillez, belleza y buen gusto. Se la ve de perfil, extraordinariamente bella; el pelo le cae formando pabellones, una cinta con broches de los que cuelga una perla acorta la línea recta, una redecilla guarnecida de una hilera de perlas le cae hasta la nuca, como un tocado de religiosa.

Bibiena, que aspiraba á la tiara, es autor de una comedia « La Calandra » célebre por su obscenidad. Alejandro Piccolomini, arzobispo de Patras, es autor de « La gentil educación de las mujeres » su nombre académico era Lo Stordito. Ariosto, recomienda á las mujeres el que elijan á sus amantes á una edad en que tengan juicio. Es indudable que al lado de este aspecto inmoral, existía el simpático del culto, que se rendía á la inteligencia, hasta hacer olvidar los defectos de los artistas : Julio III, sólo veía en el Arentino su gran talento.

Ludovico de Gonzaga, confió la educación de su sobrina, la famosa Lucrecia, á Mateo Bandello, el que había escandalizado Génova y Nápoles con sus amoríos.

No obstante esta ausencia de toda moral en las costumbres sociales, en la literatura de las cortesanas ó en la que les dedicaban, existe cierta delicadeza en la pasión. Un escritor irónicamente, dice, « escribían tratados sobre la virtud » : Tulia de Aragona compuso un elogio al amor platónico, « Infinita d'Amore ». El cardenal Hipólito de Médicis compuso unos versos

de un entusiasmo ideal, los que principian así: « ¡Oh dulce destello de vuestros bellos cabellos de oro! ¡Oh fulgores de vuestros bellos ojos, brillantes! » Lo que no admite duda son los versos de Verónica Franco, pues encierran el ideal de una gran castidad.

El alma del renacimiento refleja un estado psicológico de enloquecimiento, se nota una sed insaciable de alegría; el más insignificante acontecimiento de la vida les sirve de pretexto para organizar fiestas, bailes, veladas teatrales y recepciones. Los bautizos y matrimonios constituían los más grandes actos de la vida social; por consiguiente, el lujo y derroche que se empleaba en ellos, era extraordinario. La suntuosidad de los banquetes, la ostentación de los obsequios y del ajuar de las novias, adquirió tales proporciones de derroche, que hubieron de dictar leyes, (1) que reglamentaban estas fórmulas que por lo general, siempre han constituído uno de los mayores encantos femeninos.

Los principales artistas no tenían á menos ocuparse del decorado de las fiestas públicas. Cuentan que cuando llegó la novia del duque á Milán, Leonardo de Vinci, inventó unas máquinas complicadas que causaron la admiración del pueblo. Los artistas más notables no desdeñaban decorar las calles, el Capitolio y el Coliseo, para la

(1) (Reglamentación suntuaria relativa á los vestidos femeninos. Roma *Senatus Consulto* del consejo comunal fechado el 11 de Julio 1560).

coronación de los Papas. En Florencia, Brunelleschi, combinaba apoteosis. Lorenzo de Médicis organizaba cortejos. Sobre todo, las fiestas del Carnaval adquirían proporciones fantásticas. Madame de Staël, que lo vió cuando ya principiaba á decaer, escribe : « Una fiebre de alegría se apoderaba de los romanos, un furor de diversión del cual no se ve ejemplo igual en ninguna otra parte ». Goethe, refiriéndose al Carnaval dice : « He pasado el día entre locos ».

Más que el carácter alegre por naturaleza, es el deseo de alegrarse la vida lo que sintetiza el genio italiano, y en este piélago infinito, la imaginación se vuelve ardiente, extravagante y pronto no basta á apagar la sed del placer los gustos naturales y se llega hasta la locura del placer perverso. Desde los Emperadores romanos, encontramos algunos cuyos goces pueden calificarse de híbridos y degenerados. Lo trágico se confunde con lo grotesco, la burla con lo siniestro y la mujer no es ajena á esta influencia, Elisabetta de Gonzaga apenas volvió de Urbino, de donde César Borgia la había rechazado, lo mismo que á toda su familia, lo primero en que se ocupó fué en hacer representar en una comedia el desastre de los suyos, su huída y la toma de la ciudad. No obstante más que la sugestión del medio, ni de la influencia masculina, sobre la mujer, vemos en la actitud de Elisabetta de Gonzaga, un rasgo de vanidad

femenina, al querer dar mayor relieve y perpetuar de una manera deslumbrante las desgracias de su familia.

En época muy posterior, la princesa Bellgoigoiso, de Milán, se hizo célebre no sólo por su talento, sino también por sus gustos fúnebres. Cuando vino desterrada á París, tenía un comedor todo blanco, igualmente blancas eran las paredes y los muebles, y se hacía servir por un criado negro. Después de su muerte, al abrir un armario de su dormitorio, encontraron dentro, de pie y perfectamente conservado, el cadáver de uno de sus amantes.

En la Galería de los oficios, de Florencia, admiramos un hermoso retrato de Elisabetta de Gonzaga, casada con Guidobaldo de Montefeltro, duque de Urbino. Esta hermosa pintura de Fr. Mantegna llamado también Fr. Bonsignori, está tratada con una sobriedad majestuosa. La disposición del cabello, la expresión adormecida de los grandes ojos, la nariz afilada y los labios finos, le dan el aspecto de una beldad mística. Los escritores de su época la citan como á un modelo de castidad; Castiglione, dice de ella que « á sus muy honestas costumbres unía una gran libertad; sazonaba su mirada y su risa con una graciosa majestad grave, una moderación y grandeza que acompañaba todas sus acciones, de manera que aun el que no la conocía, adivinaba que era una gran dama. A su lado figura el nombre de su cuñada, la viuda de Antonio, conde de

Montefeltro, á quien Castiglioni también prodiga grandes alabanzas.

No se puede negar que en medio de la disolución general, el cristianismo presenta algunas mujeres ilustres por su talento, belleza y virtudes. Entre estas una de las más notables es Juana de Aragón, de la cual Pompeo Colonna, el canciller del Papa, decía lo siguiente. « La naturaleza la ha dotado de cualidades extraordinarias, le ha hecho el don, á su cuerpo, de formas divinas de la más casta dignidad, de tal modo, que no se le podría encontrar defecto como no sea el de su naturaleza mortal. Su frente y su boca tienen tal serenidad, sus ojos lanzan rayos deslumbradores, todo su cuerpo es tan perfecto, que hasta los más insensibles se ven obligados á amarla y quedan subyugados delante de ella en la contemplación de su perfecta belleza. De espíritu piadoso y de una elocuencia que sobrepasa á su sexo, es un modelo de todas las virtudes ; se diría un astro que ha bajado del firmamento. »

No menos interesante es Lucrecia Gonzaga, por su grande erudición, la delicadeza que revelan sus escritos y la abnegación con que se resignó á soportar á un marido indigno. Bayle, dice, de Lucrecia Gonzaga, que se hizo notable por sus bellas cualidades, pero que entre todas sus virtudes la que más amaba era la castidad. Fué casada con el duque de Urbino, Francisco della Rovere. De Eleonora de Aragón, madre

de Isabel y de Beatriz de Este, dice Sabbadino degli Arienti, que no se podía comparar con ninguna mujer de su tiempo.

Es sabido que gracias á la influencia de Isabel de Aragón, se transformó Nápoles en un centro intelectual y de alegría elegante. Julia Gonzaga, además de su gran cultura se hace célebre por la expedición que organizó Barberousse, para robarla. Se le debe el gran movimiento religioso del sur de Italia, pues estaba á la cabeza de los principales defensores de las nuevas ideas.

Catalina Cornaro, reina de Chipre, mereció el honor de que el Cardenal Rembola hiciera presidir las reuniones que denominó las *Asolani*, que era el nombre del castillo donde se retiró Catalina Cornaro. Lorenzo de Médicis, hizo célebre á Simonetta Cattani; Giovanna Tornabuoni, fué la inspiradora de Ghirlandaio, Lucrecia Tornabuoni, la de Pulci. A Victoria Colonna, que inspiró una gran pasión á Miguel Angel, se la considera como á una de las mujeres que alcanzó mayor renombre en Europa. Poseía una gran ciencia y conocía el latín; además, existía en ella un gran encanto enteramente femenino. Victoria Colonna, más que á la poesía y á la literatura se consagró á la política y á la religión. Por su carácter tenaz, intrépido y perseverante, logra gran celebridad. Se dice de ella que fué una sabia consejera de los gobernantes y que la ternura y la elegancia de sus versos le valió

el que la llamasen divina. En la Galería Colonna de Roma, admiramos su retrato. Está vestida con el amplio traje de la época, pero menos guarnecido que los de sus contemporáneas. Como adorno sólo lleva un collar de perlas; la cabeza la tiene cubierta con un velo que le cae por la espalda, como el que usan las religiosas. La expresión de su fisonomía es dulce, tiene las facciones afiladas de las madonas, pero en su mirada no existe el ensueño místico, más bien nos domina por la fijeza que denota una voluntad.

Con un celo de fanática, esparció el luteranismo á tal extremo, que las monjas de Viterbo, donde había pasado algunos meses, se hicieron sospechosas. También se dice, que Miguel Angel la consultaba sobre sus dudas religiosas. Murió en el año 1547 cuando le habían preparado un proceso por herejía.

Entre las mujeres que secundaron sus ideas, no menor celebridad alcanzaron Olimpia Morata, en Ferrara, Leonora della Rovere, en Urbino, Catalina Cibo, Constanza de Avalos, Lavinia della Rovere, Luisa Albertone, Catalina Mattei, Magdalena Panatieri, Catalina de Bologne y Julia Gonzaga, quien casi logró separar la Iglesia católica de toda la ciudad de Nápoles.

En el arte de la pintura sobresalió Sofanisba Anguisciola. En el museo de Milán existe su retrato pintado por ella misma, preciosa obra pictórica comparable al pincel de los mejores maestros, sus contemporáneos.

Algunas de las mujeres que acabamos de citar reunen á su inteligencia é ilustración cualidades morales de alto valor que no se conocían antes del cristianismo, y no creemos aventurado asegurar, que son el fruto del espíritu religioso, que iba influyendo y sublimizando las almas, como lo prueban Santa Catalina, San Francisco de Roma, Santa Clara y más tarde Santa Catalina de Ricci.

Es indudable que los ejemplos de mujeres criminales, ruines y bajas, como se encuentran entre los hombres de aquella época, no son generales, no obstante, no podemos prescindir de citar á Marozia y á Teodora, cuyos crímenes y vida licenciosa, envuelve de infamia sus nombres á través de los siglos. A pesar de que Lucrecia Borgia, ha alcanzado igual celebridad, no faltan autores que la disculpen atribuyendo sus crímenes más que á su perversidad á su falta de voluntad y á la influencia del medio en que vivía. Rodocanachi dice de ella : « No comprendió en manera alguna la enormidad de los crímenes de que fué testigo ó instrumento, y cuando la transportaron á una corte menos perversa que la de Roma, dió pruebas de modestia, de recato, y tuvo una vida casta y edificante. »

Un tipo de mujer fría y cruel es la reina Juana de Nápoles, de la cual se cuenta que al preguntarle su marido para qué tejía un cordón de seda, le contestó, « para ahorcarte »; lo que llegó á realizar.

Otra mujer célebre por sus crímenes es Lucrecia de Ordelaffi, quien se apoderó del Gobierno de Imola, del que fué rechazada por sus crímenes; y Bona Sforza, mujer del rey de Polonia, Segismundo, la que llevó una conducta tan desordenada que hubo de volverse á Italia.

En el renacimiento, la cortesana, llega á colocarse socialmente, en una elevada situación; no debemos confundirla con las mujeres de baja condición que alcanzan el triunfo del mercantilismo del amor únicamente con la ofrenda de su cuerpo.

Guido Biagi en su *Nueva Antología*, 1886, cuenta que Tulia de Ferrara opuso una resistencia heroíca á un amante, á pesar de que éste le ofrecía un collar de perlas de más de cien escudos; en cambio Tulia de Aragona, poseía el arte de la explotación en alto grado, obtuvo que un alemán, (al que califica el historiador de *simple*), le dejase cada vez que iba á visitarla cien escudos.

Si en alguna cortesana existió este capricho de rechazar la joya con que la obsequiaban, no podemos suponer que esto era un uso general, pues la mujer de todos los tiempos, que vive del amor, es una enamorada del lujo. Cuentan que el emperador Adriano, decía, que si á Venus la representaban desnuda, era para hacer recordar que reducía á este estado á los que la adoraban con demasiada devoción. También es conocida la costumbre de los jóvenes, á los que el culto de la Diosa, dejaba reducidos á la miseria, pues

menos sentimentales que nuestros Pierrot, optaban por trocar su miseria en una payasada durante el carnaval y pregonaban por las calles su pobreza vengándose así contra un amor gozado y las necesidades del presente.

En aquellas cortesanas existía el alma del arte, igual culto se les rendía á su belleza que á su saber, un ejemplo es Tulia de Aragona, una de las más célebres de su tiempo, la que por su inteligencia, tuvo sobre Felipe Strozzi un dominio considerable, no obstante de no ser bella : « Es cierto que no es bonita, escribía Strozzi, á su embajador de Roma, Vittori, pero es una mujer espiritual. » (14 de Febrero 1531).

Era tal la influencia de su talento, que cuando estuvo en Florencia, la dispensaron de que usase el distintivo de las mujeres de su condición, es decir, el infamante velo amarillo, la causa de esta concesión fué « *la rara scienza di poesia e di filosofia que poseia* » (1). Tulia de Aragona, como la bella Imperia, la española Isabel de Luna, y otras, habitaba un suntuoso palacio, el que encerraba el lujo de la riqueza artística. Conocida es la anécdota de Imperia con el embajador español, el cual sintió la necesidad de escupir, pero acobardado por el lujo de las alfombras y muebles, optó por escupir sobre la cara de un lacayo que se encontraba detrás de él. Imperia, tuvo la amabilidad de

(1) Bongi, *il velo gaillo di Tulia de Aragona.*

contestarle que en adelante no tuviese miramiento para escupir, puesto que para eso se habían hecho las alfombras.

Bandello hace la siguiente descripción de la casa de Imperia, dice : Parecía el palacio de una princesa, encerraba un mundo de criados y criadas. Todo es de una rara suntuosidad, las paredes están cubiertas de magníficas telas, hay una sala y un cuarto tan ricamente tapizados que sólo se ven terciopelos y brocados, y en el suelo, alfombras de un trabajo exquisito.

En la salita donde tiene costumbre de recibir, se ve una cortina de oro, espesa, que cae en amplios pliegues, una cornisa de oro y azur maravillosamente trabajada, recorre toda la pieza y sostiene vasos de piedras raras, alabastro, pórfido y serpentina; á lo largo de las paredes están colocados cofres de madera esculpida ó cincelados con la más exquisita fineza y de un valor inestimable. En medio de la habitación hay una mesa pequeñita, la más linda que existe en el mundo, está cubierta de un tapete de terciopelo verde.

El palacio que habitaba Camilla Pisana, fué decorado por el famoso pintor Giovan Batta Rosso, el fundador de la escuela de Fontainebleau. Para mejor darnos una idea del lujo de los vestidos que usaban las cortesanas, copiamos un inventario escrito por una de ellas. « Mis trajes son de seda y terciopelo, adornados con oro, perlas y piedras finas. Tengo más de cien cami-

sas de seda guarnecidas con franjas de oro; escarpines, borceguíes y babuchas en profusión.

En el cuello llevo un collar de perlas que vale doscientos ducados de oro, por lo menos.

Mi ropa interior es más blanca que la nieve y la tengo en tal cantidad, que el que la viese quedaría asombrado, está toda impregnada de esencias raras y á mí misma me gusta perfumarme de almizcle (1) y algalia, con que me obsequian ricos señores.

Donde yo estoy es imposible que existan miasmas perniciosos, ni contagio alguno, tales son los perfumes suaves que esparzo á mi alrededor.

No es asombroso que en una época de derroche, en la armoniosa grandeza del lujo pagano, sus cortesanas brillasen por la ostentación y la riqueza. Ellas, más extravagantes é imaginativas que las Mimí, Susette y Colombine, de *veaudeville*, se cubrían con pieles raras y telas de alto precio; preferían las sedas de Francia, los paños de Flandes, los encajes de Venecia; perfumaban sus guantes con jazmín de España, clavo y alelí. Cargaban sus dedos de anillos, sus brazos de brazalétes, el pecho de broches y la cabeza de diademas.

(1) *Musco,* animal rumiante que produce el almizcle verdadero. Es una sustancia concreta muy olorosa que lleva dicho animal en una bolsa situada entre el ombligo y las partes de la generación.

Las más coquetas preferían el vestido masculino para salir á la calle, era una manera de mostrar la belleza de sus cuerpos lo que no les permitía la amplitud y espesor de sus trajes. Una criada hace la siguiente descripción del vestido que usaba su dueña : « Los pantalones y la chaqueta eran color azul turquesa, realzados de oro y plata, las medias de seda verde, una capa de paño color madera y una toca adornada con plumas.

Tulia de Aragona, fué una de las mujeres galantes que más brilló por sú ingenio, su afición á las letras fué tan notable, como la de Imperia; é igualmente era una apasionada de la música; como esta bella cortesana, tocaba el laúd y el clavicordio. En su biblioteca se encontraron, después de su muerte, « treinta y cinco volúmenes latinos é italianos en buen estado y muchos en mala condición, á causa de lo mucho que habían servido. »

Lo mismo Verónica Franco, en Venecia, que Tulia de Aragona, en Roma, ambas fueron autoras de algunos volúmenes de poesías interesantes, además del encanto de los versos, por cierta falsedad de sentimiento, que viene á constituir una segunda naturaleza en las mercenarias de amor. Camila Pisana, también escribió bonitos versos, se los envió á del Nero, para que se los corrigiese, agregando con gran modestia, « para no tener que enrojecer de ellos ». La española Isabel de Luna, por la malicia y picar-

día de su conversación aceptó una apuesta con Rocco, el que había preparado una sangrienta diatriba contra ella, Isabel, tuvo la habilidad de cambiarla en contra de su autor, mereciendo los aplausos de todas las personas que se encontraban presentes.

La cortesana no se creía en una condición social inferior á la de una esposa, y por mucho que choque á nuestras costumbres, lo cierto es que lejos de mirársela con inferioridad, las rodeaba una aureola de prestigio, el que impone la belleza y el talento. Generalmente se presentaban en público con opulencia, seguidas de su servidumbre. Existía, en ellas, cierta vanidad, la que inspira una alta situación, lo que hacía que mirasen con desdén á las demás mujeres : algunas veces llegaban hasta á ser insolentes. Se dice que en una iglesia, una mujer honrada, al acercarse una cortesana se alejó de ella y que la cortesana con gran tranquilidad le dijo : No tenga usted cuidado señora, la enfermedad que yo sufro no contagia sino á las que quieren adquirirla ». A otra le aconteció tropezar con una señora en una calle que habían abierto con el dinero denominado « tributo de las cortesanas », la señora principiaba á insultarla, pero ésta la contuvo diciéndole : « Dispense usted, señora, he hecho mal, puesto que sé que usted tiene tanto derecho como yo á andar en esta calle ».

Cuentan que á una joven á quien le pregun-

taron quién era el padre de su hijo, respondió escribiendo sobre la arena estas cuatro letras S. P. Q. R. que significan El Senado y el pueblo romano.

Estas pequeñas anécdotas revelan no solo el impudor de la mujer, sino cierto orgullo de pertenecer á una condición social, que si en la época del paganismo tenía razón de ser, una vez el catolicismo reinante, cuando ya se conocían mujeres virtuosas, cuando la moral cristiana había levantado su espíritu del amor abyecto, sólo se explica teniendo presente el cultivo intelectual de la cortesana y la importancia invencible, la fuerza de preponderancia, que inspira el talento en todas las épocas y en todas las condiciones sociales, por oprobiosas que nos parezcan.

Difícilmente no acostumbramos á ver á estas repartidoras de caricias bajo otro aspecto como no sea el de la prostitución; no obstante, en las mujeres galantes romanas, existía, más que impudor, cierta altivez del oficicio que ejercían. Bien se deduce que para los romanos de aquella época, la condición de la cortesana no se consideraba como un oprobio : *era un arte,* dice Rodocanachi, podemos agregar un arte pagano ; la satisfacción del sensualismo, con su grotesca prodigalidad, el arte de amar sin amor, el arte de enardecer el corazón con la intensidad de las sensaciones y la frialdad en el alma. La cortesana romana supo disimular este aspecto

del libertinaje con el prestigio de su belleza, con la gracia exquisita de su elegancia y el encanto irresistible de su fina inteligencia, á la que el cultivo de las artes había dado un atractivo inconmensurable.

Es indudable que la cortesana, hasta la cual no hahía llegado el levantamiento moral del cristianismo, no veía como nosotros, ahora, el oprobio de su condición, y lejos de eso, le parecía honorable. No debemos olvidar que los hombres las trataban de igual manera que á las grandes damas, y que en sus salones se reunían los cardenales, duques, sabios y artistas más notables.

La lira de los más célebres poetas se ofrece delirante á sus pies.

Pasquín dice de Imperia :

Poi per superbia a se fe dire Imperia,

Eh ogni altra cosa appresso a se li spiaeque.

Otro poeta demuestra aun mayor entusiasmo cuando dice: « Los Dioses han obsequiado á Roma con dos presentes inestimables, Marte, le ha dado el Imperio y Venus Imperia.

La cortesana no fué ajena á la influencia religiosa, aunque frecuentaba las iglesias, no vemos en este acto un signo de piedad, pues en algunos casos la ceremonia eclesiástica sólo les sirvió de pretexto para mostrarse en público y lucir la opulencia de sus vestidos.

La religión era mal comprendida, y el sentimiento del misticismo desconocido. Había en

esos corazones el desorden voluptuoso de la vida pasional, al mismo tiempo que un tenue respeto por la castidad del cristianismo. Imperia, educó á su hija, sino con el ejemplo, al menos con los principios de una moralidad tan severa, que la hija de la bella cortesana, prefirió quitarse la vida antes que ceder al capricho del gobernador de Siena, ciudad donde se había retirado.

Algunas cartas de estas damas galantes demuestran que ha llegado á ellas la influencia de la religión católica; pero que aún no están penetradas del espíritu de su moral. La carta que Beatriz de Ferrara escribió á Lorenzo de Médicis, duque de Urbino, encierra cierto espíritu de arrepentimiento, que deja vislumbrar para el porvenir la posibilidad de una clara noción de la virtud y de la dignidad de la mujer: Beatriz de Ferrara dice: « Cuando llegó la Santa Semana, en la que el Señor quiso morir por nuestra salvación y para consolarnos, he dejado comprender á todos mis amigos, y he sentido la necesidad del recogimiento. » Otro párrafo de la carta dice:

« ¿Qué cosa es la vida de nosotras las cortesanas? ¿no es digna de piedad? »

Esta frase melancólica ó de escepticismo, puede encerrar un sentimiento de disgusto que se inicia en un alma que siente el hastío de la vida perdida en el mal; ó también se le puede juzgar como una actitud de coqueta refinada

que espera se la consuele. Nos inclinamos ante el primer juicio; generalmente la cortesana en su literatura no guardaba reservas, y traslucía cierta honestidad que era ajena á sus costumbres, lo que habla en su favor, porque más lógico nos parecería que hubiese seguido la desenvoltura é inmoralidad de las letras de su época, en la que, entre otros, los cuentos de Bocaccio estaban de moda.

La misma Beatriz, en otra carta escribe: « He ido á escuchar á nuestro predicador de San Agustín, digo nuestro, porque todas nosotras, siempre que estamos allí, nos gusta escucharle. ¡Es tan elocuente! Gambara, se ha conmovido tanto que se ha ido en seguida á tomar el velo y de Todea se dice que va á hacer lo mismo. »

Al hablar algunos escritores del arrepentimiento de las cortesanas, abundan en narraciones jocosas, una de las más picantes es la que refiere Brantôme, de una joven que se preparaba á tomar el velo cuando vino á despedirse de ella un gentilhombre francés.

Tulia de Aragona, como Imperia, por su testamento hace suponer que murió cristianamente. Pidió que se la enterrase sin pompa, en la Iglesia de San Agustín, al lado de su madre, y dejó á la Iglesia, un legado para que alumbrasen un cirio y dijesen una misa mensual por la salvación de su alma.

La cortesana romana, recuerda á la griega,

por su gracia, su elegancia artística, y su gran papel de inspiradora; no obstante, en la condición social de ambas existe una gran diferencia, pues la cortesana griega, se puede decir que veía en ello la sola manera de sustraerse á la vida opresora del gineceo, mientras que la romana iba á la vida de la disipación arrastrada por la corriente de su época, con la ingenuidad que le permitía la tolerancia de las costumbres y su instinto natural.

La esposa, la madre, eran mujeres que no carecían de belleza, de talento ni de elegancia, y á estas cualidades, unían la de la virtud. Si algo debe la sociedad á las mujeres galantes del renacimiento, es la influencia que su belleza ejerció en el arte y el menosprecio que supieron inspirar hacia la baja galantería.

INTELECTUALES DE ALEMANIA

Aprovechando nuestra estancia en Berlín, hemos procurado estudiar la labor intelectual y social de la mujer en la capital alemana.

Nos proponemos dar á conocer la importante colaboración social femenina en aquel país, y también á sus principales protagonistas.

Creyendo la forma de *reportaje* la más apropiada para manifestar la manera de pensar de las reputadas escritoras á las cuales nos hemos dirigido, hemos solicitado algunas *interwiews,* por medio de las cuales hemos podido apreciar la opinión de las mujeres notables residentes en la capital del Imperio.

Nuestro cuestionario, de palpitante actualidad y que admite discusión, es el siguiente. El movimiento feminista, la educación de la mujer, su profesión, el movimiento social, el papel que corresponde á la mujer en el movimiento social, la acción femenina en el periodismo y el lugar que ocupa la mujer en Alemania.

El movimiento feminista, en el cual las aspiraciones son más ó menos exageradas, adquiere

de día en día la mayor importancia en Alemania. Lina Morgenstern es la decana, en Berlín, del movimiento social femenino, pues desde temprana edad se consagró á fundar sociedades de gran importancia. Cuando cumplió 18 años, pidió á sus padres que la ayudasen á fundar una sociedad de protección para los pobres, la cual se debía ocupar en repartir ropa entre los niños á quienes les hacía falta para poder asistir á la escuela. Esta sociedad se llamó « *Die Pfennig* » [El centavo] y aun subsiste hoy.

En la vida matrimonial es feliz, en su esposo ha encontrado un colaborador. Su numerosa familia no ha sido obstáculo para el buen éxito de las múltiples sociedades de beneficencia que ha fundado. Además ha escrito varios libros apropiados para la juventud y referentes á las instituciones que ha organizado, con admirable acierto.

A esta laboriosa escritora le cabe la honra de haber fundado los « *Kindergarten*, » según el método de Froebeliano y haberles dado gran amplitud.

Su corazón, sensible ante la desgracia del proletariado, se sintió conmovido en la época de la guerra Austro-Prusiana, y fué entonces, al ver la desgracia popular, la que le sugirió la feliz idea de las cocinas populares « *Volfsfuchen* », que llegaron á establecerse el año de 1866, y desde entonces hasta la época actual, perma-

necen bajo la dirección de Lina Morgenstern. En el año de 1873 dió una notable conferencia en la Municipalidad, ocupándose en lo que pueden hacer las mujeres para aliviarse de la carestía de la vida, y tuvo tal éxito, que originó el establecimiento de la cooperativa «*Berliner Hausfrauenverein*» (sociedad de mujeres en Berlín), la cual pudo contar 4.000 miembros, iniciándose en la sociedad el abastecimiento de grandes almacenes, donde los socios debían proveerse, á reducido precio, de los artículos de primera necesidad. Desgraciadamente los comerciantes, al por menor, vieron vulnerados sus intereses con estos almacenes en grande, y dieron fin con aquellos : sin embargo, la sociedad « *Berliner Hansfrauenverein* » subsiste aún bajo la presidencia de Lina Morgenstern y constituye una de las principales sociedades femeninas de Berlín; entre otras cosas se ha ocupado en establecer una oficina de informaciones gratis para empleadas, socorros para la vejez y premios anuales para las sirvientes fieles.

La más antigua revista feminista de Berlín : « *Deutsche Hausfrauenzeitung* » fué fundada por Lina Morgenstern. También fué ella una de las iniciadoras de la *Alliance Universelle des femmes pour la paix* (Alianza universal de mujeres para la paz) y del primer congreso internacional de mujeres que tuvo lugar en Alemania el año de 1896.

La dulzura del carácter de Lina Morgenstern,

la amadilidad y cortesía de su trato, hacen de ella una persona encantadora, cuyo recuerdo no es fácil olvidar.

Elena Lange, representa la más numerosa agrupación feminista; comprendiéndose esto fácilmente, porque su labor reposada y sólida, es más del gusto nacional, que la de Mina Cauer. Esta inteligente escritora no deja de comprender que no alcanzará á ver realizados sus deseos; pero que en el porvenir, encontrará repercusión, « tal vez dentro de treinta ó cincuenta años ». Considera justo, que á la mujer se le reconozcan los mismos derechos que al hombre, y en este sentido trabaja activamente. Elena Lange, piensa de igual manera, pero, para llegar á este fin, cree necesario que la mujer muestre antes su capacidad y se imponga por sus méritos. Elena Lange, concreta sus trabajos especialmente á extender la acción de las profesoras y á mejorar las condiciones económicas de ellas. Más de 4,000 la han declarado su *leader*.

La primera vez que dejó oir su nombre, fué en los círculos pedagógicos, en el año de 1887, cuando presentó al Ministerio Prusiano una solicitud para que se aumentase el número de profesoras. En esta solicitud, exponía con claro raciocinio, el perjuicio que causa á las niñas la influencia de los profesores; además, pedía que se instruyese á las profesoras en cursos superiores. Sin embargo, el Ministerio no ha resuelto aún si se deben fundar gimnasios para señori-

tas, y rechazó las partidas solicitadas con este objeto el año anterior.

La solicitud de Elena Lange, llamó la atención por su enérgica y bien fundada lógica, logrando un beneficio aunque indirecto, porque á pesar de haber sido rechazada su solicitud, subvencionaron á las profesoras del « Victoria Liceo » y ordenaron que se estableciese un curso superior de matemáticas y latín en la Universidad de Suiza, para mujeres.

Desde el año de 1893, se han organizado clases superiores en los colegios de Prusia, en los cuales se preparan señoritas para que puedan bachillerarse.

Elena Lange, es la directora de la principal revista feminista *Die Frau* (La Mujer) la cual contiene magníficos discursos literarios y científicos; además, sus conferencias públicas son notables, llamando la atención entre sus discursos « *Die Ahische Bedeutung der frauenfrage* » (La cultura moral de la mujer) « *Die frauenbevegung un Bervustein unserer zeit* » (El movimiento feminista ante la conciencia del siglo) y otros muchos, que demuestran la elevación moral de sus conceptos, al tratar la cuestión feminista.

En el año de 1890 fundó, con Alice Salomón, y María López Housselle, la sociedad general de profesoras alemanas: « *Allegemeinen Deutscher Lehrerinnen Verein* » de la cual es presidenta. Esta sociedad cuenta con 17,000 adherentes.

A la muerte de Augusta Schimidt, se hizo cargo de la presidencia de la enorme confederación de mujeres alemanas « *Deutschen Frauenvereins* »; además ha fundado la sociedad « *Berliner Frauenverein* » que se ocupa en curar enfermos á domicilio (*Hausplege*); aliviar la situación de las menesterosas, especialmente la de aquellas cuyas desgracias las han conducido á prisión; también sostienen una clínica que está á cargo de una médica.

Elena Lange, en colaboración con otras distinguidas escritoras, acaba de publicar una gran obra que se divide en cuatro tomos, que contienen la historia del feminismo en las principales capitales del mundo.

Este trabajo es el más grande que se haya escrito sobre la emancipación de la mujer á través de los siglos. Se titula « *Die Geschichte der Frauenbervegung in den Kullurländer* ».

Cuando el movimiento feminista social tomó cuerpo en la capital del imperio, era indispensable que demostrase que este organismo tenía miembros dispuestos á obrar. A pesar de que el ideal y el fin concebido es el mismo en todos los *Leaders*, sin embargo hay divergencia en los medios de llegar á obtenerlo; y desgraciadamente en la sociedad feminista, sucede lo mismo que en las agrupaciones de hombres. Desde su origen se separan en diferentes bandos. Elena Lange, Lina Morgenstern, y Mina Cauer, cada una dirige sus huestes hacia la misma meta,

pero por diferente camino, á pesar de que las alienta un ideal único.

Mina Cauer, es seguramente la más atrevida y entusiasta, aspira á que se conceda á la mujer los mismos derechos que al hombre, y en este sentido, aconseja á sus compañeras que tomen parte en la política, como medio corto y eficaz para lograr un rápido y positivo triunfo; no obstante, no pasa inadvertido á la clara inteligencia de esta luchadora, el difícil éxito de sus esfuerzos, pues justamente ella lucha, allí, donde la mujer tiene más restricciones que en otros pueblos y cuya acción es nula en la esfera de la política, por insignificante que ésta sea; pues aún la mujer está rigurosamente excluída de toda reunión política. Esta intrépida luchadora entrevé todas las dificultades, y espera que será inevitable que sufran al principio, antes de acercarse á la puerta del jardín de las Hespérides y más aún, para penetrar y recoger los frutos guardados celosamente por los hombres.

Mina Cauer, nació en el Condado de Brandeburgo, el año de 1842. Es hija de un pastor protestante y casó en segundas nupcias con un célebre pedagogo de Berlín, Schulrat Cauer. Después de la muerte de su segundo esposo, se dedicó á estudiar el difícil problema de la condición social de la mujer. Indudablemente que al entrar en el terreno de especulaciones intelectuales, contaba con la sólida base

que le proporcionaban sus conocimientos de institutriz. Ha fundado una de las sociedades más importantes de obreras que existen en el mundo : « *Verein Frauenwohl* » (Unión de salud para la mujer) contando esta importante cooperativa de protección mutua con más de 17,000 socias.

También es Mina Cauer una de las fundadoras de la asociación de empleadas *Berliner Hilfs verein für weibliche Angestellte*; además ha establecido una biblioteca especial referente al feminismo. Su revista « *Die Frauenbevegung* » (El movimiento feminista) representa al paladín más intrépido de la causa de la mujer, y su directora la defiende con asombroso talento.

Lili Braun, es la principal representante del feminismo en el socialismo, y uno de los tipos de mujer intelectual más sobresalientes en Alemania; á ello la acreditan la energía de su carácter, capaz de romper todas las vallas con que el oscurantismo retrógrado pretende entorpecer la acción de la mujer.

Aún es joven, blanca y rubia, de talle esbelto, y sonrisa encantadora, que revela la felicidad de su hogar, la cual no ha podido lograr, sin pasar antes por dolorosas luchas.

Su esposo es un distinguido escritor socialista, y su único hijo, un pequeñuelo precioso, que forma el encanto de sus padres. El amor desinteresado que profesa á sus semejantes, no es sino un reflejo del que comparte con su familia.

Es hija del General Kartschman, y nieta de una distinguida dama de honor de la corte de Wesfalia, de la cual se dice, que circula sangre real en sus venas. Sumamente aficionada al estudio y especialmente al socialismo, no sorprende que Lili Braun, heredara de su ilustre abuela, la cual fué una de las amigas intelectuales del inmortal Gœthe, el sentimiento generoso que la hace dedicarse á defender la causa de los desgraciados.

Hasta la edad de 22 años permaneció al lado de tan inteligente matrona, la que vigilaba, con empeño los estudios de su nieta. Tenía por maestros á los más hábiles profesores.

Por satisfacer el deseo de dar á conocer los méritos de su abuela, escribió su primera obra, titulada : Memorias de la Baronesa Gusateat, nacida de Pappenheim, la que publicó hace doce años.

En el año de 1890, Lili Braun, se estableció en Berlín, donde pronto se cansó de la vida de la Corte, demasiado frívola para que pudiese interesar á su espíritu superior.

El primer esposo de esta entusiasta socialista, fué el profesor Gizycki, quien regía una cátedra en la Universidad, y el cual profesaba el feminismo; se puede decir que fué la mejor discípula de su marido, porque en aquella época fundó la sociedad *Gesellschaft für ethische Cultur ;* (Por la cultura moral de la mujer) la cual aún subsiste. Lili Braun, abandonó el feminismo y

optó por el socialismo, persuadida que el triunfo de esta causa es el único medio posible para que la mujer pueda alcanzar la igualdad social á que aspira. Hoy es una activa propagandista; últimamente ha escrito un gran libro « *Die Frauenfrage* » (El problema feminista) el cual se ha traducido á varios idiomas y está concebido, enteramente en las ideas político socialistas.

Alice Salomón, es un florecimiento intelectual en la primavera del campo feminista: blanca, pálida, de ojos azules y cabellos de oro, la flexibilidad y gracia de su cuerpo y su risa juvenil, hace olvidar la aridez de los serios estudios á que se dedica, con edificante laboriosidad, pues colabora al lado de Elena Lange, en importantes escritos. A la edad de 20 años principió á tomar parte en el movimiento social, y en su anhelo de contribuir á procurar bienestar á la mujer. cooperó con todo interés en la sociedad « *Madhenhort* » (Refugio para jóvenes) y después en otra de protección para los pobres, donde conoció á Jannette Schwerin, quien dirigía el feminismo en aquel tiempo. Al lado de esta señora, trabajó activamente para procurarse recursos con qué socorrer á los enfermos y ver los medios de dar trabajo á la mujer. Jannette Schwerin murió en el año de 1898, y su labor fué, más que feminista, de beneficencia.

La sociedad « *Madechen und Frauengruppen für soziale Hilfsarbeite* » (Grupo de mujeres y niñas para el trabajo social) fué fundada por

Alice Salomón, y hoy cuenta con más de 1.000 socias.

Sólo hace 5 años que esta espiritual escritora se dedica al feminismo, y ya su acción se ha extendido en toda Alemania. En el año de 1895 se imprimieron sus primeros escritos, llamando la atención su trabajo « *Arweiterinnenfrage* » (El problema de las obreras) y *Soziale Frauenpflihten* » (Deberes sociales de la mujer.) No menos importantes son sus conferencias, á las que asiste numeroso público; no sólo en Berlín, sino también en las principales provincias del Imperio, ellas constituyen un excelente medio de propaganda, teniéndose en cuenta, no sólo el mérito intelectual de la conferencia, sino la holgada condición social de Alice Solomón, pues posee fortuna. Es la secretaria de la gran confederación de mujeres alemanas : « *Bundes deutscher Frauenvereine.* »

Mina Cauer, cuenta en su sociedad « *Verein Frauenwopl* » con una doctora en derecho, la señorita María Raschke; su aspecto revela á la mujer fuerte, llena de salud y capaz de hacer frente á las luchas que continuamente esta bulliciosa agrupación se ve obligada á sostener. Su trato bondadoso y sin pretensión, unido á la expresión de su fisonomía hermosa y severa, demuestran el carácter apropiado para la labor de jurisprudencia á que se dedica, con la consciencia que le dan la solidez de sus estudios.

El ideal de la Doctora Raschke, es propagar el

conocimiento de las leyes, y seguramente lo realizará con la amplitud que desea, porque ningún obstáculo puede vencer á la mujer que usa el siguiente lema « *Wollen ist Können* » (querer es poder).

Sus colegas tienen en gran estima las opiniones de esta doctora, porque están garantizadas por la sólida instrucción jurídica que posee. No es una pedante, y su autoridad le proviene por estar penetrada del buen derecho de la causa que defiende. Su aspecto circunspecto inspira respeto, pero la amabilidad de su porte le da un atractivo especial.

María Rachke nació el 25 de junio de 1850 en Pommern, donde su padre poseía extensos terrenos, y fué allí, bajo la dirección de una institutriz, donde hizo su primera educación.

En el año de 1880 hizo su examen de institutriz, pasando después á ser profesora en el Colegio de la señorita Zimmermann. Al mismo tiempo que trabajaba en el profesorado, siguió algunos cursos en el « *Victoria Lyceum* » y en la academia « Humboldt » donde aprendió latín.

El año 1894 fué nombrada miembro de la sociedad « *Verein Frauenwohl* », donde encontró tribuna favorable para protestar contra las leyes que rigen los derechos de la madre de familia y en general de la mujer. En la confederación « *Bund deutscher Frauenverein* » fué nombrada presidenta de la sección encargada de examinar las leyes referentes á la mujer, y envió á la Dieta

del Imperio un recurso circunstanciado sobre el derecho de la familia, tal cual debería ser en el nuevo Código del Imperio : Discutido por un jurisconsulto notable, la mayor parte de los puntos fueron tomados en consideración y aceptados.

El año de 1895 publicó, en colaboración con la señorita Proells, una protesta titulada « La mujer en el nuevo código civil » [*Die Frauen im neueem buergerlichen Gesetzbuch*] y desde entonces se decidió á estudiar jurisprudencia, ingresando en la Universidad como auditriz [Hospitatin]. Teniendo que ir á Berna, para recibirse de abogado, pues en Alemania, aún no está abierta esta carrera á la mujer. La Doctora, obtuvo un triunfo completo, pues logró en todos sus exámenes el calificativo de sobresaliente.

Desde el año de 1901 se encuentra al frente de un escritorio fundado por la agrupación « *Frauenwohl* » con el objeto de defender las causas de las mujeres pobres. Esta importante institución no es la única en su género. En Berlín; existen 21 escritorios con el mismo fin.

María Rachke, ha creado, y es la directora de una importante revista de propaganda feminista « Der Centralen Deutscher Rechtssatz stellen »; también ha escrito varias obras, siendo una de las principales la serie de folletos titulados: « Rechtsbücher für das deutschen volk. »

Esta doctora se consagra á la divulgación de los derechos de la mujer, y no teniendo debe-

res de familia, puede dedicar todo su tiempo á esta causa.

La doctora Anita Augspur, es una feminista bulliciosa y popular.

La prensa con frecuencia se ocupa de la doctora propagandista, y desde el diario serio, hasta las hojas de caricaturas, todos han tenido tema para reproducirla y comentar su vida de luchadora. Alta y delgada, de cabello corto, con un sombrero masculino y un vestido « *reforme* » que oculta las formas femeninas, causa tal asombro á la gente de provincia, que en varias ocasiones ha sido detenida por la policía. Si es cierto que en su persona se nota un ligero aspecto varonil, éste desaparece bien pronto ante la sonrisa y mirada llena de encanto femenino.

Como no tiene familia, pasa su vida recorriendo las diferentes ciudades de Alemania, dando conferencias referentes á la importancia de la labor femenina : concreta su acción á los trabajos políticos, como medio eficaz para alcanzar el triunfo del feminismo. Estudió legislación y se recibió de doctora, el año 1897. Forma parte del partido político demócrata y es, en servicio de éste, por lo que organiza asambleas en los pueblos que visita, donde pronuncia elocuentes discursos.

Lo mismo que la doctora Raschke, también se dedica al estudio de la condición jurídica de la mujer, además es periodista y colabora en importantes diarios, como en la *Gaceta de Francfort* y los *Anales de Hirth*.

Dirige la sociedad « *Beilage der Frauenbewegung für Parlamentarische Nachrichten und Gesetzgebung* » [Suplemento del movimiento feminista y de la legislación parlamentaria] y ha fundado la sociedad en favor del sufragio de la mujer alemana « *Deutscher Verein fur Frauenstimenrecht* » que preside desde el año 1892.

La sociedad internacional de Wáshington, que persigue el mismo fin, el de dar á la mujer el derecho de voto, la ha elegido vicepresidenta.

Gabriela Reuter, es á la vez que una encantadora novelista, la feminista filosófica, muy conocida en Alemania: De aspecto distinguido y fisonomía muy pálida ; su vida está envuelta en la polvareda levantada por la intrepidez con que sostiene en la práctica las teorías de sus escritos, que son el fruto de un raciocinio en el cual domina la influencia de los filósofos Schopenhauer, Nietzche y Haeckel.

Sus adversarios la censuran de ser contraria al matrimonio, enemiga de los hombres y de vivir á su libre albedrío, sin tomar en cuenta las conveniencias sociales establecidas por el uso; sin embargo, estas versiones carecen de fundamento, porque ella, traza su línea de conducta en conformidad con las conclusiones que ha obtenido; no solo como resultado de especulaciones filosóficas, sino también como consecuencia de la soledad en que ha pasado su primera juventud. En una autografía ha dicho que el afecto maternal no basta para satisfacer el

corazón de una mujer, que necesita el del esposo; pero que, como es tan raro encontrar un hombre capaz de corresponder al amor de una mujer, aconseja á estas que piensen en sí y miren ante todo su propia conveniencia: Blanca y fría como un hada marmórea, encierra en su alma un dolor íntimo, que se trasluce en la sonrisa de sus labios. La cabellera hermosa y enteramente encanecida, la representa en el invierno de la vida, pero aún es joven, y sus escritos la demuestran en pleno florecimiento intelectual.

Gabriela Reuter es hija de un comerciante y nació en Alejandría; allí pasó su infancia en medio de las ruinas y contemplando una civilización paralizada, medio salvaje, la cual no ha dejado de tener influencia en su educación, haciéndola vivir una vida aparte de la moral moderna. Al morir su padre, fué con su madre y hermanos á Neuhaldensleben, donde escribió su primera obra literaria, sin llegar á obtener éxito satisfactorio; pero no desmayó en su propósito, y aunque sólo contaba 18 años, su segundo trabajo, no se hizo esperar largo tiempo; fueron sus memorias, en forma de novela, con las cuales obtuvo un resultado positivo, pues le proporcionó suficiente dinero para hacer un viaje de recreo.

Una de sus principales novelas: titulada «*Ausguter Familia*» (De buena familia), le valió la reputación literaria de que hoy goza, pues llamó de tal manera la atención, especialmente de las

feministas, que el círculo « *Die Frauenbewegung* » (movimiento feminista) la proclamó como á una de sus defensoras, y no porque diese el toque de Diana á la emancipación femenina, sino porque apareció en momento oportuno, cuando la causa del feminismo languidecía por faltar una mujer capaz de imponerse á la opinión pública por la fuerza de su capacidad intelectual.

Precisamente, la heroína de este romance, Agata Heidling, lucha contra los convencionalismos sociales, en conformidad con el feminismo.

Entre las importantes novelas de Gabriela Reuster, figuran : « *Frau Burgelina* » « *Ellen von der Weiden* » « *Octavia* » y « *Kolonistenwolh.* » Casi todas estas novelas se han publicado en los principales diarios de Alemania.

Dora Dunker, es una interesante novelista; como Emma Vely, Gabriela Reuter y Katerina Zitelmann, además enriquece el periodismo con sus producciones; pero su labor no termina aquí, pues ya ha alcanzado importantes triunfos con sus obras teatrales; no menos importantes son sus espirituales críticas literarias que publican los diarios alemanes.

Esta literata se dedicó á las letras siendo muy joven y siempre con buen resultado; el género de sus novelas es realista y en ellas revela, con talento, los modernos problemas sociales. Por propia experiencia ha podido apreciar lo que

significan algunos de ellos. Al año de casada tuvo que separarse de su esposo, dedicándose desde entonces, únicamente á su hija; así no nos sorprende que la nota dominante en sus escritos sea proclamar la independencia social de la mujer y combatir el matrimonio. Las novelas que más llaman la atención son : « *Grossetandi* » « *Sie woll Deine Magd sein* » y entre sus comedias : « *Im Schatten* » [en la sombra] y « *Gustar Wihsaner* ».

Prepara actualmente un romance realista cuyo teatro será Berlín, titulado « Ella debe ser tu sirvienta » esto es : la lucha por la independencia de la mujer y por el derecho.

La vida de Dora Duncker es de un ejemplo halagador para las que deben procurarse el sustento con su trabajo, porque ha logrado formar un hogar artístico y confortable en el cual se la ve feliz al lado de su hija.

Katherina Zitelmann, pertenece al número de las novelistas que gozan de gran reputación, de ella se puede decir que el talento de escribir es una herencia, pues pertenece á una familia de escritores. (1)

Su padre, que era Consejero del Gobierno [Geheimer Regierungs Rath] en Stettin, también fué un novelista conocido.

(1) Bajo el seudónimo de Renard Ernst, el hermano de K. Zitelmann ha escrito lindas poesías, también es profesor en la Universidad de Bonn. Su hermano ha compuesto una serie de *Lieds* [canciones] muy conocidas y una prima suya es una novelista de mérito.

Al morir su madre tuvo que reemplazarla en el hogar, y estos quehaceres de la vida doméstica los considera Katherina Zitelmann, indispensables para adquirir experiencia de la vida práctica.

Cuando su padre murió, el año de 1889, desde esta época se dedicó á viajar, recorriendo las principales ciudades europeas.

Actualmente está designada para suceder á la señora Wachsmuts en la presidencia de la sociedad *Schriftstellerinnsbund* [sociedad de escritoras]: Este centro, que se le puede considerar también de auxilios mutuos, ha progresado con gran rapidez, pues en pocos años de existencia ya cuenta con local propio y representación legal. Katherina Zitelmann además pertenece á la sociedad que dirigía Jeannette Schwerin « *Die Mädchen und Frauengrupel für zoziale Hilfsarbeit.* »

Ella opina, que las sociedades de Beneficencia son insuficientes para aliviar la miseria del pueblo, y que la cuestión de los salarios no forma sino una faz de lo mucho que hay por hacer en las sociedades. Habiendo llegado á obtener estas conclusiones, no sorprende que sea una entusiasta propagandista de las ideas de Henrick George y forme parte de la agrupación de mujeres para conseguir la reforma agraria « *Frauengruppe für Bodenreforme.* »

Las novelas *Im Kampf um die Ueberzeugung*, [En lucha por su convicción] « *Was wird sie thun*

[¿Que hará ella?] (1) Indican por su título la tendencia que domina en ellas.

El estudio psicológico profundo, la exposición clara del tema y el estilo encantador de sus escritos, proporcionan una lectura á la vez que agradable, de sumo interés.

María Mellein, sin dedicarse al género de la novela, ni tampoco al periodismo, es sin embargo una publicista que escribe cuando tiene algo que decir, y sus artículos se han dado á luz en interesantes revistas como *Die Frau* « *Neue Frauenblatt* » y otras. Es una entusiasta y laboriosa feminista, y en este sentido su acción es práctica : Se dedica de preferencia á trabajar en la « *Verein zur Besserung der Strafgefangenen* [Sociedad para mejorar á las presas que no han sido condenadas]. El fin de esta asociación es rehabilitar á estas desgraciadas por medio del trabajo que les procuran.

La «*Berliner Frauen Verein* [Sociedad de mujeres de Berlín] cuenta á María Mellien entre sus miembros más distinguidos : Nació en la pequeña ciudad de Senftenber el año de 1851 y su padre fué un abogado distinguido. A los 18 años obtuvo el diploma de institutriz y después hizo una jira por Austria y Grecia, antes de establecerse, como profesora en un colegio de Berlín.

Desde el año de 1882, después de haber ad-

(1) ¿ « Donde está la falta » ? — « Hija y Juez » Estudio de amor, y otras.

quirido el fructífero contingente que proporcionan las lecturas de libros extranjeros y especialmente la de los filósofos, que son sus predilectos, se dedicó por completo al feminismo; además llevó á esta causa el rico caudal de experiencia recogido en las familias donde sirvió como *institutriz*. Su corazón tierno, se ha interesado vivamente por la suerte de las desgraciadas prisioneras, y trata de aliviarles su triste situación por cuantos medios le es posible. Ha estudiado las reformas que se podrían introducir en las cárceles, y sobre tan laudable tema da conferencias interesantes. También escribe importantes artículos que son publicados en la prensa diaria del Imperio. Igual competencia demuestra cuando trata de arte, dedicándose de preferencia á la historia :Vive feliz al lado de su familia, trabajando, como luchadora apasionada y probando con su buena salud, que la mujer no es el ser nervioso que se agota fácilmente, como pretenden describirla en nuestros días, los que no desean verla libre de tutela.

Charlote Broicher, nació en Berlín, y aunque apartada del centro activo feminista, es una buena escritora y una psicóloga de mérito, que demuestra con su capacidad, que la mujer es tan apta como el hombre para dedicarse á especulaciones filosóficas. Sus principales libros son las biografías de Robert Sons y de Ruskin, en las cuales hace un estudio elevado de observador y profundamente psicológico. Los diarios

en que generalmente publica sus escritos son: « *Die Preussische Yahrbuecher* y el « *Cristliche Welt* » lo cual acredita la índole seria de su labor. Charlotte Broicher es la hija de un sacerdote protestante; hace solamente nueve años que se ha dado á conocer, con un magnífico estudio de economía política, pues se dedica á este género de estudios, de una manera especial. Formó una sociedad de protección para la mujer obrera « *Die Heimarbeiterin* » la cual tiene una comisión que se ocupa de proteger á los obreros en su propio domicilio; actualmente cuenta con 1,600 miembros y está en relación con sociedades análogas en el extranjero, principalménte en Inglaterra.

Gertrud Dihrenfurth, pasó su niñez en Silesia, al lado de sus padres, y sólo después de haberlos perdido es cuando se dedicó al estudio y al periodismo. Gertrud Dihrenfurth, es una morena de fisonomía y trato encantador; su abundante cabellera encanecida resaltan con la frescura del cutis.

Emma Vely. Entre las mujeres que se dedican á la literatura ocupa uno de los puestos más eminentes, no sólo por su mérito como novelista, sino por el refinamiento exquisito que la distingue como escritora. Sus salones son conocidos y frecuentados por artistas notables, y en general por el mundo intelectual; recibe con tal gracia y afecto, que al verla se diría una española; alegre y festiva en medio de sus amigas

á las que fácilmente reune á su alrededor. Considerada como novelista, se le puede llamar popular, pues su estilo no es tan elevado que se le considere como sublime, ni desciende al extremo de desmerecer literariamente. Justamente ha elegido el término medio, de manera que sus novelas son leídas por todos con agrado. Emma Vely, pasó su infancia en Herzberg, al lado de su abuela, desde el año de 1851, época en que perdió á su padre. Allí, hubo de impresionar su pródiga imaginación la hermosura de la naturaleza, y el sueño de la gloria se apoderó de su espíritu.

Más tarde, en Westfalen, logró una colocación como *institutriz*, y aquellas espléndidas montañas hubieron de halagar gratamente su alma de artista.

La primera novela que escribió se titula « *Gegen den Strom* » [Contra la corriente] la cual apareció como folletín en un diario de Stuttgart; desde entonces fué considerada como una escritora de porvenir. Después se dedicó á viajar hasta el año de 1871, época en que se casó con un librero llamado Convely, de cuyo nombre adoptó, como pseudónimo, la segunda parte, Vely, que es con el que se la conoce hoy.

En Stuttgart, estuvo trabajando en el archivo del rey, lo cual le proporcionó ocasión de relacionarse con personajes influyentes de la corte.

Después de haber vivido en Ostende, vino á Berlín, donde se ha establecido. Como no tiene

sino una sola hija y su naturaleza, muy activa no le permite mantenerse en inacción, puede dedicarse, por entero, al trabajo de la pluma: Sus libros son numerosos, y entre ellos se nota, no solo la labor de la imaginación, sino también estudios serios y de gran mérito literario. *Suller und Lotte*, es una gran novela, en tres volúmenes, *Die Erbin des Herzens* [Herencia dél corazón] le valió un éxito completo, y continuamente vemos aparecer sus atrayentes romances como folletines en importantes revistas.

Es directora de un importante semanario *Sonntagsblatt*, en el cual publica selectos artículos literarios, revistas de arte y las notas más sobresalientes de la vida social. Este intéresante semanario es el suplemento dominical de *El Danziger Zeitung* y lo edita Emma Vely.

A todo el cuestionario que dirigimos á esta distinguida escritora, contestó con la siguiente fórmula : « *Welch eine Arbeit ein leben ohne Arbeit* » [qué trabajo sería la vida sin trabajo] y agregó : « Estas palabras encierran mi opinión respecto al movimiento feminista. El derecho de la mujer se debe conquistar por medio del trabajo y de la educación de ambos sexos, técnica y práctica, quedando subordinada á las fuerzas intelectuales ó físicas y á las condiciones morales de cada individuo. Mi vida entera, desde mi juventud, ha sido la de un peón que ha elaborado siempre á favor de sus compañeras feministas. »

A la mayor parte de las mujeres intelectuales, en Alemania, se les puede considerar como periodistas, pues aunque no son pocas las que practican el género novelesco y filosófico, todas las escritoras, como regla general, ofrecen sus trabajos al público, en los folletines de los diarios, casi siempre, antes de imprimirse en volúmenes.

A una de las que se le puede contar entre este número, es á Andrea Salomé, cuyos libros y folletines forman parte del caudal literario alemán. Esta escritora, nació en Rusia, pero para poder escribir libremente, hubo de abandonar su patria, á pesar de que con ello se alejaba de un círculo distinguido social que era el suyo, debido al alto puesto que ocupaba su familia.

En Berlín se la considera como alemana, pues joven aún llegó á Zurich, en cuya Universidad siguió los cursos de filosofía y el de la Historia de las religiones antiguas.

Hace 15 años que contrajo matrimonio con un célebre orientalista, y desde entonces se estableció en Berlín, donde ha dado á la publicidad un magnífico estudio titulado: *Friedrich Nietzsche und seinen Werken* [Federico Nietzseche y sus obras. Nadie mejor que ella podía haber revelado el misterio sombrío que encerraba el alma del desgraciado filósofo, porque, Andrea Salomé, fué una de sus amigas predilectas. Desde que apareció esta importante obra, todas las miradas de los hombres de talento se dirigieron hacia ella con simpatía. Otro de sus principales

estudios filosóficos se titula *Heinrich Ibsen*, además es autora de varios romances y novelas, entre los que figuran *Marthas Briefe an María* [las cartas de María á Marta] *Felix Notvest* y otros.

Por principio, Andrea Salomé, es refractaria á los interrogatorios, de manera que no nos fué posible escuchar su opinión referente al progreso feminista en Alemania.

Con fisonomía bondadosa y dulce sonrisa, se expresó así : « Para los reportajes se necesitan frases hechas y yo no las tengo, pero aunque las poseyera, resultarían faltas de verdad. » Defendimos la causa del periodismo lo mejor que nos fué posible, pero en vano.

La vida de esta atrayente filósofa, es un tanto solitaria ; reside en una casa de campo, en los alrededores de Berlín, la cual abandona todos los años para hacer viajes de estudio, lo que contribuye á darle vastos temas para sus conversaciónes, singularmente agradables.

La condesa Schlieben, es una periodista distinguida y atrayente, sumamente simpática por la exquisita galantería de su trato. Es hija de un propietario de la Prusia Oriental y nació el año de 1860. Desde 1890, principió á interesarse por el movimiento feminista, y en este sentido trabaja en su interesante Revista mensual *Neues Frauen Ehrenwerth*. Esta Revista, hebdomadaria, se consagra por entero á los intereses de la mujer y tiene un suplemento especial, consa-

grado á la belleza femenina. Desde el 1.° de Julio de 1902, se fundió con la Revista *Dresdener Frauenzeitung*. La condesa Schlieben pertenece á la sociedad Frauenverein.

A continuación exponemos las respuestas que hemos obtenido en las interviews con estas distinguidas escritoras, principiando por distinguir á las que toman parte en el movimiento feminista.

Lili Braum se ocupa del feminismo obrero, el que constituye parte integrante del movimiento social en general. María Rashke, igualmente, pero en otro orden, pues pertenece á diferentes sociedades feministas, siendo ella la presidenta de la *Frauenwohl* y también de la *Neuen Volks Schullehehrnen Vereins;* además tiene la dirección de la sección de derecho que le pertenece á la *Bundes ; Deutschen Frauen verein* y de la « *der Centralen Deutscher Rechtschutz.* »

Anita Auspurg toma parte en el movimiento feminista, siendo una de las más bulliciosas propagandistas.

Alice Salomón y María Mellein, trabajan en el movimiento social, ésta última, desde hace más de 20 años. Igual cosa sucede con Mina Cauer, y Lina Morgenstern, quien hace 50 años inició el movimiento feminista, siendo el más notable el *Uber den Frauen congress von 1896 in Berlin.*

Elena Lange, es una de las que toma parte activa; no así Dora Dunber, quien únicamente

en sus novelas ha tratado la cuestión social; en cambio Charlotte Böicher es feminista técnica y de modo casual, hubo de serlo en la práctica, por pertenecer al Comité del Congreso Social Evangélico. Gabriela Reuter se interesa vivamente en este sentido, y lo considera indispensable para el progreso y cultura social, pero su acción no es activa, pues la índole de sus trabajos literarios demuestra más bien la labor artística.

Al inquirir cuál es la educación que se debe dar á la mujer, Elena Lange opinó porque se desarrollaran todas sus facultades. Esta respuesta aunque vaga dice bastante, pues encierra todo su programa. Lina Mongenstern, se muestra más amplia, cuando se expresa así: « La mujer debe ser educada de manera que se haga de ella un ser sano, fuerte y bien desarrollado, que conserve la belleza de su sexo; se debe tratar de formarle un carácter enérgico, que la haga capaz de dominarse, sin que por eso la excluya del amor del prójimo y de la fidelidad á sus obligaciones. El mejor medio de llegar á esta educación, es el ejemplo y la enseñanza. » Mina Cauer, va más lejos en sus apreciaciones: « El problema de la educación quedará resuelto, dice ella, cuando se abra camino á la mujer, de modo que pueda seguir todas las carreras que existen para los hombres; y el único modo de lograrlo es que se le faciliten los mismos medios de educación que á éste; sólo así podrá elegir

una profesión á su gusto y ésta sería la única de conseguir mejorar la educación de la mujer, haciéndola apta para desempeñar una profesión, como acontece en los Estados Unidos. » Lili Braun, se manifiesta decidida por la educación mixta, al pedir que las niñas y los niños estudien juntos en los colegios : Alice Salomón, cree necesario que la mujer obtenga una profesión, para que pueda mantenerse por sí. La doctora Augspurg, se manifiesta como Lili Braun, partidaria de la coeducación, además pide que profundice sus estudios hasta donde sea posible. La doctora Raschke, piensa que se deben introducir los principios fundamentales del derecho en los cursos de enseñanza, y en este sentido trabaja activamente. Charlotte Böicher, dice : « Que se dé á la mujer una instrucción sólida según sus cualidades y talento, pero que no se contraríen sus aficiones. « María Mellien dice: Una experiencia de más de 25 años me ha enseñado que el estado físico de los niños de 12 á 16 años no es apropiado para que trabajen juntos con las jóvenes de su misma edad. ¡Ya tienen bastante que sufrir con las tempestades de la vida! La instrucción debe ser sólida, profunda y religiosa; apta para que la mujer pueda ejercer sus deberes maternales, es decir, se debe fortificar su cuerpo y dárselė una idea clara y natural de la verdadera vida social. La institutriz y laica será mejor madre de familia que la mujer pueril y coqueta.

Dora Dunker, ha tratado extensamente de la educación femenina en un importante estudio titulado : « *Die frau in XIX Yahrhundert.* [La mujer en el siglo XIX.] Katherina Zitelmann, dice lo siguiente : « Todo lo que tiende á levantar la educación de la mujer, redunda en beneficio, no sólo de ella, sino de la humanidad en general. Esto no significa que descuide su educación doméstica. Es de desear, que de preferencia á cualquiera otra clase de estudios, una niña aprenda las faenas domésticas, lo que le será útil cuando llegue á ser madre de familia; la mayor cultura de la inteligencia de la moral y del sentimiento de una mujer, redundará en pro de sus hijos. Opino que la educación del hogar es la mejor. »

Otra de las preguntas dirigidas á este selecto grupo de feministas, se refería á si era ó no conveniente que la mujer siguiese carrera profesional : Mina Cauer, la *leader* más exigente del feminismo, piensa que toda mujer debería tener la misma cultura del hombre, como medio de llegar á obtener una profesión.

Lina Morgernstern, la decana entre las mujeres que han unido á la labor intelectual la utilidad práctica, dice : « La mujer como el hombre debe elegir una profesión adecuada á sus facultades y seguir su aptitud. La mujer profesional puede atender á su propia subsistencia y á la de los suyos, pero todas, sin excepción, deben perfeccionarse en el ejercicio de una pro-

fesión, cualquiera que sea su condición y estado social, y dichosa será aquella que ame el arte en el hogar doméstico. »

Elena Lange, piensa que una mujer debe hacer lo que le sea posible; y Lili Braun, que toda mujer lo mismo que el hombre debe ser profesional, como único medio para lograr su independencia y para « no ver en el matrimonio una manera de vivir. » La doctora Raschke, considera á la mujer adecuada para ejercer el comercio y la industria, piensa que indipendizándose, en el porvenir, se obtendrá que la absoluta separación del marido, en el matrimonio, sea un derecho honrado y prescrito por la ley. La doctora Augspurg, opina que la mujer debe poseer la facultad de ejercer todas las profesiones, lo que significa un acto de bien público; en cambio C. Broicher, piensa que sólo un pequeño número de mujeres son competentes para ejercer las profesiones; no deja de reconocer que algunas tienen carácter suficientemente enérgico para acometer una empresa de aliento; pero considera infructuosa toda labor femenina. María Mellien dice : « Quisiera que todas las profesiones estuvieran abiertas á las mujeres competentes para ejercerlas, teniéndose en cuenta su naturaleza física y moral, y siempre que dichas profesiones no la despojasen de sus atractivos de mujer, como son el pudor, la delicadeza y la gracia. Según Dora Dunker, la mujer profesional principia lentamente á abrirse ca-

mino; Katharina Zitelmann, piensa que la actual situación económica, es la que les indica la senda que debe seguir, más aún, la que le obliga á ser profesional; y que la mujer del pueblo, que no puede prescindir de ganarse el sustento, recibiría un gran beneficio si tuviera escuelas de artes mecánicas donde estudiar. Para las de clases más elevadas, pide la más amplia libertad de acción, de manera que puedan elegir una profesión, si tiene el talento y la fuerza de voluntad de lograrla. Gabriela Reuter, opina, que sólo debe tener profesión, cuando no es casada, porque es sumamente difícil compartir los deberes de esposa y de madre, con el que requieren la mayor parte de las profesiones: para esto, agrega serían necesarias aptitudes más fuertes de inteligencia y de salud que las que tienen la mayor parte de las mujeres en nuestros días.

Las opiniones que pude escuchar, referentes al papel que corresponde á la mujer en la sociedad, difieren bastante : Elena Lange, Mina Cauer, Lina Morgenstern y Anita Augspurg, toman importante y activa parte en el movimiento social; Lili Braun, más aún, pues pertenece al partido socialista de efervescente acción. Gabriela Reuter y Dora Dunker, prescinden de él de una manera discreta; no así Katharina Zitelmann, quien durante algunos años ha tomado parte activa, como miembro de la Sociedad de Señoras titulada *Sociale Hilfsarbeit*, la cual se fundó bajo la excelente direc-

ción de la célebre feminista Jannette Schiverin. También pertenece á la Sociedad *Boden Reforme*, porque, cree, lo mismo que Henry George, que con la reforma agraria se resolverán los principales problemas sociales y en especial el de la reforma rural, que es uno de los más importantes.

La doctora Raschke ha convertido su Sociedad *Centrale Deutscher Rechts Schutzstellen* y la serie de folletos « Zeitschrift für populäre *Rechtskunde* en órganos de propaganda socialista. María Mellien, al ocuparse del movimiento social, difiere de la doctora Raschkee, pues colabora en diferentes é importantes sociedades, siendo las más considerables *Berliner Frauen Verein* y *Freiwilliger Erziehungsbeirat für schulentlassene Waisen*. C. Broicher toma parte en el movimiento social, pero de una manera privada.

Interrogada Alice Salomón respecto á cuál era el papel que correspondía á la mujer en el movimiento social, contestó : « El mismo que el hombre ; tanto la mujer cuanto él, poseen las mismas cualidades sociales, por consiguiente, en la vida de las sociedades, deben existir los mismos derechos y las mismas costumbres para ambos.

Elena Lange piensa, que el mismo lugar que ocupa la mujer en el hogar le corresponde en la Sociedad. En este sentido Mina Cauer dice : « El feminismo es una parte esencial del movi-

miento social y esta idea debe dominar en toda la labor femenina. Los trabajos sociales es difícil dividirlos, por consiguiente, sólo puedo contestar á esta cuestión, tomada en conjunto y en este sentido digo, que particularmente me ocupo de las obreras. »

Según la doctora Auspurg, corresponde á la mujer la iniciativa y la ejecución en todas las diferentes ramas que se desprenden del gran árbol de la vida social-femenina, y Lili Braun, opina que el papel social de la mujer, está indicado al lado de los oprimidos que luchan por defender sus derechos, Charlotte Broiger, es del parecer que debe variar según las circunstancias y las épocas.

La doctora Raschke aspira á que la mujer ejerza el tutorado; María Mellien, le indica que sea una obrera afable y piadosa, para con todos los que sufren : pobres, enfermos, huérfanos, prisioneros, y le aconseja que debe trabajar en este sentido, no sólo en la vida privada, sino también en la comunal.

Gabriela Reuter, cree que el papel social de la mujer le está indicado por su propio carácter, su talento y el medio ambiente en que vive.

Katharina Zitelmann, ve en la acción de sus congéneres una misión de paz, según la cual están llamadas á apaciguar las luchas de la vida y á formar el lazo de unión que debe existir entre las clases elevadas y el proletariado; es

así como la mujer puede ser la mejor protectora de los pobres.

Interrogadas estas inteligentes escritoras, si creían que la acción de la mujer era indispensable en el periodismo, contestaron afirmativamente; sólo Dora Dunker, es del parecer, que el periodismo femenino sólo es necesario en la literatura; en cambio Lina Morgenstern y Mina Cauer, consideran de suma utilidad la influencia femenina en el periodismo. Lili Braun exclama: « Ciertamente, porque las intenciones de la mujer son diferentes de las de los hombres; ella agrega á todas las actividades humanas algún nuevo rumbo ».

Katherina Zitelmann, considera que, aunque la mujer se abstenga de tomar parte en la alta política, el periodismo no puede prescindir de su colaboración; también piensa que es difícil determinar la separación de la labor literaria de la periodística, porque, en Alemania, todo trabajo que debe imprimirse, cualquiera que sea su género é índole, aparece siempre en los folletines de los diarios locales.

Gabriela Reuter es menos modesta, cuando dice que el periodismo como todas las profesiones, se engrandecen y adquieren cualidades de refinamiento con la labor de la mujer. Alice Salomón, considera de muchísima importancia la acción femenina en el periodismo, no sólo para que adquieran valor las intenciones de las mujeres, en la vida pública, sino también para

que se den á conocer los continuos progresos del feminismo.

La doctora Auspurg, opina que la acción de la mujer es indispensable en todo y por consiguiente, en el periodismo.

Terminamos nuestro cuestionario preguntándoles hasta qué punto era importante la representación social de la mujer en Alemania. La interesante Andrea Salomé, poco aficionada á los *interviews*, manifestó que el feminismo se había tomado en serio, porque la seriedad era peculiar al carácter alemán. María Mellien, piensa que la condición social de la mujer es digna y agradable á pesar de que algunas veces resulta con restricciones exageradas, pasadas de moda. La doctora Anita Auspurg, manifestó que la mujer moderna se ocupa de todas las materias que comprende la vida social y en varias formas, á tal punto, que sería difícil precisar, dónde no se deja sentir su acción; según Charlotte, Broicher, principia á salir de las tinieblas y á ver la luz. Lina Morgenstern dice : « La mujer en Alemania ha comprendido en los últimos 50 años del siglo XIX su papel social, para el mayor bien del pueblo, y en este sentido trabaja en todas las sociedades de señoras, en todos los círculos sociales, y en general en todas las instituciones, unida siempre al hombre.

Dora Duncker, piensa que la mujer progresa constantemente, pero que aún no ha llegado á la altura que aspira y donde merece estar. Ka-

therina Zitelmann, considera el papel social de la mujer en Alemania, solamente como escritora y más aún como educacionista.

En resumen, son estas las opiniones de las mujeres de acción y que gozan de mayor renombre en Berlín. Se puede deducir que á pesar de la inmejorable organización corporativa, ó sea de sociedades, que ha adoptado el feminismo, aún está distante de llegar á obtener ventajas positivas y rápidas.

Una de las principales causas que fatalmente está llamada á producir efectos retroactivos, es el desacuerdo que existe respecto á la realización del ideal feminista. Elena Lange, y las que la secundan, son del parecer que el triunfo del feminismo depende de las pruebas que la mujer dé de su capacidad, y que para ello necesita adquirir todos los conocimientos que estén á su alcance.

Mina Cauer, impele su grupo al terreno de la acción y expande sus ideas en interesantes conferencias, en las cuales trata los problemas del día, de economía política y social. Lili Braun, une su acción al socialismo, porque cree que sólo los hombres que proclaman la igualdad en sus principios, serán capaces de realizar las aspiraciones del feminismo.

Lina Morgenstern, se restringe á la lābor caritativa, y piensa que la acción social de la mujer, debe reducirse á aliviar la condición de los pobres, por ser este el fin más práctico y útil del

feminismo, y en este sentido trabaja con todo el ardor de su espíritu bondadoso.

Todas estas agrupaciones feministas andan en pos de un mismo fin, levantado y progresista; pero para llegar á él, han adoptado diferentes caminos, lo cual lleva consigo el elemento de estacionarismo propio á toda desunión, y si á esto se agregan las críticas y rivalidades que existen de unas sociedades á otras, se comprenderá fácilmente, porqué el feminismo no progresa con rapidez. Otra razón no menos importante es la falta de preparación de la mujer para adoptar una transición tan brusca, de manera, que las protagonistas de este movimiento, lejos de ser secundadas por la masa popular feminista, son víctimas de la censura que se basa en la ignorancia.

La manera como se debe educar á la mujer, en Berlín, constituye un arduo problema, pues en este sentido, la divergencia de opiniones es completa; y si se tiene presente que el Ministro de Instrucción Pública rechazó las partidas necesarias á la fundación de establecimientos de segunda enseñanza para niñas, iguales á los que existen para varones desde hace siglos, se comprenderá que con el insuperable obstáculo del Poder Central, en Alemania, la instrucción superior de la mujer será muy difícil de vulgarizar.

Mientras cada madre eduque á sus hijas según su manera de pensar, se obtendrán sólo

individualides y desacuerdos en las ideas; pero cuando se determine un sistema general de educación, entonces será menos difícil armonizar las opiniones y el que se escuden numerosas mujeres bajo una misma bandera.

Sin duda, existe un punto en el cual todas las feministas están de acuerdo : Toda mujer debe ejercer una profesión; pero esta armonía desaparece cuando se les pregunta qué es lo que debe hacer una vez establecida, esto es, cuál es su papel social. Se evidencia pues que las condiciones de la vida económica han puesto á la mujer en el caso de atender por sí á su subsistencia, y el que aún no se vea claramente el puesto social que le corresponde, por lo menos demuestra el desprestigio en que ha caído el viejo hogar, por la ignorancia de las abuelas, y que al querer transformarlo, la mujer moderna, no ve claro, ofuscada con fuegos fatuos que no alumbran la inteligencia ni dan calor al corazón.

Es preciso confesar que el papel social de la mujer, en Alemania, ha ganado en prestigio, y que hoy constituye un elemento que se toma en cuenta por la influencia que ejercerá en la evolución social. La periodista, asegura la posibilidad de una acción fecunda y merece la atención del público. La escritora se ha hecho digna de estimación general. Las mujeres que se dedican á las ciencias y á la política, tendrán bastante que sufrir para hacerse conocer en los

países donde los títulos dignatarios no se conceden al sexo femenino, y se puede asegurar, que trascurrirá algún tiempo, antes de que lleguen á obtenerlo.

Seguramente que la Alemania moderna hace mucho por proteger á la mujer, pero no hay que olvidar á la antigua, tradicional y rutinaria, pues seguramente no es un suelo favorable á las instituciones americanas.

Un estudio de la mujer alemana desde un punto de vista jurídico, mostraría un progreso muy lento en este sentido. Otra revelación sería la observación de la instrucción y de la educación femenina en Alemania, de aquel hogar de la pedagogía, á través de los tiempos.

No podemos ocuparnos de estos dos temas tan importantes, pero ya tendremos tiempo de hacerlo, ciertamente, antes de que la mujer alemana haya logrado ser admitida en las carreras universitarias, y sin duda alguna, antes que vaya á las urnas electorales.

ARGENTINAS

En las naciones que prosperan rápidamente, contribuye á este desenvolvimiento de las energías colectivas, no sólo el hombre, con sus aspiraciones nobles, su inteligencia robusta y el poder de su carácter subyugador, al lado de este primer factor del progreso social, existe otro importantísimo, para que los pueblos alcancen el predominio científico, artístico y literario que en la actual civilización ha llegado á sustituir, ventajosamente, por cierto, á las empresas de los héroes de románticas leyendas, y tal vez, en no lejano porvenir, hará olvidar, para siempre, el plomo desolador que esparce la muerte y se funde con lágrimas.

Esta misión de paz en las sociedades de tranquilo bienestar, indispensable á todo desarrollo industrial, mercantil y agrícola, se basa en las satisfacciones y comodidades individuales, que no consigue ni goza el hombre, sino en el hogar, santuario que la mujer bendice con las ternuras de su corazón privilegiado y de su piedad religiosa; los que anima y mantiene con el calor de una inteligencia lúcida y ardiente. Es allí donde el hombre, dueño de sus más

nobles ideales y de sus energías creadoras, encontrará el factor social, el colaborador abnegado del engrandecimiento patrio, porque es evidente lo que ya dijo un célebre escritor: « Si queréis una nación grande, enalteced á sus mujeres. »

Modelo de la aplicación de esta verdad, nos presenta un país amigo, cuyo rápido progreso y fama ha traspasado no sólo los límites americanos sino también los del viejo continente. Constituye timbre de gloria para los que vemos en todas las repúblicas latinas pueblos hermanos nuestros, de común, presente y porvenir.

La mujer de las ciudades del Plata, secunda al hombre en todas sus manifestaciones de progreso social. En la vida del gran mundo es insuperable, de belleza extraordinaria y lujosa en sus atavíos, forma un elemento social que tiene el atractivo de lo hermoso.

Posee su espíritu más que ese ardor apasionado peculiar á la mujer latina, una noción práctica de las necesidades de la vida real, y á satisfacerlas somete su línea de conducta.

En la mujer argentina, será difícil encontrar muchas muestras de sensibilidad extrema y exagerada. Constituída por un organismo sano y fuerte, perfectamente equilibrado, actúa en un término razonador y positivo, sujeto siempre « al buen juicio », lo que dista mucho, por cierto de la frialdad calculadora, ajena á todo lo que no signifique especulación utilitaria.

Admiramos más á la argentina, cuando se-

cunda al hombre en la noble tarea del progreso social : allí se la ve á su lado, grande y humana, haciendo valer su personalidad en labores que emprende y corona con actividad y acierto. Se han formado hasta hoy en la Argentina más de setenta asociaciones de señoras, así de socorros mutuos, como de patronatos, casas de expósitos, colegios, asilos, etc.

El talentoso general Rivadavia, adelantándose al porvenir, en una época en que sin duda hubo de causar asombro á sus contemporáneos, dijo : « La naturaleza al dar á la mujer distintos destinos y medios de hacer servicios, que los que rinde el hombre, ambos satisfacen sus necesidades, y llenan su vida; dió también á su corazón y á su espíritu cualidades que no posee el hombre, quien por más que se esfuerce en perfeccionar las suyas, se alejará de la civilización si no asocia á sus ideas y sentimientos los de la mitad preciosa de su especie. »

Quien tan alto concepto se había formado de la mujer, la hizo partícipe de las nobles tareas progresistas del Estado, y el 8 de enero de 1823 fundó en Buenos Aires la primera Sociedad de Beneficencia compuesta de 13 damas, y con la renta de 3,600 pesos.

De cómo supo corresponder la mujer á esta alta idea que de ella se había formado aquel gran estadista, lo prueba una de las ultimas memorias de aquella sociedad humanitaria, según la cual contaba ya con una renta de 1.675.775 pesos.

Aunque la escritora argentina, no ocupa el primer puesto en la América latina, es innegable que la señora Gorriti, sobresalió, en su época, como una de las más notables literatas de Sur América, y que hoy siguen sus luminosas huellas, entre otras :

Emma B. de la Barra, autora de una preciosa novela, *Estela*, la que revela un hábil estudio de la sociedad Bonaerense y de sus costumbres.

Delfina Mitre de Drago, es una de las matronas más distinguidas del hogar literario argentino, ha cultivado la leyenda y el poema, á ella se debe el que aún se mantenga vivo el recuerdo de la tradición primitiva argentina. Gran dama por su trato y educación, habla varios idiomas extranjeros, lo que le permite hacer interesantes traducciones.

La mayor parte de las escritoras modernas las encontramos entre las educacionistas Amalia Palma (Ana Pintos) es autora de varios opúsculos, adoptados como texto para las escuelas comunes, por el Consejo Nacional de Educación, además ha escrito *Economía Doméstica* y *Enseñanzas para la vida.* Elía Martínez es una de las más inteligentes profesoras del magisterio escolar : *Criterio Pedagógico* y *Expansiones*, prueban la laboriocidad de su espíritu entusiasta. Carlota Garrido de la Peña, es una de las escritoras más laboriosas, ha sido directora de una Revista, y escribe en muchas otras, mostrando siempre una inteligencia clara y razona-

dora; además de tres novelas, se considera su mejor obra un *Curso de Economía doméstica* y *Ciencias naturales*. María Nave de Lahitte es autora de una hermosa novela, *Babilonia*.

En diferentes diarios y revistas aparecen los interesantes artículos de Francisca Ríos de Páez, Laura Ratto, María Emilia Passicot, de un lirismo verboso; y los de Jacinta V. de González, con su espíritu doctrinario. Entre las poetisas citaremos á María Torres Frías, quien maneja la lira con delicadeza fantástica, su lema, *Luz celeste*, le sirve de pseudónimo.

Celestina Funes de Frutos, se dedica igualmente al periodismo y á la poesía, con buenos resultados; Mercedes Pujato Crespo goza de conocida fama en los centros intelectuales por la belleza de sus versos.

En las ciencias, la doctora Grierson fué la primera, en recibirse en medicina; las hermanas Ernestina y Elvira López, al bachillerarse, escribieron dos texis notables. Ernestina, además, ha dado á la publicidad un interesante romance, *Pro Alma*.

En Bellas Artes, descuellan las escultoras: Lola Mora, que ideó y construyó una hermosa fuente que hemos admirado en el Paseo de Julio, y Josefa Aguirre de Basilicós.

María Obligado de Soto maneja los pinceles magistralmente, y en muchos hogares se cultiva la pintura con resultados deliciosos.

La mujer argentina está representada en la

prensa por la importante Revista del Consejo Nacional de Mujeres; *La Columna del Hogar*, *La Voz de las Niñas* y otras, dirigidas y redactadas únicamente por señoras.

Las aulas universitarias no han constituído muro infranqueable á la inteligencia femenina, y allí, como en todo lo que emprende la argentina, ha logrado el mejor éxito.

Varias son las señoritas que se han recibido de médicas y más numerosas aún las doctoradas en ciencias y letras. Papel de suma importancia desempeña la educacionista, pues sus escuelas pueden competir con las principales del viejo Continente. Todo lo bueno que pudiéramos decir referente á la enseñanza de esta hermosa república, resulta pálido cuando se ven de cerca los hermosos palacios que sirven de escuelas y los métodos pedagógicos que siguen, después de haber visitado y en conocimiento de lo mejor y más nuevo que se usa en los más grandes hogares de la pedagogía moderna europea : De preferencia el profesorado está confiado á mujeres.

Una de las producciones más hermosas y que revela á qué grado de cultura intelectual ha llegado la mujer argentina, ha sido la sociedad últimamente establecida, que titulándose y siendo realmente feminista, abomina de las exageraciones y extravagancias que llevan en sus programas y pretenden hacer triunfar algunos círculos europeos. Las socias del Con-

sejo Nacional de Mujeres, están poseídas de sentimientos de abnegación humanitaria, y del firme y sincero deseo de levantar el nivel moral é intelectual de la mujer, en la hermosa esfera de su situación social. Esta es la única sociedad feminista que existe en Sur América, con carácter representativo é internacional. Fué fundada en 1901 por la inteligente doctora Grierson, á instancias de la sociedad feminista de Londres, y actualmente tiene por presidenta á una aristocrática dama de la sociedad bonaerense, señora Alvina Van Prat de Sala, quien reune al atractivo de la inteligencia, el de la belleza y de la elegancia.

Al Consejo Nacional de Mujeres se han incorporado 60 sociedades de la República. Mantiene comunicación constante con todas las sociedades feministas del mundo. Este cambio de ideas con relación á labores realizadas en tan remotos países de diferentes costumbres sociales, no puede menos que procurar un contingente precioso al mejoramiento de los usos establecidos. Tanto el « Consejo Nacional de Mujeres, » cuanto todas las sociedades de Beneficencia y de Caridad, están formadas por acaudaladas damas que pertenecen á los más altos círculos sociales; entre ellas no se encontrará, por cierto, ese tipo de mujer perezosa que circunscribe su campo de acción al estrecho recinto del propio y aislado hogar. Su alma grande, caritativa y fuerte para la lucha, avanza

siempre y no retrocede cuando va en pos de hacer el bien.

Donde existen tales mujeres, no ha de asombrar que el hombre, tan hábilmente secundado, haya adquirido, para su patria, el primer puesto en Sur América. Si el sentimiento del patriotismo ha trabado hondas raíces en los corazones de las mujeres argentinas, puede decirse que ello se debe á una herencia legada por las célebres patricias que secundaban á la ilustre esposa del generalísimo San Martín, inspirándose en los grandes anhelos que se coronan con laureles ó cipreses.

En la magnífica organización é importancia internacional del Consejo Nacional de Mujeres de la Argentina, debe fundarse el noble orgullo de la mujer latina, generalmente mirada, antes de ahora, en menos, por su falta de actividad en las labores del progreso humano. Su importancia sociológica manifiesta en todos los centros cultos del mundo, que la mujer argentina se ha penetrado ya de su alta misión social, y que la vida del arte, de la elegancia y del hogar, no se opone para auxiliar al hombre en la ruda tarea del progreso.

PERUANAS

No dudamos, pensando como los poetas, que en las producciones literarias femeninas se trasparenta una flor, esto es, el alma de flor de la mujer; si debiéramos elegir entre un manojo de rosas, diríamos que la de te, bella, modesta en su perfume y juiciosa en su color, es la alemana; la encarnada deslumbrante y embriagadora, la francesa; la de Francia, rosada y exuberante en su majestad armoniosa, la argentina, y para designar á la peruana tomaríamos la rosa de miniatura, con su gracia múltiple, indecisa de forma lo mismo que de color, á esta rosita que parece una esencia, una concentración de la belleza de las mayores; diminuta aún, con la apariencia de estar en vías de formación.

No dudamos que próximamente aparezca una nueva alborada en el vergel Peruano, y que la miniatura de hoy adquiera en corto tiempo el esplendor de las más hermosas rosas de la actividad femenina europea.

En general, la peruana es de naturaleza esencialmente sentimental y romántica, en ella, no existe un espíritu emprendedor ni de grandes alientos, su vida la consagra al hogar, del

cual, más que mujer, es ángel, pues su abnegación para con el esposo no tiene límites, y sobre todo para con sus hijos, de los que se convierte en una mártir. Dotada de una gran inteligencia y vivacidad de ingenio, posee desarrollado, en alto grado, el espíritu de asimilación; desgraciadamente el hombre cree que ha cumplido su deber consagrándole su cariño, lo que hace, generalmente, con la mayor devoción, descuidando el procurarle la instrucción superior.

Algunos escritores la llaman la parisiense de la américa española, calificativo que desde luego la conviene por su gracia y belleza, su secular belleza, que desde el tiempo de las princesas del Imperio, de los hijos del Sol, hasta nuestros días, como un don de Venus siempre ha existido en la peruana. El apogeo de la hermosura femenina, más que ogaño existió entre nuestras abuelas, bajo el cuadro preponderante y el apogeo del oro, por el que atravesó el Perú, cuando descubrió la inagotable riqueza del huano Lima, la perla del Rímac, fué en una época durante el Virreinato español, y más tarde á principios de la República, aunque menos romántica no menos fastuosa. Al notable tradicionista, Ricardo Palma, debemos el recuerdo de la galantería y de la belleza femenina. Este notable escritor, cuya fama se extiende en todos los países de la lengua castellana, nos da á conocer, con el sello característico de aquel tiempo, la

vida del lujo y del amor, bajo la voluptuosidad de las noches estrelladas, en las que acaricia una brisa de insomnio, á mujeres idealmente soñadoras. Nadie sabe contarnos mejor que Palma las aventuras de la *Perricholi,* ni las no menos sugestivas y picarescas del Paseo de aguas.

La influencia europea ha modificado á la peruana, especialmente á la limeña, en lo físico y en lo moral; las grandes bellezas de antes parecen haber sido reemplazadas por el acrecentamiento y la expansión de la hermosura, pues rara vez se ven mujeres que no sean honitas, como sucede en otras partes; generalmente, sus grandes ojos parados, que se destacan sobre un cutis pálido, les da un aspecto simpático y peculiar. En lo moral, á la festividad sonora de antes, ha sucedido el misticismo fervoroso. Sólo el alma es la misma, imaginativa, con timideces fugaces, y con un inagotable tesoro de abnegación, capaz de ir hasta el heroísmo.

Pocas naciones latinoamericanas, como el Perú, cuentan con el más antiguo y mejor representado hogar literario femenino.

A principios del siglo XIX Manuela Gorriti, de nacionalidad argentina, abandonó su patria para residir en Lima, donde encontró el aplauso y entusiasmo de una sociadad culta. A ella se le debe el primer salón literario de la ciudad de los Reyes, menos lujoso, seguramente, que el de Rambouillé, pero no menos interesante. En

él brillaban pequeñas estrellas, algunas de las cuales hoy han adquirido la magnitud de los grandes astros, entre otras Clorinda Matto de Turner; ninguna escritora ha adaptado mejor su vida ni sus obras han recibido mayor influencia de su patria que esta escritora, á la cual tanto admiramos. Nació en el Cuzco, la capital del antiguo Imperio de los Incas, cuyas ruinas grandiosas, que hoy se admiran, tienen tanta importancia cuanta existe en la clásica Roma, como recuerdos arquitectónicos. La influencia que ejerciera en su niñez este ambiente, donde canta la civilización antigua, el romanticismo de una raza heroica; no es ajena á la literatura de Clorinda Matto.

Lo que más nos sorprende en ella es su carácter, formado de energías, ajenas á la peruana, y su laboriosidad poco común. La suerte la ha convertido en una luchadora, en una heroína del destino, y con entereza admirable ha sabido resistir á todo; á la persecución fanática, á la venganza política y aún á la regional, pues una vez instalada en la capital de la República, hubo de soportar el desdén que generalmente inspira la provinciana.

No podemos negar que la intrepidez de su alma, templada para la lucha, dió tema primero con su inconsiderada crítica clerical, y después dirigiendo un intrépido diario político, á que se levantase cierta animosidad contra la audaz escritora.

Pero no se acobardó : y serena, con la apacibilidad que la caracteriza, este ave acostumbrada al alto vuelo de los Andes, fácilmente abandonó el Perú, para trasladarse á la República amiga, la Argentina, donde ocupa un alto puesto en el magisterio, al mismo tiempo que dirige una interesante revista literaria, *Búcaro Americano*.

Además ha sido, en época anterior, redactora de un importante diario de Arequipa, *La Bolsa*, del *Perú Ilustrado*, de Lima, revista liberal, y de *Los Andes*, intrépido diario político.

Entre su abundante labor literaria, el libro que ha logrado mayor circulación es la preciosa novela *Aves sin nido;* la que ha sido traducida á varios idiomas extranjeros. *Aves sin nido* tiene el sabor de nuestras tierras, el ambiente local es extraordinario, la gracia y sencillez del estilo, hacen de esta novela una obra sincera, de arte nacional, de indiscutible mérito. Además de haber escrito en inumerables diarios y revistas de la América latina, Clorinda Matto de Turner es autora de *Tradiciones Cuzqueñas* (2 tomos) *Indole y Herencia*, novelas, « *Leyendas y recortes* » (artículos de costumbres nacionales).

Bocetos al lápiz de Americanos célebres.

Tratado de literatura para el bello sexo.

Himo Sumac (drama cuzqueño).

Boreales, *Miniaturas*, y *Porcelanas*, y un tomo de inspiradas poesías.

Mercedes Cabello de Carbonera, es una de las

más notables literatas del Perú, su labor puramente artística, se concretó á la belleza del arte, la que reflejaban sus ojos negros, extraordinarios, cuyo poder de inteligencia impresionaba con embeleso. Mercedes Cabello, aunque nacida en la provincia de Moquegua, vivió siempre en Lima, su obra se impuso á la admiración pública, aún á la de las más refractarias al progreso de la literatura femenina. Las más notables novelas de esta escritora son « *Blanca Sol* » y « *El conspirador* » las que revelan un estudio analítico y psicológico, además, los caracteres de los personajes se agitan y conmueven bajo la impresión del ambiente social local; entre sus críticas literarias la de la novela del conde León Tolstoi, es una de las más notables; también ha cultivado la poesía con el mejor éxito : En el tratado de literatura de Clorinda Matto vemos un modelo de quintillas escrito por Mercedes Cabello, el que por su jocosidad apacible y gracia espiritual, merecería formar parte de una antología de clásicos. Entre sus principales obras figuran : *Sacrificio y recompensa,* novela (premiada con medalla de oro en el concurso internacional del Ateneo de Lima).

La novela moderna (Estudio filosófico premiado con la rosa de oro, primer premio en el Certamen Hispano-Americano de la Academia Literaria de Buenos Aires.)

El Conspirador, novela política social.

Blanca Sol, novela social.

La Religión de la Humanidad.

El Conde León Tolstoi (crítica literaria.)

Además de los trabajos indicados es también autora de *La Influencia de las Bellas Artes en el progreso moral y material de los pueblos*, premiado con medalla de oro por la Municipalidad de Lima.

Independencia de Cuba, (premiado en el Certamen literario con el primer premio).

Amores de Hortensia, *Eledora*, sin contar otros numerosos trabajos publicados en las diversas revistas literarias.

Carolina Freyre de Jaimes, ha colaborado en muchas publicaciones literarias de la capital, y sus escritos han sido reproducidos, en algunos periódicos extranjeros, principalmente en Buenos Aires, donde habita al lado de su esposo, el notable periodista boliviano Jaimes. Carolina Freyre, nació en la ciudad de Toena, la provincia peruana que aun permanece cautiva. Es una poetisa inspirada, y en su prosa encontramos un fondo delicado, dulce como su alma.

Actualmente dirige una importante revista, « *La Columna del Hogar* » además pertenece al « Consejo Nacional de Mujeres » donde presta importantes servicios con su ilustración y talento.

Esta inspirada poetisa ha sabido conciliar los deberes de su hogar, alegrado por la presencia de varias niñas, con su amor á las letras, las que siempre ha cultivado, sin descuidarlo.

Entre las poetisas más conocidas encontramos á Lastenia Larriva de Llona, la musa del Rímac, pues nació en Lima; aunque generalmente habita el Ecuador, patria del célebre poeta Llona. Estas dos liras, que producen distintos cantos, han unido á dos inspirados en un solo ideal: la armonía de la belleza. Lastenia Larriva, abandona á veces la región azul del misticismo para defender la patria lejana, desde el país donde habita, y lo hace con entusiasmo y energía.

Esta distinguida escritora, ha escrito las siguientes novelitas.

El tesoro del hogar.

Oro y escoria (Leyenda limeña dedicada al Ateneo de Lima).

Luz (segunda parte de Oro y Escoria).

Un drama singular.

La Ciencia y la Fe (diálogo).

Pro Patria.

Pocas literatas entraron al Parnaso con mayor augurio de gloria que Amalia Puga de Losada. Llegó á Lima, de Cajamarca, su ciudad natal, y desde el primer momento, su juventud, belleza y talento le valió un triunfo, su discurso de inauguración al entrar en el Ateneo, dió origen á que se le tributase una ovación. La labor literaria de Amalia Puga, es reducida; sólo conocemos de ella:

Ensayos literarios, en prosa y en verso, y *La literatura de la mujer.*

Continuamos con las musas, Manuela Villa-

rán de Plasencia, ha sido una de las más notables poetisas limeñas; en sus primeros años, los de la «Juventud divino tesoro ya te vas para no volver» como dice Rubén Darío; los versos de Manuela Villarán, vibraban de alegría festiva; mas ¡ ay! el duelo nacional cubrió de crespones el hogar de la poetisa, con la muerte de su hijo, acontecida durante el período de la guerra con Chile, y su dolor fué inmenso, su pesar no conoció límites y su lira prorrumpió en un quejido tristísimo, en un lamento desgarrador, con su magistral poesía titulada «á Ernesto.» Poetisa de aliento, esposa, madre y amiga inmejorable, la mayor simpatía y admiración la acompañó hasta su tumba.

Leonor Saury, tuvo un alma de delicadeza transparente, escribió pocos versos, pero en ellos se traslucía su genio literario, murió siendo joven dejándonos el sentimiento de no haber podido admirar su talento en pleno florecimiento. Manuela Antonia Marqués, fué una poetisa de gran talento, la inspiración le venía por herencia, pues perteneció á una familia de poetas. Como Leonor Saury, murió joven, ambas sólo dejaron aspirar un día el perfume de sus poesías; además de sus versos, Manuela Marqués ha escrito una zarzuela.

Jesusa Sánchez de Barreto, Manuela Vildaza de Varela, y María Natividad Cortés, merecen ser citadas entre las primeras poetisas peruanas.

Carolina García de Bambaren, celebró los

dulces goces de la vida de la familia en sus versos tiernamente sentimentales

Justa García Robledo é Isabel de la Fuente, también cantan al hogar.

Juana Manuela Lazo de Elespuro, y su hija Mercedes, son igualmente inspiradas poetisas. A Juana Rosa Amézaga pertenece un interesante libro titulado *Reflexiones y Máximas*.

Felisa Moscoso de Carbajal ha escrito, *Flores silvestres*.

Violetas, *Mistianas*.

Ligeros pensamientos consagrados á la mujer.

Felicia Moscoso, es una galana poetisa, de la ciudad de Misti, cuyas obras han merecido calurosos elogios de la prensa; en todas sus composiciones tiene la ternura y la pureza de un alma de delicada sensibilidad. María Arroyo de Llorente, es autora de *Reflexiones y máximas*. Igualmente se han consagrado á las letras, ya sea en prosa ó en verso, María Natividad Cortés, Lucila Monroy de Flores, María M. de Palacios, Graciela Paz de Sevilla, María de Bustamante, Micaela de Silva, Carmen Potts de Pérez Uribe, Maura Vergara, V^da^. de la Paz, Adriana Buendía, Angela Carbonel de Herencia Zenallos, Lía Cisneros, Carmen M. Lazo, Aurora Lista, María de la Luz, María Grimaneza Macías, María Mendihuco, Adela Inés Monjaz, María Nieves y Bustamante, Julia María Pacheco, Eloisa Prado, Clara del Risco, Teresa Santillana, Micaela de Silva, Dahalia Vergara, Vidhals y Rosalía Irapate, María

M. Carrera de Pacheco, es de índole mística, lo mismo que Enriqueta Méndez, la que además de sus amenas crónicas ha escrito un bonito poema en verso. Luisa Gastañeta de Llona, también se ha dado á conocer en el periodismo, con la publicación de sus crónicas musicales, correctamente escritas y en las que se traslucía la ciencia de sus conocimientos. Blanca de S. Castel se dedica al periodismo, escribe en las diarios locales y es directora de una interesante revista literaria, *La Perla del Rímac.*

En el magisterio, al mismo tiempo que en la literatura, ha llamado la atención Teresa González de Fannig, siendo muy joven principió á escribir bajo los pseudónimos de María de la Luz, y Clara del Risco.

El valeroso y conocido marino Fannig, sucumbió en la guerra del Pacífico, y desde entonces en medio del dolor y del abandono, en que la dejara la muerte de su esposo, Teresa González, principió á adquirir celebridad, con la fundación, de un Colegio para señoritas. Al mismo tiempo colaboró en los principales diarios locales, así como en importantes revistas de la América Latina. Su novela *Regina* fué premiada por el Ateneo de Lima, lo mismo que posteriormente su *Enciclopedia Infantil,* además ha escrito *Luceçitas*, *Educación Femenina.* Las más importantes de estas obras son las que versan sobre educación infantil, pues Teresa González, se dedicó al profesorado con todo el entusiasmo de una vocación.

Pocas escritoras, como ella, son más amantes del enaltecimiento femenino. Elvira García y García, dirige un importante Colegio de instrucción media, para señoritas.

Elvira García y García, es al mismo tiempo una escritora de mérito, con frecuencia aparecen sus artículos en los diarios locales, los que versan generalmente, sobre pedagogía, dando prueba de su grande erudición sobre esta materia.

María Augusta Arana, posee una inteligencia tan notable como su belleza lo es de exótica y majestuosa. Sus producciones literarias aparecen en los diarios locales, aunque no frecuentemente, pues el talento de María Augusta Arana, más que artístico es científico; se ha hecho notable como profesora de idiomas, y especialmente de matemáticas.

La ciudad del Cuzco, no sólo fué cuna de la grandeza incaíca; sino también del feminismo peruano.

Trinidad María Enriquez, fundó en la clásica ciudad del Cuzco una Universidad popular, en la que ella instruía á las indias en sus derechos.

Pretendió ingresar en la Universidad, para seguir los estudios de jurisprudencia, más encontró tal resistencia, su actitud pareció tan osada, que no tardó en sucumbir, víctima del mayor desaliento y de la oposición que le hicieran.

Después de María Trinidad Enriquez, Práxe-

des Margarita Muñoz, fué la primera mujer que ingresó en la Academia de medicina, después de bachillerarse en letras en la Universidad Mayor de San Marcos.

Antes de doctorarse en medicina, la suerte de su destino y el ímpetu de su alma errante, la hicieron abandonar su patria para residir en Santiago de Chile, como auxiliar en la célebre Clínica de enfermedades nerviosas del Dr Arrago Luco. De allí continuó á Buenos Aires, donde se alejó de la ciencia médica, para consagrarse á la teosofía. También pronunció conferencias en las logias masónicas, en los centros socialistas, igualmente en el Brasil, departe filosofía con los Papes y se prosterna en el templo de la humanidad. Con la misma facilidad escribe un artículo científico que literario. Su colaboración es frecuente en importantes revistas y periódicos.

Sabemos que ha escrito algunos libros, pero sólo recordamos una preciosa novela, *La Evolución de Paulina;* gratamente impresionadas por la sinceridad con que describe la filosofía de Comte y hasta su teología enfermiza. Práxedes Muñoz, es la bohemia de las letras peruanas, con una inteligencia poderosa capaz de comprenderlo todo y de llegar á la cumbre de todo lo que principia, pero sin la tenacidad de la obrera, su espíritu inquieto gime y suspira en busca de un ideal que jamás encontrará, y la lucha por la vida, le opone muralla invencible para lograr el triunfo de la gloria.

La doctora Esther Rodríguez Dulanto, ejerce la medicina con el mejor éxito. Es la primera médica del Perú, ha escrito una tesis sobre la condición geológica de los terrenos de Huacho, que llamó la atención de los centros científicos por su erudición. Varias son las mujeres que se han doctorado en letras en la Universidad Mayor de San Marcos; sentimos sólo recordar el nombre de María Esther Festini, discípula de Elvira García y García, la que como su maestra, también dirige un importante colegio de señoritas.

Se censuraba á los catedráticos de ser poco exigentes con las alumnas, en virtud del antiguo uso español, que obligó á todo hombre á ser galante con el bello sexo; pero llegó un momento en el que predominó la severidad del profesor y la galantería de antes se convirtió en hostilidad contra las alumnas; en esta ocasión se doctoró en letras Elvira Rodríguez Llorente, la que resistió, logrando los más altos calificativos, en el examen más estricto, ciertamente, que el de sus compañeros. Elvira Rodríguez Llorente probó así la capacidad intelectual de la peruana, cuando se propone estudiar: su tesis *Influencia del carácter en la evolución social* revela la clara comprensión de su inteligencia, en otra ocasión nos hemos ocupado extensamente de este interesante trabajo. Elvira Rodríguez es hija de uno de los catedraticos más inteligentes de Lima y nieta del sabio

historiador español, Llorente, autor de la más hermosa historia antigua que se ha escrito sobre el Perú. Elvira Rodríguez Llorente, dirige actualmente un Liceo del Estado.

Dora Mayer, aunque de nacionalidad alemana, como reside en Lima, se la puede considerar entre las escritoras peruanas. Escribe en el primer diario de la capital, *El Comercio*, importantes artículos de ciencia social. Sobre todo ha llamado la atención por la campaña periodística que ha emprendido á favor de los indios.

El movimiento social que más ha dominado en el Perú, es el político, así no nos sorprende que en algunos casos la mujer también haya intervenido. Francisca Zubiaga, esposa del generalísimo Gamorra, que hallándose en una provincia separada de la capital por algunos días de viaje, cuando estalló un motín en Lima, Francisca Zubiaga se presentó en el lugar del peligro y conjuró la sublevación llegando á asumir la responsabilidad de destituir á varios jefes del ejército.

En la provincia de Huanta ha figurado una revolucionaria célebre, Lucía Hernando, la que levantó la población contra el Gobierno de Castilla, arengándola con una bandera en las manos. Fué derrotada por el coronel Canseco. Lucía Hernando, se refugió en la torre de la iglesia, desde donde dejó caer la lanza de su bandera, sobre el coronel Canseco, quien en ese momento se encontraba en la plaza al frente

de su división; por fortuna para el coronel, semejanto lanzazo sólo llegó á su caballo. Posteriormente, durante el período de la guerra, nacional, Antonia Moreno de Cáceres, fué notable por su amor conyugal y su inmenso patriotismo, en varias ocasiones el ejército invasor dictó medidas de persecución contra ella.

Cuando se encontraba en la capital, la que ocupaba la fuerza enemiga, era una conspiradora de acción y temida; muchos fueron los militares á quienes procuró los medios de huir hacia la región de los Andes, donde se encontraba su esposo, el general Cáceres, organizando un ejército el cual llegó á luchar durante dos años, pues el general Cáceres supo hacer del patriotismo una virtud. Antonia Moreno de Cáceres, en diferentes ocasiones dió pruebas de un talento político poco común en una mujer, al mismo tiempo que de una entereza de espíritu aún mayor, pues los más notables hombres de Estado departían con ella y escuchaban su opinión.

La obra social femenina aún es deficiente, la mayor parte de las sociedades las forman congregaciones religiosas, además de la de San Vicente de Paúl, existe la Unión Católica de Señoras, la que tiene la importante obra de « los Catecismos ». Aisladamente y de una manera privada muchos son los espíritus caritativos que educan niños ó los sostienen en Colegios. Isabel González Prada, en su hermosa casa sola-

riega, ha tenido en diferentes épocas, un pensionado de niñas y otro de niños, en otras ocasiones el colegio se ha convertído en Hospital de Sangre. Isabel González Prada, hermana del genial escritor, es una de las limeñas que ha prestado mayores servicios á la sociedad, pues no sólo ha consagrado toda su existencia á ejercer el bien, sino que en ello emplea todo su patrimonio.

Juana Alarco de Damert ha fundado la más importante obra de beneficencia que existe en Lima. « La Cuna » en la que las obreras depositan sus hijos mientras van á trabajar; además tiene anexa una escuela primaria dirigida, con esmero, por sus hijas.

Para formarse una idea de la condición social de la labor femenina en nuestros días, publicamos á continuación el programa que escribimos cuando fundamos el Centro Social de Señoras, bajo la presidencia de Matilde Guerra de Miró Quesada, una de las más ilustres damas de nuestra sociedad, por su notable inteligencia, por su origen aristocrático y por la familia notable que ha sabido formar, pues sus hijos figuran en los más altos puestos de la República. La sombra de su nombre prestigioso fué decisiva para la fundación de esta importante sociedad, de hecho le valió el apoyo del decano de los diarios de la América Latina, *El Comercio*, hábilmente dirigido por su esposo Manuel Antonio Miró y Quesada, y la simpatía de la Cámara de Diputados, de la cual era presidente su hijo Antonio.

El « Centro Social de Señoras se ha fundado con el fin de establecer un Liceo para Señoritas, una Sección Preparatoria de Primera Enseñanza, una Sección Comercial, una Escuela Doméstica y otros anexos.

El estudio de la enseñanza secundaria constituye una imperiosa necesidad en la capital, y por lo mismo la falta de un Liceo Nacional es un vacío de lamentables resultados, en el orden de la cultura general que toda niña debe poseer.

Difícilmente se encontrará una nación en donde se haya prescindido de la segunda enseñanza para la mujer, y más lamentable es esta omisión justamente en Lima, donde existe la primera enseñanza de las escuelas municipales y la enseñanza normal que debe ser la superior, si se tiene en cuenta la organización seguida en los principales países del mundo civilizado.

El que se imparta una sólida enseñanza primaria y secundaria, conforme á los progresos alcanzados por la Pedagogía Moderna, es hoy indispensable : Hay que tener presente, que el beneficio que se recibe de la instrucción primaria constituye el primer paso que da la inteligencia en la vía de su desenvolvimiento y que la enseñanza media, forma el complemento indispensable en la continuidad ordenada del método pedagógico.

La labor psicológica de los estudios primarios se reduce á dar luz al intelecto, y la de la media, es la de ampliación. Esta, al mismo tiem-

po que comunica la seguridad de lo que antes sólo se vislumbraba, forma la sólida base de todo conocimiento ulterior, por consiguiente, la persona que los haya adquirido no puede menos que sentir su espíritu fortalecido y confiar en su propio esfuerzo. Sin este factor de elevación intelectual, es imposible que una mujer pueda dedicarse á labores profesionales.

El aprendizaje teórico sistemático, constituye una gimnástica para la inteligencia, capaz de despertar la iniciativa, elemento indispensable para los que tienen que sostener la lucha por la existencia.

Por desgracia, hasta ahora, la señorita que no posee fortuna, en Lima, no tiene donde estudiar. Nada se ha hecho que pueda sacarla de este estado de ignorancia, que la inhabilita para encontrar medio apropiado á su condición social, capaz de procurarle los recursos indispensables para la vida.

Justamente levantar su espíritu y proporcionarle campo donde pueda ejercer su actividad, es lo que se propone el «Centro Social» al procurarle instrucción gratuita.

El plan de estudio que se adopte estará en conformidad, para la primera enseñanza, con el vigente, expedido por el Consejo Superior del Ramo el 14 de Febrero de 1902, el de Marzo de 1903, y el de la instrucción media, según el artículo 269 y otros de la ley orgánica de instrucción.

El Centro Social, de Señoras no se propone prodigar conocimientos tan vastos como los que abarcan los colegios de varones en la enseñanza secundaria; ni preparar señoritas para que lleguen al doctorado. Esto sería desconocer nuestra sociedad y encaminar á la mujer hacia la misma huella seguida por los hombres, con tan perjudiciales resultados, desorientándola, desde luego, de su elevada misión de madre y educadora de sus hijos.

La instrucción media, desde un punto de vista práctico, abre á la mujer la carrera de la farmacia, la de intérprete y traductora—por la extensión con que debe aprender las lenguas vivas — la de oficinista; también proporciona suficientes conocimientos de química, como para emplearse en laboratorios y de física, para emplearse en la fotografía, telegrafía y electricidad aplicada á la medicina.

El Liceo dará gran importancia al Trabajo Manual, puesto que en todos los principales colegios europeos se le considera como corolario del estudio técnico; pero no al de la aguja, que por la gran competencia, resulta una labor improductiva y también, porque sin gran esfuerzo se adquiere este conocimiento. Se enseñarán trabajos en madera, tallados y quemados, esmaltes, cerámica, escultura decorativa, dibujo, pintura, pirograbado, relieves en cuero y música.

Se escucharán cursos de verdadero solfeo, por el que se adquiere el desarrollo de las vías res-

piratorias y la educación del oído, sin la cual es imposible llegar á ser músico profesional; siendo este aprendizaje tanto más importante cuanto que á un adulto le es difícil llegar á adquirirlo.

A los ejercicios físicos se dedicará especial cuidado, pues la calistenia, ha de contribuir á la flexibilidad y gracia de las niñas y la gimnástica sueca, en sus movimientos apropiados, al desarrollo de la salud y robustez de los músculos y articulaciones.

Tampoco se descuidarán los cánticos escolares, el baile y los juegos, para procurar alegría á las niñas, de manera que sientan cariño por el colegio y no lo consideren como un suplicio.

Dada la índole apática de nuestro carácter, procurar el contento de las alumnas ha de ser un factor psíquico de gran importancia, que producirá un magnífico resultado en el sistema nervioso.

Se establecerá la « Fiesta del Arbol » conforme á la costumbre de las escuelas de los Estados Unidos y de la República Argentina, por medio de la cual se despierta amor á las plantas y á la tierra que produce los frutos que nos sirven de alimento.

Para que las niñas, desde los primeros años, puedan recibir una educación homogénea, el « Centro Social de Señoras » se propone establecer una Sección Preparatoria.

El sistema que se adoptará será enteramente

moderno, pues en los dos primeros años de la enseñanza, se empleará el sistema objetivo, único con el que es posible desarrollar, en los niños, la facultad de pensar, apartándolos de la vieja rutina según la cual, á manera de fonógrafo, repiten lo que la memoria ha retenido, pero sin haber ejercitado la comprensión.

Los idiomas que se enseñen serán el inglés, francés y alemán, empleando el método Berlitz, que es el último preconizado en todas las principales ciudades del mundo, y que desde luego constituye una garantía para un aprendizaje rápido, sin fatigar la imaginación.

De la « Escuela Comercial » poco hay que decir, su título sólo la acredita.

Indudablemente que no se le dará la forma de una escuela amplia, lejos de eso, la enseñanza que allí se imparta se someterá á formar buenas cajeras, tenedoras de libros, vendedoras, estenógrafas y mecanógrafas.

El sistema que adoptará el Liceo, cual es dar una educación amplia y variada, tiende á que todas las aptitudes diversas de las niñas encuentren medios de acción, justamente en aquello para lo cual se sientan más inclinadas. Pretender educar diversos caracteres para una misma profesión, es un error funestísimo: además de la gran competencia, resulta que una labor realizada, con disgusto, y sólo por necesidad, nunca se llega al grado de perfeccionamiento que adquiere otra cuando ha sido trabajada con pla-

cer, por que en este caso el ingenio entra en acción y de allí el adelanto y el perfeccionamiento.

Para organizar el Liceo y sus dependencias y contar con una base sólida, el Centro Social de Señoras se propone solicitar del Congreso una subvención.

Instituciones análogas á la que trata de llevar á la práctica el Centro Social existen, en gran número, en Europa y aún en algunas ciudades de América.

Entre las últimas fundaciones que se han llevado á cabo, las que más llaman la atención por su grande desarrollo son: En Alemania, El Patronato de señoras de Baden, presidido por S. A. R. la gran Duquesa de Baden, á esta ilustre matrona debe su país el primer colegio de Economía Doméstica establecido en Karlsruhe. Después de haber fundado esta escuela modelo, estableció varias otras.

S. A. R. la condesa de Flandes también presidió el patronato de señoras de las escuelas domésticas, en Bélgica, las cuales se sostienen con fuertes subvenciones que les da la Nación.

En España, S. A. R. la infanta doña Paz ha establecido varios colegios para señoritas; sin embargo, ningún país representa mayor altruísmo y actividad femenina que la República del Plata, pues las asociaciones de señoras con el fin de educar y proteger á los niños, son múltiples y á ellas se debe el sostenimiento de magníficos

colegios. A pesar de que en los estatutos del « Centro Social de Señoras » figura la fundación de una Escuela Doméstica, por el momento sería imposible llevar á la práctica tan magna obra; no obstante, es de esperar que en no lejano día, llegará á establecerse debidamente. El fin que se propone esta enseñanza es formar buenas amas de casa. A esta educación se le atribuye grande importancia, porque viene á desvanecer los temores que inspira la demasiada afición de la mujer europea á los estudios técnicos, con perjuicio de los quehaceres del hogar. La Escuela Doméstica, concilia estos dos principios, que unidos, están llamados á formar una buena cultura general. Esta escuela comprende, como cursos teóricos: nociones de higiene, nociones de economía doméstica, nociones de contabilidad del hogar, valor nutritivo de los alimentos, propiedades de ciertas legumbres, química culinaria, conservación de los alimentos y nociones de cocina.

De este programa, anotado á la ligera, el Liceo tomará lo más esencial y designará una clase semanal con este fin, lo propio se hará con la educación práctica que comprende: aseo y organización de la casa, lavado, limpieza de la ropa, planchado, zurcido, conservación y transformación de los vestidos, corte, confección y floricultura.

El sentimiento que anima á las socias del « Centro Social de Señoras » es proporcionar á las ni-

ñas conocimientos útiles y no una instrucción superflua.

En este sentido no omitirá esfuerzo alguno, llegando hasta contratar profesoras en el extranjero si fuere necesario.

Los trabajos del « Centro Social de Señoras » representan la mejor expresión de la caridad cristiana, y llenan un vacío, puesto que divulgan la educación moderna, con aplicación práctica á las necesidades de la vida. Es libertar á las víctimas de la aguja y desvanecer el ya tenue prejuicio de que el trabajo deshonra.

Las verdaderas víctimas de la miseria, en Lima, son las señoritas que pertenecen á buenas familias y que han caído en la desgracia; por lo mismo que esconden su pobreza, como si fuese oprobio, ellas, son las mártires que sucumben, por trabajar hasta altas horas de la noche para ganarse el sustento, pero tan mal remuneradas, que sus organismos delicados no pueden soportar tan ruda tarea y mueren ignoradas de la sociedad. No hay piedad para estas infortunadas, nadie hasta hoy ha querido penetrar en los húmedos y oscuros cuartos que habitan las niñas pobres, muchas veces, todo el mobiliario se compone de una cama, y la compañera inseparable, la máquina, que hoy por la inmensa competencia que existe, para este trabajo, constituye un medio seguro de quitarse la vida, lentamente.

Es indudable que son muchas las instituciones de caridad que existen en Lima, y las limosnas

que se reparten, pero hasta la pobre vergonzante, rara vez llega, ésta, se oculta como una criminal; la nobleza de su alma le impide exhibir su aniquilamiento material, y prefiere sucumbir ignorada. Además, ¿cómo suponer que los donativos sean suficientes para satisfacer las necesidades de todas las niñas que carecen de fortuna? En toda ciudad existen los inválidos, y las limosnas se han hecho para ellos. Una persona joven y con cierto grado de inteligencia, tiene derecho á triunfar en la vida, y de esta manera constituir un elemento de progreso y bienestar en la sociedad en que vive.

El « Centro Social de Señoras se propone subsanar esta deficiencia, y es indudable que el ver á sus fundadoras asumir la gran responsabilidad que el sostenimiento del Liceo requiere, y prestar su protección moral y cuidados materiales á las niñas que lo solicitan, constituye una acción que no puede dejar de merecer un decidido apoyo de la sociedad en general.

Con el deseo de que el beneficio sea completo y conforme á los elevados ideales de las socias ; actualmente se ocupan en ver la forma en que la niñas de provincias puedan también aprovecharse de las enseñanzas del Liceo.

La obra del « Centro Social de Señoras encierra un doble bien, porque no sólo disfrutará, la mujer, de la educación práctica, que recibirá en el Liceo, sino también de la educación moral, ya que tan grande obra no puede menos que levantarle el espíritu y enseñarle

que las señoritas, en el Perú, pueden trabajar como lo hacen las de otros países, donde se les ha preparado para ello, y que esta labor no deshonra, pues la compañera del hombre no sólo ha de serlo en lo moral, sino también en el trabajo, para cumplir de esta manera la misión que las exigencias de la vida moderna le impone.

FRANCESAS

La francesa que sonríe, la que mira con ojos insinuantes, la que amolda su cuerpo en corsés elásticos que le permitan andar rítmica y ondulante con vibraciones de flor, la que con arte incomparable se viste de gasas y de encajes, la que deja ver sus botas de charol ajustadas y el nacimiento de la pantorilla, cubierta por la enagua de seda que cruje como un gemido, cuando la oprime la falda que modela con elegancia las caderas; la francesa que vemos en los bulevares exhibiendo su cara enpolvada, los ojos sombreados, el pelo que le cae en ondas sobre la frente, abultado con tupidos bucles, cual racimos de uvas; la de boca roja y carnosa como las frutas, la que muestra el óvalo de su rostro bajo las plumas ó flores del sombrero completando así una *toillette* del más refinado gusto excéntrico : ésta es la francesa que representa á la muñeca voluble y fascinadora. Su figura fina, esbelta, que se esfuma entre colores armoniosos parece confundirse con las figuritas de *biscuit* de las grandes vidrieras de las tiendas. La admiramos en su elegancia turbadora, de juguete, de placer; sin que nos cause emoción alguna,

porque no existe en ella la franca alegría que nos haga reir, ni la sombría tragedia que nos haga llorar. Su cuerpo y su alma, parecen hechas de espuma y su huella no deja trazas en la actividad progresista de los pueblos. Su recuerdo se borra del corazón del hombre como la evaporación de un perfume y su juventud seductora se marchita temprano, cual la de las rosas, en la primavera de la vida. Esta es la francesa que conocemos todos, cuya fama de belleza y de frivolidad repercute en el extranjero; pero que dista mucho de ser la verdadera francesa, la compañera del hombre, queremos decir, la compañera de labor, la que comparte la tristeza del alma, la que le da aliento en las grandes empresas, la que fortifica su espíritu en la lucha de la existencia, la que colabora á su lado ya sea en el trabajo material ó intelectual.

En pocas naciones como en Francia se deja sentir con mayor preponderancia el esfuerzo femenino. En este orden, el que más nos seduce es el intelectual; principalmente el literario, cuya labor iguala á la del hombre.

Diariamente vemos aparecer los nuevos libros de mujeres en los escaparates de las librerías, magistralmente escritos, sin que desmerezcan en lo menor al lado de los autores más notables.

Un célebre escritor ha dicho que actualmente los mejores novelistas son mujeres : Aunque creemos este juicio demasiado avanzado, no dudamos de que en no lejano día la novela quede

del exclusivo dominio de la mujer. El hombre, en este último tiempo, sensiblemente se aleja de este género para escribir libros eruditos y consagrarse en especial al teatro; en cambio la mujer redobla sus esfuerzos para apoderarse de este campo de la sutileza, del ingenio fantástico; que la imaginación femenina fertiliza con un florecimiento de belleza delicada é impecable, cual los esmaltes nacarados y las flores de Lalique. Entre otras, Gerard d'Houville, (señora Henry de Regnier) Marcelle Tinayre, Colette Yver, Myriam Harry y Judith Cladel, son las novelistas más en boga; así como entre las poetisas la condesa Mathieu de Noailles y Jeanne Catulle Méndes, han adquirido la mayor gloria literaria.

Al hablar de la mujer francesa no podemos prescindir de ocuparnos de su belleza, aunque ésta haya perdido en gran parte su prestigio; pues las Frinés modernas que se exhiben en los cafés concierto, á lo más logran la crítica de las personas honestas que sólo ven en esto un acto inmoral.

La señora Recamier y la condesa de Castiglione no obtendrían hoy el tributo que les rindieron sus admiradores de antes, porque nuestro gusto por la belleza ha cambiado. Para que una mujer guste, necesita antes que ser bella, ser espiritual y elegante. Aun en pintura, más que mujeres de belleza perfecta, los artistas prefieren como modelos á las mujeres interesantes. Y la francesa como pocas, posee el secreto de ser in-

teresante. Al gusto risueño y gracioso en el vestido, une la cultura espiritual, logrando, así poseer un encanto que la singulariza. Entre las mujeres que se dedican á las letras encontramos algunas que unen al prestigio de la inteligencia el de la elegancia y el de la belleza: Jeanne Catulle Méndes, además de su renombre de poetisa, tiene el de ser una de las elegantes á la moda.

En igual caso se encuentra la condesa de Noailles. A pesar de que sus versos y sus novelas bastan para que se le tribute la mayor admiración.

JEANNE CATULLE MENDES

Jeanne Catulle Méndes, es una de las mejores poetisas contemporáneas. Si comparamos sus versos con los de su esposo el afamado escritor, encontramos en ambos una forma igualmente exquisita é irreprochable; pero en este hogar de poetas, las dos liras no producen iguales sonidos: la del hombre es festiva, sutil é insinuante, y la de la mujer tierna y delicada; de una delicadeza que sufre las nostalgias de las horas de felicidad que tardan en llegar, la de los rayos de sol, que no son suficientemente intensos para abrigar el espíritu y protegerlo contra las debilidades y desfallecimientos lánguidos, cual las proyecciones de lámparas azuladas en los jardines de lirios. La nota sentimental domina en sus poesías, es un sentimentalismo que nace de un alma que se emociona ante la belleza lo mismo que ante las penas de la humanidad. Sus inspiraciones son sinceras; nos parece ver en ellas los latidos de un corazón amante ajeno á la ficción literaria.

Jeanne Catulle Méndes, es notable, no sólo en la poesía, pues admiramos su prosa en interesantes conferencias que tienen gran reso-

nancia en la vida social parisiense. En todo lo que escribe adquiere gran relieve su inteligencia culta y observadora, ella forja la manera de hacernos agradable y de interesarnos en cosas de apariencia insignificante.

Extraordinariamente bella y elegante, sus grandes ojos son tan negros como los rizos del pelo que le cubren la frente. En su mirada existe algo de vago como la inmensidad de un paisaje lejano que se esfuma. En conjunto, su hermosura es majestuosa cual la de una reina que resulta íntima, muy cercana de sus amigos. Más que su belleza nos cautiva la bondad de su alma, que la hace interesarse en todo y por todos.

Con el título de *Les samedis de madame,* se escuchan en el teatro del Gymnase conferencias de gran interés; sin embargo, ya el público principiaba á mostrase indiferente. Ha sido necesario que aparezca en la escena una mujer inteligente y bella para que los sábados vuelvan á estar de moda. La señora de Catulle Mendes ha dado una *causerie,* habiendo obtenido tan gran éxito, que se vió obligada á repetirla.

El tema elegido no puede ser más atrayente: *El niño en casa de los poetas.*

La señora Jeanne Catulle Mendes, poetisa de exquisita sensibilidad y de reputación conocida, ha tenido el talento de escoger una serie de versos dedicados á la infancia. Asunto esencialmente femenino por la dulzara que encierra

y su sentimental ternura. En verdad, no se puede concebir nada más femenino que el amor, casi sagrado, que inspiran los niños, y más aún cuando está enaltecido por la poesía. ¡Oh! la poesía que no ondula entre lirismos extravagantes ni se embriaga con perfumes voluptuosos; ¡la bella poesía! que nace de un alma sana y sentimental, la que nos conmueve y nos hace vibrar de emoción ante el pesar que nos causa la enfermedad de un hijo, ó de alegría cuando él nos sonríe. Jeanne Catulle Mendes, dando prueba de un gusto poético imponderable, nos hace escuchar, entre otros, los encantadores versos de la condesa Mathieu de Noaille, de Gerard d'Houbille, de Desbordes Valmore, de Víctor Hugo, de Malherbe y los de la señora Laparcerie Richepin. En todos ellos se refleja la ternura del amor que el niño despierta en sus padres, cuando balbucea la primera palabra, cuando va por primera vez á la escuela, en el aniversario de su natalicio, y también algunos vibran de dolor del inmenso dolor que causa la muerte de un hijo.

Artistas deliciosas de belleza y elegancia, recitan estas poesías, y, en parte, al arte seductor de saber decir, se debe este momento de placer. La Srta. Berthe Bady y el Sr. de Max, recitan á Víctor Hugo, y lo hacen magistralmente, como es de esperarse, dada la reputación de artistas de primer orden que con justicia gozan.

Las artistas Ventura y María Leconte, son

de una gracia sin par. Para mostrarnos el mérito literario de las poesías recitadas, tenemos á la señora Catulle Mendes. Sin profundizar en disertaciones y críticas que martirizan la inteligencia por su aridez, la conferencista nos hace notar las frases más intensas, lo que existe de más hermoso, de sublime en aquellos desbordamientos de ternura humana.

Jeanne Catulle Mendes, cuando habla, lo hace con amenidad y sin pretensión; su labor parece fácil y espontánea. El escucharla es tan agradable como cuando se la mira, pues sus ojos negros son de una belleza nada vulgar. Sólo sentimos que no se reciten las poesías que ella escribe, intensas y apasionadas, casi siempre con un colorido triste; alguna vez lo exagera y llega hasta el escepticismo, como en la que titula « Hora mortal », de la que transcribo unos versos :

« Je sais bien que je suis faible. Je veux partir.
Je sais bien que ta voix me suivra sur la route
que longtemps, sous ta voix, je frissonnerai toute
du frisson que l'on sait lorsque l'on va mourir.

Je veux vous fuir : je souffre trop. Je veux atteindre
le pays ou tout meurt, ou tout est reposant,
ou seulement on voit, pâle, à peine luisant,
quelque vague soleil se lever et s'éteindre.

Le pays ou plus rien n'est doux ni triomphant.
ou rien de la beauté ni du rêve n'existe... »

León Blum, al hablar de las novelas escritas

por mujeres, dice : « Salvo las excepciones geniales de los Stendhals, Balzacs, etc., los mejores novelistas son mujeres » ; y nos cita á Marcel Tinayre, Jaque Vontade (señora Bulteau), á la señora de Henri de Regnier, á Jeanne Marín y á otras novelistas que gozan de igual reputación. Y bien, nos preguntamos, si al leer las poesías modernas, después de haber saboreado las de la poetisa de los ojos negros, no se podrá citar á la señora de Catulle Mendes como á uno de los mejores poetas contemporáneos.

LA DUQUESA DE ROHAN

La noche cae sobre París, y el perfume tibio de las plantas llega hasta nosotros denunciando la primavera, como heraldo voluptuoso. La explanada de los Inválidos está iluminada y los focos de luz uniformes de color reverberan en la noche obscura, cual los diamantes de los escaparates de los bulevares.

Un gran palacio se destaca en la sombra, y la mancha de oro de sus rejas brillan con la claridad de la luciérnaga sobre el hierro sombrío.

Un portero primero, un lacayo en seguida, correctamente estirado dentro de su elegante librea, nos abre la puerta de la fastuosa morada, y penetramos en los grandes salones del histórico palacio, por los que han atravesado reyes y príncipes, literatos, poetas y artistas de talento. Mientras que seguimos al lacayo, que nos introduce en la regia mansión, recorre nuestra mirada las esculturas doradas que decoran las paredes y techos de los salones : los muebles tapizados de antiguos gobelinos, la amplia chimenea con su regio reloj de la época de Luis XVI, los retratos graves é imponentes de

toda una noble estirpe, y las arañas colosales de cristal de roca que se reproducen y multiplican á través de los espejos, produciendo destellos de feria. Las maravillas artísticas abundan en el palacio de la duquesa de Rohán, antiguos tapices, miniaturas, estampas raras, bomboneras, y algunas esculturas, entre las que nos llaman la atención el busto del Gran Condé, digno del héroe de Rocroy, pues el prestigio de este príncipe sobresale en el bronce. El busto en mármol, de Mérard, representa al príncipe de Conti, primo del rey, el cual estaba dotado de una gran inteligencia.

Este príncipe fué amigo de Juan Jacobo Rousseau y de Beaumarchais. Sus fiestas en el Temple, y en l'Isle-Adam, fueron magníficas, dignas del apogeo de la corte. No obstante, lo que más nos llama la atención, en el intelectual príncipe, es su amistad por Rousseau, que hemos podido admirar en las preciosas cartas que le dirigía. En medio de la impresión solemne que nos causa el lujo ceremonioso del mobiliario y decorado, hermosas palmeras, inclinan sus ramas benévolamente, y diseminadas en los salones, parecen sonreír, trayéndonos el recuerdo de soles luminosos y de los inconmensurables desiertos lejanos. Y estas visión cálida, de palmas verdes, que erguidas se abren en lo alto de sus troncos, ó que lánguidas extienden sus ramas, dan á los aposentos el aspecto suave de los jardines de invirno.

La duquesa nos recibe en una salita íntima, cuyo decorado revela su gusto personal y también su temperamento de artista. Un caballete, muchas flores, chales de Manila, lámparas con pantallas de colores tiernos que esparcen una luz indecisa, una « chaisse-longue » y muchas pinturas que cubren las paredes, entre las cuales aparecen las lindas acuarelas que pinta la duquesa, cuando deja en descanso la pluma. En este cuadro íntimo se la ve sonriente; respondemos á su amable acogida con una lenta reverencia como las que hacían la damas de Luis XIV y que la cortesía moderna aún no ha desterrado, la duquesa se inclina igualmente, y con gran rapidez nos tiende ambas manos y estrecha afectuosamente la nuestra. La conversación se entabla con facilidad, en vano le hablamos de sus ilustres antepasados y de sus blasones. Ella responde : « Tuve una prima que como yo era « femme de lettres » y un abuelo que fué un gran escritor, mi afición literaria me viene de herencia ».

El poeta Mortier, con la franqueza de sus convicciones democráticas, que lo llevó hasta provocar en duelo á Pierre Lafitte, por haberse permitido bromear sobre las aficiones aristocráticas de este elegante periodista ; un día, en que se entregaba á las expansiones literarias nos dijo : « Que la gente que tiene blasones y dinero se conforme con ello, nosotros sólo tenemos talento y estamos contentos, que no vengan aquellos á pretender quitárnoslo ».

No pensamos con el poeta, al ocuparnos de la duquesa de Rohán, en la cual admiramos no sólo á la inspirada poetisa, á la dulce artista, sino también á la mujer que representa al tipo de la verdadera francesa. Su espíritu activo no se contenta con la vida regalada que le brinda su cuna, y se revela laborioso en el afán de conquistar una personalidad. Ella, que no tiene el aliciente de adquirir un nombre para darse á conocer, ni la necesidad de ganarse el sustento con su trabajo, ha sentido el deseo de ocupar su vida de una manera activa dedicándose á los artes; además de la educación esmerada que ha dado á sus hijos, pinta y escribe con talento.

La duquesa de Rohán, pertenece á una de las familias más ilustres de Francia, existen pocos títulos que sean más conocidos, ni que cuenten con mayor número de antepasados ilustres.

Pocas escritoras demuestran una naturaleza más artista que la duquesa, su fisonomía animada y dulce expresa las emociones tiernas y suaves que inspiran sus versos. Después de haber aparecido *L'ang Fleurie* ha publicado un segundo tomo, *Les Lucioles*, en el que ha coleccionado una serie de poesías encantadoras. La suave poetisa canta á las estrellas, al bosque, á los tilos, á la belleza, á las mañanas de noviembre, al sol, á las lilas, al ensueño y á la juventud, y en su canto existe la tierna vibración de una dulzura infinita. Después viene una serie de versos sugestivos titulados *Recuerdos*

de la montaña». La segunda parte de *Lucioles* contiene una serie de poesías cuyos solos títulos nos dan una idea de la delicadeza que encierran; entre otros citamos « Besos de la Brisa », « Primera confesión », « Carta al ausente », « El príncipe miseria ».

Termina el libro con interesantes leyendas y baladas. Una de las poesías que más nos deleitan por su festividad seductora y apacible es la que titula « Semez », y que copiamos en seguida :

Semez, semez toujours du soleil en passant
Au bord de la rivière!
Semez, semez toujours du soleil en parlant
Au seuil de la chaumière!

Semez, semez toujours du plaisir en dansant
Dans le bois sur la mousse!
Semez, semez toujours du plaisir en chantant
De votre voix si douce!

Semez,toujours le bonheur en prenant
Les cœurs par tant de gràce!
Semez, semez toujours le bonheur en aimant
Temps fuit, jeunesse passe!

Esta ilustre poetisa también cultiva la prosa ; durante un largo período la *Revue de deux Mondes* ha publicado sus interesantes artículos.

La duquesa no sólo frecuenta el mundo de la aristocracia, sino también el del arte ; á menudo se la ve subir las gradas del escenario para recitar sus versos en diversas fiestas literarias, y

lo hace con esa blondad sincera de su alma que á todos cautiva.

Gran dama por su alcurnia, en el mundo intelectual no ha hecho sino aumentar la gloria de su ilustre nombre, como entre otras escritoras la infanta Isabel, princesa de Baviera, la reina de Servia (Carmen Sylva), la princesa de Brascovan, actual condesa de Noailles, la condesa Jean de Castellanes y la señora Lucie Goyau, hija de Félix Faure.

LOS TES POÉTÍCOS

Un sol luminoso envuelve en sus reflejos amarillos el palacio de los Duques de Rohán, y sus grandes ventanas y espaciosos salones parecen más grandes, en la franca claridad de la tarde. El oro de los estucos, los antiguos gobelinos, los retratos de familia, el brocado de las cortinas, las porcelanas de Sévres, y los bronces y mármoles artísticos contribuyen á dar mayor esplendor á la regia morada, cuyas puertas abiertas permiten á los invitados admirar el verdor del jardín y el juego de aguas.

Este hermoso palacio, donde habita la duquesa de Rohán, es uno de los más aristocráticos de Francia, célebre además de la noble estirpe de sus moradores, por el selecto mundo intelectual que en él se reune. La duquesa de Rohán, es hija de los marqueses del Périgord, que fueron grandes mariscales de Vertillac, y uno de sus abuelos, el marqués de la Roche du Maine, acompañó á Francisco I á Madrid durante su cautividad. Herminia de Vertillac, se casó siendo muy joven con el príncipe León, quien heredó el título famoso de su padre, de duque de Rohán, que con tanto orgullo lo trasmite la

familia desde el siglo XI y el cual se hace notable en la historia por una serie de abuelos heroícos.

La duquesa de Rohán, más que sus pergaminos ama la literatura, y sus versos tiernos y delicados le valen la estimación de los intelectuales más notables. Sus *tes poéticos* constituyen una de las fiestas de la aristocracia parisién más selecta. En el gran salón del palacio, delante de la hermosa chimenea, que ostenta preciosos objetos de arte, de la época de Luis XVI, se colocan los poetas jóvenes y ancianos, plebeyos y aristócratas y les escuchamos declamar sus composiciones y les vemos sentirse felices al recibir los aplausos de un auditorio compuesto de mujeres elegantes y de hombres distinguidos. El príncipe Colonna Lecca, recita sus versos con dignidad y ademanes lentos; en seguida la señora Dorchain, los del poeta Dorchain, y pone su alma en la declamación; tiembla y palpita de emoción. Abel Bonnard, el joven poeta á la moda, autor de *Les Familiers*, se deja escuchar y recibe una ovación de la asistencia. La señora Guillaume Beer (Jean Dornis) nos declama otras poesías de Bonnard, y el público la escucha con placer. La duquesa recita su *Sinfonía nocturna* y todos admiran su gracia, la dulzura de su fisonomía y el arte de su declamación. Durante los pequeños intervalos que nos dejan los poetas, disfrutamos de la espiritual conversación de la señora Le comte de Nouy, autor de *Amitié amoureuse*; escuchamos la amena plática de la baronesa

Pierrebourg con Mgr Veye de Vaya. Elena Vacaresco, nos deja escuchar sus versos apasionados ; la señora Gauthier cede á un joven la lectura de sus poemas en prosa, traducidos del japonés.

Sentada en un sofá, inmóvil, se ve á una anciana venerable; es la condesa de la Roche Gouyon, y cuando recitan sus versos llenos de alma juvenil, de amor y de entusiasmo, sus ojillos azules se animan y una sonrisa apenas perceptible se dibuja en sus finos labios.

Las señoras Félix Faure Goyau, Marcelle Tinayre, Alfonso Daudet y la condesa Jean de Castellane, contribuyen con su fama literaria á dar mayor esplendor á estas recepciones, en las que los nombres más aristocráticos de Francia, se confunden con los de los más ilustres escritores.

Un grupo menos intelectual abandona el gran salón y se reune en el comedor y en las demás salas ; allí vemos á la princesa Murat, á la condesa de Riancey, á la Marquesa del Mun, á la princesa de la Tour d'Auvergne y al conde de Puiseux, al duque de Montmorency, al conde de Caraman, al marqués de la Mazeliere, al vizconde de Rohán y al conde de Perigord.

La duquesa de Rohán, prodiga sus atenciones á los invitados, sonríe á todos, feliz al verse rodeada de amigos que la admiran y del afecto de todos en general.

LUCIE FÉLIX FAURE GOYAU

Entre las primeras escritoras francesas, las que por su talento y gran éxito literario han logrado colocarse al mismo nivel intelectual de los más afamados escritores, se encuentra la señora Lucie Félix Faure, hija del infortunado expresidente de Francia y actualmente casada con el notable escritor Goyau, cuyas obras siguen la corriente del cristianismo social.

Sus principales libros se relacionan con la historia religiosa, siendo uno de los más notable *La vida de Santa Melanie.*

La señora Goyau, aunque no aborda abiertamente los temas religiosos, esto no obsta para que su literatura nos deleite, con una emanación balsámica, una espiritualidad exquisita, dulce y apacible, como es la que se desprende del misticismo.

No nos arrebata, en ella, los rasgos de una religiosidad erótica, ni los apasionamientos de una alucinada. Su labor, más que el producto de un temperamento, revela el de una razonadora, sin la frialdad trágica de las tumbas, ni entusiasmos de idilios. Demuestra más bien, un tenue colorido abrigado al calor de la pá-

lida llama, que no enrojece, del cristianismo: su principal libro se titula *Almas cristianas y almas paganas*, contiene la vida de Cristina Rossetti, de Eugenia Guérin, y de Santa Catalina de Siena. ¡Con cuánta bondad, con qué delicada sensibilidad nos habla, la señora Goyau, desde las páginas de este precioso libro, en el que hace resaltar los méritos de estas tres almas amantes y dolorosas! La vida de Cristina Rossetti, está descrita de una manera sobria y amena, nos conmueve y nos emociona. La infortunada poetisa, que pasó por el mundo como un alma errante, vivió expatriada bajo el cielo sombrío de Inglaterra, mientras que su corazón ardía por el luminoso de Italia; igualmente en religión que en amor fué una expatriada. Se consagró al culto anglicano, cuando su espíritu estaba predispuesto para el más puro catolicismo, y hubo de ligar su existencia á la de un campesino á pesar de que su naturaleza estaba hecha para un idilio romántico y soñador.

El primer capítulo de este libro se titula, « Tristezas de un alma pagana »; aquí mejor que en los subsiguientes, se revela el espíritu de observación y razonador de esta ilustre escritora, ella dice: « El dolor es una de las más poderosas realidades de este mundo. El estoicismo pagano se esfuerza en negarlo. El cristianismo lo diviniza y lo transfigura; extrae de él un principio de alegría: « Bienaventurados los que llo-

ran » dice el Evangelio. Las frases, como éstas, atrayentes por su simplicidad cristiana, le dan un encanto especial á este interesante libro. *Mediterranée* contiene una serie de relaciones de viajes, y en virtud al talento descriptivo de la señora Goyau, la seguimos con entusiasmo en sus expediciones, á Egipto, á Tierra Santa, Grecia é Italia. Entre sus principales obras figura *La vida de Newman y sus obras, Las mujeres en la obra del Dante* y un tomo de poesías. *La vie nuancée*, que es notable por sus versos hermosísimos, los que exhalan lo mismo que su prosa, el perfume etéreo del incensario católico. En general las obras de Lucie Félix Faure Goyau, denuncian una erudición poco común, un espíritu sincero, una clara noción del principio de la justicia, y una belleza armónica indiscutible. Sabemos que posee varios idiomas extranjeros, entre los que están comprendidos el griego y el latín. Su actividad no se concreta á la labor literaria, pues pertenece á diferentes instituciones sociales, principalmente á la mutualidad, la que cuenta con su valiosa cooperación. En la asamblea general dió una conferencia. *L'Entr'aide social* en la que con gran talento y con su alma bondadosa y admirable, pone en relieve lo que existe en la Mutualidad, de más simpático ; el espíritu de caridad.

Por que jamás gran dama alguna ha sabido demostrar mayor bondad ni conquistarsé mayores simpatías.

JULIETTE ADAM

JULIETTE LAMBERT

Entre los libros que acaban de aparecer, *Mes angoisses et mes luttes*, de la señora Adam, es uno de los más interesantes. Forma parte de la serie de volúmenes que constituyen sus *Memorias*, y, como en todos ellos, además de la labor literaria, de indiscutible mérito, nos encontramos con una obra bella é instructiva. La historia de la República francesa de 1871 á 1873, unida á la agonía en que vivía su espíritu en aquella época de lucha política, está descrita con una vibración de sinceridad encantadora. La corrección de estilo, el colorido de la descripción, la afluencia cadenciosa de un lenguaje, en que la espontaneidad vence sobre la fraseología rebuscada y extravagante, nos seduce. Allí, nos identificamos con la vida de los hombres de Estado y conocemos á los célebres republicanos Gambetta y Thiers, los escuchamos en sus conversaciones con Edmond Adam, que reflejan la transparencia de sus ideales patrióticos. En éstas páginas de historia, escritas con pasión, no sólo vemos la organizacion de la Républica fran-

cesa, sino, también, cartas de George Sand, muy interesantes, lo mismo que las opiniones de Víctor Hugo, sobre Voltaire y Rousseau. Nadie como esta ilustre escritora podía habernos emocionado con esas narraciones conmovedoras, pues, como dice un afamado escritor, fué en casa la señora Adam donde se organizó el partido gambetista, así, después de la señora Roland, ninguna otra mujer ha representado un papel igual en la política de su país. Podemos agregar que su inteligente esposo, el notable prefecto de policía Edmond Adam, fué en aquél tiempo electo diputado de París; así comprendemos los importantes hechos que nos da á conocer la señora Adam; en su libro apreciamos la política interna de los grandes republicanos, la que rara vez se pone en evidencia, para el público.

Las MEMORIAS de la señora de Adam constituyen un modelo literario en su género; la crítica más exigente, en vano, buscaría una objeción que formular. *La novela de mi infancia y de mi juventud*, *Mis primeras armas literarias y políticas*, *Mis sentimientos y nuestras ideas antes de 1870*, *Mis ilusiones y nuestros sufrimientos durante el Sitio de París*, *Mis agonías y nuestras luchas* (*1871-1873*) revelan á la escritora de talento que abarca con maestría la amplitud de la obra. En la labor de la señora Adam, no se encuentran ciertas debilidades de precisión ni explayamientos en los detalles, de que generalmente adolecen los escritos de las mujeres. En

esta serie de encantadores libros, la bondad de espíritu y la claridad de la inteligencia de la señora de Adam, adquieren gran relieve; su alma, de ardiente patriota, y la ternura de un corazón femenino, susceptible de abnegaciones y de sacrificios, nos revelan á la mujer seductora. Su gracia suave y atrayente ha convertido su casa en un hogar literario, que representa en las letras modernas, lo que fueron los de sus amigos de antes, George Sand y Daniel Stern (señora Agoult), Pierre Loti, Paúl Bourget, François Coppée y una pléyades de celebridades literarias contemporáneas son sus amigos y admiradores.

Después de su matrimonio con el notable Edmond Adam, su vida se ha deslizado rodeada de grandes afectos, prodigados por el cariño de espíritus superiores. Bajo su influencia bienhechora, se han conciliado odiosidades políticas, que han dado por resultado la mejor armonía, en provecho de la patria. Hombres de Estado, artistas, músicos, pintores y literatos; casi no existe una celebridad contemporánea que no se haya sentido atraída por el espíritu delicado de la escritora.

Podemos citar dos de sus principales libros: *Griega* y *Pagana*, los que considera, François Coppee, profundamente idealistas. Además, á su espíritu laborioso se debe la fundación de la *Nouvelle Revue*, la cual ha dirigido durante veinte años con el mejor éxito.

Si las MEMORIAS de la señora Adam nos muestran una literatura del mejor gusto, con transparencias luminosas, no sólo allí se detiene su espíritu, el poder de su inteligencia es mayor que la impresionabilidad de su corazón ante la belleza. En *Mis primeras armas políticas y literarias,* admiramos la penetración y el buen sentido con que, aun siendo muy joven, discutía y analizaba los temas filosóficos. Hoy que los años transcurridos la circundan de admiradores y de gloria, sabemos que las cosas de la eternidady los destinos del alma humana preocupan su espíritu incomparable.

JEANE DIEULAFOY

La señora Dieulafoy, es una francesa de la que podríamos decir que tiene alma de española, por el interés que demuestra por España. Son pocos los escritores á quienes impresiona con mayor intensidad la belleza del arte religioso que encierra esta nación, ni se consagran, como la señora Dieulafoy, á dar á conocer sus tesoros artísticos y la exuberancia de la naturaleza que aparece risueña en un cuadro de sol luminoso.

Con estilo elegante y sobrio, la ilustre escritora, describe la vida palpitante de las ciudades modernas, donde florecen los naranjos, las jóvenes adornan sus cabellos con flores rojas y dejan escuchar á los transeuntes el ruido de las castañuelas. Los patios de las casas andaluzas donde corre la brisa tibia y perfumada de albahaca y jazmines, en las tardes de estío; y los balcones y ventanas adornados con claveles de colores brillantes ; porque, en España, las flores de perfume intenso, adornan no sólo los vasos de las habitaciones, sino también los patios, las ventanas y los balcones.

La señora Dieulafoy ha recorrido toda Espa-

ña en compañía del señor Dieulafoy, el distinguido académico, así como en el año 1881 compartieron juntos las penalidades de las excavaciones y descubrimientos que hicieron en Persia. Este matrimonio de escritores de talento, casi siempre hacen la misma labor, enteramente igual en cualidades sobresalientes de belleza.

A un mismo tiempo acaban de aparecer *El Polícromo Español* del señor Dieulafoy y *Castilla y Andalucía* de la señora Jeanne Dieulafoy. Este interesante libro da á conocer las ciudades de Burgos, Valladolid, Avila, Segovia Toledo, Córdoba, Sevilla y Granada. Su gran tamaño, las revelaciones artísticas que evidencian la erudición de esta distinguida escritora, principalmente de la historia antigua y moderna, hacen de esta obra una de las más interesantes que en la época presente se ha escrito, en Francia, sobre España. A manera de una relación de viaje, nos cuenta todo lo que existe de hermoso, en las obras de escultura, pintura y arquitectura, en estas ciudades célebres por los recuerdos que conservan, de la magnificencia de los romanos y de los árabes.

Ciento cincuenta ilustraciones, de las cuales muchas están hechas con fotografías tomadas por la señora Dieulafoy, contribuyen á dar mayor interés á este libro, que no solo se concreta á narrar una simple colección de ilustraciones de turista. *Castilla y Andalucía*, encierra un

estudio minucioso de las obras de arte antiguo cuya existencia apenas se conoce hoy.

Cuando habla de la escultura *Policroma*, uno de los artistas cuyas obras más reproduce es Hernández, el autor de Santa Teresa, del museo de Valladolid y de la Virgen de la Agonía. También admiramos San Jerónimo en el desierto y San Ignacio de Loyola, por Montañés. La multiplicación de los panes de Murillo, del Hospicio de la Caridad, y el San Antonio de Padua, San Pablo, de Juan Alonso Villabrille, y las pinturas del Ticiano y del Greco que se alternan con los claustros solitarios, los alcázares legendarios, los toros del campo de Alcántara, las bellas castellanas y las airosas chulas de Triana.

Entre los importantes libros escritos por la señora Dieulafoy, figuran otros de gran mérito, siendo los más notables *Persia Caldea y Lusiana*. También se debe á su ilustrada labor la reconstrucción que existe en el museo del Louvre de la Apadana de Darío, en Persia. Cuando viajaba por estas apartadas regiones visitando ruinas, haciendo excavaciones en lugares despoblados, adquirió la costumbre de vestirse con prendas masculinas, que hasta ahora usa.

Entre sus novelas más conocidas figuran *Parysatis, Volontaire, Frère Pelage, Déchéance,* El Gobierno francés ha sabido reconocer el talento de esta ilustre escritora y la ha condecorado con la Legión de Honor.

LA SEÑORA AVRIL DE SAINTE-CROIX

Es una de las feministas que hoy goza de mayor estimación en Francia, debido á su clara inteligencia y á su concepción rápida y práctica de las cosas de la vida. Sin duda haciendo alusión á estas cualidades, poco comunes en la mujer, M. Harlsr, en la biografía que ha escrito de la señora Avril de Sainte Croix, dice : « En su bondad existe el juicio crítico y en su abnegación el orden. »

Siendo soltera ejerció el periodismo durante algunos años, logrando el mejor éxito, en los principales diarios parisienses, en los que colaboraba bajo el pseudónimo de Savioz. Estas crónicas constituyen un volumen publicado bajo el título de *Au pays des Ruthènes,* y muchas de ellas, han sido reproducidas y traducidas en diferentes idiomas extranjeros. No hace mucho tiempo que ha aparecido un interesante libro suyo titulado *El Feminismo,* con un prefacio del escritor Víctor Margueritte. Es la historia concreta del feminismo en Francia, de la lucha de las mujeres por reclamar iguales derechos

civiles y políticos que los hombres; no obstante, la señora de Sainte-Croix, se muestra de una discreción que aplaudimos; no pretende defender el feminismo con la arrogancia de un paladín, su obra se limita á probar, citando hechos, la labor más importante que han realizado mujeres notables y los progresos sociales, que en estos últimos tiempos han logrado las feministas francesas.

Las páginas del *Feminismo* están escritas con sobriedad y con estilo correcto. Lo que adquiere mayor relieve en esta obra es la voluntad de la periodista, de una firmeza inquebrantable. La señora Avril de Sainte-Croix, es la secretaria del Consejo Nacional de mujeres, institución organizada, para representar los intereses feministas y en general, á la mayor parte de las sociedades de mujeres que existen en Francia. Debido al espíritu delicado y sugestivo de la señora Avril de Sainte-Croix, esta sociedad ha adquirido gran importancia social en Francia, y representativa en el extranjero, donde en diferentes ocasiones ha cumplido la laboriosa feminista misiones importantes, siendo la última en la Haya en el Congreso de la Paz.

Debido á la iniciativa de la señora Avril de Sainte-Croix, existe hoy en París una importante institución caritativa y de salud moral, con el fin de favorecer á la mujer, ó mejor dicho, á las *siervas,* empleando así la misma palabra que ella usaba en conferencias que tuvieron gran

resonancia cuando fundó la obra deliberatriz y de redención femenina.

En el año 1901 la « Sociedad liberatriz » quedó definitivamente organizada, y al cabo de tres años ya había salvado á más de trescientas niñas. Estas mujeres, que generalmente quedan abandonadas en su situación desgraciada, cuando llegan de provincia, encuentran en Auteuil hospitalidad bondadosa en una casa aislada, en medio de un jardín; sin la rigidez austera de los asilos. Es allí donde muestra toda su abnegación la señora Avril de Sainte-Croix, ocupándose en particular de cada una de sus pupilas, con las que sostiene charlas amistosas.

Su experiencia y sus dotes poco comunes de organizadora, contribuyen á que diferentes instituciones soliciten su concurso; así no nos sorprende que pertenezca á la Liga del « Derecho del Hombre ». y que 40 voces la designasen como miembro del Comité Central. La labor activa y altruísta no la absorbe por completo, pues también rinde homenaje al talento literario. Debido á su generosa y entusiasta labor, en 1897 se celebró una manifestación en honor de la ilustre filósofa Clemencia Royer, de la cual Renán dijo : « Parece un hombre de genio », y esta manifestación resultó magnífica, se puede decir, una verdadera fiesta de la inteligencia.

La señora Avril de Sainte-Croix no tiene el aspecto austero de una sectaria predicadora de la salvación de las almas ; ni aire despótico ó de

suficiencia; al contrario, su fisonomía seduce por su aspecto distinguido y aristocrático, sus cabellos grises nos recuerdan á las damas de la corte de Luis XVI. En su trato se muestra de una amabilidad exquisita y una bondad maternal, que se trasluce en la buena acogida que hace á todo el que solicita verla. Su conversación es agradable y sin ficción. La hemos escuchado con placer manifestar su simpatía por la mujer española y hacer votos para que la acción femenina adquiera en España igual importancia á la que tiene la mujer en Francia.

LA MARQUESA DE JOHANIS Y EL FEMINISMO EN NIZA

Jean Lorrain, escribía de Niza, á su madre: « Desde mi cama veo las barcas, es allí que podría morir. » Aunque el solo nombre de esta ciudad nos sugiere el cuadro burlón del carnaval, con su festividad florida, exuberante de movimiento y color, como los lienzos de Wilette, el alma de la ciudad es melancólica. No nos sorprende que la exquisita sensibilidad de Lorrain, no fuese ajena á esta influencia nostálgica. El aspecto del gran malecón, llamado « paseo de los ingleses » del Casino municipal, de la *Jetée* con su magnífica rotonda de conciertos, el de la hermosa plaza Massena, con su calle que imita un trozo de bulevar parisién, y el de las vidrieras lujosas, con sus joyas y novedades, sólo revelan la fisonomía convencional de todos los lugares de recreo. Este es el tocado ó la máscara, con que igualmente se cubre Niza, Ostande ó Trouville. Es la sonrisa convencional, uniforme y monótona que acompaña siempre al mundo del « vicio errante », mundo de los opulentos nómades, que se dis-

persan por el mundo en busca de placeres, que no se renuevan y que producen el hastío con su igualdad de lujo ceremonioso.

Lo pintoresco de Niza, son sus montes, sus colinas, sus naranjos floridos, sus olivos sicilianos, sus lirios florentinos, sus pinos aromáticos, los manojos de rosas que sobrepasan las balaustradas de las villas, y su mar, su mar azul, cual un monte de turquesas, que se estremece lejano, bajo la quimérica visión de la luna.

El pueblo que vive entre el olor de pescadillos rosados, como corales, lilas, azahares, y anémonas, es sencillo y supersticioso, sobre todo supersticioso, por su herencia italiana. Entre sus leyendas tiene la de la virgen pagana Tatia, cuyos suspiros se escuchan al pasar por las ruinas del circo romano, en las noches de tormenta. No menos interesante es la historia fabulosa de la heroína popular, Catalina Segurana. El municipio, para conmemorar su heroísmo ha dado su nombre á una calle que desciende del lado donde está situado el célebre Château.

Catalina Segurana, representa en Niza, la glorificación del feminismo primitivo. Tanto la historia, cuanto la tradición conservan el recuerdo de su patriotismo : á su valor se debió la salvación de la ciudad el año 1543, cuando fué atacada por el ejército francés bajo las órdenes del duque de Enghien, y por una flota turca, gobernada por el corsario Barbarroja.

Esta animosa mujer tomó una bandera en las

manos y agitándola en el espacio, arengó al pueblo á que defendiese la plaza, lo que decidió el triunfo.

El feminismo moderno no lucha con las armas de la guerra; su actitud es menos belicosa y más razonada. Un libro de M. Théodore Joran *Au Cœur du Féminisme* ha levantado una polémica periodística; pues entre otros cargos que hace al feminismo, lo considera antimilitarista; por consiguiente socialista, comunista y hasta anarquista. Estos juicios los rechaza con gran inteligencia y dando pruebas de buen juicio, la notable feminista Anne de Real (pseudónimo de la marquesa de Johanis) en un editorial de su importante periódico *El Feminista*, que hoy representa en Francia el segundo órgano de propaganda de los intereses feministas.

La maquesa de Johanis, es una escritora sagaz y de talento; tiene en prensa una novela de tesis, defendiendo la maternidad contra todos los prejuicios sociales, y una comedia en verso.

En su trato es fina y distinguida, como una gran dama. Hoy se la considera en Niza, la heroína del feminismo, analizador y razonado, así como antes Catalina Segurana, lo fué, de la pasión patriótica.

NOVELISTAS

COLETTE YVER

La última novela de la señora Colette Yver, « *Princesas de Ciencia* », encierra un doble interés; además de su mérito indiscutible como novela, la tesis que sostiene. El notable crítico, Emilio Faguet, dice : « Antes de tratar de la tesis advierto con insistencia y con fuerza que la novela vale por sí, vale como novela, vale como obra maestra, y que de la tesis se puede hacer tanta abstracción cuanto se quiera, pero como la señora Yver ha querido hacer una tesis, tengo que ocuparme de ella. »

Las princesas de ciencia son las mujeres que se dedican á la medicina. La señora Yver quiere demostrar que esta profesión se opone á los deberes que impone el estado de casada y nos presenta varios tipos de mujeres que ejercen la medicina en diferentes condiciones sociales : la señorita Lancelevée, que goza de fortuna y de reputación, practica la profesión con todo lujo, y proclama el celibato : la señorita Teresa, hija del

gran médico Herlinge, es una profesional apasionada, quien se dedica á la medicina por placer, dominada por la pasión de una vocación irresistible; la señora Adeline, mujer sin importancia ni talento, que ha llegado á recibirse de médica para ganarse el sustento, y una joven rusa, insignificante criatura, que es estudiante de medicina lo mismo que habría sido de cualquier otra profesión; tan pronto como se le presenta un médico que desea casarse con ella abandona sus estudios y se convierte en una excelente ama de casa. La Doctora Adeline, representa el hogar de la miseria; el abandono en que tiene á su marido da por resultado que éste se entregue á la bebida y tarde comprende que mejor le hubiera valido cuidar su casa y sus hijos, pues, su trabajo, mal remunerado, no le basta para atender á los gastos que le ocasiona el sostenimiento de su familia. La doctora Lancelevée, termina por enamorarse de un médico, al cual no se liga por el lazo del matrimonio, pues proclama el amor libre y Teresa Herlinge, la heroína, se casa con el doctor Guémené, después de haberle advertido que preferiría no realizar su matrimonio si para ello tuviese que abandonar su profesión; el doctor Guémené, posee un alma bondadosa, un corazón débil, que necesita las manifestaciones de una ternura constante, diríase que tiene un corazón de mujer; en cambio Teresa es una intelectual, su gran pasión es la ciencia, á la que pospone el

amor de su marido, sólo cuando ve que éste se ha enamorado de la señora Jourdeaux, por el abandono moral en que ella lo ha tenido, los celos avivan su amor y aparece el alma femenina con su tesoro inagotable de sacrificio. Teresa, por reconquistar el amor de su marido se decide á abandonar la profesión para cuidar mejor su hogar.

Sin duda alguna, la señora Yver, desea demostrar que la mujer nació para amar, y que por intelectual ó apasionada que esté de su profesión, en cualquier condición que se encuentre, le llega el momento en que ama, esto es, el de formar un hogar; además, que la ciencia médica, una vez casada la mujer, no le puede servir como no sea para convertirse en asistenta de su marido, conforme lo declaró la humilde Dina.

De aquí las polémicas, ó mejor dicho críticas que ha despertado *Princesas de Ciencia*. Las feministas protestan indignadas de que una mujer pueda oponerse á que sus compañeras ejerzan la profesión de la medicina, y citan á su favor la opinión de Faguet : en realidad Faguet, declara que la mujer sin profesión no es nada y que la que quiere tener una personalidad, debe dedicarse á una profesión, aunque esté casada, y aún va más lejos, pues nos dice que es preferible que abandone el hogar por hacer algo útil en vez de andar de paseo.

Nosotros vemos en *Princesas de Ciencia* algo más que el simple hecho de demostrar la

incompatibilidad que existe entre los deberes del hogar y los de una profesión; es un llamamiento general que hace á la mujer hacia la vida conyugal, una advertencia de que la vida moderna por mucho que la justifique, la abnegación que requiere la profesión médica, no podrá reemplazar á la felicidad que alumbra los hogares, donde el hombre trabaja, y al volver á su casa encuentra á su mujer que le sonríe después de haber vigilado la sopa y adornado con flores la mesa. En los matrimonios que nos muestra la señora Yver, enencontramos cierta semejanza con los de España, pues, á excepción de Teresa; la señora Adeline y la rusa Dina, se han casado sin dote. Difícilmente se adoptaría esta costumbre en Francia. M. Duruy, dice que la importancia de la antigua matrona romana, la debía á la dote que llevaba al matrimonio, en Francia, no sólo sucede lo mismo, sino que hoy, es una costumbre que la mujer casada trabaje lo mismo que si fuese soltera, y en muchos casos, que sea ella la que sostenga la familia. Teniendo en cuenta estos antecedentes podremos apreciar mejor las diversas opiniones que ha sugerido el libro de la señora Yver. El proclamar como única felicidad posible, el hogar, que en España, no nos es desconocido, esto es, el hogar bíblico, en el que el hombre trabaja y la mujer cuida de sus hijos.

Corrobora nuestra opinión la del inteligente feminista M. Paúl Margueritte, quien proclama la felicidad de los matrimonios en los que la mu-

jer sólo lleva el contingente de su amor abnegado. M. Paúl Margueritte, ve como un resultado de la igualdad conquistada por la mujer, en la equivalencia de los sexos, la resurrección de Romeo y de Julieta, que simboliza el amor espontáneo de la juventud, el que, con el perfume de las rosas, ha de embalsamarle la existencia.

Podemos decir que, en Francia, donde el matrimonio constituye una unión más que de amor de utilidad social, se inicia una propaganda sentimental que por fortuna constituye la esencia y ennoblece nuestros himeneos españoles.

Como obra literaria, la novela de la señora Yver es un modelo acabado de los más bellos, llamado á vivir siempre en la literatura del siglo XX. M. Faguet compara á la señora Yver con la señora Tinaire; creemos que, si en ambas domina la concepción grandiosa del conjunto y el arte descriptivo igualmente animado, la señora Tinaire es más intensa en la psicología pasional, y la señora Yver de un realismo más vivo, más lleno de color, atmósfera y de realidad en sus descripciones, comparables con las de Beyle. Las comidas de los médicos en casa del Dr. Herlinge, las salas de Hospitales, con sus hileras de camas blancas y las declaraciones de amor del Dr. Guimené, á Teresa, en la sala del laboratorio, rodeados de gatos, ratas y ranas enfermas; son de una verdad intensa y de un gran poder descriptivo. Además de *Princesas de Ciencia*, la señora Yver ha escrito : *La Pensión du Sphinx*,

Les Cervelines, *La Bgrgerie*, *Comment s'en vont les Reines*. Su gran triunfo literario lo obtiene hoy con *Princesas de Ciencia*, que le ha valido el premio de 5.000 francos otorgado por el comité de *La vie heureuse*, formado por las principales escritoras francesas.

LA CONDESA DE NOAILLES

Pocas de las novelistas contemporáneas despiertan mayor interés en el mundo literario que la condesa de Noailles. En vano la crítica ha pretendido atenuar el brillo de su gloria.

La fuerza de su ingenio es poderosa y se impone á la admiración. Podemos encontrar en las novelas de la condesa de Noailles un género literario que no sea de nuestro agrado, por parecernos falso desde el punto de vista de la realidad de la vida, como sucede con la encantadora novela, *Le Visage Emerveillé*; pero este argumento queda destruído cuando la consideramos como á la poetisa que escribe en prosa. Su primer libro fué un tomo de versos que demuestra su apasionamiento por la naturaleza, su alma toda se conmueve ante el espectáculo del campo. Ama la tierra y este amor es tan grande, que lo hace extensivo á todo lo que produce. Su lira canta á los vegetales, que llegan á entusiasmarla, como si fuesen seres con alma; porque constituye un alimento para el hombre : así nos sorprende cuando dice que, en los rábanos encuentra infinita poesía. También asegura que para impregnar su alma de luz, de aire y de plantas, le basta el *Bois de Boulogne*.

Siendo poco aficionada á viajar, no busca la majestad solitaria de los árboles seculares en las montañas lejanas. París le es suficiente para nutrir su poderosa imaginación, que sueña con la poesía de la naturaleza.

Si encontramos en sus versos la belleza armónica y exuberante de los antiguos clásicos; de su prosa podemos decir que es una maravilla. Nos entusiasma con la novedad del lenguaje, á veces caprichoso, aunque siempre impregnado de un perfume exótico que es exclusivamente suyo.

La condesa de Noailles no desconoce los defectos que algunos hacen resaltar en sus novelas y los refuta cuando dice : « Al escribir una novela sólo me propongo obtener la exactitud en la emoción » lo que logra con tal maestría que, sus novelas resultan una reverberación de sentimentalismo que refleja en el lector con dulzura infinita. Aunque algunas veces sus novelas adolezcan de una concepción poco verídica; cuando describe las emociones, resulta lo contrario. Aquí la realidad se impone brillante y conmovedora.

Las palabras que emplea la condesa de Noailles impresionan, á veces, como lágrimas que se deslizan con la suavidad de las perlas ó cual jardines encantados. Su estilo posee una belleza incomparable. Este derroche de fantasía transparente, coloca la prosa de la condesa de Noailles, por encima de toda crítica. Sonriente, con modes-

tia infantil, la poetisa dice : « No soy escritora, simplemente escribo lo que siento. » Y siente emociones delicadas : *Le Visage Emerveillé* revela este género: la heroína, la monjita Sofía, es una creación aunque artificial, llena de encanto y que demuestra la fuerza prodigiosa de la imaginación de la escritora.

Entre los romances que ha escrito la condesa de Noailles, el que goza de mayor reputación se titula *Nouvelle Espérance;* en él las pasiones están descritas con intensidad de vida, con profundidades de dolor y con valeroso atrevimiento, además ha publicado otro : *La Domination.* En su repertorio de poesías figuran *L'ombre des jours*, *Les Eblouissements* y *Le cœur innombrable*, obra coronada por la academia francesa; así no nos sorprende que el mundo literario haya colocado en un trono, á la ilustre poetisa, del cual es reina seductora.

MARÍA HENRI DE REGNIER

Con el pseudónimo de Gerard d'Houville, se ha dado á conocer en la literatura, María de Heredia, hija del conocido académico Heredia y actualmente señora del inteligente escritor Henri de Regnier.

Sus primeras publicaciones fueron en verso, pero sólo llevaban por firma tres asteriscos.

Su preciosa novela « *L'Inconstante* » nos seduce por la sencillez y transparencia con que Gerard d'Houville pone en relieve el tipo de la mujer adorable por sus atractivos, á pesar de ser profundamente inmoral. Como la misma heroína parece ignorarlo, fácilmente nos dejamos embriagar por el perfume de esta flor del mal.

Nada nos ofusca en « *L'Inconstante* », no nos presenta muchos personajes, grandes diálogos, ni elocuencias de oropel ; los cuadros se renuevan con notas de color festivo, sin exuberancias extrañas ni desbordes de apasionamientos que nos conmuevan dolorosamente. La novela de Gerard d'Houville, es de una finura sutil y delicada. El argumento, sin complicaciones, está tratado con una sencillez encantadora, su continuidad es armónica y se desenvuelve con facilidad suave y elegante.

Desde las primeras páginas del libro, adivinamos á la escritora que tiene confianza y está segura de lo que dice; su estilo sin vacilaciones ni timideces, se diría que es el de un hombre sin prejuicios.

Gerard d'Houville nos cuenta una aventura de amor, Gilette Vernon, es una mujer impulsiva, una inconsciente, que se entrega al amor sin amor, guiada por su instinto. Incapaz de analizar sus actos, ni de darse cuenta de las faltas que comete; va á sus citas amorosas cual los niños á una fiesta; ni un momento el remordimiento perturba su espíritu de chiquilla voluntariosa. Si le dijesen que es una mujer adúltera se sorprendería ingenuamente. Al fin el eterno femenino, el amor, se apodera de ella; sólo cuando está enamorada de Valentín, siente la necesidad de ser sincera y le confiesa su delito. Si Gilette sufre, un momento, es más que por arrepentimiento, por el temor de perder á su amado. Gerard d'Houville, nos explica el carácter de Gilette, debido á su origen criollo, al cual es innato la pereza, y la de Gilette, parece que la sintiese en el corazón. « Cuando el sentimental Miguel, está más emocionado, ella le responde: « No le amo á usted, si acepto su amor es porque me gusta que me amen ».

Los cuentos de la negra Celina, niñera de Gilette, la cual murió dejando á esta á la edad de doce años, mantienen despierto en ella el atavismo de su raza romántica y sensual. « La

languidez que producen los países cálidos bañaba sus pupilas. » Así comprendemos su espíritu perezoso, que sólo busca en el amor, « una tierna alegría, una voluptuosidad infantil, un placer inconsciente ».

Cuando Valentín se despide de Gilette, para hacer un corto viaje, principia ésta á sentir alguna emoción, lo que no obsta para que le diga : « no nos prometamos nada, ni fidelidad ni infidelidad ni amor eterno. Tú me conoces demasiado para que te creas obligado á tu vuelta á amarme todavía ».

¡ Singular despedida entre amantes !

Al fin aparece el corazón de la mujer, la superficial Gilette, termina enamorándose de Valentín; pero su vida no será toda de rosas, « Con el amor no se debe jugar. »

La inconstancia ha hecho su víctima al apasionado Miguel, el cual llega á suicidarse no teniendo valor para soportar el olvido de Gilette. Este triste recuerdo que principia por afligir el encuentro de los dos amantes en la casa de Marion, amiga de Gilette, no dura mucho tiempo, el cariño que se profesan es inmenso, ahoga todo remordimiento y llega á borrar los celos que Valentín sentía.

L'Inconstante, de Gerard d'Houville, figura entre las principales novelas escritas por mujeres, en verdad la encontramos enteramente femenina por su gracia y ligereza ; no nos abisma en profundas disertaciones filosóficas y revela la

inteligencia sólida de la autora. Su imaginación de poeta nos impresiona agradablemente, mostrándonos la inconstancia, cual el voltijeo de aterciopeladas mariposas, sin hacernos sufrir cuando pierden el oro de sus alas inmaculadas. Aún la muerte la vemos en un paisaje lejano, como lo inevitable, sin lúgubre tristeza.

MARCELLE TINAYRE

Si al recordar la historia de la novela francesa, en el siglo XVII, vemos que los principales novelistas fueron mujeres; otro tanto sucederá cuando nuestra posteridad estudie la literatura del siglo XX. Y así como la señora de Lafayette y la señorita Scudery son las que mayor gloria alcanzaron en aquella época, en el mismo caso se encontrará la inteligente literata Marcelle Tinayre, cuya celebridad es hoy indiscutible. A pesar de ser joven, posee abundante material literario. Entre sus principales obras figuran, ademas de *La Maison du Péché*, *La Rebelle* y *La Rançon*. Esta trilogía magistral representa los más deliciosos modelos de la novela ideológica, de la novela social y de la novela psicológica.

Pocas obras modernas han logrado mejor éxito que *La Maison du Péché*. El mérito literario de esta novela es indiscutible y de una grandiosidad noble y hermosa.

No podemos prescindir, al citar esta joya de la literatura francesa, de ponderar su belleza; la finura observadora de la autora, los detalles que admiramos en cuadros de arte exuberante, y la

alta concepción ideológica del conjunto : *La Casa del Pecado* es un pabellón construído, en época remota, por Adhemar, para sus citas de amor, no muy lejos de la Abadía de Port Royal, bajo la sombra de los álamos. Su sobrino nieto, Agustín de Chanteprie, abre el pabellón que la familia ha conservado cerrado durante largo tiempo, y presenciamos una resurrección de amor en una familia descendiente de los solitarios jansenistas. El pabellón está mal alumbrado, sus muebles son antiguos y ofrece el aspecto desolador de los museos.

Los amantes son Agustín de Chanteprie y Fanny Manole, la seductora Fanny, que tiene « los labios gruesos como un fruto carnoso, los dientes blancos y brillantes... los cabellos que le caen espesos y lustrosos, como racimos de uvas negras ». Agustín y Fanny se aman apasionadamente; pero es un amor sin idilio, solemne y sombrío. Hasta en el instante en que los amantes se dan el beso supremo, surge en ellos como un fantasma lúgubre que presagia el dolor : La noche es oscura y la lluvia cae con fuerza en el jardín, que los relámpagos ilumina.

Agustín es un creyente y Fanny una descreída, deliciosa á pesar de su incredulidad ; posee una alma sincera, tierna, sentimental, capaz de sublimes abnegaciones. Ha vivido una vida de pobreza y de sufrimiento; es viuda y pinta para ganarse el sustento; esta experiencia dolorosa, no modifica su carácter idealista, pues rechaza á Barral,

quien le ofrece una fortuna considerable, y prefiere el amor de Agustín de Chanteprie, rodeado de misterio y de obstáculos que vencer. Su conducta para con Agustín de Chanteprie, es de una ingenuidad infantil; guiada por su pasión acepta la instrucción religiosa que éste ofrece; pero es en vano, con la sinceridad de la mujer enamorada exclama, en un diálogo con Agustín de Chanteprie : « ¡ Creer! ¡ Amar! »

... Pero si no sé si es á Dios á quien busco ó á usted á quien amo. »

Fanny, incrédula y refractaria al sentimiento religioso, no intenta atraer á Agustín con ningún engaño á pesar de que mostrándose tal cual es, ve venir el alejamiento de Agustín y la muerte de su amor.

Fanny, representa la más exquisita manifestación del arte pagano y Agustín de Chanteprie del fanatismo jansenista. Agustín, impulsado por la juventud y por el amor, se ha alejado de su madre, para entregarse á Fanny, pero no tarda en volver donde aquélla, atraído por el dominio que ejerce sobre su voluntad la señora de Chanteprie, quien observaba la conducta de una religiosa laica, y la de juez implacable para con su hijo. Agustín, vuelve á la religión, pero con la conciencia menos tranquila que antes. Ha pecado, ha probado el fruto prohibido, y la llama del amor consume su corazón. El recuerdo de Fanny el es inseparable y perturba sus oraciones. La religión no es suficientemente po-

derosa para desterrar de su corazón el amor de Fanny, es una pasión profunda que ha conmovido su alma y su cuerpo y que da fin á su vida.

La señora Chanteprie, resignada, ve morir á su hijo, en ella no existe ningún afecto humano; ha consagrado su espíritu á Dios; en cambio la criada, la vieja Joaquina, siente por la muerte de Agustín un dolor inmenso, inconsolable.

Todos los personajes de *La Maison du péché* tienen una fisonomía que los caracteriza, y representan admirablemente una concepción ideológica. El espíritu jansenista y el pagano, llevados á su último extremo, actúan en toda la novela y entran en lucha. No se tema que se trata de largas disertaciones teológicas, lejos de eso, nos encontramos con cualidades de amenidad atrayentes. Los cuadros artísticos se renuevan entre acontecimientos románticos unos y de emocionante realismo los otros. El estilo conciso y elegante nos seduce, con cadencias sentimentales ó gemidos desgarradores.

MATILDE ALANIC

Como pocas escritoras francesas, logra unir al arte literario, la más sana moral; un ejemplo en este sentido es la novela que acaba de aparecer *La Gloire de Fonteclair* : Solange, nieta de la señora Mainfrey, vive en el hogar paterno con su padre Fernando Mainfrey, la hermana de éste, viuda de Ambres, y con la dulce Genoveva, su madre, á quien introdujo en el hogar de los acaudalados Mainfrey el matrimonio con Fernando; pero, como ella no llevara dote, la familia del marido la mira con inferioridad, á lo cual se agrega el alejamiento de su marido, de espíritu superficial y frívolo. Genoveva sufre en silencio la indiferencia de Fernando; con abnegación sublime renuncia á las alegrías de la juventud y á la felicidad de la vida, para cumplir su deber de buena esposa y de buena madre, sobre todo. Su vida de tristeza encuentra un consuelo dedicándose á ejercer obras piadosas y á fomentar el espíritu de caridad, en su hija.

Esa existencia aparentemente serena encierra torturas infinitas y el disimulo continuo quebranta su salud de tal modo, que muere. El holocausto de su vida no es infructuoso. El espíritu

de Solange ha adquirido la fortaleza de un alma heroica, conoce la aurora del bien, de la caridad, y ninguna otra alumbrará su corazón transparente.

Aun el mismo superficial Fernando, se conmueve cuando Genoveva antes de morir le pide que haga feliz á su hija, y le descubre el mudo sacrificio en que ha vivido. Ante el cadáver de la esposa que ha pasado su existencia sin pronunciar una queja, Mainfrey, concibe el propósito de cumplir el deseo de la muerta.

Los Mainfrey, representan la vanidad y la ostentación; la gran ambición de la familia es pertenecer á la nobleza y para lograr este objeto cuentan con la alianza que les debe procurar el matrimonio de Solange, su dote, que suma millones, es una garantía; pero Solange, es juiciosa y sentimental, desea encontrar en su prometido, al mismo tiempo que el amor, la superioridad intelectual que le cause admiración; así la ternura de su alma virgen, se conmueve ante un joven médico, cuyo porvenir es una promesa, el cual como aun se encuentra al principio de su carrera, todavía no disfruta de la gloria que podría darle alguna importancia ante la familia paterna de Solange. Con gran serenidad de alma, y arriesgando la cólera de su abuela, la joven le confiesa la razón por que rechaza el matrimonio que le propone el conde Albin de Glanfeuil, puesto que ama al doctor Max Obertin.

La señora Mainfrey, sufre en su vanidad un

golpe terrible, y declara á su nieta, que jamás consentirá en semejante unión. El padre de Solange, promete, á su hija, proporcionarle la felicidad que le ha ofrecido, pero todo empeño resulta vano. Solange, no será feliz en amor, parece haber heredado, de su madre, no sólo la virtud, sino también el destino del sufrimiento. El doctor Obertin, muere contagiado por una enfermedad cuyo bacilio trataba de descubrir y Solange, en la temprana juventud de la vida, bella y con fortuna, siente el dolor infinito y la frialdad sombría de la vida sin amor que vivió su madre; más triste y desamparada, porque la madre de Solange, tuvo el cariño de su hija, que dulcificó sus horas de abatimiento, mientras que á Solange sólo le queda el sentimiento de la caridad, que por fortuna embalsama su corazón afligido, infundiéndole el aliento de las grandes empresas.

Se propone continuar la obra iniciada por el doctor Obertin, de proteger á los niños tuberculosos, y en el ejercicio de tan piadosa acción ve el fin de su vida y aun encuentra consuelo á su dolor.

La señora Alanic, nos muestra el tipo de dos mujeres verdaderamente excepcionales, por su virtud y su resignación heroíca; no menos interesante es el doctor Obertin, mártir abnegado de la ciencia... En contraposicion á la literatura moderna que desdeña los temas que no son pasionales ó de un realismo intenso de la vida so-

cial. La señora Alanic, posee el mérito de hacer interesante una novela, más que humana, sublime, al revelar la exquisita y elevada moral teológica. *La Gloire de Fonteclaire*, está escrita con frescura de estilo, con vigor en el movimiento del conjunto y sobre todo con gran relieve y vida en los personajes.

Esta novela, esencialmente romántica seduce por su gracia suave, y el ingenio con que su autora nos intriga, al revelarnos las verdaderas costumbres burguesas de nuestro tiempo.

La señora Alanic, no es una desconocida en la literatura francesa; su interesante novela *Ma Cousine Nicole* fué coronada por la academia francesa, además ha escrito *Le Devoir d'un Fils*, *Les Espérances*, *Norbert Dys*, *Mie Jaquelline*, *A chacun sa chimère.*

Con el pseudónimo de Jeane de París, aparecen sus interesantes crónicas en varias revistas, entre otras en *La Vraie Mode.*

LUISA CRUPPI

Luisa Dartigues (pseudónimo literario de la señora Cruppi), esposa del ministro de Comercio, sufre, en estos momentos, las consecuencias del alto puesto que ocupa en la política el señor Cruppi.

En el teatro *Antoine* se representa actualmente *Répudiée*, interesante obra dramática escrita por la inteligente Luisa Dartigues. *Le Théâtre*, *Vie Heureuse* y otras importantes revistas ilustran sus páginas con las emocionantes escenas de este drama sentimental. *La Nouvelle Revue* publica el texto íntegro; no obstante la crítica severa se deja escuchar.

Lo que no admite duda es la bondad dramática y el vigor emocionante de la acción: Antonieta de Blaye, señorita noble, quien ha perdido su fortuna, ama á Daniel Roberty y lo decide á que abandone á la dulce María, su compañera de miserias durante veinticinco años, para que se case con ella. Al lado de Antonieta existe su madre, quien conserva la honradez de sentimientos y la nobleza, no sólo de la sangre, sino también del corazón. La pobreza en que ha vivido Antonieta, después de haber disfrutado el goce

que procura la vida de la abundancia, la convierte en un ser egoista, ávido de riqueza, capaz de arrostrar las peores consecuencias por lograr su felicidad. La autora en esta parte rompe con el convencionalismo teatral francés; pues el público se ha acostumbrado á que la señorita noble arruinada lleve al heroísmo el orgullo de su estirpe, incompatible con la falta de dinero. Las escenas entre la madre y la hija, aquélla llamando á ésta á cumplir su deber, y la joven defendiendo el derecho de amar, de vivir y de ser feliz; son de una verdad apasionada y conmovedora.

Antonieta, de quien podríamos decir que pertenece á la nueva escuela, es calculadora y audaz, triunfa de la vieja escuela, á quien representa María, la cual se había consagrado á Daniel, como á su único objetivo en la vida.

Luisa Dartigues, ha salpicado sus diálogos con ligeras críticas de ciertos usos sociales de Francia y con una interesante disertación sobre el divorcio. Es indudable que si el público no viese detrás de cada palabra que pronuncian los actores, la opinión ó los juicios que promulga la señora de un ministro, la crítica sería más imparcial en su juicio y no trataría de buscar tesis ni antipatías entre el viejo Faubourg y el nuevo régimen republicano. Basta para contentar el espíritu celebrar el esfuerzo intelectual de la autora y la belleza sentimental y melancólica de un drama esencialmente psico-

lógico escrito con el único fin de conmover, de impresionar al auditorio, presentando al tipo de la esposa que se liga al hombre, según los preceptos sagrados « para toda la vida ».

Hemos hecho una visita á la señora Cruppi. En sus palabras, en la sencillez de su vestido, revela un alma ajena á la grandeza del Palacio en que vive, y este aspecto de modestia sin afectación, da á su persona un encanto juvenil seductor. Cuando adquiere mayor atractivo su belleza morena, es al hablar de arte; su boca sonríe, sus ojos se animan con una mirada soñadora y su fisonomía toda adquiere la expresión de la ilusión del ideal que alegra y hace feliz la vida de los artistas.

Luisa Dartigues lo es por temperamento; no sólo lo demuestra en la literatura, sino también en la música, pues sabemos que es una ejecutante de gran talento, y las veladas musicales con que obsequia á sus amigos, gozan de gran prestigio. Además de sus obras teatrales ha escrito una interesante novela y múltiples artículos que continuamente aparecen en diarios y Revistas. Actualmente en el teatro Réjane se repite una de sus comedias.

Répudiée ha sido solicitada en el extranjero, donde se representará, y no dudamos que forme parte del repertorio mundial; porque, entre otros méritos, tiene el que hoy se hace raro en el teatro; esto es, que nos interesa sin que nada nos choque por lo grotesco ó lo obsceno.

SARAH BERNHARDT
EN SU CAMARÍN

Jeanne Catulle Mendes, la célebre poetisa, cuyo talento, belleza y elegancia deslumbra á los parisienses, nos ha ofrecido llevarnos á visitar á la más notable de las artistas contemporáneas, la extraordinaria Sarah Bernhardt.

Es una noche lluviosa, los luminosos focos de luz eléctrica alumbran las calles, reflejando en el lodazal que los ennegrece. El lujo de los escaparates, que en las noches claras ostentan las sedas vaporosas, las obras de arte y las flores de invierno, quedan ocultas detrás de los vidrios cubiertos por el vapor de la niebla. Un velo sombrío cubre á la ciudad. Sólo los postes de electricidad no han perdido sus fulgores intensos, é iluminan este cuadro fúnebre con colores de tumba.

Después de habernos deslizado, en un coche, sobre los adoquines fangosos, con los ojos cerrados para rechazar la visión de este París sin alegría, al penetrar en la casa de Jeanne Catulle Mendes, nos parece que estamos en un pequeño palacio de Hadas; allí está, ella, en medio de

muebles japoneses y cortinajes rosados como la flor del durazno. Lleva un vestido de terciopelo azul, con una cola muy amplia, en la que los bordados verdes y oro aparecen majestuosos, como el plumaje del pavo real. Un gran sombrero negro guarnecido de oro y de encajes y un gran manto de liberty, color maíz, le dan el aspecto de una duquesa del renacimiento. Cuando nos preparamos á salir, súbitamente se abre una puerta y aparece una cara risueña, cuya expresión jovial, hace olvidar que en ella no existe ni siquiera lejana la juventud de otra época. Es el maestro, el célebre Catulle Mendes cuya belleza aumentaba el prestigio que le dan sus versos. Lleva una chaqueta roja, se diría al verle que es un zíngaro.

Nos preguntamos si esta costumbre de vestir en la casa sacos color de púrpura no es manía de los poetas, pues Catulle Mendes, no es el único que la usa; hace algunos años que vimos la gran peluca de plata del poeta, Guido Hispano, lucir brillante sobre el paño de púrpura de su saco, cuando inmovilizado, en un lecho, que apenas se levantaba del suelo, parecía un león encadenado. En el rostro envejecido de Catulle Mendes no existe majestad ni melancolía; el menor incidente despierta en su fisonomía una festividad que se sazona con el ajenjo. No obstante, esta alegría inconsciente es simpática. ¡Pobre Maestro! Del genial poeta sólo queda una inteligencia que agoniza y del hermoso y arrogante Catulle,

un simulacro de juventud, remoto vestigio de una belleza que habría que adivinarla, como á las joyas que se buscan en las ruinas. Sólo le escuchamos dos palabaas : « Pardon, Madame » y luego con gesto galante desaparece.

Llegamos al teatro « Sarah Bernhardt » por la avenida Victoria, donde se encuentra la entrada de los artistas. Se diría una escalera de servicio de una casa grande. Jeanne Catulle Mendes, abre una puerta pequeña de madera obscura, en el entresuelo, que parece la de un oficio, y como por arte de encantamiento, bajo este aspecto ingrato, aparece el camarín de Sarah Bernhardt deslumbrante en toda su belleza de casa de muñeca. Entramos primero en una salita, larga y angosta, con el techo muy bajo, como las que se ven en los grandes trasatlánticos. El maderaje es todo estucado y pintado de blanco, los muebles igualmente blancos, tapizados de seda, color de rosa. Grandes palmeras extienden sus ramas en el aire perfumado y tibio. Encima de una mesita, tupidos ramos de violetas yacen amontonados sobre el mármol, cuyo frescor las conserva lozanas á pesar del apiñamiento con que están atadas. Algunas plantas naturales florecen dentro de preciosas jardineras, y sus ramas se cubren de hojas, inmóviles en esta salita tapizada, con la fineza de una caja de confites. Un sofá muy largo, fijo en la pared, sigue una esquina hasta la mitad de la habitación; más de cincuenta co-

jines de todos los estilos, procuran el blando *confort* á los visitantes. Dos actrices que no trabajan esa noche charlan amenamente durante la ausencia de Sarah Bernhardt, quien representa en ese momento *La Cortesana de Corinto*.

Nos unimos á esta agradable conversación y escuchamos con interés las curiosas anécdotas de tan notable artista: « Un día, nos dice una rubia de ojos azules, tuve que llevar á casa del señor X, más de diez coronas fúnebres, con que le obsequiaba Sarah, y cada una de ellas llevaba una tarjeta de distintas personas, para que el obsequiado, ya que no se podía convencer de que debía morir, por lo menos no ignorase cuánto se deseaba su muerte », y luego agregó riendo con malicia : « ¡Si ustedes hubiesen visto la cara que pusieron los porteros cuando me vieron aparecer con este presente! Jamás llegaron á darse cuenta de lo que se trataba. » Esta broma un tanto fúnebre prueba lo que en otra ocasión ya hemos oído decir de Sarah Bernhardt, esto es, que no es ajena al gusto, ó mejor dicho, á la afición por lo lúgubre. Esta noche, seguramente, que con dificultad se puede adivinar en ella otra cosa, como no sea el mágico atractivo de su arte. Como una garza herida suavemente, se desliza hacia su camarín.

Nos estrecha la mano, sonrié y nos dice : « Síganme. »

Penetramos en su tocador, el que queda

separado de la salita por finas columnas, y una pared que cubre la mitad de la habitación. Lo primero que vemos es la cocina, sobre un basar de madera de nogal, cubierto de mármol rojizo, allí están los anafres encendidos, lucientes como el oro, á continuación sigue un laboratorio y luego la toilette, que queda separada de la entrada por una arquería de madera blanca esmaltada; detrás de este precioso mueble aparece un espejo de tamaño natural, de tres hojas. Sobre la mesa existen innumerables cajas y frascos de cristal de roca, con las tapas de plata cincelada.

Sarah Bernhardt se sienta delante del tocador; dos camareras acuden hacia ella, con precipitación febril principia á quitarse gruesos anillos que ciñen sus dedos, igualmente aligera sus puños de los pesados brazaletes. Unas cadenitas muy finas unen los anillos de todos los dedos á un broche que le queda al medio de la mano, éste á su vez se une á un brazelete que le rodea el nacimiento del brazo. Esta joya complicada con que se engalanaban las mujeres galantes está asegurado por hilos ocultos, que Sarah arranca con nerviosidad.

Le hablamos de sus memorias, preciosa edición de lujo que acaba de aparecer. « Sólo he escrito el primer tomo, nos dice, pienso continuar, aun no he llegado á Sur América.» — « ¿ Se ocupará usted del Perú ? » le preguntamos. — « Seguramente. » — « ¿ No piensa usted volver á

hacer otra jira como la de antes, por nuestras repúblicas ? » — « Tal vez, es posible. » Luego interrumpe este diálogo diciéndonos : « Ahora no me miren. » — Ha llegado el momento en que debe cambiar de vestido. Respetamos este pudor que no creemos le sienta mal á ninguna mujer. Las dos camareras,con gran destreza le han quitado los alfileres que sujetaban su vestido, una maravilla de lagracagriega. La túnica que ceñía á su cuerpo, con la flexibilidad transparente de las campanillas, ha desaparecido súbitamente, y queda convertida en una amplia tela sin confección alguna, otra más bella aún la reemplaza ; una guardilla guarnece el borde, con sedas del color de las cyclamias, y entre hilos de oro y plata de fineza casi aérea, se esfuman los cisnes y las garzas, bordados sobre la seda transparente, con exquisito esmero. ¿ « Y el vestido ? » exclamamos asombradas. — « Le doy forma sobre mi cuerpo », nos responde. La artista se convierte en la más hábil costurera. Se envuelve en la gasa, la pliega, la arruga, la tortura, bajo la punta de los alfileres y queda majestuosamente vestida, transportada en la bella de Corinto. El cuello descubierto, los brazos también y un torso de la espalda que aparece en su bella desnudez marmórea.

La tela que permite admirar la carne perfumada de la cortesana, parece que se hubiese desprendido del hombro involuntariamente.

Un empleado vestido con una correcta librea

negra, grave y suntuoso, como un ujier de Parlamento, aparece en este instante y dice: « Señora, las decoraciones están listas. » Sarah, aún no ha terminado su tocado, el que también tiene algo de la agilidad gimnástica. Para prenderse la tela y darle forma de vestido, se retuerce, se inclina y se doblega con una elasticidad y flexibilidad de planta. El tiempo es corto, la escena reclama su presencia y toda ella vibra en una excitación nerviosa, en la que se contraen sus facciones: Tiene palabras ásperas para las criadas.

Terminado el arreglo de la tela, se sienta, pide una taza de te con leche, bebe tres sorbos, después tiñe de rojo sus labios, se empolva con abundancia el cuello y la cara, destapa un gran frasco que contiene un líquido transparente como el agua, lo vierte en una copita de cristal, y sumerge en ella sus ojos, que instantáneamente adquieren un brillo deslumbrante; súbitamente se han convertido en los de una alucinada; en su mirada existe el fuego del delirio, la fiebre de la pasión. Se pone de pie, su fisonomía se tranquiliza, y, como al saludarnos, nuevamente nos sonríe, nos tiende la mano y precipitamente se desliza con dirección al escenario, sin producir el menor ruido, bajo las sandalias que dejan ver sus pies desnudos: al mismo tiempo despliega el manto de gasa que le cae sobre la espalda, y ligera, casi aérea, desaparece como un ave que extendiese el vuelo.

La notable artista, transformada en la más bella pecadora, en la más insinuante vendedora de caricias, de las que nos describen los historiadores, representa, con su genio seductor, la cortesana de Corinto. Instantes después, cuando bajamos las escaleras, llega hasta nosotros el ruido de los aplausos que el público prodiga á la ilustre artista. Y pensamos en las ovaciones que todas las noches y en la mayor parte de las capitales mundiales, se le tributa, desde que principió su carrera teatral. En Sarah Bernhardt se admira no sólo la comediante insuperable, sino también su inspiración creadora. El primer teatro construído por mujeres es el de ella. Las decoraciones más artísticamente combinadas son las de su teatro. Ningún director sabe elegir, mejor, que esta extraordinaria mujer, un repertorio, que siempre merece el aplauso del público; así como tampoco existe mujer elegante que pueda compararse con el gusto refinado que encierran los trajes de la inimitable artista.

Se puede decir de Sarah Bernhardt, que en ella se ha encarnado la más bella creación del genio artístico femenino contemporáneo; y el teatro moderno, debe á su gran esfuerzo y á su raro talento, la consideración y alta estima con que se honra á las actrices en las altas clases sociales. Su talento se ha impuesto á la admiración de nuestro siglo, y la Francia admira y estima á su artista, como á una glorificación del arte francés.

Al despedirnos de la espiritual poetisa Jeanne Catulle Mendes, quien nos ha servido de introductora con la bondad y gracia que le es peculiar nos encontramos con un colega español quien nos pregunta con malicia «¿Cómo se la ve de cerca?» Le respondemos; joven y bella, como en las tablas.

HANAKO EN PARÍS

París tiene muchos teatros que no son parisienses, ellos representan por su importancia los mejores espectáculos de la civilización francesa. Sus construcciones majestuosas constituyen los más bellos monumentos de la nación. El teatro Sarah Bernardt, Rejane, la Opera, la Opera Cómica y el Francés, son los teatros de Francia; revelan la magnificencia, no sólo de la capital, sino de toda la república. El teatro parisiense no se encuentra en los grandes bulevares ni en las amplias plazas, hay que buscarlo en callejuelas atravesadas ó en los barrios populares. Los edificios son generalmente pequeños, á veces basta una gran sala. Uno de los que mejor se adapta al estilo parisiense es el teatro de las Artes, conocido anteriormente con el nombre de teatro de Batignolles, nombre que le dieron á consecuencia del festivo barrio de obreros en que está situado. El local es muy pequeño; pero de aspecto alegre, todo pintado de blanco y bien alumbrado. Ocho musas vestidas con túnicas de tonos pálidos, en los que el rosa, azul y lila se confunden esfumados, nos sonríen desde el telón que cubre el escenario. El teatro parisiense

se singulariza por la originalidad del espectáculo, que se aparta hasta donde es posible, del protocolo teatral para seducirnos con representaciones que ofenderían la gravedad de los grandes teatros; pero que nos atraen por su originalidad, alguna vez exótica, como las presentes, que ofrecen una gran novedad. Hoy nos dan á conocer una celebridad japonesa. No se trata de Sadda Yacco la notable trágica que muere apuñaleada, con menos belleza, pero con más verdad que Sarah Bernhardt. La señora Hanako, aunque también es admirable al morir, su género no se circunscribe á la tragedia; es una cómica de primer orden, sugestiva y delicada, una Rejane nipona.

Su repertorio no es muy abundante; pero la creemos capaz de representar el más variado de una artista europea.

En la comedia japonesa, lo mismo que en toda la literatura, aparece como idea primordial un fondo de moral ingenua que por desgracia no es frecuente en la vida. El castigo de los malos y la recompensa de los buenos, principio de sana justicia que encontramos ignato en todas las razas y en todos los pueblos; pero que nuestra literatura sólo lo da á conocer en las máximas escolásticas ó en los cuentos infantiles. A Sadda Yacco, primero, y á otros artistas de segundo orden después, hemos tenido ocasión de admirar en diferentes representaciones teatrales, en las que sobresale la simplicidad del argumento,

podríamos decir que es una síntesis, sin medias tintas, ni escenas de efecto teatral, que sirven de intermediarios para llevarnos al desenlace. Por lo general las comedias y dramas japoneses son muy cortos, y los artistas las representan con rapidez, pues su mímica expresiva no es acompasada, los movimientos son violentos, como no sean los saludos cadenciosos, las lentas reverencias, en las que hombres y mujeres se inclinan hasta prosternarse y tocar el suelo con la frente. Los temas que eligen tienen una gran sencillez ó una crueldad trágica. Los caminos desiertos, el Yoshiwara, ó las casas de las mujeres galantes, son los lugares que eligen de preferencia los poetas para el desarrollo de sus dramas. Pocos lugares más apropiados y favorables á la imaginación del escritor que el Yoshiwara, con sus preciosas niponas. El bello drama *Princes d'Amour* de la inteligente escritora Judith Gauthie, nos descubre el problema de la vida de estas mujeres, románticas é idealistas á pesar de la vileza á que se someten en el comercio del amor. Sin duda impulsados por el deseo de sacar la mayor ventaja de sus oiran, los japoneses, que en general son antifeministas, tienen especial cuidado en dar esmerada educación á las mujeres del Yoshiwara. Ellas conocen la música, el canto, el baile, la literatura y aún la filosofía les es familiar.

La señora Gauthie, nos dice que la princesa enamorada fué vendida para el Yoshiwara,

cuando era pequeñita, que su instrucción fué esmeradísima y nos describe con infinita emoción, el sufrimiento de esta alma pura que prefería quitarse la vida antes de envilecerse. Por fortuna, para la sentimental princesa, el primer hombre á quien le presentan, es un príncipe que la ama apasionadamente, se casa con ella y después de haber dado un inmenso rescate y de vencer innumerables obstáculos, la lleva á su lado.

No debemos asombrarnos que en las leyendas del Yoshiwara, figuren cortesanas cuya memoria se venera y á las que se califica de virtuosas. A este género pertenecen las que se suicidan por amor, las que se venden por alimentar á sus padres, ó las que arrepentidas terminan su vida retiradas en un convento. En algunos espíritus, el cultivo intelectual ennoblece y refina los sentimientos, así no es sorprendente que entre cortesanas que ocupan sus momentos de ocio en escribir versos y pintar estampas, existan algunas idealistas, que prefieren la muerte á la vida de oprobio, ya que no les es permitido vivir al lado del hombre amado : los japoneses consideran virtuosas á las víctimas del amor, á las que purifican el dolor de una pasión desgraciada.

Uno de los dramas heroícos más importantes de la literatura japonesa es de un poeta de Osaka, llamado Namiki : tiene por tema la historia de un samurai, el que con la sonrisa

en los labios mata á su hijo por salvar la de su soberano. El espíritu de sacrificio ocupa lugar preferente en el teatro japonés. En los melodramas presenciamos el hara-kiri, ó sea el arte de darse la muerte, abriéndose el vientre, que constituye uno de los principios esenciales de la caballerosidad nacional.

Poco acostumbrados á ver á la mujer japonesa, como no sea en imagen, representada en sus estampas, lacas, porcelanas y bordados, nos hemos antojado suponerla sin coquetería, ni gracia, con la mirada poco expresiva, cual la de un ser deprimido, cuya inferioridad le hace desaparecer del espíritu todo aliento de fantasía, de capricho, con el orgullo de la hembra que se sabe solicitada y que desea sacar la mayor ventaja de su belleza. La suponíamos como en las porcelanas, con los ojillos oblicuos, de mirada muerta, cubierta con el oro de sus telas, una figura acartonada; pero sin alma, resignada en su misión de mansedumbre y de reproductora de la raza del Imperio del Sol levante. Hanako, prueba lo contrario : si bien es cierto que su figura fina y pequeñita, su color pálido, nos recuerda á las muñecas de marfil, no podemos negar que es una muñeca que ríe, que canta, que baila, que nos entristece como mushmé, que nos alegra con su gracia de maiko y que nos impresiona como trágica geisha.

La ondulante Hanako, en una noche nos hace vivir en el Japón : estamos en Tokío y admi-

ramos un jardín del Yoshiwara, con sus cerezos floridos y los diminutos « erablos » de troncos retorcidos que miden cincuenta centímetros de altura á pesar de contar más de setenta años. Aparece Hanako, quien representa el papel de una cortesana, á la moda, llamada Murasaki, quien tiene por amante á Dampe. Habla y ríe alegremente con la maiko Otyo, cuando entra Dampe, y le hace protestas de amor. Murasaki, oye ruido y ambos se alejan. Llega el Samurai Tosa, y pide ver á Murasaki; para ganarse la buena voluntad de la criada, la soborna. Murasaki, que ha estado espiando esta escena se retira un momento para aparecer después envuelta en su más bello kimono, es color de púrpura, con mangas muy largas y una larga cola que arrastra abierta, dejando ver bordadas grandes aves de oro con las alas extendidas; el resto del Kimono está bordado de quimeras de oro que reflejan el color amarillo claro ú obscuro, según las descubren los pliegues de la seda. Murasaki, que ha visto la bolsa del samurai llena de monedas, desea seducirlo y lo hace con la gracia de la más refinada coquetería : arregla los pliegues de las mangas del kimono, la actitud de los brazos es estudiada, para que caigan lánguidamente, el paso, al andar muy corto y lento, todo el cuerpo se mueve palpitante, es una vibración de flor. Murasaki, se siente admirada, por la mirada voluptuosa de Tosa, antes de alejarse, vuelve la cabeza de ébano guarnecida

de alfileres y mira á Tosa, con sus diminutos ojos negros, que son una promesa de placer, luego continúa su camino, flexible y majestuosa, deslumbrante de seda y oro, cual una estampa de Utamaro. Tosa, ha llegado al colmo del deseo, insiste en hablar con Murasaki, la que no se hace esperar; para completar su obra de seducción baila mientras que Tosa bebe licor en una tacita muy pequeñita repetidas veces, hasta embriagarse.

Murasaki, se despoja de su suntuoso kimono y queda cubierta con otro muy ligero, de velo azul, que modela su cuerpo fino y torneado. Principia el baile: los primeros pasos son graves y los movimientos lentos de cortesías y saludos, un pañuelo blanco pasa por detrás de la cabeza y lo sostiene, de los extremos, con ambas manos: la carita de marfil se apoya lánguidamente en él, y la fisonomía de la bailarina, hace muecas de máscara risueña, el paso continúa rítmico, pero más acelerado, las vueltas son rápidas, el pañuelo yace en el suelo, es ahora un abanico, lo que sostiene en las manos, lo abre y se cubre la cara con él, cual virgen púdica, mientras que elásticamente su cuerpo se encoge cual reptil anhelante para estirarse después: las caderas resaltan con movimientos voluptuosos, un golpe seco del abanico sobre las rodillas, nos llama la atención sobre sus piernas finas, que se agitan con celeridad, bruscamente la bailarina se detiene en actitud de triunfo, la cabeza le-

vantada y la mirada de desafío. Tosa, está embriagado de amor y de vino. Ha llegado el momento oportuno, Murasaki envenena el licor que da á beber al samurai, el cual no tarda en desvanecerse. Murasaki le roba la bolsa de dinero y se aleja. La criada Otyo viene en su auxilio, le da un contraveneno y le salva la vida. Tosa huye prometiendo que volverá para vengarse. La claridad del día va desapareciendo, el color matizado de los crisantemos se pierde en la obscuridad y los cerezos floridos y los pequeños erablos, se convierten en manchas que extienden su sombra sobre las blancas esteras. Una luz azulada que proyectan las linternas lejanas aumenta el misterio que envuelve al jardín. Un estremecimiento nos invade, Murasaki, vestida de grana, con un puñal en la mano persigue á su criada y le da muerte, ésta cae sobre las gradas que conducen á la habitación de la cortesana, Murasaki tiene un movimiento de piedad para con la muerta: la cubre con su más rico kimono adornado de dragones y de quimeras de oro.

Aquí la artista se muestra extraordinaria, nos recuerda á Sarah Bernardt, haciendo valer la gracia de su cuerpo en actitudes artísticas: Murasaki, aterrorizada, después de haber cometido el crimen, sostiene el puñal ensangrentado con los dientes, mientras que agita sus brazos en el espacio, para convencerse de que está sola. Su cara de muñeca, encendida como

el carmín, su cuerpo todo envuelto en grana, las colgantes mangas del kimono, que se abren como las velas de un barco, y sus ojillos negros que brillan espantados, le dan un aspecto feroz. La frágil muñeca se ha convertido en un basilisco fantástico ; la mujer desaparece, oculta bajo la encendida tela y nos figuramos los seres monstruosos, que se recreaban en forjar los artistas de la antigüedad. Murasaki circula en el jardincillo sin luz : se envuelve entre los pliegues del kimono, formando curvas de sierpe, está en acecho. Sólo vemos su carita encendida rodeada del marco ebúrneo de su cabellera y pensamos en las estampas de Shunsho, en las que las oiran pequeñitas y redondas, casi desaparecen bajo los ricos damascos bordados de vistosos dragones. Hanako, se tranquiliza convencida de que no ha sido vista, con ademanes lánguidos que denotan fatiga, volviéndose hacia atrás, á cada paso, se nos presenta en las actitudes de las oiran, que vemos en los biombos de seda ó en las esculturas de ébano calado, donde se confunden entre aves que vuelan y sierpes enroscadas en los troncos de los árboles.

La noche se vuelve más obscura, han apagado la luz de las linternas. Llega Dampe llamando á su amada Murasaki, al mismo tiempo que el Samurai que ha sido robado y se reconocen á pesar de las tinieblas. Se baten con sus grandes sables ; el amante de Murasaki muere, el Sa-

murai, se oculta mientras Murasaki, recorre el jardín en busca de Dampe y tropieza con el cadáver. Aquí no podemos menos que hacer notar ciertas ingenuidades del teatro japonés. Como la noche es obscura Murasaki, reconoce el cuerpo de Dampe, por la calvicie de su amado.

Tosa, que ha estado en acecho viene detrás de Murasaki, quien de rodillas al lado de Dampe lamenta su desgracia, Tosa la estrangula sirviéndose de un pañuelo.

En este momento la artista sobrepasa en realismo todo lo que en este género nos muestra el teatro europeo. Su mímica es sorprendente, de una realidad aterradora y repugnante, toda belleza desaparece ante los estertores de la agonía que termina con rigideces y temblores epilécticos, para mostrarnos una muerta, con la boca entreabierta, por la que corre un hilo de sangre.

EL CONGRESO FEMINISTA DE PARÍS

Cuando nos preparamos á dejar París para gozar del aire salubre y del amplio sol que ofrece la vida del campo, recibimos un telegrama de M. Alfonso Lemmonier, presidente de la asociación Internacional de la Prensa, suplicándonos que representemos á la Asociación de la Prensa en el Congreso nacional feminista. Nuestro espíritu goza al pensar que nos vamos á alejar de la bulliciosa capital, cuya alegría compuesta de frivolidades sonoras como los cascabeles, ó de bellezas ondulantes y polícromas, como las pinturas de Wilette, tanto nos seduce. En esta estación, París se convierte en un gran centro cosmopolita compuesto de extranjeros que vienen de países apartados, y el espectáculo de este conjunto de razas sin homogeneidad, de esta población de verano ambulante, en la que los burgueses y provincianos sustituyen al mundo del arte y de la elegancia nos hace desagradable la estadía en París. Y, el Congreso Feminista deberá atrasar nuestro viaje, no obstante, esta contrariedad

resulta secundaria si observamos el estado de nuestro espíritu. Sí, en el verano, y en vísperas de viaje, nos sentimos con otra alma, con un alma de verano frívola y futil, con goces ingenuos como los de una niña. El ensueño de un porvenir en el que vemos aparecer el paisaje risueño de de la Suiza, con sus delineamientos de cromos, despierta en nosotros ilusiones que se desvanecen fugaces ante el cuadro que ofrece el desorden de la habitación, con las maletas abiertas, que siempre resultan pequeñas para contener los vestidos de toda mujer.

Nuestro amigo y colega el entusiasta feminista M. A. Lemmonier quiere honrarnos con la representación de la Asociación Internacional de la Prensa, en el Congreso Feminista de París, pero como tenemos el espíritu que se alimenta con quimeras, no podemos tormarlo en serio; así trataremos tan grave y austero tema entre la visita de la costurera y algunos tes de despedida en Armenonville, le Pré Catalán ó el Chateau de Madrid, donde se reunen las postrimerías del mundo elegante que aún no ha abandonado París.

Es una tarde calurosa de un sol ardiente, y en la que el enrarecimiento del aire hace emigrar á la gente hacia los pueblecillos campestres que circundan á la gran capital. Nos dirigimos á la rue Danton, donde se reune el Congreso Feminista, y las calles y las avenidas nos parecen más espaciosas con los pocos transeuntes

que las recorren. En el Hotel de la sociedad de los sabios, sobre el gran estrado, encontramos instalado el comité de honor, que lo forman las señoras.

Feresse- Deraismes, presidenta honoraria de la « Société pour l'amélioration du sort de la Femme ».

Mme. Bogelot, caballero de la Legión de honor, directora honoraria de la « Œuvre des Libérées de saint Lazare ».

Alrededor de la misma mesa, también se encuentran reunidas las señoras que forman el comité organizador, el cual lo componen: V. Vincent, presidenta del Congreso, además Presidenta de la Sociedad feminista la « Egalité ».

Marguerite Durand, vice presidenta; directora del diario *La Fronde*, directora del *Office du Travail féminin*, Oddo-Deflou, secretaria general. Presidenta del « Groupe français d'Etudes féministes ».

No es la primera vez que estas laboriosas feministas forman parte en un congreso: en el que tuvo lugar el año 1900 tomaron parte en el comité del grupo organizador.

Como en Francia el número de hombres feministas es tan numeroso como el de las mujeres, no debe asombrar que el grupo masculino, del comité de Honor de este Congreso, no sea deficiente. Entre otros citamos los siguientes nombres:

Sres. Diputados y Senadores, miembros del

Grupo de la « Defensa de los Derechos de la Mujer ». (Cámara de Diputados) y de la « Comisión de los « Derechos civiles de la mujer » (Senado):

M. Viviani, ministro del Trabajo, de la Presidencia social:

M. Paúl Deschanel, antiguo Presidente de la Cámara de Diputados.

M. Beauquier, presidente del Grupo de la « Defensa de los derechos de la Mujer » ;

MM. conde d'Alsace, Auriol, Louis Baudet, de Belcastel, Benazet, Berteaux, René Besnard, Blanc, Bouttié, Emmanuel Brousse, Caillaux, Carnaud, Carnot, Carpot, Edmond Chapuis, Chaumié, Chavoix, etc.

La Presidenta honoraria, señora Isabel Begelot, abre la sesión pronunciando un elocuente discurso, suave y magnánimo, en el que hace un llamamiento á todos los grupos feministas para que, apartándose de los sentimientos y preocupaciones exclusivamente personales, se reunan con un solo fin, grande y levantado: « el universal progreso humano. » También rinde el homenaje de un entusiasta recuerdo, á la señora León Richer, una de las primeras defensoras de las reivindicaciones de los derechos de la mujer.

En seguida toma la palabra la presidenta, señora Vincent, la que hace alusión á los congresos anteriores, que se realizaron en los años 1878-1889-1892 siendo el de 1900 el más

imponente, por su carácter internacional, terminó su interesante discurso, citando los nombres de los hombres y mujeres que han desaparecido y que supieron luchar por la causa feminista.

Después de la Presidenta, la secretaria, señora Oddo-Deflou, lee un importante trabajo en el que trata de la condición jurídica de la mujer en Francia. La señora Oddo-Deflou, es una de las más laboriosas feministas francesas; á su laboriosidad se deben importantes trabajos; pues bajo su dirección se encuentra el grupo que estudia los derechos civiles de la mujer, y las reformas que son susceptibles de realizarse. El discurso de la secretaria es uno de los más importantes que escuchamos; encierra la enumeración circunstanciada de los progresos realizados por el feminismo desde el congreso de 1896 hasta nuestros días. Podemos decir de esta intrépida feminista que constituye el alma, la sólida base y la obra práctica de la reivindicación de la mujer francesa.

Entre las oradoras figura Margarita Durand, la antigua actriz, cuyo talento y belleza le valió gran fama. Cuando abandonó el arte teatral, se dedicó al de la literatura; con espiritualidad, dirigió durante largo tiempo el célebre diario feminista *La Fronde*, en cuyas columnas aparecían los célebres artículos de Severine, la bohemia literaria. Margarita Durand, nos habla de los partidos políticos, del sufra-

gio de las mujeres, y lo hace sonriente, con elegancia y delicadeza que contrasta con el tema cuya práctica requiere la actitud de los luchadores.

Además, entre otros elocuentes discursos, escuchamos los de Matilde Méliot, miembro de la sociedad de « Economía Política », el de Soudière, cirujana-dentista, el de Cleyre Yvelin publicista, el de C. de Ferrer publicista, que versó sobre : El derecho civil y político de la mujer, como herencia de las instituciones, de la revolución de 1789. La abogada, María Vérone, habló con entusiasmo de la mujer en los consejos municipales, de los cuarteles generales. Berot Berger, directora del *Journal de la Femme*, también hizo uso de la palabra, lo mismo que la conocida artista, Yvette Guilbert, á quien conocimos cantando sus picarescas canciones en los cafés conciertos, después, como comediante, en el teatro, luego como escritora, con un bonito libro, además como filántropa con su obra *El vestuario para las actrices pobres*, y hoy como feminista elegante y siempre artista.

Uno de los más interesantes discursos fué el de la directora de *La Francesa*, el importante periódico que defiende los intereses feministas. La señora Jane Misme, se deja escuchar con frecuencia en conferencias cuya espiritualidad, gracia y fácil improvisación le han valido la viva simpatía del público, así al escucharla hoy sugestiva é insinuante tratar el tema de la mujer

« tutora, curadora y miembro del consejo de familia » no nos sorprende el homenaje que le tributa el auditorio, batiendo palmas.

Este Congreso, que ha formado un grupo aparte del Consejo Nacional de Mujeres, está subvencionado por la Municipalidad de París, aunque en él hay alguna participación de feministas extranjeras, como la de « *Women's Freedom League* » y la de *Women's social and political Union* » representadas ambas sociedades por las señoras Manson y Rigley. La Suecia también toma parte en él. Anna Witlogk, presidenta de la sociedad del sufragio sueco, se encuentra presente; no obstante, el objeto de esta reunión es exclusivamente nacional; el fin que se proponen es, según lo dicen los programas: « Precisar las reivindicaciones del feminismo, dar la lista de ellas y tratar de que se realicen lo más pronto. »

Durante los tres días que están abiertas las sesiones, los informes, los discursos y las discusiones se suceden y se multiplican, principalmente éstas últimas; no se crea que en la precipitación por hablar se encuentran únicamente las mujeres; no menos afanosos por tomar parte en las discusiones son los hombres; no obstante los notamos menos arrogantes que en los congresos masculinos, tal vez nos equivoquemos, pero parece que tuviesen el aspecto tímido, y en el gesto con que piden la palabra, en la manera cómo se expresan, por feministas que

sean sus conceptos, les notamos una mansedumbre timorata; en cambio las oradoras tienen una actitud resuelta, grave y digna; nada choca, nada provoca la crítica ni el ridículo. En una tribuna alta y pequeña, casi un escondrijo, se encuentran los cronistas de diferentes diarios parisienses, quienes con aspecto jovial deslizan precipitadamente el lápiz sobre el papel. En la platea de la sala, delante del escenario, hay una gran mesa tan larga como la del Directorio del Congreso, en ella las y los estenógrafos toman sus apuntes. En toda la gran sala igualmente, el público lo forman hombres y mujeres, y á todos les es permitido formular un voto y emitir una opinión. Todo orador tiene los segundos contados, cada tema deberá resolverse en minutos, y así, como en visión cinematográfica, y con la rapidez con que corren los rollos neumáticos, se exponen, se discuten y se aprueban los grandes problemas sociales femeninos; porque en tres días se han revisado, la filosofía económica más complicada, como son: las leyes protectoras que sirven de traba al trabajo femenino », « á igual trabajo, igual salario » « el salario de la mujer casada » y « las pensiones de retiro de la mujer. » De moral, de política, de jurisprudencia, y de los usos y de las costumbres sociales, en general, como son, entre otros los siguientes temas: « El nombre de la mujer », « su nacionalidad », « en busca de la paternidad », « incapacidad de la mujer casada »,

« derecho del marido sobre la persona de la mujer », el « divorcio » « supresión de la separación de cuerpos », « la mujer en el juzgado », « trabajo intelectual profesional y doméstico, » « el sufragio político » « la mujer en el consejo municipal, » etc.

No se crea que debido á la rapidez con que el Congreso procede, haya falta de tino en las resoluciones que adopta; se trata de una simple exposición de hechos que han sido estudiados por comisiones especiales, algunas de ellas, con años de anticipación, y después de un cambio de ideas y de la aprobación general de las feministas antes de llegar á resoluciones definitivas.

En esta condición, en el corto espacio de tres días, el Congreso feminista de París, ha podido realizar una labor bien ordenada é inspirada en un alto concepto del altruísmo femenino.

NUEVAS LEYES

El Diario Oficial acaba de promulgar dos leyes concernientes á mejorar los derechos de la mujer. La primera autoriza á la mujer á disfrutar del salario que gana; puede guardarlo, comprar con él propiedades y venderlas si le parece. También la autoriza, la nueva ley, á comparecer en justicia; lo que significa que podrá manejarse sin el tutorado del marido.

Sabido es que en Francia, según el régimen de la ley anterior, la mujer casada no tenía derecho, no sólo de no administrar los bienes que poseía; — si no estaba casada bajo el régimen de la separación — sino que aún no podía disfrutar del dinero que ganaba con su trabajo. Con frecuencia se ha visto el caso de que el marido cobraba el jornal de su mujer y lo consumía embriagándose los domingos. Los hijos eran las víctimas de esta omnipotencia del marido. Feministas ó antifeministas, todos están conformes, que, con semejante situación, hería todo sentimiento de justicia humana, por tenue que fuese.

Esta nueva ley no se ha inspirado en un sentimiento de parcialidad, á favor de la mujer, como de pronto se puede suponer, pues tiene

sus restricciones; así, el salario de la mujer, lo mismo que el del marido, debe servir ante todo para el sostenimiento del hogar; á este respecto la ley tiene un artículo secundario que dice lo siguiente:

« En caso de abuso de parte de la mujer, los poderes que le son confiados en el interés del hogar, notablemente, en caso de disipación, de imprudencia ó de malas gestiones, el marido podrá hacer pronunciar la abstención sea en parte ó en su totalidad, por el tribunal civil del domicilio de los esposos, estatuando, en la cámara del consejo de los esposos, en presencia de la mujer, á donde se le debe llamar y escuchar al ministerio público.

Además, resulta ahora, la mujer, responsable de las deudas que contraiga su marido: siempre que sean para sostener el hogar y no fuera de él; así como la mujer no es responsable de las deudas personales del marido, éste tampoco lo es de las de la mujer, salvo cuando se trata del interés de la familia.

El señor Fontaine, comisario del gobierno en el ministerio del trabajo, desde un punto de vista social, considera la nueva ley excelente, y declara que hace tiempo han hecho grandes esfuerzos porque llegase á efectuarse. El señor Benjamín Landowsky, presidente del tribunal de policía, y el señor Albert Willem, aprueban la ley en principio, salvo pequeños detalles, que, como en toda ley, se prestan á querellas. La prensa

parisiense unánimamente la aplaude, salvo un importante diario, que aunque la califica de hostil á los maridos y de protectora de la mujer, no por esto deja de reconocer que con el régimen anterior se cometían iniquidades.

La segunda ley se refiere al divorcio, y autoriza á la mujer á volver á casarse trescientos días después de que los esposos declaren al presidente la resolución de separarse. Hasta hoy, la mujer divorciada no podía volver á casarse sino un año después de pronunciado el divorcio; y como estos juicios suelen prolongarse hasta seis años, seguramente que muchas resultaban autorizadas para volverse á casar cuando ya la edad tal vez era inapropiada.

Desde luego, la ley relativa á los salarios, resulta de interés primordial, y en vano las feministas que visten pantalones, ó las que recorren las calles blandiendo estandartes, é invaden, en corporaciones, los pasillos de los ministerios, pretenderían atribuirse la promulgación de dicha ley, ni aún el haber sido las inspiradoras. Los hombres que la han dictado, obedecen á un sentimiento más elevado, más noble : el de la equidad humana; el de la justicia.

Si la ley otorga á la mujer en el matrimonio iguales derechos que al hombre, es porque la francesa ha sabido conquistárselos; no con charlas vocingleras, ni con peticiones infructuosas, sino con un comportamiento homogéneo de competencia y honradez en el trabajo. Ella, no

se contenta con permanecer en el hogar, mientras el hombre trabaja para traerles un salario, generalmente insuficiente al mantenimiento de sus hijos: siendo soltera, principia á ganar su vida lo mismo que el hombre, y el matrimonio no le proporciona holganza, sino que al contrario, la recarga de obligaciones, pues á su labor diaria, debe de agregar el cuidado del marido y el de los hijos.

Los feministas que desean tanto mejorar la condición social de la mujer, podrán observar que el mejor medio de obtener reformas es confiarlas á los hombres. Ellos saben lo que conviene á las mujeres, y les conceden los derechos que creen necesarios á las mayorías, cuando las mujeres se hacen acreedoras de ellos, mostrando, con la evidencia de la práctica, que son dignas de apreciar y utilizar los derechos que les confieren.

Las nuevas leyes más que un triunfo feminista constituyen un triunfo de la justicia social.

PARTICIPACIÓN DE LA MUJER EN LOS CONGRESOS MODERNOS

El mes de agosto parece el elegido por los socialistas para sus congresos, así como los religiosos consagran el de mayo á la Santísima Virgen. Y esta semejanza de fórmulas, tal vez inadvertidas por los socialistas, no es sorprendente, porque en el fondo de ambos creyentes, se encuentra cierta analogía. En estas dos diversas manifestaciones de los sentimientos humanos, existe la sinceridad de los espíritus que se alimentan con la fe; los unos creen en la salud del alma; los otros en la de las reformas sociales.

Casi simultáneamente tienen lugar tres importantes congresos que, aunque los tres, no son esencialmente socialistas, por lo menos tratan de la cuestión: economía social. Prescindiremos del renombrado de la paz, en La Haya, cuya labor el telégrafo nos comunica diariamente; también, del de Stuttgard, por ser casi una repetición del de Nancy.

El congreso sionista funciona actualmente en

La Haya; los anteriores se han reunido en Bale, y el penúltimo en Londres. Esta es la octava vez que se congregan los representantes de los intereses sionistas de todo el mundo. Es sabido que el movimiento sionista, tiene por fin reconstruir la autonomía nacional del pueblo judío, en Palestina.

La idea no es nueva, se remonta á época muy lejana. El pueblo judío diezmado, diseminado en los extremos de la tierra, (70 años después de J. C.) conquistado por los romanos, y á pesar de la toma de Jerusalén por Titus, y de los memorables sitios que nos cuenta la historia, no perdió la esperanza de conquistarse una patria, esta ambición se tradujo en una creencia religiosa, que los ha sostenido durante mucho tiempo : la venida del Mesías, libertador, que reuniría y llevaría á los hijos de Israel, á su antigua patria. Seguramente que los judíos modernos tratan de organizarse de una manera muy diferente; basada en un importante movimiento económico político, que tiene por fin establecer la nación judía en Palestina. Con este objeto las colonias judías que residen en Palestina reciben gran protección, más aún, se fomenta la inmigración judía hacia Palestina. Contribuyó, en gran parte, á favorecer esta propaganda el profético libro del socialista Moisés Hess, titulado *Roma y Jerusalén*, que se publicó en 1860. Más tarde, el doctor Pinsker, en un folleto titulado *Autoemancipation,* dió á conocer el principal fin del

sionismo político moderno. El gran apóstol Herzl, apareció en 1896 y su libro *El estado Judío* sintetizó la organización judía en Palestina. Desmuestra que la emigración hacia aquella ciudad, irá en aumento. Max Nordau, es uno de los más asiduos colaboradores de Herzl, y cree en la posibilidad de fundar una nación cuya base consistiría en comprar la Palestina al imperio Turco. También han pensado en la cristiandad, y creen que basta con decir: «Los lugares santos serán colocados en la condición jurídica extra-territorial, régimen conocido y garantizado por el derecho público internacional».

Si el sionismo pretende establecer una sociedad política autónoma en Palestina, también se desea que esta sociedad se organice con bases más equitativas que las de las sociedades actuales. En su programa económico social, está comprendida la nacionalización de la tierra y la organización cooperativa de la producción. También se ha pensado en la participación que le corresponde á la mujer, y sin restricción de ningún género, se le trata lo mismo que al hombre, concediéndoles iguales derechos civiles y políticos que á éste. Es indudable que tratándose de un programa, preferible es llevar el feminismo á su último grado de exigencias, con ello se ganan simpatías á la causa.

La notable é inteligente escritora señora Adam (Juliette Lambert) nos cuenta que en no muy lejano tiempo, durante el segundo imperio, re-

corría las diferentes casas editoras de París buscando quien le editase su interesante libro *Idées anti-prudhoniennes,* que le valió un gran triunfo literario. No pudo conseguir que ninguna casa conocida aceptase su obra, y no faltó alguno que le dijese : « Es una verdadera lástima que la señora se convierta en una vulgar medias azules, cuando puede hacer algo mejor ».(Juliette Lambert era joven y bonita). No está demás decir que la señora Adam, era despedida sin que se leyese su manuscrito. Esto nos prueba, que hasta hace corto tiempo, en Francia se dudaba del valor literario de un libro cuando era escrito por una mujer, de allí, tal vez, los pseudónimos masculinos que adoptaron algunas escritoras célebres en aquel tiempo, como Daniel Stern (señora Agoult) y otras. El contraste es notable. Entonces se despreciaba la labor intelectual de la mujer, y hoy se la cree igual á la del hombre. No existe acto público en el que no se le conceda un lugar, aunque en algunos casos resulta inhábil para desempeñarlos, como sucede en el congreso socialista de Nancy, con las ciudadanas Pelletir y Sorgues.

El gran acontecimiento del congreso socialista de Nancy, es la cuestión antimilitarista. Hervé es el leader de esta propaganda que ha sublevado el patriotismo francés.

En la discusión, Guesde, hace presente que en caso de guerra, el socialista alemán Bebel ha declarado recientemente que sus compa-

triotas acudirían á la guerra como un solo hombre.

Nos preguntamos ¿ cuál es la actitud de las mujeres en este hervidero de grillos ? El solo hecho de que se encuentren presentes nos desagrada, desearíamos verlas discretas, al menos, pero sucede lo contrario : Uno de los primeros oradores es mujer, la ciudadana Peletier, en su vestido trata de imitar á los hombres ; lleva el pelo cortado, una chaqueta negra en forma de levita, un cuello masculino y una corbata larga. Su persona pequeñita es muy femenina, y sus sentimientos también. Su actitud revela el lado débil de la mujer, siempre que se requieren de ella las cualidades de juicio, de reflexión, de calma, las que singularizan á los hombres. La ciudadana Peletier, se precipita por hablar ; es ella, uno de los primeros oradores; y de qué manera. Quiere llevar las cosas al extremo, nada de medias tintas, ni de paños tibios, propone una moción netamente antimilitarista. La ciudadana Sorgues, no quiere ser menos, también habla, es para defender á Hervé, y lo hace más que con razones, con el entusiasmo y apasionamiento de una mujer. El ciudadano Delaporte la refuta y lo hace en regla.

Este espectáculo no desanima á los feministas, porque ya sean sinceros ó por snobismo, raro es encontrar á un intelectual de reputación conocida, que no sea feminista.

Los hay por ternura de sentimiento para con el ser débil, al que desearían ayudar en todas sus luchas y aspiraciones, como Paúl Margueritte; el ilustre escritor declara que las mujeres quieren invadirlo todo, que ya llega hasta á dar dolor de cabeza, tanto oir hablar del feminismo; no obstante, es él el primero en celebrar los progresos sociales de la mujer, y sus nuevas instituciones, sus consejos nacionales en Nueva Zelandia, en la República Argentina, en Suiza, en Austria, en Inglaterra, etc.

Muy cerca de nosotros tenemos al distinguido escritor, Georges Grosjean, es un admirador de la mujer intelectual, rinde homenaje á los sublimes versos de la condesa de Noaille y admira á Gerard, á Houville, á la señora Adam y á Gyp. En las cámaras fué uno de los más antiguos promotores de la ley que protege los salarios de la mujer.

Grosjean piensa como nosotros, que las mujeres, en política, dan prueba de su frivolidad y de un apasionamiento que llega á la impertinencia. Acepta nuestras ideas, pero al mismo tiempo nos declara, con la satisfacción del que puede revelar una acción enaltecedora, que ha trabajado desde hace diez años por la ley relativa á los salarios de la mujer; luego agrega que si viese por el momento otro derecho que fuese necesario otorgar á la mujer, volvería á emprender la campaña á favor del feminismo. Cuando descubrimos el fondo de los sentimientos de

estos feministas que desean el triunfo de una causa, á la que no ven exenta de defectos, no podemos menos que pensar en lo fácil que ha de ser, á la mujer, su obra de levantamiento social, desde el momento que cuenta con decididos partidarios.

*
* *

Los católicos tienen su congreso social en Amiens; son más de mil doscientos, entre los que figuran representantes de Inglaterra, de España, de Italia y de la América del Sur.

El abad Antonio, profesor en Angers y autor de un interesante tratado de economía social, condena la escuela liberal, según la cual todo se subordina al capital. Y considera que se debe otorgar al obrero la integridad de su vida humana y cristiana poniéndosele en plena posesión de la fuerza á que tiene derecho su dignidad.

El señor Chénon, profesor de jurisprudencia en París, y autor de la importante obra titulada: *Relaciones de la iglesia y del estado*, trata magníficamente la acción social de la iglesia, y expone una hermosa teoría del poder : « El mundo judío, griego y romano tenían un doble vicio antisocial: El odio hacia el extranjero y la opresión del esclavo. El catolicismo ha tenido razón al afirmar la igualdad de todas las almas delante de Dios. Ha destruído poco á poco la

esclavitud y levantado la dignidad de la mujer al hacer del matrimonio un sacramento. »

Marcel Lecoq presenta un estudio muy bien documentado, referente á la legislación obrera en Francia, en el cual trata, con gran elocuencia, de la garantía legal del salario de la mujer casada.

Ya se trate de un congreso sionista, socialista ó católico social, la mujer figura en todos como entidad social, cuya condición constituye una preocupación. Hoy se admite en discusión sus derechos civiles y políticos. Si al otorgárselos la sociedad ve, en ello, una evolución progresista que ha de traer el mayor bienestar de las naciones, debemos inclinarnos ante la marcha inalterable del destino, que trastorna lo establecido y nos sorprende en el porvenir; pero á pesar de todo, pedimos á la mujer que no olvide en su labor de reivindicación de derechos, la base fundamental, la solidez de los cimientos: la educación cristiana.

LAS SUFRAGISTAS EN LONDRES

Si la madre del feminismo, en Inglaterra, Mary Wollstonecraft, con su alma dolorida y su mirada soñadora, en la que se adivina al apóstol apasionado de los derechos de la mujer; si esta amante predicadora de las reivindicaciones feministas contemplara, desde los últimos años del siglo XVIII, época en que principió su labor, la importancia y acrecentamiento que han alcanzado sus aspiraciones; la tristeza que se dibujaba en sus finos labios se trocaría en el gesto risueño de la entusiasta señora Drummond, y su mirada de visionaria, adquiriría el fuego y la llama chispeante de las sufragistas modernas.

El primer libro feminista, según Teodoro de Wyzewa, fué escrito en el año 1790 por Mary Wollstonecraft; se titula *Reivindicación de los derechos de la mujer*. Más tarde escribió otro, *La desgracia de ser mujer*.

Durante este lapso, la corriente iniciada por un espíritu martirizado, ha adquirido las proporciones de un mar, cuyas olas aumentan su empuje á medida que transcurre el tiempo.

Una de las manifestaciones feministas más grandiosas de los tiempos modernos, tiene lugar actualmente en Londres. El objeto que se proponen es reclamar el derecho de sufragio, éste es el aspecto menos simpático de las modernas aspiraciones, el que desde luego contrasta y choca con nuestro empirismo social. Si hoy está de moda ser feminista, y grandes literatos creen, al defender los intereses jurídicos de la mujer, asumir una actitud magnánima, de gran señor, algo así nos recuerda la caballería medioeval, aunque ciertamente la moderna sería menos quijotesca y más humana : los jóvenes literatos, escritores, periodistas, poetas y todos los artistas, en general, siguen esta tendencia é imponen la moda. Un gomoso en el mundo aristocrático dejaría de serlo si no fuese feminista; una broma, una opinión en contra de la reivindicación de la mujer, se considera de mal gusto, y los elegantes se cuidan bien de pronunciarla. Sólo esta corriente inflexible de la moda, ante la cual todos se someten, puede acallar el espíritu de humorismo francés, pronto á la jocosidad. En verdad, el carácter serio de los ingleses prepara un medio favorable á la actividad femenina. Entre los sajones, hoy llegan al mayor desenvolvimiento sus aspiraciones, en pos de una igualdad absoluta de derechos para ambos sexos; en cambio tanto en España como en la América latina, aun se discute si le es permitido á la mujer romper la

estrecha valla de la ignorancia que le impide salir del antiguo hogar, con sus añejos prejuicios y convencionalismo, para ocupar un lugar consciente en la sociedad donde su personalidad refleje una actitud fructífera y de beneficio general para la humanidad.

Las sufragistas inglesas, perseverantes é incansables en sus propósitos, con gesto risueño y ademanes serenos, impasibles y en el mayor orden, se reunen en Hyde Park; llegando á reunirse hasta diez mil manifestantes. « La liga nacional de la unión social y política de las mujeres » ha sido la organizadora de este gran meeting. No hace mucho una embarcación empavesada, en la que venía la liga de sufragio de las mujeres, acompañada de una banda de música, se deslizaba por el Támesis y fué á parar delante de la terraza del Parlamento. Una oradora tomó la palabra y se expresa en el más puro estilo declamatorio, dirigiendo una petición que no encontró acogida. Un barco de la policía las obligó á retirarse. Esta actitud de las sufragistas, fué considerada como un acto de osadía y de profanación al Parlamento de Inglaterra, donde está prohibida la entrada de la manera más absoluta á todo el que no forma parte de él, además, existe la tradicional muralla que forma el respeto secular que los ingleses tienen por su Parlamento. Este fué el principio de las sufragistas y hoy ya cuentan con una mayoría en la Cámara de los

Comunes y también con adeptos en la de los Lores.

M. Asquith dijo: «¿ Quieren representar la opinión del pueblo inglés? que muestren esta opinión y nosotros accederemos.» Las sufragistas aceptan el reto y se reunen, desde las más encumbradas damas de la aristocracia hasta las más humildes obreras; bajo las órdenes del Director General, señora Flora Drummond, quien sin duda conociendo el espíritu de su raza, que no se presta á la burlà, no teme ponerse en ridículo, al investirse de las insignias de su alto grado: lleva un casco militar galoneado con los colores de la liga, charreteras, un echarpe blanco con borlas de oro y su título escrito sobre el pecho con letras bordadas: *General, Director*.

Más de setenta trenes vienen de diferentes ciudades de Inglaterra. Las primeras que llegan son las obreras de Lancashire, adornadas con las grandes cocardas coloradas y blancas de las sufragistas; de Manchester vienen 600 en tren especial. No tardan en aparecer las delegaciones de Francia, Austria, Hungría, América, Rusia, Canadá, Australia y Africa del Sur, y varias comisarias, las que llevan como distintivo chales blancos y rojos.

La inmensa multitud de sufragistas se reune en el muelle del Támesis. Doscientas comisarias ordenan el desfile, el que se divide por grupos profesionales. Las estudiantes de varias Universidades llaman la atención por la toga

académica que las distingue; las de Durham es color violeta; roja y verde las de Dublin; azul pálido las de Birmingham y pardo las de Londres. A las estudiantes de Cambridge y de Oxford, no se les permite usar la toga; en cambio se visten con elegantes trajes de verano.

Cada contingente lleva una bandera pintada por la liga de mujeres pintoras, adherentes al movimiento sufragista. Se han contado más de cien, llevando la mayor parte de ellas, el nombre de una mujer célebre en la historia. Allí figuran los de Juana de Arco, Santa Catalina de Siena, la reina Victoria, Boadicea, la heroína que según Tácito, luchó con valentía contra los romanos invasores; también se lee, entre otros, el nombre de la astrónoma Carolina Herschel, el de Jemy Lina y el de la profesora de química de la universidad de París, señora Curié.

Las doctoras en medicina, derecho, ciencias, letras y filosofía, se pueden contar por centenares. Todas llevan sus vestidos universitarios. Igualmente están bien representadas las mujeres de letras, las artistas; además se ve á una sacerdotisa de una secta americana, y á un magistrado, señora Mac Cullock, juez de paz de América.

Este gran cortejo está presidido por Lady Frances Balfour, hermana del duque Argyll, cuñado del rey Eduardo VII, por lady Somerset y por la señora Philip Snowdem, y Keir Hardie, mujeres de conocidos miembros del parlamento;

también se ve en este grupo á la señora Despard, hermana del general French, á la señora Lyttelton, y á cierto número de la aristocracia, compuesto entre otras, por lady Onslow, lady Mabel Parry, por lady Strachey, Delaware y lady Russel.

Un grupo de las sufragistas de los sindicatos y de las industrias, se reune en el Albert Hall. La presidenta, señora Faweet declara que hay, en Inglaterra, cinco millones de mujeres, que ganan su vida con su trabajo, las que no reciben sino la mitad de lo que se les da á los hombres en igual caso. También dice : « La causa de las sufragistas es de importancia inmensa y vislumbra el día del triunfo final ». Lady Henry Sommerset, reprueba ciertos métodos empleados por las sufragistas. Un orador reclama, á nombre de la justicia, la libertad de las mujeres, también toma la palabra el doctor Ana Shaw, y lady Francis Balfour. Una vez que han terminado los discursos, varias señoras suben al estrado y ofrecen hermosos ramos de flores á la señora Faweet.

En Hyde Park, tiene lugar la inmensa reunión de las sufragistas; desenganchan, y diseminan en un vasto círculo, veinte carros, los que sirven de plataformas improvisadas, donde se instalan las señoras que forman el Estado Mayor y las oradoras; en el centro, en un carro más elevado que los otros, las directoras dan las señales y las órdenes por medio de un clarín.

El conocido periodista E. M. de Vogüe, hablando de este espectáculo que impresiona cual la aparición de un nuevo sol sobre un parque de verdor, dice lo siguiente : « Cuadro singular, al que no le falta gracia, estas siluetas femeninas elevadas desde las plataformas, con sus vestidos blancos, sobre la multitud de cabezas negras, á las que arengaban, rodeadas del círculo de los hermosos árboles, que encierra el prado; se bañaban en la luz del claro sol que les era favorable. Sus formas y sus movimientos se destacan bajo lo azul del cielo y el verde lejano. Se les puede llamar estatuas animadas de Pythie en un parque invadido por una fabulosa multitud de ensueños. No hay una furia ni una energúmena entre las oradoras, á las que he podido acercarme. Sus vehemencias quedan contenidas por la modestia que sienta bien al sexo; no hay nada de excesivo ni que choque en el registro de la voz, en los gestos; sólo existe un rasgo común y verdaderamente conmovedor, el valor sensato de estas jóvenes, que se entregan á la multitud y les hacen el don total, casto y reflexionado de sus almas y de sus inteligencias. La mayor parte de ellas, elocuentes, habrían sido irresistibles si el cielo las hubiese alineado en la categoría de las que no necesitan acercarse á los oídos, porque apenas se las ve, persuaden con sólo mirarlas. »

Si es cierto que esta gran manifestación es la más numerosa que hasta la fecha ha reunido el

feminismo mundial; no obstante parece que el ministro M. Asquithno considera aun suficientemente popular la causa de las sufragistas; no obstante, un hecho innegable se muestra con evidencia, y es la energía, el valor y la tenacidad de las sufragistas; con estas cualidades, no es de asombrar que día á día, venzan las resistencias que hoy les oponen, y lentamente lleguen á transformar las minorías en mayorías.

El sufragio de las mujeres seguramente se tomara en consideración en el programa de las próximas elecciones.

El meeting de las feministas inglesas tiene un epílogo, es un epílogo triste que principia con aspecto grotesco, para terminar con un desenlace doloroso. Veintiocho mujeres se encuentran en la prisión por haber roto los vidrios del Parlamento; dos están condenadas de hecho á dos meses de prisión, á las demás les está permitido conmutarla con una multa de fr. 625; todas prefieren sufrir la condenación abriendo así la lista del martirologio feminista. Serán las mártires del sufragio, cuya actitud recuerde la mística abnegación de los antiguos cristianos, aunque sólo por el gesto de beático ensueño y el espíritu de sacrificio,porque seguramente los ministros ingleses, son más humanos que los magistrados del paganismo, y no permitirán que una causa que encierra un clamor de justicia social, llegue á constituir un calendario de vícti-

mas voluntarias, enceguecidas por su fanatismo y su vehemencia.

El canciller M. Asquith ha declarado que el gobierno no podía operar una reforma tan importante sin que el pueblo haya hecho una manifestación en este sentido. A las feministas corresponde realizar esta labor, tanto más complicada desde que se trata de obligar la buena voluntad y la abnegación de la masa popular; cualidades tanto más raras cuanto más desciende al bajo pueblo.

La manifestación de Hyde Park no dará un triunfo inmediato; sólo anuncia, como las golondrinas, la próxima aparición de una primavera más robusta que la presente, en el verde prado de las esperanzas femeninas, que se renuevan sin desmayar con la lozanía de las plantas fructíferas.

LITERATURA FEMENINA

Hace algunos años el papel que desempeñaba la mujer en la literatura adquiría caracteres sobresalientes : George Sand, la audaz Madame de Sevigné y Daniel Stern (Señora Agoult) lo mismo que en época anterior la señora de Lafayette y la señorita Escudery, unían á su genio de escritoras el raro prestigio de ser mujeres. Como el prejuicio de la inferioridad intelectual femenina, es secular, las primeras y más sobresalientes escritoras unieron á su propio mérito mayor reputación aún por ser mujeres. No obstante, debían arrostrar el espíritu de burla peculiar á nuestra raza ; sólo el poder indiscutible de un talento superior, podía lograr que se le tributase el respeto y la admiración pública, así la mujer no se dedicaba con frecuencia á la literatura, sólo la intelectual de gran talento podía vencer los juicios depresivos que pesaban sobre ella.

Hoy los tiempos han cambiado, el terreno es más igual, y en un libro se busca únicamente su mérito literario. El mundo de las letras no se doblega galantemente ante la belleza femenina, le basta la literaria, por lo mismo sus

opiniones son imparciales y el nivel intelectual, de ambos sexos, ya no admite dudas.

La mujer que se dedica á las letras, no constituye un género aparte; lejos de eso, las encontramos en todas las esferas sociales, las hay simple burguesas, artistas en boga, y damas aristocráticas.

Cristina Pisan, nació en Venecia, en 1363, su pluma fué de una fecundidad asombrosa, escribió versos y crónicas interesantes, pero su obra más notable es la historia de Carlos V; no menos célebre fué como oradora, pues discutía en los procesos y defendía sus causas ante los tribunales. Clotilde de Surville, también goza de fama como escritora; pero no falta crítico quien le suponga tal reputación, dada por su nieto, el marqués de Surville, el cual á fines del siglo XVIII le dió tal renombre, porque quiso presumir de tener una abuela literata.

Después de Cristina de Pisan, hasta el siglo XVI ningún talento femenino aparece deslumbrante.

Margarita de Navarra ha dejado una obra notable, el Retrato de su hermano Francisco I. Su hija Juana d'Albert, la madre de Enrique IV, también se dedicó á la literatura y principalmente á la poesía. De María Stuart se dice que escribió bonitos versos, igualmente que Anne de Rohan, la que se consagró á las musas.

En el siglo XVI aparece una notable escritora, en una condición social bien distante de la que

ocupaban las soberanas arriba citadas: Luisa Labbé, á la que se denominaba la *Belle cordière*, por ser hija de un soguero; casó con Ennemond Perrin, quien ejerció el mismo oficio.

Jean de Bonnesson, al hablar de ella dice: Los versos de esta lionesa, de una gracia ligera profundamente sentimental, con una risa salpicada de lágrimas, tienen reserva en la pasión y una delicadeza tierna finamente expresada. » En las memorias sobre la historia de Lyon, de Paradin, encontramos el siguiente retrato de este alma amante y delicada. Tiene una fisonomía más angelical que humana, lo que era nada comparado con su espíritu, tan casto, tan virtuoso, tan poético, tan raro en el saber, como si hubiese sido creado por Dios, para que fuese admirado cual un raro prodigio entre la humanidad. »

Las Derroches, madre é hija cultivaron las letras, lo mismo que la señorita de Gouvnay, la cual al juzgar á Malherbe, decía: « *C'est du bouillon clair* » (es caldo sin sustancia).

Magdalena Escudery, llena con la aureola de su nombre la literatura femenina del siglo XVII. En el Palacio de Rambouillet, cuyos salones se consideran como el primer hogar aristocrático de la literatura, Margarita Escudery, ocupó lugar preferente. Luis XIV, fué á la Academia á escucharla el día que coronaron su obra. Murió á la edad de ochenta años, durante los cuales trabajó siempre como una profesional. Entre sus nove-

las *Célinte*, *Matilde y el Paseo de Versalles*, encierran un doble interés; á más de su mérito literario, el de darnos á conocer las costumbres del siglo XVII.

En aquella época, era un uso de buen tono escribir sus memorias; entre las que cultivaban este género se encuentran Anne de Bourbon, la de Motteville, María d'Orleans, Longueville duquesa de Nemours; siendo la más notable la Montpensier.

A la de Sevigné se debe la más importante literatura epistolar. La de Sevigné de Grignand, y la de Grignand de Sevigné, igualmente se dedicaron á este estilo de literatura, lo mismo que la Fustel de Boulanges.

Como escritora política ninguna es más notable que la célebre y juiciosa Maintenon. La Desnouliers, escribió en todos los géneros literarios sin lograr la celebridad; aun nos quedan por citar los nombres de la Beauharnais y el de la Genlis, antes de llegar al de la sublime poetisa Desbordes Valmore, ninguna como ella es más emocionante, ni goza de mayor prestigio. Desbordes Valmore fué una artista de teatro notable; su espíritu levantado prevaleció sentimental y digno á pesar de los sufrimientos que no le faltaron en su vida.

El siglo XIX se inició para la mujer, con la más grande, con la mujer coloso, como la llama un crítico, la señora Stael: tuvo el genio creador y á ella se debe la revolución del romanti-

cismo, según Paúl Acker. Bonnafon dice: « No existe poema más bello que su *Adiós á Italia.* »

El siglo XIX llamado del feminismo, fué fecundo de literatura femenina. Las personalidades se destacan con una preponderancia notable. Los laureles de George Sand, no han muerto y se esparcen por el mundo entero, manteniendo siempre latente el recuerdo de su talento y el de su personalidad, tan discutida y opuestamente juzgada.

Podemos citar además á la conocida escritora, émula de George Sand, Daniel Sterne, señora Agouet) á la periodista Sofía de Gay de Girardin, la cual también escribió bonitos versos, y á la de Blocqueville; además encontramos en la vida literaria de aquelle época, los nombres de la triste Eugenia Guerin, de Craven, de Sivetchine y el de la filósofa Luisa Ackermann, quien vivió en la sombra, así como su alma, en la frialdad y pesimismo de los descreídos.

Para dar á conocer á todas las escritoras francesas contemporáneas, necesitaríamos una serie de volúmenes; indicaremos algunos nombres, los que nos vienen á la memoria.

Una de las novelistas más en boga es Gerard d'Houville; (1) así como la más popular Pierre Culvier. *L'esclave*, *L'inconstant*, de Gerard d'Houville, le valieron un gran triunfo, que lo confirmó su última novela *Le temps d'aimer*. Marcel Ballot en el folletín literario de

(1) Pseudónimo de mujer.

El Fígaro dice : « Es un libro delicioso, porque á la autora se le cuenta entre una de las tres ó cuatro novelistas que escriben de una manera más bella y pura nuestro idioma ». En otra ocasión nos hemos ocupado extensamente de esta espiritual novelista, cuyo nombre es María de Regnier. Los más conocidos escritores le dedican extensos artículos. Paúl Acker, el que profesa una simpatía especial por la labor femenina en general, dice de ella : « Desde, niña vivió en medio de poetas. En sus salones, su padre José María de Heredia, el cual al prestigio de su talento unía la más amable cordialidad, reunía en su casa á toda la juventud literaria, María de Regnier, creció, se puede decir, en el culto instintivo de los libros. Cuando tomó la pluma, no tuvo sino que dejarla correr, y su estilo fué de una verbosidad divina ». A Daniel Lesueur se le considera igualmente como á una novelista de primera línea, su estilo es enteramente opuesto al de Gerard d'Houville, además de *La lueur sur la cime* ha publicado últimamente *Nitschiene*, un romance filosófico, escrito con sobriedad enérgica y decisión, que parece ser la producción de un genio masculino.

La heroína revela un tipo poco frecuente entre las mujeres; se diría que posee un alma estoica, un espíritu grande, de superhombre; menos prodigiosa que las mujeres de Ibsen, no obstante nos asombra con una austeridad siniestra, que la conduce hasta lo trágico.

Sus sentimientos están de tal manera subordinados, que aun cuando se apasiona, aparece fría. ¡Cuán distante la vemos de las deliciosas mujeres de las obras de Maurice Donnay, ingenuamente enamoradas y supersticiosas! La Nitschiene, de Daniel Lesueur no diría como Clara en *L'autre danger*. « Me ha bastado ver á mi hija enferma para creer que Dios me castigaba en ella. » Nitschiene, es una voluntad y una inteligencia en acción, siente un amor que razona y analiza; quiere rehabilitarse y se inmola ante un prejuicio, ante la idea del deber. Daniel Lesueur, disfruta de ciertos honores que á ninguna otra mujer, antes que á ella, le han sido concedidos. Ha sido nombrada vicepresidenta de la sociedad « Gens de lettres » y ha presidido una de las comidas de esta sociedad.

La Condesa Jean de Castellane, quien generalmente se ocupa de obras sociales y de beneficencia, ha hecho publicar *Les souvenirs de la Duchesse de Dino*, su abuela, que fué la sobrina y confidenta de Talleyrand. Entre las obras que inspiran el amor de la familia y el sentimiento de veneración, encontramos el de la señora M. T. H. Ollivier, *Recuerdos íntimos* sobre *Valentina de Lamartine*, Jeanne Marni, es igualmente notable en la novela que en el teatro; su último romance se titula *Comment elles se donnent*, el que como todo lo que escribe, tan notable escritora, ha obtenido el mayor éxito, no es esta inteligente pensadora la única que ha obtenido

triunfos teatrales, podemos citar á Judith Gautier, quien conquistó la simpatía del público parisiense con su preciosa obra japonesa *Princes d'amour*.

Luisa Cruppi, acaba de obtener un gran éxito con su drama *Répudiée;* además Gip, Gabriel Mourey, la espiritual Rachilde, Carmen Sylva, Severine, mejor conocida en el periodismo, Lucie Delarue Mardrus, cuyas versos y romances revelan una vehemencia apasionada; Aurel, Lenern, Dauriac, y Jean Bertheroy, han escrito obras teatrales. Conforme el número de novelistas iba en aumento, los hombres abandonaban la novela para refugiarse en el teatro,yen verdad debemos decir que salvo raras excepciones, el teatro femenino es aun muy reducido y deficiente.

Lucie Delarue Mardrus, ha publicado varios volúmenes de versos : *Occident*, *Ferveur*, *Horizons* y el último titulado *Figure de preuve*, en el que se encuentran la riqueza de la forma y de las imágenes en poesías magistrales; no falta crítico que le descubre cierta afinidad « á Baudelaire, por la estructura refractaria y el gusto por lo lúgubre, secamente voluptuoso ». Después de haber leído *Figure de preuve,* fácilmente descubrimos su personalidad literaria, exuberante y original; no menos notable aunque más lírica es la poetisa Helene Vacaresco, igualmente conocida como prosadora. Uno de sus libros más interesantes es *Rois et Reines que j'ai connus*.

Helene Picard, ha aparecido, en la poesía, con el brillo de las estrellas, su nombre figura al lado de las más luminosas del parnaso parisién. Henry Bataille, cita sus versos el lado de los más famosos de las poetisas contemporáneas; además dice : « El libro que ha publicado bajo la rúbrica de Ossit, no tiene nada de profesional, y todo su encanto lo constituye lo contrario. Es ingenuo y complicado como una verdadera mujer. La trama es floja. Se siente que sólo sirve de pretexto á sueños de mentalidades que no son los de una autora, sino los de un alma algo claustral, cuyo claustro estuviese hecho de gasas azules, de vestidos de amatistas, de elegancias frágiles, de todas las suntuosas galas que llevaban, según Materlinck, las habitaciones de Barba azul. ¿No hay después de todo algo de cuento de hadas, en la doble vida, no sólo de Cyrène, sino de la mujer que se esconde bajo al firma Ossit, la que parece que hubiese visto su propia imagen en el espejo donde la improbable heroína asocia la vida azulada del día, á la tristeza mundana de sus ensueños?

Con el título de *Pontins modernes* A. de Péne, ha escrito una serie de historias espiritualmente dialogadas, y María Anne de Bovet, un ingenioso romance *Après le divorce*. Guy Chantepleure, es autora de varias novelas, siendo una de las más conocidas *Le Baiser au clair de lune*. Jeanne Landre, ha escrito *Plaisirs d'amour*, en el que habla del amor

con una libertad audaz, y Camille Pert *Liaison coupable.*

Entre las escritoras jóvenes, Charlette Adrienne, tiene abierto un brillante porvenir. El título de su primera obra es *L'Inviolable.* Entre otros elogios ha merecido el del notable crítico de arte, maestro de los parnasianos, Gustavo Khan, dice lo siguiente:

¿Habéis observado que entre las novelas más audaces las de las novelistas figuran en primera línea? ¡Qué firmeza y qué atrevimiento!

Si Stendhal volviera al mundo se vería obligado á reconocerse tímido joven en presencia de ellas.

No digo esto por *Princesses de science,* donde Colette Yver ausculta los corazones de doctores y doctoras; sino por *L'Inviolable,* de Charlette Adrienne, que aborda los problemas del matrimonio, no solo con gran talento, sino resueltamente y con una audacia tranquila y cruel, hasta ahora desconocida. Crear el personaje de una madre, que para casar bien á su hija la arrastra hasta los sanatorios, donde espera encontrar tuberculosos ricos, no se le habría ocurrido ni á Michel Corday, para quien, sin embargo, la honradez no es más que una palabra latina.

L'Inviolable, es preciso reconocerlo, se presenta en muy buen estilo.

La precocidad literaria de Charlette Adrienne, es poco común, pues cuando casi era

una niña principió á producir con el mejor éxito; en igual caso se encuentra Lucie Paul Margueritte; su primer libro, *Paillette*, es una colección de pensamientos exquisitos y encantadores.

Un libro que apareció en Milán » *La Principessa Belgioioso, isuai amici enemici*, inspiró á Arvede Barine, una obra de ingeniosos comentarios. *La Princesse malheureuse* como se llamaba la princesa Belgioioso, cuando estuvo desterrada en Francia, donde dejó un vivo recuerdo por sus extravagancias y en especial, por su afición á lo fúnebre. Durante un tiempo representó la comedia de la pobreza. Thiers, batía las tortillas que comía el bello Mignet » dice Henry Bordeaux. Alfred de Musset se enamoró de la princesa milanesa, y en venganza de sus desdenes, escribió unos versos que llamó *Sur une morte*, en los que dice aludiendo á la flacura de la princesa : « Tenía una apariencia de vida ».

Myriam Harry, pertenece al pequeño número de las novelistas que más admiramos; sin ser analítica, es una psicóloga sutil y una imaginativa admirable, sus descripciones son exóticas y de finezas delicadas. Las señoras Claude, Fernal, lo mismo que Gabrielle Revol, de Broutelles, Poradowouska y Daudet gozan de gran renombre y forman parte del Comité *Vie Heureuse*. Yvette Prot, es autora de una novela interesante *Salutaire Orgueil*. Jeanne de Flandreysy, que como Marcelle Adam, es redactora

de *El Fígaro* ha escrito un libro notable, *Essai sur la femme et l'amour, dans la littérature française au* XIX^e^ *siècle*. La autora de la conocida novela *Amitié Amoureuse*, le comte de Nouy, se ha asociado con Henri Amie, para escribir *Jours passés*, libro que encierra una lectura fácil y sumamente recreativa; pues presenta, con vida palpitante el cuadro de figuras ilustres como Jeanne Samory, Madeleine Brohan; además trata de la debatida cuestión de los amores de George Sand y Alfred de Musset. Colette Willy ha escrito un lindo romance, *La Retraite Sentimentale*. Sus primeras producciones literarias las escribió en asociación con Willy. Pocas novelas han logrado mayor popularidad que la trilogía de las « Claudine » cuyo éxito también teatral, fué grande. Entre los literatos parisienses ninguno ha dudado de la colaboración anónima de Colette en estas novelas. Colette Willy, ejerce actualmente el teatro del género ligero, con menos disposición, ciertamente, que para la literatura. Entre las actrices, Sarah Bernhardt, ha escrito sus memorias, é Yvette Guilbert una novela.

Hasta hace treinta años, aproximadamente, la pintura, la música y la escultura sólo representaban en el gran mundo, un pasatiempo, una manera agradable de emplear las horas perdidas. Hoy las músicas, las escultoras, las pintoras, cualquiera que sea su rango social, son verdaderas profesionales. En las academias se

mezclan con los alumnos y les disputan las recompensas. Los pensionados á Roma, que envía el Gobierno, son indistintamente hombres ó mujeres, y en las exposiciones de pintura los lienzos del pincel femenino equivalen á los de las celebridades contemporáneas.

La duquesa de Uzés se ha dedicado á escribir memorias; igualmente que la pluma, maneja el cincel de la escultura. No menos interesantes son las memorias de María Colombier, la émula de Sarah Bernhardt, ó mejor dicho, con quien la célebre artista sostuvo una lucha literaria y personal. Judith Cladel, ha escrito las memorias de su padre, que fué León Cladel, un pintor de talento; y otro libro sobre Rodín, el genial maestro; esta obra es una de las más originales de la estética moderna. Charles d'Orino (condesa Pillet-Will) se hace notable por sus discursos espiritistas.

La princesa Bibesco, es una poetisa menos brillante que su parienta la condesa de Noaille; ha publicado un tomo de poesías que tienen el valor de los diamantes, á pesar de que no arrojan destellos. Jeanne Sienkieviez, hija del ministro francés en el Japón, ha escrito un solo libro : *Les flammes de la vie*, merece citarse por la sinceridad y expontaneidad de los versos que contiene. D'Orliac se inició con bonitos versos, frescos y sonoros; aun es muy joven. La baronesa de Saint-Point, se dedica únicamente á la poesía, no así Valentina de Saint-

Point, quien igualmente escribe novelas y versos apasionados y acariciadores; entre sus obras más notables figuran *Los poemas del mar y del sol, Poemas de orgullo, La tríptica de mi muerte.* Jeanne Dortzal es autora de *El Jardín de los Dioses,* romántico poema en verso, representando una primavera en París.

Jeanne Barrère, la hija del embajador francés en Roma, publica en *La Revue* sugestivas é importantes críticas literarias, como Jeanne Dornis, dando á conocer la literatura moderna italiana; de preferencia se dedica á las escritoras, escribe con buen gusto y un espíritu observador sincero.

Rosemonde Gérard, antes de casarse con el sublime poeta Edmond Rostand, dejaba escuchar el canto de su lira, hoy se ha paralizado para vivir en el retiro de Cambo, como la Roxana de Cyrano, en la apacibilidad claustral. René Vivien, ha escrito un romance ó novela psicológica, con gran sobriedad é ímpetu.

A Rachilde, se le denomina la maestra del romance moderno; su obra literaria tiene al mismo tiempo que la belleza deleitable, la solidez indestructible. Pocas novelistas han adquirido mayor reputación que Rachilde; á la edad de 17 años escribió su célebre *Señor Venus,* además, entre otras, *La marquesa de Sada, A muerte.* Uno de sus libros que encierra mayor belleza lírica se titula *Vendedor de Sol.* Pocas escritoras han sido rodeadas

de una reputación más falsa que la notable Rachilde, la conocemos sólo ahora que está casada con Vallette, y que es madre de una niña encantadora, y como nosotros todos los que la tratan no podrán por menos que admirar su severa moralidad y sus altas virtudes domésticas. Entre las novelistas, también figura el nombre de María Anne de Bovet, Jeanne Dornis (Guillaume Beer) se especializa por sus críticas sobre la literatura italiana. Ha consagrado un volumen á la novela contemporánea y otro á la poesía; además ha escrito con talento interesantes novelas y cuentos. María Huot, ama igualmente á los perros y á las musas; comparte su tiempo entre la protección de los animales y escribir versos. La baronesa Deslandes, quien firma Ossit, escribe tan bien en verso como en prosa; á esta última, se le puede calificar de lírica. Algunas veces recita sus versos en fiestas teatrales, y lo hace con la habilidad de una gran artista.

Landre, algunas veces firma Juvenal, es una poetisa realista. Jean Bertheroy, ha escrito *El Cardenal Jiménez* y *Cortesana antigua*. Lucy Achalme, es autora de un romance curioso que versa sobre las costumbres de las antiguas comunidades : *El maestro del pan*. Georgette Leblanc, la bella artista, antes de casarse con Maeterlinck, escribió un libro *La eleción de la vida*.

La baronesa de Peyrebrune, también conocida

como Claude Ferval, es una de las más laboriosas escritoras francesas, cuya celebridad es merecida; en sus salones se reune el mundo literario más selecto parisién. Entre sus principales obras figuran, *El más fuerte, El otro amor, La vida de Castillo.* Jean de Bonnefon dice de esta ilustre escritora : « tiene el verbo de Maupassant con el sentimiento de George Sand ». Van Zuylen de Nievelt, es conocida al mismo tiempo que como poetisa, con un tomo, *Las astillas,* también como novelista, con *La imposible sinceridad, El camino del recuerdo ;* y como autor dramático con *La mascarada interrumpida,* representada en el teatro del Gran Guiñol.

Jacques Vontad, quien firma también Femina, es una de las principales periodistas. *El Fígaro* publica continuamente sus artículos, escritos con tal habilidad, que los temas más superficiales adquieren interés tratados por su pluma maestra. Sus salones constituyen un hogar del arte, frecuentado por las celebridades que en ellos se reunen. De igual modo cultiva la poesía.

El premio del Comité de la *Vie heureuse* ha agraciado algunas veces á escritoras de nombre conocido, como á Myriam Harry (*La conquista de Jerusalén*), Andrée Cortlsis : *Escalas y Memorias,* Colette Yver, *Princesas de ciencias ;* pero también nos ha hecho conocer á escritoras de talento que vivían en la sombra.

Entre otras autoras han sido premiadas:

Edgy, autora de *Almas Inquietas* y de la *Sirvienta;* Yvette Prost, autora de *Saludable orgullo* y Espinasse Mongenet, de *Vida que termina.*

Después de la célebre filósofa, Clemence Royer, ninguna otra mujer ha ejercido mayor influencia en el mundo científico que la esposa del célebre sabio Pierre Curié. En vida del ilustre profesor, Sklodovska Curié, pasaba inadvertida; ella, como tantas otras mujeres, cuya labor ignoramos, contribuía con su talento, modestia y abnegación á la celebridad de Pierre Curié. La muerte del sabio ha puesto en evidencia la ciencia de su esposa. Nadie ignora que ambos descubrieron el radium, y cuando Curié se ocupaba de la cristalografía, Sklodovska Curié, ya se interesaba en la radioactividad de ciertos cuerpos, como el uranio.

Frància, que rinde homenaje al talento, sin distinción de sexo, dió la cátedra que ocupaba Curié, á su mujer. Las feministas se enorgullecen al poder nombrar á esta profesora, que, de simple institutriz ha llegado á la más elevada silla curul de la enseñanza, y también al poder citar, al más grande talento científico femenino contemporáneo.

Entre las feministas que se consagran al periodismo, una de las más conocidas es Jane Misme, directora de *La Française,* así como antes lo fué de *La Fronde* la hermosa artista Margarita Durand; no obstante, una de las pe-

riodistas que mayor notoriedad ha alcanzado, es Sévérine, no sólo en *La Fronde*, sino en los principales diarios parisienses.

Actualmente Berta de l'Ohnet en *Le Gil Blas* ejerce el periodismo con la misma actividad y mayor ingenio que muchos hombres. En la medicina, las mujeres profesionales son innumerables. En la abogacía, aunque en menor número, y sólo recientemente, ya el foro francés, ha visto la toga, cubriendo las flexibles gargantas femeninas. La doctora Magdalena Pelletier es autora de un importante folleto : *En lucha por sus Derechos*. A los 20 años Mirapolski, se recibió de abogado y María Verone fué una luchadora al lado de la Saloë, cuando lanzó su candidatura para las elecciones municipales. Si del municipio aun se rechaza á las mujeres, en cambio han logrado formar parte de los consejos de *Prudhomes*.

Las bellas artes han sido siempre el primer baluarte que el hombre otorgó como un refugio á la actividad y esfuerzo femenino. La música, desde las Safo y las Imperia, ha encontrado en la mujer sus mejores intérpretes y propagandistas. Las músicas y cantatrices de nuestros días, pueblan los teatros y los salones, como los pájaros el aire. No obstante citaremos á la condesa de Greffulhe, quien ha creado la « Société des Grandes Auditions » á la cual se debe la ardua labor de imponer al auditorio francés las grandes manifestaciones del arte lírico por

audaces que sean. A ella debe el haber escuchado á eminencias como Wagner, Dukas, de Chausson, de Bordes y de Borodino d'Indy.

La actividad femenina de hoy difiere de la de antes. En cualquiera esfera social que observemos á la mujer, la encontramos ejerciendo las ciencias, las artes, las industrias. El esfuerzo femenino revela una tarea de reivindicación, se propone destruir el prejuicio secular, que proclama la incapacidad intelectual de la mujer; y podemos asegurar que la mujer moderna se ha reivindicado. Hemos visto de qué manera en la antigüedad, desde las sociedades primitivas, cuán grande ha sido su influencia en el desarrollo y marcha del progreso. Creadora rara vez, por lo regular secunda al hombre. Ha sido una compañera capaz de igualarle en heroísmo, en intelectualidad y en todas las obras de grandes alientos, de la misma manera que también se ha envilecido en las sociedades retrógradas y degradadas. Más tarde en época anterior á nuestra civilización, el oscurantismo general, se puede decir, eclipsó su personalidad. El cristianismo mal entendido y peor interpretado, convirtió cada hogar en una sepultura, donde debía lapidarse la vida, la inteligencia, la savia del alma femenina.

Los hombres les formaron una muralla de convencionalismos, y su espíritu sucumbió en la inacción, durante un largo período, prosternada antes las sagradas imágenes, en deliciosa

exaltación mística. El renacimiento de su actividad social, podemos decir que se inició en el siglo XIX; no obstante la influencia social de la mujer, en forma más ó menos ostensible, ha existido en todas las sociedades, en todos los tiempos y en todas las civilizaciones.

Si hoy nos llama la atención es por la forma colectiva que ha asumido, y en parte por la actitud de lucha que singulariza al feminismo, principalmente en Inglaterra. En verdad, lo que caracteriza nuestra época, lo que tiene de verdaderamente nuevo, es el levantamiento en masa, la ambición común, la organización de grupos y sociedades, y su fuerza y comunión de aspiraciones, que traspasa los límites de la patria para constituir un poder internacional. Si una mujer se propone viajar, puede recorrer el mundo entero, perteneciendo á un Consejo de mujeres; sólo necesita probar que es profesional y que su labor tiende á la emancipación femenina. Como los primitivos masones, como los socios de las cofradías secretas. Una feminista no es una extranjera, en cualquiera gran capital adonde llegue, encontrará la buena acogida de una sociedad y la solicitud de sus colegas. El espíritu de comunidad las une á través de los mares y de las apartadas regiones del globo.

Para formarnos una idea aproximadamente exacta de su condición, en centros progresistas, mejor que nuestra propia opinión, citaremos

la de algunos de los más afamados escritores. heraldos del feminismo. León Blum, en su libro sobre el matrimonio, se muestra revolucionario y disociador, pretende demoler toda base de nuestra moral y aconseja á la mujer con una lógica robusta y audaz, que para igualar al hombre, y ser feliz, antes de casarse, conozca el mundo, sus luchas, y sus tristezas, sus goces y sus placeres. Que cuando haya vivido la vida del amor y pasado las violencias de la juventud, sólo entonces como á un reposo, como á un asilo en la orilla de un mar bullicioso, vaya al matrimonio. Muy sencilla y decisiva nos parece la objeción que oimos hacer á Rachild, cuando se le expuso una teoría semejante á la de León Blum; pues aunque este libro « del matrimonio » encierra un fondo de justicia social, no podemos menos de rechazarlo con toda nuestra energía; así dirigimos entusiastas aplausos á la notable Rachild, cuando dijo : « ¿Por qué se le ha de aconsejar á la mujer que se maneje mal como el hombre? preferible es que el hombre sea bueno como la mujer. » Paúl y Víctor Margueritte, son unos feministas, casi podemos decir unos apóstoles del feminismo; ellos proclaman para las mujeres todos los derechos, todos los privilegios que disfrutan los hombres, y nos ilustran continuamente hablándonos de la condición jurídica de la mujer, y de los progresos que alcanza el feminismo en el extranjero.

Emile Faguet, el célebre crítico literario, tam-

bién es feminista; su juicio analítico, su inteligencia poderosa, su pluma imparcial y sincera, no ha desdeñado la literatura femenina, y algunas novelistas deben á su aplauso el testimonio de la admiración pública.

E. M. de Vogüe considera la poesía moderna en manos de las mujeres : « ellas dirigen la imaginación de la adolescencia, de nuestra juventud », exclama, y en general estima que el predominio de la literatura es femenino.

El notable escritor Paúl Acher, con su entusiasmo decidido, reconoce á la mujer todas las aptitudes, todas las energías que poseen los hombres; sus convicciones lo llevan á tomar, en algunos casos, una actitud de paladín. Paúl Acker dice : « Los hombres les conceden con galantería una cantidad de cualidades; pero cuidadosos de sus prerrogativas, les niegan justamente el don creador. « En cualquiera clase social á que pertenezcan, cuando quieren actuar, actúan y cuando quieren crear, son creadoras. Vemos, pues, que la influencia de la literatura femenina en la sociedad es evidente; lo que nos queda por saber es si los libros escritos por mujeres encierran el alma femenina. Salvo raros casos, no son creadoras, ni imponen al arte literario el sello sano y benévolo que debería caracterizar á toda mujer; no revelan un temperamento que emane de las bondades y ternuras de su alma. Por lo general, la novelas femeninas no difieren de las que escriben los hombres : Son

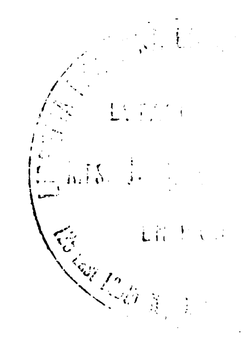
tan osadas, pornográficas, impetuosas y apasionadas como las que produce la pluma masculina; su acción, social más que proyectora, nos parece refleja. En general no impresiona con la fineza refinada, ni la abnegación romántica del arte femenino; no la vemos como iniciadora de nuevas escuelas ni lanzar una corriente decisiva; mas bien se inspira en la vida bulliciosa y pasional; su labor se concreta á un trabajo pictórico, á una sabia reproducción de nuestras costumbres, por consiguiente, su influencia en la sociedad será casi nula; no así la poesía; pues las poetisas conservan su alma de mujeres, y sus poesías sobresalen por un sublime lirismo. De tal manera, que á ellas se debe la marcada tendencia de la poesía al romanticismo. Los poetas jóvenes siguen esta corriente, pues no es difícil sugestionar á la adolescencia, con tan extraordinarios ejemplos, como son los que ofrecen las liras de oro que vibran á impulsos de manos pálidas y que acompañan las voces tiernamente dulces de la inspiración femenina.

Decimos en principio, que las novelas escritas por mujeres no difieren en su índole de las que escriben los hombres, ó mejor dicho, que siguen la corriente iniciada por la literatura masculina; esto no obsta para que algunas novelistas, y ciertamente de gran mérito, muestren en sus obras un espíritu esencialmente femenino y ajeno á la corriente moderna, en la que

se tolera la disipación y hasta el libertinaje con el pretexto del arte.

Existen algunas escritoras, que además de un raro talento, tienen la alta cualidad de comprender y proclamar sin timidez, la sabia moral del catolicismo; pidiendo á la mujer que no olvide su corazón hecho de sacrificio, ni la bondad infinita que necesita en su misión de compañera del hombre : Esta misión y deber al mismo tiempo, ayer como hoy, jamás ha variado, y en el porvenir tampoco variará, por que las mujeres, como las frágiles campanillas, para extenderse y aparecer lucientes en toda su belleza, necesitan un sostén que las proteja.

La condición actual de nuestras sociedades exige de la mujer un esfuerzo mayor de energía, su condición pasiva de compañera infantil, inconsciente, ha cesado; hoy debe ser la compañera, no sólo del amor, sino también de las tristezas, del trabajo y de los ideales que alegran la vida.



ÍNDICE

Tip. Garnier H. (Sens).

New Cover
11.02

